El ocaso del capitalismo

V. Trepelkov

V. Trepelkov •

El ocaso del capitalismo

EDITORIAL PROGRESO
MOSCU

Traducido del ruso por O. Razinkov
Presentación de V. Tikunov

В. П. Трепелков
Закат капитализма
На испанском языке

© Издательство «Прогресс», 1976

© Traducción al español
Editorial Progreso
1976

Impreso en la URSS

T $\frac{11105-987}{014(01)-76}$213—76

INTRODUCCION

La Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia inauguró una nueva época en la historia de la humanidad: la época del tránsito revolucionario del capitalismo al socialismo, la época en que se cumplen las geniales previsiones de Marx, Engels y Lenin y vienen abajo con increíble rapidez los pilares del capitalismo, mientras que el socialismo marcha triunfante por el mundo.

El marxismo-leninismo, al descubrir las leyes objetivas del desarrollo social, puso de relieve las contradicciones antagónicas propias del capitalismo y demostró la inevitabilidad de la explosión revolucionaria de éstas y del paso de la sociedad al comunismo. Marx y Engels fundamentaron teóricamente la necesidad de la transición revolucionaria del capitalismo al socialismo. Al aplicar en su obra el método dialéctico-marxista, descubrieron las leyes del desarrollo de la sociedad, en base a las cuales investigaron las de la evolución de la formación social capitalista.

Los fundadores del marxismo probaron que el modo capitalista de producción tenía el mismo carácter histórico pasajero que las formaciones socioeconómicas precedentes y que este régimen sería sustituido ineluctablemente por el comunismo como fueron sustituidos en su tiempo el régimen gentilicio por el esclavista, el esclavista por el feudal, y éste por el capitalista. El modo capitalista de producción engendra contradicciones internas insalvables cuyo

desarrollo conduce sin falta a la transformación revolucionaria de la sociedad y a su paso gradual, por etapas, a la formación comunista. En la segunda mitad del siglo XIX, es decir, en vida de Marx y Engels, no se habían formado aún las premisas objetivas y subjetivas para el triunfo de la revolución socialista. El capitalismo no había agotado a la sazón las posibilidades del progreso relativamente rápido de las fuerzas productivas. "Hace medio siglo —señalaba Lenin en 1915— el proletariado era demasiado débil, las condiciones objetivas del socialismo no estaban aún maduras..."[1] Dichas condiciones se formaron más tarde, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, cuando el capitalismo entró en su fase monopolista de desarrollo.

La transformación del capitalismo de libre competencia en capitalismo monopolista, imperialismo, condujo a profundos cambios en la vida económica y política de los países capitalistas. La lucha revolucionaria del proletariado demandaba imperiosamente investigar estos cambios desde posiciones marxistas. Lenin, genial continuador de la obra de Marx y Engels, cumplió esta histórica tarea. Al haber estudiado y sintetizado teóricamente el inmenso número de documentos, que caracterizaban los distintos aspectos de la economía capitalista de fines del siglo XIX y comienzos del XX, Lenin creó, como continuación y desarrollo de la doctrina de Marx, la teoría científica del imperialismo.

Determinando la naturaleza económica del imperialismo, Lenin estableció que el proceso de concentración y centralización de la producción y el capital, al reducir la esfera de la libre competencia, había conducido a la formación, a comienzos del siglo XX, de potentes asociaciones monopolistas de capitalistas, que ocuparon las posiciones básicas en la economía, a la fusión del capital bancario monopolista con el industrial monopolista y la aparición del capital financiero y de la oligarquía financiera, así como a un vertical crecimiento de la exportación de capital. Se crean no sólo los monopolios nacionales, sino también los internacionales, que extienden su actuación a grupos enteros de potencias capitalistas. Estos monopolios comienzan un nuevo reparto económico del mundo, ya repartido territorialmente entre los países capitalistas más importantes. Todas estas tendencias no son más que distintas formas de manifestación del rasgo principal del imperialismo: la dominación de los monopolios.

Lenin no se limitó a esclarecer la naturaleza económica del imperialismo como fase monopolista del capitalismo. Demostró que el imperialismo es continuación y desarrollo de los rasgos principales del capitalismo, y no constituye una nueva formación socioeconómica, sino una fase especial de evolución del modo capitalista de producción. La especificidad de esta fase es triple: el imperialismo es el capitalismo monopolista en proceso de descomposición (o parasitario) y agonizante; es la fase superior del capitalismo de la libre competencia y, a la vez, su última fase de desarrollo, antesala de la revolución socialista.

Al definir el imperialismo como capitalismo agonizante, Lenin subrayó que aquél exacerba en extremo todas las contradicciones de éste. "Esta agudización de las contradicciones —decía Lenin— es la fuerza motriz más potente del período histórico de transición iniciado con la victoria definitiva del capital financiero mundial"[2]. La exacerbación extrema de todas las contradicciones del capitalismo, típica de la época del imperialismo, es la que determina, precisamente, la inevitabilidad histórica del hundimiento del capitalismo y del triunfo de la revolución socialista.

Apoyándose en el profundo análisis de la fase monopolista del capitalismo, Lenin descubrió la ley del desarrollo desigual, económico y político, de los países capita-

[1] V. I. Lenin. *El socialismo y la guerra. Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 26, pág. 325.

[2] V. I. Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo. O. C.*, t. 27, pág. 422.

listas en la época del imperialismo y dedujo la conclusión de alcance histórico universal de la posibilidad de que el socialismo triunfase inicialmente en unos pocos e incluso en un solo país capitalista y de la imposibilidad de su victoria simultánea en todos los países.

El proceso de sustitución revolucionaria del capitalismo por el socialismo en el mundo entero constituye toda una época histórica de la crisis general del capitalismo. Unicamente la teoría leninista del imperialismo y la teoría de la revolución socialista, dimanante de aquélla, permiten comprender la naturaleza y el curso de desenvolvimiento de dicha crisis. Esto se debe a que la crisis general del capitalismo es parte integrante de la época del imperialismo. Al mismo tiempo que determinaba el lugar histórico del imperialismo, Lenin formuló las bases de la teoría de la crisis general del capitalismo.

Esta teoría tiene una inapreciable importancia para toda la actividad de los partidos marxistas-leninistas y para la lucha revolucionaria de la clase obrera de todos los países. Lenin desarrolló y enriqueció de manera creadora la doctrina marxista en una época histórica nueva, la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias, del paso de la humanidad del capitalismo al socialismo y de la construcción de la sociedad comunista.

La doctrina leninista de la crisis general del capitalismo ha sido desarrollada con espíritu creador en los documentos de la Internacional Comunista, en el Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética y varios acuerdos del PCUS, en documentos de las conferencias internacionales de los partidos comunistas y obreros y decisiones de los partidos marxistas-leninistas hermanos. Un profundo y exhaustivo análisis de los rasgos más esenciales del desarrollo del capitalismo moderno y del proceso de la profundización sucesiva de la crisis general del capitalismo fue hecho en el informe que Leonid Brézhnev presentó al XXIV Congreso del PCUS.

"Las peculiaridades del capitalismo contemporáneo —dijo él— se explican en considerable medida por la circunstancia de que se adapta a la nueva situación existente

en el mundo. En las condiciones de confrontación con el socialismo, los círculos dominantes de los países del capital temen más que nunca la transformación de la lucha de clases en un movimiento revolucionario masivo. De aquí la tendencia de la burguesía a recurrir a formas más solapadas de explotación y opresión de los trabajadores y su disposición, en una serie de casos, a realizar reformas parciales para, dentro de lo posible, mantener a las masas bajo su control ideológico y político. Los monopolios utilizan ampliamente las realizaciones del progreso científico-técnico para fortalecer sus posiciones, para elevar la eficiencia de la producción y el ritmo de desarrollo de ésta, para reforzar la explotación y la opresión de los trabajadores.

Sin embargo, la adaptación a las nuevas condiciones no supone la estabilización del capitalismo como sistema. *La crisis general del capitalismo continúa ahondándose*"[3].

Los acontecimientos del primer lustro de la década del setenta han demostrado que ni la integración capitalista, ni el empleo de los adelantos del progreso tecnocientífico, ni una mayor intervención del Estado burgués en los procesos económicos pueden acabar con el carácter espontáneo de la reproducción capitalista y la inestabilidad del desarrollo económico del capitalismo. La profundización sucesiva de la crisis general del sistema capitalista mundial ha conducido a la agravación de la crisis ideopolítica de la sociedad burguesa, que afecta las instituciones del poder y los partidos políticos burgueses y socava las elementales normas morales. La corrupción se hace cada vez más evidente incluso en los eslabones superiores de la máquina estatal. Continúa degenerando la cultura espiritual y creciendo la delincuencia.

El proceso de profundización de la crisis general del capitalismo en la etapa actual puede ser comprendido únicamente en base al estudio de sus tendencias lógicas. Este

---

[3] L. Brézhnev. *Acerca de la política exterior del PCUS y del Estado soviético. Discursos y artículos*, ed. en ruso, Moscú, Politizdat, 1973, pág. 332.

proceso es influido tanto por las contradicciones internas del imperialismo como por el cambio de la correlación de fuerzas en la emulación entre los dos sistemas, en favor del campo socialista.

Pero el ahondamiento progresivo de la crisis general del capitalismo en nuestros días no es sólo la modificación, en favor del socialismo, de la correlación de fuerzas de los dos sistemas y de la correlación de las fuerzas del imperialismo y las del movimiento de liberación nacional, sino, a la vez, una inestabilidad económica, social y política cada vez mayor de los países capitalistas desarrollados. Todos estos procesos se hallan en un complejo entrelazamiento e interacción, sometiéndose al influjo de la revolución científico-técnica que, lejos de contribuir a la estabilización del capitalismo, cosa esperada por los círculos imperialistas gobernantes, acelera el proceso de socialización del trabajo y de la producción, reproduciendo a la vez y con creciente envergadura los antagonismos sociales. Todas las tradicionales contradicciones del imperialismo se exacerban y surgen nuevas, lo cual profundiza aún más la crisis general del capitalismo.

Al apreciar la situación formada en el mundo capitalista, Leonid Brézhnev dijo en su informe presentado al XXV Congreso del PCUS: "Nada más lejos de los comunistas que vaticinar el "hundimiento automático" del capitalismo. El capitalismo cuenta aún con muchas reservas. No obstante, los sucesos de los últimos años confirman con nuevo vigor que el capitalismo es una sociedad sin porvenir"[4].

El curso irreversible de la historia y las experiencias del socialismo mundial y de los movimientos obrero y nacional-liberador aportan a la humanidad nuevas pruebas de la justeza histórica de la doctrina leninista sobre la crisis general del capitalismo.

---

[4] *Documentos del XXV Congreso del PCUS*, ed. en ruso, Politizdat, Moscú, 1976, pág. 29.

Capítulo I

SURGIMIENTO Y NATURALEZA DE LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO

1. INEVITABILIDAD HISTORICA DE LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO

La crisis general del capitalismo se debe a las contradicciones antagónicas internas del capitalismo que llegan a una tensión extrema en su fase monopolista. Dicha crisis, como señalara Lenin, no es una casualidad ni fruto de los errores de los líderes burgueses, sino el estado inevitable y regular del capitalismo en el período de su decadencia y descomposición. "La dominación del capitalismo —subrayaba Lenin— no se ve socavada porque alguien quiera tomar el poder... Sería imposible acabar con la dominación del capitalismo si no condujese a ello todo el desarrollo económico de los países capitalistas... No habría fuerza capaz de destruir el capitalismo si no lo socavara y horadara la historia"[1].

A medida que iban creciendo las fuerzas productivas y perdiendo su razón de ser las relaciones de producción burguesas, basadas en la propiedad privada sobre los medios de producción, la contradicción entre ambas comenzaba a frenar el fomento de la producción capitalista. En las postrimerías del siglo XIX, esta contradicción, que surgió y se desarrolló bajo el capitalismo aún antes de entrar éste en su fase imperialista, se exacerba sobrema-

---

[1] V. I. Lenin. *La guerra y la revolución. O. C.*, t. 32, págs. 98-99.

nera debido a que comienzan a dominar los monopolios y se forma el sistema capitalista mundial de economía. La concentración jamás vista de la producción y la incorporación de numerosos países al sistema único de economía capitalista mundial determinan la creación de fuerzas productivas más potentes que en la época de la libre competencia. Las fuerzas productivas alcanzan un nivel que sobrepasa los estrechos marcos de las relaciones de producción capitalistas. Estas últimas se convierten de formas de progreso de las fuerzas productivas en sus cadenas. El ahondamiento del conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción plantea ante la humanidad la tarea de dar campo al desenvolvimiento de las potentes fuerzas productivas, creadas por el hombre, para aprovecharlas en bien de toda la sociedad. La realidad impone una solución revolucionaria a este conflicto: la supresión de las relaciones de producción capitalistas, que en la época del imperialismo frenan cada vez más el progreso social, y su sustitución por las relaciones de producción socialistas.

La dominación de los monopolios y el proceso —culminado bajo el imperialismo— de formación del sistema económico capitalista mundial acentúan y profundizan el carácter social de la producción capitalista. "El capitalismo, en su fase imperialista —señala Lenin—, conduce de lleno a la socialización de la producción en sus más variados aspectos; arrastra, por decirlo así, a los capitalistas, en contra de su voluntad y conciencia, a un cierto nuevo régimen social, de transición entre la absoluta libertad de competencia y la socialización completa"[2]. Pero la apropiación capitalista privada de los resultados de la producción se opone a su socialización. Bajo el imperialismo, un puñado de magnates financieros de las potencias imperialistas se adueña de los frutos del trabajo colectivo de millones de trabajadores. La contradicción entre el carácter social de la producción y la forma capitalista privada de apropiación de sus resultados jamás ha sido tan

[2] V. I. Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo. O. C.*, t. 27, págs. 320-321.

profunda y aguda como en la fase monopolista del capitalismo.

La socialización de la producción testimonia que en el seno del imperialismo maduran las premisas para la regulación social de la economía y que la forma capitalista privada de propiedad no corresponde ya a su contenido, impidiendo el desarrollo de las fuerzas productivas. Pasa a ser indispensable la sustitución revolucionaria de la propiedad privada de los medios de producción por la propiedad social. Esto significa que ya están maduras, en conjunto, las premisas materiales objetivas para el tránsito revolucionario del capitalismo al socialismo.

El ahondamiento progresivo de la contradicción fundamental del capitalismo —la existente entre el carácter social de la producción y la forma capitalista privada de apropiación— conduce, bajo el imperialismo, ante todo, a que se acentúe la contradicción entre el trabajo y el capital. El dominio de los monopolios intensifica la opresión económica y política de la clase obrera. La burguesía monopolista se vale de los precios de monopolio, ese instrumento nuevo de explotación, para adueñarse incluso de una parte del valor de la fuerza misma de trabajo. Utilizando cadenas transportadoras y sistemas novísimos de salarios, las asociaciones monopolistas elevan al máximo la intensidad del trabajo, lo cual indigna al proletariado y encona la lucha de clases. La oligarquía financiera dominante recurre a todas las medidas que están a su alcance, hasta al empleo de las armas, para aplastar el movimiento revolucionario de las masas, recrudeciéndose, por tanto, la contradicción entre el trabajo y el capital. El descontento de las masas explotadas crece paralelamente a la cohesión y organización cada vez mayores del proletariado que se concentra en las grandes empresas pertenecientes a los monopolios. Así pues, en la época imperialista, la clase obrera se acerca de lleno a la transición revolucionaria del capitalismo al socialismo.

Además, se agrava la contradicción entre la burguesía monopolista y los demás sectores sociales. Las asociacio-

nes monopolistas saquean y arruinan a vastas capas del campesinado y a la pequeña y media burguesía de la ciudad, así como también explotan a los intelectuales. Esto coadyuva a que todas las fuerzas democráticas, dirigidas por la clase obrera, formen un frente antimperialista cada vez más unido. Este proceso propicia que las masas sigan desenvolviendo su lucha por el objetivo final: la transformación revolucionaria de la sociedad, el socialismo.

A la par que se agudizan los antagonismos sociales en los países imperialistas, crecen las contradicciones del imperialismo en el plano internacional, ante todo, las existentes entre la burguesía monopolista de las potencias imperialistas y los pueblos explotados de las colonias y países dependientes. Los monopolios, movidos por el deseo de resolver las contradicciones internas en sus propios países y obtener la ganancia máxima, en medida considerable a expensas de los pueblos de las colonias y países dependientes, amplían la exportación de capital y las mercancías industriales a ellos. Mediante la primera y el cambio no equivalente, la burguesía monopolista se apropia de las inmensas riquezas creadas por los pueblos de las colonias y países dependientes, los oprime y explota, lo cual provoca su resistencia y lucha resuelta contra el colonialismo, por la independencia política y la autodeterminación económica. La agudización de la contradicción entre la burguesía monopolista y los pueblos coloniales constituye la base objetiva de maduración y despliegue de las revoluciones nacional-liberadoras. Esto significa que, bajo la dominación de los monopolios, las colonias y países dependientes se convierten, de reserva del imperialismo, en reserva de la revolución proletaria.

En la época del imperialismo se agudizan asimismo las contradicciones entre las potencias imperialistas. Las asociaciones monopolistas de cada potencia imperialista se desviven por reforzar sus posiciones en el sistema de economía capitalista mundial, debilitando las de los monopolistas de otros países y por ende sostienen una encarnizada lucha entre sí por las grandes ganancias y la conquista de

los mercados de venta, fuentes de materia prima y esferas ventajosas —repartidos ya— de aplicación del capital en otros países. Como resultado del enfrentamiento de los intereses de los monopolios se exacerban las contradicciones entre las potencias imperialistas, conduciendo a menudo a conflictos entre ellas. Esto debilita las fuerzas del imperialismo y contribuye a la victoria de las revoluciones socialistas y al auge del movimiento de liberación nacional.

En la época del imperialismo no sólo culmina la creación de las premisas materiales —objetivas y orgánicas (aparato de los trusts y de los bancos)—, sino que se forman también las premisas subjetivas necesarias para pasar del capitalismo al socialismo. Testimonio de ello son el crecimiento del grado de conciencia y de organización de la clase obrera, su disposición a emprender acciones revolucionarias de masas, el fortalecimiento de la alianza entre la clase obrera y las masas no proletarias, la fuerza y el gran prestigio de los partidos marxistas-leninistas revolucionarios y el desarrollo del movimiento nacional-liberador, reserva de la revolución socialista. En los distintos países capitalistas, las premisas objetivas y subjetivas del paso del capitalismo al socialismo no se forman a un mismo tiempo. Esto se debe a la acción específica de la ley del desarrollo desigual económico y político del capitalismo en la época del imperialismo.

En la fase del capitalismo monopolista, el desenvolvimiento económico no se produce simplemente de modo disímil (éste era un rasgo típico del capitalismo también anteriormente), sino a saltos. La desigualdad del desarrollo económico de los países capitalistas en la época del imperialismo está vinculada estrechamente con la desigualdad de su evolución política. "El desarrollo del capitalismo —decía Lenin en 1915— sigue un curso extraordinariamente desigual en los diversos países... De aquí la conclusión irrefutable de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente *en todos* los países. Empezará triunfando en uno o en varios países, y los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, países burgueses o prebur-

gueses"[3]. Esto significa que en los distintos países, debido a la disparidad de su desarrollo político, las premisas subjetivas de la revolución socialista no cristalizan a un mismo tiempo. En virtud de ello, la revolución socialista se produce, primero, en el país donde hayan madurado antes dichas premisas. El fomento económico a saltos en la fase monopolista del capitalismo engendra enconadas contradicciones y conflictos entre los países capitalistas, debilitando así todo el sistema capitalista mundial y creando las condiciones favorables para la victoria de la revolución socialista en distintos países.

De ello se deduce que la sustitución revolucionaria del capitalismo por el socialismo no es un acto simultáneo sino una época histórica entera. Por cuanto, debido a la acción de la ley del desarrollo desigual económico y político del capitalismo, es imposible el triunfo simultáneo de la revolución socialista en todos o en muchos países capitalistas, entre la victoria de la revolución socialista en un primer país y la victoria definitiva del socialismo en todo el mundo debe mediar, indefectiblemente, cierta época histórica que se distingue por el surgimiento y la profundización indeclinable de la crisis general del capitalismo.

Las premisas de la crisis general del capitalismo nacieron y fueron acumulándose junto con la agudización de las contradicciones del capitalismo monopolista. La primera guerra mundial (1914-1918), resultado de la exacerbación extrema de la lucha entre las potencias imperialistas por un nuevo reparto del mundo, aceleró el inicio de la crisis general del capitalismo. Ciertos grupos de potencias imperialistas esperaban volver a repartir por la fuerza, en su favor, el mundo, aplastar el creciente movimiento revolucionario y fortalecer sus propias posiciones. Sin embargo, esta guerra, lejos de resolver las contradicciones internas y externas de las potencias imperialistas, las acentuó. La guerra causó inmenso daño material a la economía de la mayoría de los países y costó

[3] V. I. Lenin. *El programa militar de la revolución proletaria. O. C.*, t. 30, pág. 133.

colosales sacrificios humanos: diez millones de vidas y veinte millones de heridos y mutilados. Millones de seres humanos perecieron a causa del hambre y las epidemias. Durante la guerra, tan sólo los gastos militares directos de las potencias beligerantes alcanzaron la suma de 208.100 millones de dólares, o sea, superaron la renta nacional de Inglaterra, Austria y Nueva Zelanda juntas, o la suma de la de Francia e Italia.

La guerra enriqueció enormemente a los monopolios, sobre todo a los capitalistas de EE.UU. Las ganancias obtenidas por éstos por concepto de suministros de guerra crecieron de tres a cuatro veces frente a las habituales. Al mismo tiempo, la guerra condujo a la miseria y los sufrimientos extremos de las masas trabajadoras, así como exacerbó las contradicciones de clase y reforzó el movimiento revolucionario de la clase obrera y de los campesinos trabajadores de los países capitalistas. La guerra mundial despertó el movimiento de liberación nacional de los pueblos oprimidos, debilitando, en resumen, al imperialismo. "La guerra europea —decía Lenin— significa una grandiosa crisis histórica, el comienzo de una nueva época. Como toda crisis, la guerra ha exacerbado las contradicciones, profundamente ocultas, y las ha hecho salir a la superficie. . ."[4]

La primera guerra mundial socavó todo el sistema imperialista, contribuyendo asimismo a detectar su eslabón más débil. Tal eslabón y el punto nodular de todas las contradicciones del imperialismo era Rusia. A comienzos del siglo XX, en Rusia se habían formado las condiciones objetivas necesarias y las premisas subjetivas para la victoria de la revolución socialista. La Gran Revolución Socialista de Octubre fue la primera en romper la cadena mundial del imperialismo, inaugurando el proceso revolucionario de sustitución del capitalismo por el socialismo.

Así pues, la primera guerra mundial y la Gran Revo-

[4] V. I. Lenin. *Chovinismo muerto y socialismo vivo. O. C.*, t. 26, pág. 102.

lución Socialista de Octubre dieron inicio a la crisis general del capitalismo. Lenin calificó la primera guerra mundial de crisis muy pequeña de la burguesía imperialista, en comparación con la revolución social, determinando la revolución socialista venidera como una gran crisis. Esto significa que la Gran Revolución Socialista de Octubre desempeñó el papel decisivo en el surgimiento de la crisis general del capitalismo.

2. NATURALEZA DE LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO

Lenin definió la época posterior a la Gran Revolución Socialista de Octubre como época de "la bancarrota del capitalismo en toda su extensión y el nacimiento de la sociedad socialista"[5]. Esta conclusión es la base de la concepción científica de la naturaleza de la crisis general del capitalismo.

Dicha crisis es el proceso histórico universal de descomposición interior del capitalismo y su destrucción a causa de la revolución socialista, del desprendimiento de nuevos países del capitalismo y de la lucha del socialismo creciente contra el capitalismo en proceso de putrefacción.

A medida que se va ahondando la crisis general del capitalismo, se multiplica el número de países que emprenden la vía del socialismo. El imperialismo, aunque intente desesperadamente restaurar el régimen burgués en estos países, es incapaz de recuperar su iniciativa histórica perdida y volver sobre sus pasos el desarrollo del mundo contemporáneo. El progreso de la humanidad está determinado por el sistema socialista, la clase obrera internacional y el movimiento nacional-liberador.

El Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética define exhaustivamente la época actual en los

[5] V. I. Lenin. *VII Congreso Extraordinario del PC(b)R. O. C.*, t. 36, pág. 48.

términos siguientes: "La época actual, cuyo contenido principal lo constituye el tránsito del capitalismo al socialismo, es la época de la lucha de los dos sistemas sociales opuestos, la época de las revoluciones socialistas y de liberación nacional, la época del hundimiento del imperialismo y la liquidación del sistema colonial, la época del paso de más y más pueblos al camino del socialismo y del triunfo del socialismo y el comunismo en escala mundial. El centro de la época actual lo constituyen la clase obrera internacional y su principal obra: el sistema socialista mundial"[6].

No se debe identificar los conceptos "crisis general del capitalismo" y "crisis económica de superproducción". Las crisis económicas de superproducción son la expresión más concentrada de las contradicciones internas del capitalismo. Cada crisis económica es una explosión de contradicciones acumuladas en la reproducción capitalista a partir de la crisis precedente. Durante la crisis económica, estas contradicciones, que se exteriorizan, en lo fundamental, en una vertical reducción de la producción, se resuelven temporalmente por vía violenta. Las crisis económicas afectan a la economía capitalista y constituyen una de las fases del ciclo industrial, siendo de ordinario relativamente breves: de uno a tres años, y que luego la economía capitalista las supera poco a poco. Por consiguiente, estas crisis son fenómenos cíclicos, y cada una de ellas puede resolverse de una u otra manera dentro del sistema capitalista.

A diferencia de la crisis económica, la crisis general del capitalismo se extiende a todo el sistema en su conjunto. Este proceso viene acompañado de la reducción de la esfera de la dominación imperialista, englobando todos los campos de la vida social del capitalismo —el régimen económico y estatal, la política y la ideología— y representando en sí un fenómeno crónico, un proceso histórico irreversible que se desarrolla ininterrumpida-

[6] *Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética*, ed. en ruso, Moscú, Politizdat, 1973, pág. 5.

mente hasta la total destrucción del capitalismo. Siendo insuperable en el marco del propio sistema capitalista, la crisis general del capitalismo puede resolverse únicamente mediante la liquidación de dicho sistema a escala mundial.

La naturaleza de la crisis general del capitalismo, manifestándose en distintas formas, puede ser definida por los siguientes rasgos fundamentales.

El rasgo más importante de la crisis general del capitalismo, rasgo que determina el contenido de dicha crisis, es la división del mundo en dos sistemas socioeconómicos opuestos —el socialista y el capitalista— y su confrontación: la intensa emulación económica y la intransigente lucha ideológica en el contexto de la coexistencia pacífica. La división del mundo en dos sistemas fue iniciada por la Gran Revolución Socialista de Octubre.

El surgimiento y desarrollo del sistema socialista conduce a la agravación de todas las contradicciones existentes del sistema capitalista y a la aparición de una nueva —entre los sistemas socialista y capitalista—, que pasa a ser la contradicción fundamental del mundo contemporáneo. En la medida en que esta contradicción se desarrolla, se intensifican los antagonismos internos del imperialismo, siendo, por eso, factor importante en la descomposición y hundimiento del imperialismo.

En la época de la crisis general del capitalismo, las relaciones entre los sistemas socialista y capitalista se rigen por los principios de la coexistencia pacífica y la emulación económica. Mas esto no excluye una lucha ideológica intransigente entre ellos, en el curso de la cual el socialismo obtiene nuevas y nuevas victorias.

El segundo rasgo importante de la crisis general del capitalismo es la crisis del sistema colonial del imperialismo, crisis que en cierto grado de su desarrollo se transforma en la disgregación de dicho sistema. La crisis del sistema colonial del imperialismo ha sido resultado de la exacerbación drástica de la contradicción antagónica entre la burguesía monopolista de las potencias imperialistas y los pueblos avasallados de las colonias y países dependientes. Le dio inicio la victoria de la Revolución Socialista de Octubre que, al haber liberado las naciones y pueblos oprimidos por el zarismo, inspiró a los pueblos de las colonias y condujo al ascenso de la lucha de liberación nacional. La aparición y el fortalecimiento del sistema socialista mundial, el poderoso auge del movimiento obrero y el debilitamiento del imperialismo después de la segunda guerra mundial, así como los golpes de las revoluciones nacional-liberadoras condujeron a que se iniciara el rápido proceso de desmoronamiento del sistema colonial del imperialismo. Actualmente, los jóvenes Estados independientes, que han liquidado el yugo imperialista, sostienen una lucha por su autodeterminación económica. Gran parte de estos Estados, al emprender la vía no capitalista de desarrollo, aplican, en el ambiente de una activa lucha contra las relaciones de explotación feudales y capitalistas, las profundas transformaciones democráticas y socioeconómicas, constituyendo en su política exterior un frente único de lucha contra el imperialismo.

El tercer rasgo importante de la crisis general del capitalismo es la agravación de las contradicciones del imperialismo, una mayor inestabilidad interior y el aceleramiento del proceso de descomposición de la economía de los países imperialistas debido al desarrollo del capitalismo monopolista de Estado y el crecimiento del militarismo.

El capitalismo monopolista de Estado surgió en virtud del debilitamiento del sistema capitalista y el afán de la burguesía monopolista de prolongar su existencia valiéndose de la fuerza del Estado. Sin embargo, la unificación de la fuerza de los monopolios con la del Estado burgués en un solo mecanismo, lejos de salvar el capitalismo, agudiza todavía más las contradicciones imperialistas.

La creciente inestabilidad interna y el aceleramiento del proceso de descomposición de la economía de los países imperialistas se expresa en el ritmo dispar del incremento de la producción, la desigualdad del fomento económico, las crisis periódicas, la constante carga incom-

pleta de los potenciales de producción, el desempleo crónico y la crisis de las relaciones monetarias del imperialismo. En el conjunto de estos fenómenos se manifiesta el conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas. Estos nuevos fenómenos, derivados de las contradicciones internas del imperialismo, conducen, a su vez, a la profundización sucesiva de las mismas.

Por último, un rasgo importante de la crisis general del capitalismo es la crisis de la política y la ideología burguesas. En los países capitalistas, en virtud de las profundas contradicciones internas y bajo la influencia revolucionadora de los éxitos del sistema socialista mundial, se intensifica la lucha entre la burguesía monopolista y el frente antimonopolista encabezado por la clase obrera. En este ambiente, la burguesía monopolista recurre a nuevos métodos de lucha contra los trabajadores: reforzamiento de la reacción política, anulación de las libertades democráticas burguesas e instauración de regímenes fascistas y semifascistas. La crisis de la ideología burguesa se manifiesta en la incapacidad de ésta para responder científicamente a las cuestiones planteadas por la vida. La ideología burguesa ya no puede formular ideas que entusiasmen a las masas trabajadoras.

Todos estos rasgos típicos de la crisis general del capitalismo expresan las distintas formas dialécticamente interrelacionadas e interdependientes del proceso único de la sustitución revolucionaria del capitalismo por el socialismo. El análisis científico de todas las formas principales de manifestación de la crisis general del capitalismo permite comprender la esencia de dicho proceso que se opera a escala mundial.

3. ETAPAS DE LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO

La crisis general del capitalismo se divide en etapas, de acuerdo con el grado de desarrollo de sus rasgos fundamentales típicos del proceso de descomposición del sistema capitalista mundial.

La crisis general del capitalismo, en tanto que proceso de desintegración de este sistema, significa, ante todo, que la correlación de fuerzas de los dos sistemas opuestos cambia progresivamente en favor del socialismo. El desarrollo de la crisis general del capitalismo demuestra que durante cierto tiempo van acumulándose tan sólo cambios relativamente pequeños, como resultado de lo cual se operan luego, en breves plazos, modificaciones cualitativas de la correlación de fuerzas de los dos sistemas socioeconómicos opuestos, en detrimento del imperialismo. Estas modificaciones acompañan la alternación de etapas de la crisis general del capitalismo. Cada etapa se distingue de la precedente, ante todo, por el grado de disgregación del sistema capitalista mundial, de un lado, y por el grado de desarrollo, la importancia y el papel del sistema socialista, del otro.

La primera etapa de la crisis general del capitalismo empezó en el período de la primera guerra mundial y del desprendimiento de Rusia del sistema imperialista a raíz de la Gran Revolución Socialista de Octubre y duró hasta el comienzo de la segunda guerra mundial. Esta etapa se caracteriza por varias particularidades.

La más importante es la reducción de la esfera de la dominación capitalista gracias al derrocamiento del régimen capitalista en la sexta parte del planeta, y la lucha entre el sistema socialista, surgido en un país —Rusia—, y el sistema capitalista mundial. Aunque en esta etapa el socialismo no se había convertido todavía en sistema mundial de economía, el capitalismo había perdido ya su dominación ilimitada en el mundo.

La Gran Revolución Socialista de Octubre debilitó al imperialismo tanto en lo económico como en lo político. Por vez primera en la historia se redujo la esfera de la explotación capitalista. El imperialismo fue privado de colosales ganancias, esferas de aplicación del capital, mercados de venta y fuentes de materia prima en Rusia. Se asestó un gran golpe a las posiciones políticas del im-

perialismo. Bajo la influencia directa de la Revolución de Octubre comenzaron las acciones del proletariado de los países capitalistas. Notables acontecimientos de aquel tiempo fueron las revoluciones en Alemania y Austria, la proclamación de las repúblicas soviéticas en Baviera y Hungría a principios de 1919, la huelga general que estalló en septiembre de 1920 en Italia, acompañada de la ocupación de empresas por los obreros, y las insurrecciones armadas del otoño de 1923 en Alemania y Bulgaria. Más tarde, el imperialismo logró detener por cierto tiempo la ola revolucionaria en varios países capitalistas. Sin embargo, no pudo impedir que en Rusia se instaurase y desarrollara la dictadura de la clase obrera y que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se convirtiera en vigorosa potencia industrial, centro de atracción de todas las fuerzas progresistas que luchan contra la opresión y esclavitud imperialistas.

Una de las principales particularidades de la primera etapa de la crisis general del capitalismo consiste en el comienzo de la crisis del sistema colonial del imperialismo. La Revolución Socialista de Octubre incorporó al torrente general del movimiento revolucionario a los pueblos de las colonias y países dependientes. Apoyada por la URSS, Mongolia conquistó la independencia y emprendió el camino socialista de desarrollo, soslayando el capitalismo. En las colonias y países dependientes tuvieron lugar los siguientes acontecimientos importantes: acciones anticoloniales en la India y Corea, comienzo de la revolución en China, la revolución democrática burguesa en Turquía y la conquista de la independencia por Afganistán. En varios de estos países se fundaron los partidos marxistas-leninistas. Empero, en aquella etapa, el imperialismo era aún lo bastante fuerte para dominar en el inmenso mundo colonial.

Importante particularidad de aquella etapa de la crisis general del capitalismo fue el hecho de que seguía progresando la descomposición y la inestabilidad interna de la economía del capitalismo: una brusca disminución del ritmo de crecimiento de la producción, el empeoramiento

de la situación en cuanto a los mercados, la carga incompleta crónica de los potenciales de producción, el paro forzoso permanente y masivo y la inflación. Por ejemplo, en los veintitrés años anteriores a la primera guerra mundial (de 1890 a 1913), la producción industrial mundial aumentaba, por término medio, en un 5,8% anual; en igual período posterior a la guerra (de 1918 a 1940), el promedio del incremento anual de la producción industrial del mundo capitalista constituyó poco más de 1,5%.

Una elocuente expresión de la inestabilidad del capitalismo en esta etapa fueron las crisis económicas mundiales de superproducción. Tres de ellas interrumpieron en este período la reproducción capitalista. La primera crisis económica de la época de la crisis general del capitalismo fue la de los años 1920-1921. Dicha crisis, siendo relativamente breve, superó por su fuerza destructora todas las anteriores, comprendida la de los años 1907-1908. Intensificando la explotación de los trabajadores, el capitalismo supo salir de ella y, después de tres años de depresión, a partir de 1924, empezó el período de estabilización relativa y temporal. Los apologistas del imperialismo presentaban la estabilización del capitalismo como el fin de sus conmociones. Pero en 1929 estalló una nueva y grandiosa crisis económica.

La crisis económica mundial de 1929-1933, que estremeció todo el mundo capitalista, fue la más profunda y destructora en la historia del capitalismo, y condujo a una disminución de su producción industrial en un 48%, y en algunos países, en el 50-65%. La producción de los países capitalistas se vio reducida a los niveles existentes de 20 a 70 años atrás. La crisis acarreó privaciones insólitas a las masas trabajadoras. El descenso vertical de la producción provocó un crecimiento gigantesco del paro forzoso. Esta crisis fue sucedida por una depresión prolongada en extremo, que no tuvo tiempo para pasar al ascenso un tanto considerable, pues en 1937, el capitalismo, sin llegar siquiera al nivel de 1928, año precedente a la crisis, entró en una nueva crisis económica que, tras de

surgir en EE.UU., se extendió a Inglaterra, Francia y otros países. La crisis de 1937-1938, cediendo a la de 1929-1933 en cuanto a la envergadura absoluta de la reducción de la producción, la superó por el ritmo de dicha reducción. Además de las crisis económicas de superproducción de mercancías industriales, en las décadas del veinte y del treinta, el mundo capitalista estaba envuelto en una larga crisis agraria de excepcional intensidad. Estos factores agravaron aún más todas las contradicciones del imperialismo.

Una particularidad no menos importante de la primera etapa de la crisis general del capitalismo fue el surgimiento y desarrollo del capitalismo monopolista de Estado. A medida que se iba profundizando la crisis general del capitalismo, la fuerza extraeconómica del Estado se entrelazaba cada vez más estrechamente con el poderío económico de los monopolios. En la década del treinta, el sistema del capitalismo monopolista de Estado llegó a su apogeo en aquellos países imperialistas que militarizaron su economía, preparándose para la guerra contra la URSS.

El inicio de la crisis política del régimen burgués es otra particularidad de peso de la primera etapa de la crisis general del capitalismo. En el ambiente de la acrecida lucha de clases, la burguesía monopolista pasó a una ofensiva manifiesta contra la clase obrera y sus conquistas democráticas. En Italia, Alemania y España, las fuerzas reaccionarias establecieron un régimen fascista. El fascismo es la descarada dictadura terrorista de los círculos más reaccionarios y agresivos de la burguesía monopolista. En 1936, la Alemania fascista y el Japón concertaron el llamado "pacto antikomintern", al que un año más tarde se sumó la Italia fascista. Este bloque agresivo desencadenó varias guerras locales en Asia, Africa y Europa.

Puesto que en la década del treinta la economía capitalista se desarrollaba a un ritmo más desigual que antes, cambió la correlación de fuerzas y se agravaron las contradicciones entre los Estados imperialistas. Alemania, Italia y Japón, sintiéndose mermados, empezaron a presentar pretensiones territoriales a sus vecinos. Estados Unidos, Inglaterra y Francia, so pretexto de la no intervención, trataron de encauzar la agresión fascista contra la Unión Soviética. Valiéndose de la connivencia de los círculos gobernantes de los países de Occidente, la Alemania fascista invadió Austria y Checoslovaquia y desencadenó la segunda guerra mundial, cuyo desenlace fue una sorpresa para los imperialistas.

La segunda etapa de la crisis general del capitalismo comenzó en el curso de la segunda guerra mundial y de la revolución socialista en varios países de Europa y Asia, prolongándose hasta mediados de la década del cincuenta.

La segunda guerra mundial, preparada por las fuerzas de la reacción imperialista e iniciada por el bloque de Estados agresivos —Alemania, Italia y Japón— tuvo envergadura y consecuencias mucho mayores que ninguna de las guerras anteriores. Alemania empezó por atacar a Polonia, invadió Noruega, Dinamarca, Holanda y Bélgica, derrotó a Francia y agredió pérfidamente a la Unión Soviética. Los líderes fascistas se propusieron liquidar el régimen soviético, exterminar físicamente a los pueblos de la URSS y apoderarse de su territorio y riquezas nacionales, considerando que todo ello constituiría una importantísima etapa en la realización de sus planes de conquista del dominio mundial. Pero estos planes no habían de cumplirse.

En el curso de la segunda guerra mundial surgió la coalición antihitleriana, cuyos principales participantes fueron la Unión Soviética, Estados Unidos, Inglaterra y la Francia combatiente, desempeñando la Unión Soviética el papel decisivo en la derrota del fascismo.

La victoria de la URSS en la Gran Guerra Patria salvó del fascismo a los pueblos del mundo. Esta victoria determinó la dirección fundamental del ulterior desarrollo histórico, demostrando persuasivamente la ventaja decisiva del régimen social y estatal socialista, la ventaja del socialismo sobre el capitalismo. La derrota del fas-

cismo creó las condiciones favorables para el auge del movimiento revolucionario en el mundo entero.

La principal particularidad de la segunda etapa de la crisis general del capitalismo consiste en que el socialismo rebasó el marco de un país, convirtiéndose en sistema mundial. El triunfo de las revoluciones socialistas en varios países europeos y asiáticos, que emprendieron la vía de desarrollo socialista, puso fin para siempre al poder del imperialismo sobre la cuarta parte del territorio de la Tierra y la tercera parte de su población. La separación de estos países del sistema capitalista mundial tuvo por efecto la reducción de la esfera de explotación capitalista, perdiendo el capitalismo mundial importantísimos mercados de venta, fuentes de materia prima y terrenos de aplicación del capital. En esta etapa de la crisis general del capitalismo se forma una correlación cualitativamente nueva de fuerzas de los dos sistemas mundiales. Se destacó con singular relieve el papel del socialismo victorioso como centro de atracción y motor principal de las fuerzas mutuamente vinculadas al proceso revolucionario mundial.

Otra particularidad de la segunda etapa de la crisis general del capitalismo fue el desenvolvimiento sucesivo de la crisis del sistema colonial del imperialismo. En esta etapa, como resultado del auge del movimiento de liberación nacional, al que apoyaron y ayudaron el sistema socialista mundial y la clase obrera internacional, muchas colonias conquistaron su independencia política.

Una de las particularidades fundamentales de la segunda etapa de la crisis general del capitalismo consiste en el desarrollo cada vez mayor del capitalismo monopolista de Estado. Al haberse formado en la primera etapa de la crisis general del capitalismo principalmente como mecanismo de militarización de la economía y conservando la misma orientación en su segunda etapa, el capitalismo monopolista de Estado pasa a ser instrumento principal de regulación de toda la vida económica y política. El despliegue de la revolución científico-técnica se

convierte en factor de peso del reforzamiento del papel y la función económicos del Estado, que interviene cada vez más en la reglamentación de las relaciones entre el trabajo y el capital.

La militarización de la economía de los países imperialistas constituye una de las manifestaciones más notables del parasitismo del capitalismo en la segunda etapa de su crisis general. La militarización pasa a ser importantísimo medio que los Estados imperialistas aprovechan para estimular artificialmente el crecimiento de la producción y regular la economía de estos países de modo que permita evitar las crisis.

La tercera etapa de la crisis general del capitalismo comenzó desde el segundo lustro de la década del cincuenta y continúa hasta el presente. Esta etapa se debe al fortalecimiento progresivo de las posiciones económicas del sistema socialista mundial y los éxitos de la Unión Soviética y otros países socialistas en la emulación económica mundial con el capitalismo. La correlación de fuerzas de los dos sistemas mundiales ha cambiado radicalmente. El imperialismo ha perdido su papel dominante en las relaciones internacionales. Por vez primera en la historia de la humanidad se ha hecho posible excluir las guerras mundiales de la vida de la sociedad. Esta correlación cualitativamente nueva de fuerzas ha determinado las particularidades de la tercera etapa, la contemporánea, de la crisis general del capitalismo.

La particularidad más importante de esta etapa es la transformación del sistema socialista mundial en factor decisivo del desarrollo histórico, debilitándose considerablemente el sistema capitalista mundial. El progreso económico y social de los países socialistas alcanza un nuevo nivel, más alto. Se aproximan los grados y el ritmo de fomento económico de todos los países de la comunidad socialista. Al haber edificado la sociedad socialista desarrollada, la URSS abordó la construcción de la base material y técnica del comunismo. Otros países socialistas han alcanzado grandes éxitos en la construcción del socialismo. Al sistema socialista se ha incorporado la Repú-

blica de Cuba, que rompió la cadena del imperialismo en América Latina.

Otra particularidad de peso de la tercera etapa de la crisis general del capitalismo consiste en que, gracias a un nuevo y poderoso ascenso de la lucha de liberación nacional, llega a término el proceso de disgregación del sistema colonial del imperialismo. El movimiento anticolonial, que en la segunda etapa de la crisis general del capitalismo envolvió principalmente el continente asiático, se ha extendido a Africa. La llama de la lucha de liberación nacional se hizo extensiva al continente latinoamericano. Varios países emancipados han emprendido la vía no capitalista de desarrollo y siguen la orientación socialista, contando con el apoyo de los Estados socialistas. Estos países forman el destacamento de vanguardia del movimiento de liberación nacional.

Una particularidad importante de la tercera etapa de la crisis general del capitalismo es el aumento sucesivo de la inestabilidad económica y política del sistema capitalista mundial. El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado no pudo impedir el crecimiento de la carga incompleta permanente de las empresas industriales, el desempleo masivo y las crisis económicas que son cada vez más frecuentes. El constante déficit presupuestario, las agudísimas manifestaciones de la crisis del sistema monetario-financiero, la carestía y la inflación han pasado a ser enfermedad crónica de los principales países capitalistas. El afán de la oligarquía financiera de recurrir a formas más solapadas de explotación y opresión ha acentuado la contradicción entre el trabajo y el capital. La creciente desigualdad del desarrollo de distintos países ha agravado más aún las contradicciones interimperialistas.

La tercera etapa de la crisis general del capitalismo se distingue por la profundización sucesiva de la crisis política e ideológica burguesa.

La originalidad de la tercera etapa de la crisis general del capitalismo radica en que no ha surgido a raíz de una guerra mundial, sino en el ambiente de la coexistencia pacífica y la emulación económica de los dos sistemas. Este hecho es de suma importancia, pues refuta las afirmaciones de los ideólogos burgueses de que los marxistas-leninistas vinculan el fin del capitalismo con las guerras y, por eso, están interesados en provocarlas. Pero, en efecto, el hundimiento del régimen capitalista y su sustitución por el socialista no dependen directamente de las guerras. La destrucción del capitalismo está determinada por sus contradicciones antagónicas internas. Por eso, el socialismo puede triunfar en el ambiente de la coexistencia pacífica de los dos sistemas.

En la tercera etapa de su crisis general, el capitalismo se adapta a las nuevas condiciones con el fin de detener el proceso de descomposición del sistema capitalista y el crecimiento vertiginoso del poderío económico y la influencia política del sistema socialista mundial. Para fortalecer sus posiciones los monopolios se valen en gran escala de las realizaciones del progreso científico-técnico. Pero, como señala la resolución del XXIV Congreso del PCUS, todas estas tentativas del capitalismo no conducen a su estabilización en tanto que sistema social. La crisis del sistema mundial del capitalismo sigue profundizándose.

En la tercera etapa de la crisis general del capitalismo se hace evidente definitivamente no sólo la imposibilidad de excluir el socialismo del sistema mundial de la división del trabajo, sino también su papel decisivo en la creación de una estructura nueva de relaciones económicas internacionales, basada en las formas de internacionalización de la vida económica y cultural de los pueblos de nuestro planeta que cristalizan por vez primera en la historia de la humanidad y conducen a la paz y la colaboración entre ellos. El crecimiento del poderío económico de los países socialistas y de su influencia internacional sobre el curso del desarrollo histórico obliga a las principales potencias capitalistas a modificar su actitud hacia los vínculos económicos con los países socialistas, renunciando a su política anterior de restricción y discriminación.

Los primeros años de la década del setenta han estado marcados por un amplio reconocimiento de los principios de la coexistencia pacífica de los Estados socialmente diferentes. En las relaciones internacionales se opera el viraje de la "guerra fría" a la distensión, al fortalecimiento de la seguridad y a la cooperación pacífica de dichos Estados. Un gran papel ha desempeñado en este proceso el Programa de Paz promovido por el XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. La vida ha confirmado el carácter actual y realista de este programa. En el proceso de su aplicación práctica, la Unión Soviética, en estrecha cooperación con los países socialistas hermanos, ha luchado consecuente y tenazmente por mejorar el clima general de las relaciones internacionales. En agosto de 1975, en Helsinki culminó venturosamente sus labores la Conferencia Paneuropea de Seguridad y Cooperación, cuyos participantes confirmaron colectivamente la inviolabilidad de las fronteras existentes. Lo principal es aplicar hoy día todos los principios y acuerdos adoptados en Helsinki.

Mas no se puede prescindir de que existen aún los adeptos y predicadores de la "guerra fría", las fuerzas reaccionarias que se desviven por empeorar la situación internacional y frustrar la política de paz y la pacífica colaboración económica, científico-técnica y cultural de los Estados socialmente diferentes. Basándose en un profundo análisis integral de la situación internacional, Leonid Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS, en su informe presentado el 24 de febrero de 1976 al XXV Congreso del partido, señaló: "Y aunque la paz universal aún dista mucho de estar garantizada, tenemos pleno fundamento para decir sin temor a equivocarnos: el saneamiento del clima internacional prueba de manera convincente que la paz duradera no es un deseo plausible, sino una tarea perfectamente viable. Para cumplirla ¡se puede y se debe continuar bregando sin escatimar esfuerzos!"[7]

[7] *Documentos del XXV Congreso del PCUS,* pág. 17.

Capítulo II

DIVISION DEL MUNDO EN LOS DOS SISTEMAS SOCIOECONOMICOS OPUESTOS Y LA LUCHA ENTRE ELLOS

1. LA GRAN REVOLUCION SOCIALISTA DE OCTUBRE, RESULTADO DE LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO E IMPORTANTISIMO FACTOR DEL DESARROLLO DE ESTA CRISIS

La Gran Revolución Socialista de Octubre fue el resultado lógico del desarrollo de las contradicciones de todo el sistema mundial del capitalismo. Maduró en el seno de éste y estalló en su eslabón más débil, Rusia, donde a comienzos del siglo XX todas las contradicciones fundamentales del imperialismo formaban un nudo único. Las condiciones económicas y políticas de Rusia se caracterizaban por el alto grado de concentración de la producción industrial, la cruel explotación del proletariado y la opresión feudal y colonial. Rusia pasó a ser el punto nodular de las contradicciones de todo el sistema del imperialismo y el eslabón más débil de su cadena, porque el pueblo carecía de derechos políticos, las minorías nacionales eran oprimidas, existían restos del régimen feudal de servidumbre, y el país dependía del capital internacional. La primera guerra mundial, que se dejó sentir sobre todo en la Rusia zarista, puso al desnudo las contradicciones sociales y políticas del imperialismo, debilitando al capitalismo mundial y acelerando la explosión revolucionaria: la de Octubre. Al mismo tiempo, en Rusia se formaron las premisas objetivas y subjetivas necesarias para el triunfo de la revolución socialista.

A principios del siglo XX, Rusia, que seguía siendo un país agrario, adelantó a todos los países capitalistas en

cuanto al nivel de concentración de la producción industrial. En vísperas de la primera guerra mundial, las asociaciones monopolistas dominaban casi todas las ramas de la industria rusa. Lo demuestran los siguientes datos: el consorcio Prodamet concentraba del 80 al 95% de la fabricación de artículos metálicos; la industria hullera se encontraba por completo bajo la égida del consorcio Prodúgol; al consorcio Prodarud le correspondía más del 80% de la extracción de mineral en el Sur de Rusia, y al Mied, el 75% de la producción nacional de cobre. Era alto el grado de monopolización también en otros sectores de la economía rusa. En vísperas de la revolución, Rusia superaba —en cuanto al nivel de monopolización de la producción industrial— a Inglaterra y Francia, cediendo tan sólo a EE.UU. y Alemania. En Rusia, el proceso de monopolización de la producción se intensificó también porque el capitalismo monopolista ruso tendía a transformarse en capitalismo monopolista de Estado. Como resultado, la socialización cada vez mayor de la producción en Rusia creó las principales premisas objetivas de la revolución socialista. Además, en Rusia maduraron las premisas subjetivas para la revolución socialista. La clase obrera del país era fuerte y la más revolucionaria. En medio siglo de desarrollo capitalista, Rusia casi cuadruplicó el número de obreros fabriles. En 1915, más de la mitad de los obreros trabajaban en grandes empresas, formando el destacamento revolucionario más activo. El proletariado de Rusia, forjado en los duros combates de clase, se destacaba por la alta conciencia política, la organización y la firmeza en la lucha contra la explotación y opresión de todo género. Los obreros de Rusia tenían a numerosos aliados, ante todo, entre los semiproletarios de la ciudad y del campo y los campesinos trabajadores.

Así pues, la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre fue preparada por el curso del desarrollo socioeconómico de Rusia.

La Revolución de Octubre, tras derrocar el poder de la burguesía y los terratenientes, suprimió el régimen capitalista en Rusia, dando inicio a la creación del sistema

de economía socialista, sistema nuevo y más progresista. El Estado socialista soviético, nacido de la revolución, estableció la dictadura proletaria y expropió a los capitalistas y terratenientes los medios de producción, convirtiéndolos en propiedad del pueblo, en patrimonio de la sociedad socialista. El sistema capitalista perdió un país que ocupaba el primer lugar en el mundo por su territorio, el tercer lugar por el número de habitantes, y el quinto lugar por el volumen total de la producción industrial. La Revolución Socialista de Octubre arrancó a Rusia de la guerra imperialista. Sus pueblos se vieron libres de la opresión del capital extranjero.

El desprendimiento de Rusia del sistema capitalista mundial asestó un durísimo golpe a los intereses económicos de los monopolios de las potencias imperialistas. El imperialismo mundial perdió no sólo extensos territorios, sino también esferas importantes de aplicación del capital. En 1914, el 47% de todo el capital accionista de la Rusia zarista correspondía a los capitales extranjeros. Su proporción en la siderurgia constituyó casi el 75%; en la industria petrolera, el 60%, y en la industria química, alrededor del 40%. Más de las dos terceras partes de la industria carbonífera de la cuenca del Donets pertenecía al capital franco-belga. En vísperas de la Revolución Socialista de Octubre, el total de las inversiones extranjeras en Rusia ascendía a unos 16.000 millones de rublos. Los monopolios extranjeros se llevaban de la Rusia zarista anualmente no menos de 200.000.000 de rublos-oro tan sólo por concepto de ganancias sobre el capital invertido en las empresas industriales. A raíz de la Revolución de Octubre, tanto los monopolistas rusos como los extranjeros, se privaron no sólo de las altas ganancias, sino también de sus capitales invertidos en la economía rusa, pues las empresas industriales y los bancos fueron nacionalizados. Además, los países imperialistas perdieron las fuentes de materia prima y productos agropecuarios baratos y un colosal mercado de venta de artículos industriales. Todo ello redujo la esfera de explotación y dominación imperialistas, agravando aún más la lucha de los monopolios y

las potencias imperialistas por un nuevo reparto del mundo.

El triunfo de la revolución socialista en Rusia significó que el imperialismo dejó de ser el único sistema de economía mundial. Al lado del sistema capitalista surgió y comenzó a crecer el sistema socialista cuyos éxitos demuestran que la historia ha dictado la sentencia de muerte al capitalismo caduco. La victoria de la Revolución de Octubre torpedeó al imperialismo no sólo en el plano económico, sino también en lo político. Al haber acabado con la dominación ilimitada del imperialismo en nuestro planeta y dividido el mundo en dos sistemas opuestos —el capitalista y el socialista—, la Revolución de Octubre inauguró la época de transición de la humanidad del capitalismo al socialismo, constituyendo el primer acto victorioso de la revolución socialista mundial y elevando el movimiento liberador internacional a un nivel nuevo, superior. Subrayando el carácter internacional de la Gran Revolución Socialista de Octubre, Lenin decía: "...Tenemos derecho a enorgullecernos y nos enorgullecemos de que nos haya correspondido la felicidad de *iniciar* la construcción del Estado soviético, de *iniciar* así una nueva época de la historia universal, la época de la dominación de una clase *nueva,* oprimida en todos los países capitalistas y que avanza por doquier hacia una vida nueva, hacia la victoria sobre la burguesía, hacia la dictadura del proletariado, hacia la liberación de la humanidad del yugo del capital y de las guerras imperialistas"[1].

La victoria de la Revolución de Octubre y el nacimiento de una sociedad nueva, socialista, al haber cambiado de raíz todo el ambiente mundial, crearon unas condiciones nuevas, más favorables, para la lucha de clase de las masas trabajadoras contra la explotación capitalista y por la revolución socialista. Al mismo tiempo, al haber asestado un durísimo golpe a todo el sistema de dominación colonial, la Revolución de Octubre dio un

[1] V. I. Lenin. *Con motivo del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre. O. C.*, t. 44, pág. 148.

potente impulso al desarrollo del movimiento de liberación nacional. El apoyo constante y consecuente que la Rusia Soviética prestó a los pueblos esclavizados por el imperialismo facilitó la lucha de éstos por su independencia y creó las condiciones favorables para el desenvolvimiento de las revoluciones de liberación nacional.

La Gran Revolución Socialista de Octubre, constituyendo un viraje radical en la historia de la humanidad, confirmó en la práctica la profunda fundamentación científica y la inmensa fuerza transformadora de la teoría marxista-leninista. Asestó un duro golpe a la ideología burguesa, a la ideología del oportunismo y reformismo en el movimiento obrero, al socialchovinismo y el nacionalismo reaccionario, encarnó en la vida los grandes principios del internacionalismo proletario y ejerció una influencia revolucionadora sobre la mentalidad de los trabajadores de todos los países.

La victoria de la Revolución de Octubre hizo inevitable la existencia simultánea de los Estados socialistas y capitalistas durante un período histórico prolongado. Lenin formuló y fundamentó el principio de la ineluctabilidad y la necesidad de una larga coexistencia pacífica y la emulación económica de los Estados con sistemas socioeconómicos diferentes. Las relaciones económicas universales condicionadas por el desarrollo de las fuerzas productivas y la división internacional del trabajo, formada en el curso de la historia, constituyen la principal base económica objetiva de la coexistencia pacífica de los Estados socialistas y capitalistas. Al hacer uso de la palabra en el IX Congreso de los Soviets de toda Rusia, en diciembre de 1921, Lenin dijo: "...Existe una fuerza mayor que el deseo, la voluntad y la decisión de cualquiera de los gobiernos o de las clases hostiles a nosotros; esa fuerza está representada por las relaciones económicas generales del mundo, que les obligan a emprender el camino de las relaciones con nosotros"[2]. Así pues, la coe-

[2] V. I. Lenin. *IX Congreso de los Soviets de toda Rusia. O. C.*, t. 44, págs. 304-305.

xistencia pacífica de los Estados socialistas y capitalistas aparece como necesidad objetiva.

El principio leninista de la coexistencia pacífica prevé, ante todo, la renuncia a la guerra como medio de solución de las cuestiones en litigio entre los Estados. La coexistencia pacífica de los Estados socialmente diferentes significa la observancia de los principios de la soberanía, la igualdad de derechos y la inviolabilidad territorial de cada Estado, sea grande o pequeño, así como de la no ingerencia en los asuntos internos, el respeto del derecho de todos los pueblos a elegir libremente su régimen socioeconómico y político, el arreglo de los problemas internacionales en litigio por medio de negociaciones y el desarrollo de la cooperación económica y cultural en base a la plena igualdad y ventaja mutua.

La política de coexistencia pacífica que vienen aplicando los países socialistas expresa no sólo sus propios intereses, sino también los de toda la humanidad. Crea las condiciones internacionales favorables para el crecimiento del poderío económico del sistema socialista, mejora las condiciones de lucha de la clase obrera y los partidos comunistas de los países capitalistas y ayuda a los pueblos oprimidos a cumplir las tareas de la lucha de liberación nacional. Esta política obstaculiza los intentos del imperialismo de superar sus contradicciones internas aumentando la tirantez internacional y creando focos de peligro de guerra.

La política de coexistencia pacífica no contradice el derecho de los pueblos oprimidos a emprender, en la batalla por su emancipación, la vía que estimen necesaria.

Esta política no significa que deje de existir la lucha entre los dos sistemas mundiales opuestos. El combate entre el proletariado y la burguesía, entre el socialismo y el imperialismo continuará hasta la victoria del comunismo a escala mundial. Por su contenido, la coexistencia pacífica de los dos sistemas sociales es la lucha entre el socialismo y el capitalismo en todos los dominios de la vida social: economía, política, ideología y cultura. Pero los marxistas-leninistas procuran que esta lucha, históricamente inevitable, se libre en el cauce que no amenace con guerras y conflictos peligrosos.

La emulación económica ocupa el lugar central en la lucha entre los dos sistemas. "Ahora, como más influimos en la revolución mundial es con nuestra política económica —subrayó Lenin en su discurso pronunciado el 28 de mayo de 1921 en la X Conferencia de toda Rusia del PC(b) de Rusia—... En este terreno la lucha se lleva ya en escala mundial. Si cumplimos esta tarea, ganaremos en escala internacional de seguro y definitivamente"[3]. Todo el curso del desarrollo histórico mundial, a partir de la Revolución de Octubre hasta nuestros días, confirma persuasivamente esta previsión leninista.

La lucha entre los dos sistemas en el terreno económico cobra la forma de emulación económica. Esta lucha se despliega, ante todo, en torno al problema de cuál de los dos sistemas es capaz de asegurar el ritmo más rápido de crecimiento de las fuerzas productivas. Los índices más importantes de la emulación económica entre los dos sistemas es el ritmo de fomento económico, la envergadura de la producción en su conjunto y per capita, la productividad del trabajo social, el grado de desarrollo de la ciencia y la técnica y el nivel material y cultural de vida del pueblo.

Es notorio que la emulación económica empezó en condiciones excepcionalmente desfavorables para el socialismo. La primera revolución socialista se produjo en un país relativamente atrasado. Ocupando, entre los demás Estados, el primer lugar por el territorio y el tercer lugar por el número de habitantes, la Rusia zarista estaba en el quinto lugar del mundo y en el cuarto lugar de Europa en cuanto a la producción industrial. A la Rusia prerrevolucionaria correspondía poco más de un 3% de la producción industrial mundial. Por el volumen total de la producción industrial, Rusia se rezagaba ocho veces con respecto a EE.UU. Esta diferencia aumentó aún más a causa de la intervención extranjera y la guerra civil, que

[3] V. I. Lenin. *X Conferencia de toda Rusia del PC(b) de Rusia. O. C.*, t. 43, pág. 341.

provocaron el caos económico. En 1920, la producción de la gran industria de la Rusia Soviética era siete veces menor que la de la Rusia zarista en 1913: la fundición de acero era 22 veces menor. En cuanto a la generación de energía eléctrica, Rusia descendió del octavo lugar en el mundo (1913) al decimoctavo (1920), o sea, la generó cien veces menos que EE.UU. No obstante, ya en la primera etapa de la crisis general del capitalismo, el sistema socialista demostró sus ventajas sobre el sistema capitalista. En breves plazos históricos, la Unión Soviética realizó las grandes transformaciones económicas: industrialización socialista y colectivización de la agricultura. La creación del sistema de relaciones de producción socialistas proporcionó al país posibilidades inusitadas para desarrollar con rapidez las fuerzas productivas.

El índice más imponente de la ventaja de la economía socialista sobre la capitalista fue un ritmo más rápido de fomento de la economía de la Unión Soviética en comparación con los países capitalistas. En el período de 1913 a 1940, la producción industrial en el territorio que corresponde hoy a la Unión Soviética creció 7,7 veces, mientras que la de EE.UU., 2,1 veces, y menos aún la de otros países capitalistas. En comparación con 1913, la generación de fluido ascendió en la URSS, hacia 1940, 24 veces (en EE.UU., 6,6 veces); la producción de arrabio, 3,5 veces (en EE.UU., un 35%); la fundición de acero, 4,4 veces (en EE.UU., el 83%), y la producción de cemento, 3,2 veces (en EE.UU., un 42%). Como resultado, en el período mencionado, la Unión Soviética pasó, por el volumen total de la producción industrial, del quinto al segundo lugar en el mundo, y del cuarto al primer lugar en Europa. La proporción de la URSS en la producción industrial mundial ascendió a un 10%.

Todo ello es testimonio de la gigantesca arrancada del desarrollo del pueblo soviético y de las grandes victorias del socialismo en la primera etapa de la emulación económica con los países capitalistas.

Como resultado del fomento exitoso de la economía de la Unión Soviética, en el país se crearon las condiciones

que permitieron plantear la tarea de alcanzar y sobrepasar, en cuanto a la producción per capita, a los países capitalistas más adelantados en el aspecto económico. Pero la pérfida agresión de la Alemania hitleriana, en 1941, interrumpió el cumplimiento de esta tarea.

2. LUCHA DE LOS DOS SISTEMAS SOCIOECONOMICOS OPUESTOS Y PROFUNDIZACION DE LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO

El desenlace de la segunda guerra mundial fue distinto para los países imperialistas: unos de ellos resultaron entre los vencedores, y los otros, entre los vencidos; unos se hicieron más fuertes, mientras que otros, más débiles. Mas para todo el sistema imperialista en su conjunto, la guerra significó una gran derrota. Lejos de acabar con la crisis general del capitalismo, condujo a su sucesiva agravación.

La victoria del pueblo soviético en la Gran Guerra Patria y la derrota de las fuerzas militares del fascismo en Alemania, Italia y Japón tuvieron una importancia de alcance histórico universal, creando las premisas favorables para el desarrollo y el triunfo de las revoluciones socialistas en varios países de Europa y Asia. El socialismo rebasó el marco de un solo país, surgiendo el sistema socialista mundial.

Este sistema es la comunidad social, económica y política de los pueblos soberanos y libres. Las relaciones económicas y políticas dentro del sistema constituyen un nuevo tipo de relaciones interestatales que se asientan en los principios de la completa igualdad de derechos, la independencia nacional, la soberanía y la ayuda mutua y colaboración fraternales. Estas relaciones se estructuran tomando en consideración los intereses de todo el sistema en su conjunto y los intereses nacionales de los distintos países socialistas. Tales relaciones dentro del sistema so-

cialista se determinan por la comunidad socioeconómica y política de los Estados socialistas, por la unidad de sus fines e intereses.

Antes de la segunda guerra mundial, a la Unión Soviética y la República Popular Mongola correspondían un 17% del territorio y alrededor de un 9% de la población del globo terráqueo, mientras que en la actualidad, los países del sistema socialista mundial ocupan cerca de un 26% del territorio, en que vive, más o menos, una tercera parte de los habitantes del planeta.

La formación del sistema socialista mundial significó la reducción de la esfera de la explotación capitalista y el ahondamiento sucesivo de la crisis general del capitalismo. El imperialismo perdió no sólo considerables territorios y recursos en fuerza de trabajo, sino también colosales mercados de venta, fuentes de materia prima y esferas de aplicación de capital. Los países que después de la segunda guerra mundial emprendieron el camino del socialismo, eran importantes objetos de explotación imperialista como esferas de aplicación muy beneficiosa de capital. Antes de la segunda guerra mundial, el 63% de todo el capital fijo de Polonia era extranjero. En algunas ramas de la industria polaca, la proporción correspondiente al capital extranjero era aún mayor: en la industria electrotécnica, el 74,2%, y en la industria química, el 76,2%. En manos del capital extranjero se encontraba el 92,1% de los seguros sociales. Más del 50% de todo el capital en acciones de Bulgaria y un 34% del de Hungría correspondían al capital foráneo. Alrededor del 50% de todo el capital de la industria rumana estaba bajo el control de los monopolios extranjeros. Los monopolios de las potencias imperialistas traspasaban a sus cajas fuertes una parte considerable de la renta nacional de dichos países. Por ejemplo, en 1937, los ingresos de los monopolios extranjeros en Polonia ascendieron a 400.000.000 de zloty. El capital monopolista extranjero obtenía inmensas ganancias explotando a las masas trabajadoras de Rumania. Tan sólo en siete años, de 1922 a 1928, los monopolistas extranjeros exportaron de Rumania una suma

muy superior al total de los ingresos presupuestarios del país en 1929.

La separación de varios países de Europa Central y Sudoriental del sistema capitalista de economía, la nacionalización del capital extranjero y la implantación del monopolio del comercio exterior y del monopolio monetario en ellos liberaron a sus pueblos de la dependencia extranjera. Los monopolios de las potencias imperialistas sufrieron grandes pérdidas a causa de que varios países de Asia emprendieron también la vía socialista de desarrollo. La victoria de la revolución socialista en Cuba asestó un nuevo golpe al imperialismo. La reducción progresiva de la esfera de explotación capitalista condujo al debilitamiento del capitalismo mundial en el sentido económico, al aumento de la inestabilidad del sistema capitalista y al desarrollo sucesivo de sus contradicciones tanto dentro de los países imperialistas como entre ellos.

En el curso de la emulación económica, el socialismo, como sistema mundial, demuestra sus evidentes ventajas sobre el capitalismo en cuanto a todos los índices económicos principales, y en primer lugar, en cuanto al ritmo de crecimiento de la economía (véase el cuadro 1). El ritmo de fomento de la producción, siendo el principal índice del crecimiento de la economía, constituye el resultado de muchos componentes, y ante todo, de la utilización de los adelantos del progreso científico-técnico. En definitiva, el ritmo superior determina el desenlace de la emulación, sea cual fuere su nivel de partida. El ritmo de incremento de la producción demuestra la viabilidad del régimen social, es decir, su capacidad de emplear racionalmente la energía creadora de los pueblos y los medios de producción creados por ellos y de organizar con la mayor eficacia posible la producción social.

Los datos del cuadro 1 atestiguan que el promedio del ritmo anual del crecimiento de la producción industrial de los países socialistas en 1951-1975 fue dos veces, y en el período de 1971-1975, casi cuatro veces mayor que el índice respectivo de los países capitalistas. En

Cuadro 1

Ritmo de crecimiento de la producción industrial en los países socialistas y otros (en %% respecto al año 1950)

Años	Todo el mundo	Países socialistas	Demás países	Comprendidos: los países capitalistas adelantados	Comprendidos: los países en vías de desarrollo
1950	100	100	100	100	100
1955	147	191	135	132	156
1960	206	354	167	160	233
1965	285	501	227	218	329
1970	388	723	298	284	459
1975	492	11 veces	336	312	640
El promedio del ritmo anual de incremento en (en %%):					
en 1951-1975	6,6	10,0	5,0	4,6	7,7
en 1971-1975	4,9	8,3	2,5	1,9	6,9
comprendido el año 1975	—1	8	—7	—8	3

Fuente: *La URSS en cifras (1975)*. Breve recopilación estadística, ed. en ruso, Moscú, Ed. Statístika, 1976, pág. 50.

1975, el volumen de la producción industrial de los países socialistas superó aproximadamente en 19 veces lo producido en el mismo territorio en 1937, mientras que la producción de los países capitalistas, creció en este mismo período, tan sólo en 5,1 veces. Si se compara la producción industrial actual de todos los países socialistas con la de los países socialistas existentes en 1937 (es decir, con la de la URSS y Mongolia), se ve su crecimiento, en dicho período, en 38 veces, en tanto que la producción industrial de los países capitalistas no aumentó más que 4,6 veces. Como resultado, en el período de 1937 a 1975, la proporción de los países socialistas en la producción industrial del mundo aumentó en más de 4 veces, constituyendo en 1937 menos de un 10%, y en 1975, más de un 40%. El volumen de la producción industrial de los

países socialistas constituye más del 75% de la producción industrial de los países capitalistas económicamente adelantados.

En la emulación económica de los dos sistemas tiene especial importancia la que se desarrolla entre la URSS y EE.UU. Los dos Estados poseen colosales recursos técnico-materiales. A la URSS corresponde la parte principal de la producción del sistema socialista mundial, y a EE.UU., la del sistema capitalista mundial. Es evidente, a todas luces, que los resultados de la emulación entre la URSS y EE.UU. ejercen una influencia decisiva en la emulación de los dos sistemas mundiales.

Los datos del cuadro 2, que engloban casi todo el período postbélico, demuestran que la Unión Soviética aventaja considerablemente a EE.UU. en cuanto al ritmo medio anual de crecimiento de los principales índices económicos.

Cuadro 2

Ritmo medio anual de crecimiento de los principales índices de fomento de la economía de la URSS y EE. UU. de 1951 a 1975 (en %%)

Indices	URSS	EE. UU.
Renta nacional	8,1	3,1
Producción industrial	9,6	3,8
Producción agropecuaria	3,4	1,7
Circulación de mercancías (todos los tipos de transporte)	8,4	2,4
Inversiones básicas	9,2	2,4
Productividad del trabajo social	6,7	2,4
Productividad del trabajo en la industria	6,2	3,2

Fuente: La URSS en cifras (1975), pág. 54.

En la etapa actual de la emulación económica de los dos sistemas, la URSS aventaja a EE.UU. no sólo por el ritmo sino también por la envergadura absoluta del incre-

mento de muchos tipos de la producción industrial. Por ejemplo, en el período de 1960 a 1975, el incremento absoluto de la extracción de petróleo alcanzó en la URSS 343.000.000 de toneladas, mientras que en EE.UU., 266.000.000 de toneladas; la fundición de arrabio, respectivamente, 56.000.000 y 11.000.000 de toneladas; la de acero, 76.000.000 y 17.000.000 de toneladas, y la producción de cemento, 76.000.000 y 10.000.000 de toneladas. En su informe presentado al XXV Congreso del PCUS, Alexéi Kosyguin dijo: "Como resultado, ya antes del noveno quinquenio pasamos a producir más que cualquier otro país arrabio, mineral de hierro, manganeso y cromo, hulla y coque, cemento, sales potásicas y fosfatos, tractores, locomotoras Diesel y eléctricas, algodón, lana, lino y otros productos, y en el último quinquenio también acero, petróleo y abonos minerales"[4]. Esto significa el comienzo del proceso de superación del atraso históricamente formado de la URSS respecto a EE.UU. también en cuanto a la producción por habitante.

El que la URSS toma la delantera por el ritmo de fomento de la economía conduce al aumento de la proporción que le corresponde en la producción mundial. En 1937, la Unión Soviética produjo menos de un 10% de la producción industrial del mundo, mientras que en 1975 alcanzó ya un 20%. Son los mismos, más o menos, los índices del crecimiento de la proporción de la URSS en la generación mundial de energía eléctrica, la extracción de carbón, petróleo y gas, la fundición de acero, la producción de ácido sulfúrico, abonos minerales, etc.

A medida que se fortalecían las posiciones de la Unión Soviética en la economía mundial iba cambiando también la correlación de los volúmenes de la producción industrial de la URSS y EE.UU. La producción industrial de la Unión Soviética constituyó (en tanto por ciento respecto a la de EE.UU.) en 1950, menos de un 30%, y en 1975, más del 80%. (Señalemos, a título de comparación, que en la Rusia zarista de 1913, el índice correspondiente

[4] *Documentos del XXV Congreso del PCUS*, pág. 118.

fue de un 12,5%.) En el período de 1909 a 1913, el volumen de la producción agropecuaria de Rusia era igual, por término medio, al 65% del índice respectivo de EE.UU., mientras que en la URSS, en 1971-1975, el 78%, aproximadamente. En 1975, la renta nacional de la URSS constituyó más del 66% de la de EE.UU. (en 1950, un 31%)[5].

La Unión Soviética duplicó su producción industrial en 8,5 años (EE.UU., en 18; Inglaterra, en 22, y la RFA, en más de 11 años), sus fondos fijos de producción, en 8 años (EE.UU., en 22; Inglaterra, en 19, y la RFA, en 10 años), y su renta nacional, en 10 años (EE.UU., en 20; Inglaterra, en 30, y la RFA, en casi 15 años). Estos datos acreditan que el dinamismo de la economía socialista es muy superior al de la economía de los países capitalistas mencionados.

Gracias al rápido ritmo de fomento económico, crece cada vez más el surtido de bienes materiales cuya producción en la URSS se aproxima o aventaja a la estadounidense. Hace doce o quince años, la Unión Soviética adelantaba a EE.UU. por el volumen de la producción tan sólo en dos o tres ramas, mientras que en 1973, en comparación con EE.UU., extrajo más mineral de hierro y carbón, produjo más coque, máquinas-herramienta, locomotoras Diesel y eléctricas, tractores (por su potencia total), cosechadoras de cereales, madera industrial, madera aserrada, cemento, hormigón armado prefabricado, vidrio de ventanas, tejidos de lana y de lino, grasa animal y azúcar y obtuvo más pescado. El ritmo indiscutiblemente superior de fomento económico proporciona a la URSS una base segura para alcanzar y sobrepasar a EE.UU. en las ramas industriales que se rezagan aún de las norteamericanas: la producción de plásticos, fibras sintéticas, detergentes, etc.

Para que el socialismo triunfe en la emulación económica con el capitalismo es necesario que logre la superioridad en cuanto al nivel de la productividad del trabajo

[5] *La URSS en cifras (1975)*, págs. 52-53.

social. "...El capitalismo —decía Lenin— podrá ser y será definitivamente derrotado porque el socialismo logra una nueva productividad del trabajo muchísimo más alta"[6].

Gracias a que la productividad del trabajo en los países del sistema socialista mundial crece a ritmo más rápido que en los países capitalistas adelantados, disminuye la diferencia entre los niveles. En 1951-1975, la productividad del trabajo de los obreros industriales en la URSS alcanzaba anualmente, por término medio, un 6,2%, mientras que en EE.UU. era de un 3,2% (véase el cuadro 2).

El desenlace de la emulación económica entre los dos sistemas depende no sólo del hecho de que el socialismo supere al capitalismo en cuanto al volumen absoluto de producción de los bienes materiales. El exponente principal del nivel de fomento económico es el volumen de la producción por habitante.

Valiéndose de la ventaja que posee su régimen social, los países socialistas, sin alcanzar todavía el nivel de desarrollo económico de los países capitalistas más adelantados, logran superarlos en toda una serie de índices referentes al nivel de vida de la población. Los países del sistema socialista mundial liquidaron las clases explotadoras, con su consumo parasitario, y emplean la renta nacional para elevar el bienestar del pueblo y fomentar la producción socialista. En estos países ha sido suprimido el desempleo e implantada la remuneración igual por trabajo igual, independientemente del sexo y origen racial o nacional del trabajador. Todos los miembros de la sociedad tienen aseguradas la instrucción y la asistencia médica gratuitas. La Unión Soviética va muy por delante de EE.UU. en el desarrollo de la cultura, la educación, la sanidad, el sistema de pensiones, etc. El potencial de producción acrecido permite a los países socialistas que se adelanten, en plazo históricamente brevísimo, a los países capitalistas más desarrollados también en cuanto a los exponentes del nivel de vida de la población tales como

[6] V. I. Lenin. *Una gran iniciativa. O. C.*, t. 39, pág. 21.

los ingresos reales de los trabajadores por habitante y el promedio del consumo per capita de las principales mercancías alimenticias e industriales. El cumplimiento de estas tareas depende, ante todo, del ritmo de fomento económico, cuya importancia aumenta extraordinariamente en la etapa actual de la emulación de los dos sistemas, que se caracteriza por un amplio desenvolvimiento de la revolución científico-técnica.

El desarrollo de la ciencia y la técnica y la utilización de los adelantos más recientes del progreso científico-técnico en la producción determinan cada vez más el ritmo de fomento de la economía e influyen en el curso y las perspectivas de la emulación de los dos sistemas mundiales. De aquí su competencia tenaz en el terreno de la ciencia y la técnica.

Los sistemas socialista y capitalista crean premisas diametralmente opuestas para la revolución científico-técnica en sus respectivos países.

Las posibilidades del capitalismo de utilizar las realizaciones del progreso científico-técnico son limitadas, tropezando con las contradicciones de las relaciones de producción capitalistas privadas y, en definitiva, con los efectos socioeconómicos de este progreso bajo el capitalismo. El capital monopolista aspira a emplear los logros de la revolución científico-técnica para fortalecer sus posiciones, intensificar la explotación de los trabajadores, ampliar los mercados de venta y las esferas de aplicación de capital y luchar contra los movimientos obrero y de liberación nacional. El complejo militar-industrial, formado en el último decenio en los principales países capitalistas, emplea cada vez más los adelantos del progreso científico-técnico, persiguiendo con ello fines improductivos, militares, lo cual desemboca en un despilfarro gigantesco de los recursos materiales, laborales y financieros, mina el crecimiento de la economía, disminuye el ritmo de esta revolución y hace más lento el desarrollo de las fuerzas productivas. Para regular y dirigir estos procesos, la burguesía monopolista trata de utilizar en creciente escala la intervención del Estado en la economía, en par-

ticular, la subvención de las investigaciones científicas por el mismo.

En los países capitalistas, la revolución científico-técnica a la vez que amplía la esfera de manifestación de los antagonismos sociales existentes, origina nuevos. Por ejemplo, el proceso de automatización de la producción, sea cual fuere la fase del ciclo industrial en que se opera, conduce al crecimiento del desempleo. El hecho de que la agricultura se acerca a la industria por la composición orgánica del capital, acelerándose asimismo el crecimiento de la productividad del trabajo en la producción agropecuaria, viene acompañado de la intensificación del proceso de arruinamiento de los campesinos y de polarización social cada vez mayor en el campo. Así pues, el capitalismo pone graves obstáculos en el camino del progreso técnico. Los intentos del capitalismo monopolista de adaptarse a la revolución científico-técnica conducen, en definitiva, a la profundización sucesiva de sus contradicciones fundamentales.

La época contemporánea demuestra que el desarrollo más eficaz de la revolución científico-técnica sólo es posible en base a la propiedad social de los medios de producción y el fomento planificado de la economía nacional. Es por eso que bajo el socialismo la revolución científico-técnica ofrece vastas perspectivas para transformar la naturaleza, crear las riquezas materiales y espirituales y elevar la rentabilidad de la producción socialista.

En varios sectores del progreso científico-técnico, el sistema socialista mundial se coloca en el primer plano del desarrollo de la ciencia y la técnica. Lo atestiguan, en particular, los éxitos alcanzados por la Unión Soviética en la exploración del Cosmos, el lanzamiento de satélites con los esfuerzos mancomunados de varios países socialistas y los adelantos en el dominio del empleo pacífico de la energía atómica (en la industria electroenergética y el transporte marítimo). Además, la Unión Soviética va a la cabeza en el terreno de la técnica de construcción hidroenergética y la transmisión del fluido de tensión extraalta a grandes distancias; ocupa el primer lugar en el mundo

por la tecnología de la colada continua de acero y tiene índices tecnoeconómicos superiores que los norteamericanos de eficacia del trabajo de equipos tecnológicos en ciertas ramas muy importantes de la producción.

Una de las tareas principales de los países socialistas en la emulación económica consiste en coadyuvar al máximo a una introducción más rápida de las realizaciones científico-técnicas en la producción.

Los países socialistas han creado una base segura para el desarrollo de la revolución científico-técnica, pues han sabido proporcionar a la economía nacional un numeroso personal altamente calificado. En 1975, en la Unión Soviética había 3,3 veces más ingenieros graduados que en EE.UU.; la Unión Soviética va por delante también en cuanto a la envergadura de la formación anual de los profesionales. Así, en 1975, en la URSS se graduaron 5,5 veces más ingenieros que en EE.UU.[7].

Crecen ininterrumpidamente los gastos de los países socialistas para las investigaciones científicas, constituyendo uno de los factores determinantes de la victoria del socialismo en su emulación con el capitalismo. La Unión Soviética ha alcanzado a EE.UU. y supera 1,5-2 veces a los países europeoccidentales desarrollados en cuanto a la proporción de las inversiones que en la renta nacional corresponden a las investigaciones científicas. En el último decenio, la proporción de los gastos que hacen de su renta nacional los otros países socialistas del Consejo de Asistencia Mutua Económica (CAME) para las investigaciones científicas ha crecido de dos a tres veces. Las ventajas del socialismo permiten planificar a largo plazo las investigaciones científicas de acuerdo con los pronósticos investigativos del curso del progreso técnico, concentrar los medios en los dominios decisivos y aplicar en breves plazos las nuevas realizaciones de la ciencia en la producción.

Es sabido que en los países capitalistas desarrollados la ciencia se ve supeditada cada vez más a los fines de

[7] Véase *La URSS en cifras (1975)*, pág. 63.

4*

la militarización. Pero no se debe subestimar, naturalmente, ciertos éxitos de las investigaciones científicas en estos países y la experiencia del empleo de sus resultados en la producción capitalista. Esto significa que para salir airosos en su emulación con los países capitalistas adelantados los países socialistas deben aplicar grandes esfuerzos e invertir cuantiosos medios.

Los países miembros del CAME conceden suma importancia al desarrollo de la ciencia y la técnica, luchando por emplear mejor la ventaja que el socialismo tiene en este dominio sobre el capitalismo. El XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética planteó al respecto una tarea de alcance histórico: conjugar orgánicamente las realizaciones de la revolución científico-técnica con las ventajas del sistema socialista de economía y desarrollar aún más las formas propias del socialismo de combinación de la ciencia con la producción.

Esta tarea económica puede ser cumplida únicamente con los esfuerzos mancomunados de los países del sistema socialista mundial. "Una de las tareas primordiales de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas —señaló en junio de 1969 la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros— es fomentar la cooperación entre éstos en todas las esferas y asegurar nuevos éxitos en los campos decisivos de la competencia económica entre los dos sistemas, en el progreso de la ciencia y de la técnica"[8]. Esto significa que la tarea del desarrollo de la revolución científico-técnica en los países del sistema socialista mundial requiere ampliar en todos los aspectos su cooperación económica, científica y técnica. Por eso ha sido muy oportuna la aprobación por los países del CAME del Programa de integración socialista, que se está cumpliendo en la actualidad. Esta integración crea nuevas posibilidades para el rápido avance de cada país socialista por el camino del progreso científico-técnico, para que se empleen mejor las ventajas del

[8] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros. Documentos y materiales*, ed. en ruso, Moscú, 1969, pág. 304.

socialismo y se asegure su victoria en la emulación económica con el capitalismo.

El crecimiento continuo del poderío del sistema socialista mundial es factor esencial que acelera el proceso revolucionario mundial y profundiza la crisis general del capitalismo. Este poderío económico y la elevación del nivel de vida de los trabajadores de los países socialistas sirven de argumento persuasivo en la confrontación histórica entre el socialismo y el capitalismo. La experiencia de los decenios transcurridos desde la Gran Revolución Socialista de Octubre ha confirmado la conclusión de la teoría revolucionaria de que el capitalismo está condenado por la historia.

3. TRANSFORMACION DEL SISTEMA SOCIALISTA MUNDIAL EN FACTOR DECISIVO DEL DESARROLLO DE LA SOCIEDAD

La transformación del sistema socialista mundial en factor decisivo del desarrollo mundial se determina por el hecho de que la comunidad de los países socialistas se manifiesta, en el desarrollo económico, político, cultural y nacional y en la formación de nuevas relaciones entre los Estados, como agente de las tendencias y leyes objetivas del progreso socioeconómico. Al suprimir la propiedad privada de los medios de producción e implantar la propiedad social y liquidar así las bases de la explotación del hombre por el hombre, el socialismo eliminó las barreras que el capitalismo pone en el camino del desarrollo de las fuerzas productivas. El surgimiento y desarrollo de las relaciones de producción socialistas en los países del socialismo han conducido a que éstas se extiendan también en el ámbito de las relaciones entre las naciones y Estados. Las relaciones entre los países socialistas descansan en los principios de la igualdad de derechos y la soberanía nacional, la cooperación múltiple y mutuamente ventajosa y la fraterna ayuda recíproca.

Los países socialistas son portadores de las tendencias progresistas de la evolución de la economía mundial. En la medida en que se desarrolla y fortalece el sistema socialista mundial se hace cada vez más palpable la principal dirección de la proyección económica mundial: el fortalecimiento de las posiciones internacionales del socialismo en su emulación económica con el capitalismo y el crecimiento de la unidad de las fuerzas que luchan por el auténtico progreso económico y social en el mundo entero. Las victorias y realizaciones del sistema socialista mundial y su capacidad de ejercer una influencia revolucionadora en todo el curso del desarrollo mundial se explican por los éxitos de la construcción del comunismo en la Unión Soviética y del socialismo en otros países socialistas, así como por el fortalecimiento de su unidad.

Los adelantos de los países socialistas en el campo de la economía y del progreso científico-técnico tienen por resultado inmediato el cambio de la situación de estos países en la economía mundial y el sistema de las relaciones económicas internacionales. El sistema socialista de vínculos económicos influye positivamente en el proceso de construcción del socialismo y el comunismo en los países socialistas, enriqueciendo y fortaleciendo este proceso. En oposición al imperialismo que se vale de la división del trabajo entre los países para consolidar la desigualdad de las naciones y legitimizar la explotación de países económicamente menos desarrollados por los países capitalistas adelantados, el socialismo hace surgir y desarrolla una nueva división internacional del trabajo, que contribuye a la utilización máxima posible y racional de todos los recursos materiales y laborales del campo socialista. Esto se consigue concentrando los esfuerzos de cada país en el fomento de aquellos sectores de la economía que tienen aseguradas las condiciones naturales y económicas más propicias de desarrollo, con el fin de garantizar el crecimiento ininterrumpido de la economía de cada país y del sistema socialista mundial en su conjunto. La cooperación múltiple mutuamente ventajosa y la ayuda recíproca fraternal de los Estados socialistas

facilitan el cumplimiento de muchas tareas difíciles y complejas de la edificación del socialismo y el comunismo y constituyen uno de los factores que aseguran el alto ritmo de crecimiento de la economía y del progreso científico-técnico.

El perfeccionamiento de la democracia socialista, el auge de las fuerzas productivas del socialismo, la elevación del nivel de vida de las masas trabajadoras, la creciente satisfacción de sus necesidades materiales y la superioridad de los valores morales en los países socialistas inspiran la lucha de las masas trabajadoras en los países del capital. Ahora, los pueblos pueden juzgar del socialismo no sólo por sus programas y consignas, sino también por los bienes que proporciona a la sociedad, al hombre. Las ideas del socialismo conquistan la conciencia de los trabajadores. Actualmente, la clase obrera de los países capitalistas no se limita a presentar reivindicaciones económicas, sino que plantea con creciente frecuencia demandas políticas, orientadas contra el propio sistema capitalista. A fin de impedir las conmociones socioeconómicas más peligrosas para su régimen, la burguesía monopolista se ve obligada a hacer ciertas concesiones a la clase obrera. Hoy día, la clase obrera que se alza a la lucha puede contar con el amplio apoyo y ayuda de los pueblos de los países socialistas.

El crecimiento del poderío económico del sistema socialista mundial ejerce una influencia cada vez mayor en los procesos económicos internos y la política interior del imperialismo. Los adelantos de los países del socialismo constituyen uno de los importantes factores que han provocado la intensificación de la intervención del Estado en el proceso de la reproducción capitalista y una amplia difusión de distintos sistemas de programación y pronósticos de fomento de la economía y de financiación de las investigaciones científicas por el Estado. Para elevar la eficacia y el ritmo de desarrollo de su producción y fortalecer sus posiciones en la confrontación con el socialismo, los círculos dominantes de los países capitalistas se valen más y más del poderío del Estado burgués.

El sistema socialista mundial es un poderoso factor del ascenso del movimiento de liberación nacional. Las victorias del socialismo mundial ejercen una inmensa influencia revolucionadora en los pueblos de las colonias y países dependientes, inspirándolos a la lucha resuelta contra el yugo del imperialismo. Manifestándose con decisión en contra del sistema caduco del colonialismo, los países del socialismo prestan a los pueblos de las colonias y países dependientes una ayuda moral y material multifacética en su lucha por la independencia política y económica. Los países del socialismo mundial proporcionan una asistencia eficiente a los países políticamente independizados en la construcción de su economía nacional y el desarrollo de la ciencia, la técnica, la instrucción y la cultura, contribuyendo de este modo a la superación de su atraso heredado del colonialismo y a su liberación definitiva del yugo de los monopolios extranjeros.

Bajo la influencia directa del sistema socialista mundial, varios países emancipados emprenden con creciente decisión la vía no capitalista de desarrollo. El ejemplo de los países socialistas, que resolvieron del mejor modo varios y complejos problemas sociales, y ante todo la experiencia de la URSS en la superación del atraso económico y cultural de las regiones periféricas de población principalmente no rusa y las enseñanzas de la construcción del socialismo en ellas, soslayando la fase capitalista de desarrollo, así como la ayuda de los países socialistas a los en vías de desarrollo en la construcción de su economía nacional y en el desarrollo de la ciencia, la cultura y la instrucción coadyuvan al progreso cada vez más rápido de los países del "tercer mundo" y a la formación de las premisas de su avance por el camino no capitalista. Varios de estos países encaminan sus pasos hacia el progreso y el socialismo. La ayuda de los países del socialismo mundial facilita la lucha de los países en vías de desarrollo contra el neocolonialismo, impide a los monopolios de las potencias imperialistas que les impongan sus condiciones leoninas y contribuye a que dichos países superen su atraso y conquisten la auténtica independencia.

El sistema mundial del socialismo se ha convertido ya en una fuerza internacional que ha hecho fracasar más de una vez los designios agresivos del imperialismo y cortado los intentos de desencadenar una nueva guerra mundial. "...Se puede afirmar con seguridad —declaró Leonid Brézhnev en el XXIV Congreso del PCUS— que muchos planes de los agresores imperialistas han sido frustrados porque existe y actúa enérgicamente el sistema socialista mundial..."[9]

A pesar de su inmenso potencial militar-industrial, el imperialismo no puede hoy imponer al mundo su política. La humanidad tiene las posibilidades reales para sofrenarlo, prevenir y liquidar los conflictos bélicos y eliminar la amenaza a la paz universal y a la seguridad de los pueblos. La fuerza principal y decisiva que ha creado estas posibilidades y ejerce el influjo progresista en el desarrollo histórico es el crecimiento del poderío del sistema socialista mundial. Actualmente, el socialismo desempeña el papel primordial en la determinación de la tendencia de la política mundial. Los países socialistas, la clase obrera internacional y el movimiento nacional-liberador, junto con otras fuerzas pacifistas que mantienen posiciones antimperialistas, forman hoy un vigoroso frente democrático, orientado contra el imperialismo.

El Programa de Paz, elaborado por el XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética sobre la base de un profundo análisis científico de la distribución de las fuerzas de clase, la situación mundial y las perspectivas de su desarrollo, abrió nuevas vías hacia la distensión y la creación de los firmes cimientos de la coexistencia pacífica de los Estados socialmente diferentes.

En la medida en que crece el poderío y el prestigio internacional de la Unión Soviética y otros países socialistas, la activación de su política exterior pacífica y el reforzamiento de otros factores determinantes del desarrollo general progresista de las actuales relaciones internacionales, los Estados capitalistas se ven obligados a tener

[9] L. Brézhnev. *Acerca de la política exterior del PCUS y del Estado soviético*, pág. 321.

cada vez más en cuenta, en su política exterior, la necesidad de la coexistencia pacífica, como única base sensata de las relaciones con los países socialistas.

Durante medio siglo, los círculos gobernantes de los Estados imperialistas venían rechazando los principios leninistas de la coexistencia pacífica de los Estados socialmente diferentes. Pero la vida misma ha confirmado la justeza de Lenin. Hoy día, estos principios, constituyendo la única alternativa razonable a una nueva guerra mundial de exterminio, se convierten en norma de las relaciones entre los países socialistas y capitalistas.

Estos principios son la base del desarrollo de la cooperación de los Estados socialistas con varios países capitalistas importantes: Francia, RFA, Italia y otros. Los primeros años de la década del setenta han estado marcados por los cambios positivos en las relaciones entre la URSS y EE.UU., haciendo posible el paso de la confrontación a la distensión, la normalización de las relaciones y la cooperación en pie de ventaja mutua. En el documento sobre las bases de las relaciones entre la URSS y EE.UU. han sido fijados los nuevos principios de éstas. El artículo primero de dicho documento proclama que la URSS y EE.UU. partirán de la convicción común de que en el siglo nuclear no existe otra base para sus relaciones que no sea la coexistencia pacífica. Las diferencias en la ideología y los sistemas sociales de la URSS y EE.UU. no constituyen un obstáculo para que entre estos países se desarrollen las relaciones que descansen en los principios de la soberanía, la igualdad, la no ingerencia en los asuntos internos y la ventaja mutua.

Aunque la naturaleza del imperialismo no ha cambiado, aunque éste, por sus fines principales, sigue siendo enemigo inconciliable del socialismo, los dirigentes de varios Estados burgueses han empezado a mostrar más realismo en su política exterior, lo cual ha hecho posible que en los últimos años se hayan firmado toda una serie de importantes acuerdos internacionales. El hecho de que muchas personalidades burguesas hayan tomado conciencia de la imposibilidad de imponer su dominio a otros

países por la fuerza de las armas, los obliga hoy a reconocer los principios de la coexistencia pacífica de los Estados pertenecientes a sistemas socioeconómicos diferentes.

Analizando los cambios operados en el mundo en los últimos años, Leonid Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS, declaró en su discurso pronunciado en el Congreso Mundial de las Fuerzas de la Paz: "Estamos profundamente convencidos de que la tendencia principal en el desarrollo de las relaciones internacionales contemporáneas es el viraje que se está dando de la "guerra fría" a la distensión, de la confrontación militar al aumento de la seguridad, a la colaboración pacífica"[10]. Este viraje se ha hecho posible bajo la influencia de los cambios operados en la correlación de las fuerzas de los dos sistemas opuestos en favor del sistema socialista mundial.

Guiándose por el principio leninista de la coexistencia pacífica, la Unión Soviética propugna el desarrollo del comercio con los Estados capitalistas industrializados. La política consecuente y perspicaz de la URSS en este terreno ha demostrado que el rumbo de los gobiernos de algunos países de Occidente a la discriminación en el comercio con los países socialistas es absolutamente inconsistente y carece de toda perspectiva. Y aunque no todos los políticos de Occidente hayan renunciado a la política de "guerra fría", las ideas de la colaboración internacional reciben un apoyo cada vez más amplio. Lo testimonia el crecimiento anual del volumen del comercio exterior de la URSS con los países capitalistas industrializados (más de 6,9 veces, en el período de 1960 a 1974)[11]. En el contexto de estos hechos aparece como una supervivencia de la política fracasada el sistema de limitaciones cuantitativas, de prohibiciones y de comercio desigual que aún

[10] L. Brézhnev. *Por una paz justa y democrática, por la seguridad de los pueblos y la cooperación internacional*, ed. en ruso, Moscú, Politizdat, 1973, pág. 10.

[11] Véanse *La economía de la URSS en 1922-1972*, ed. en ruso, Moscú, Edit. Statístika, 1972, pág. 491; *El comercio exterior de la URSS en 1974. Resumen Estadístico*, ed. en ruso, Moscú, 1975, pág. 12.

aplican los gobiernos de algunos países capitalistas en las relaciones comerciales con los países socialistas. Este sistema daña, ante todo, a sus iniciadores.

El desarrollo de la cooperación mutuamente ventajosa de la URSS con los países capitalistas confirma persuasivamente la vitalidad de los principios leninistas de la coexistencia pacífica. Enjuiciando las perspectivas de la preservación de la paz, Lenin subrayaba que con su programa de paz y los planes de colaboración económica a largo plazo la República Soviética no sólo defendía los intereses pacíficos de la mayoría absoluta de la población de nuestro planeta, sino que atraía también a los círculos de negocios de los Estados capitalistas.

Todo ello atestigua que, en la época contemporánea, el sistema socialista mundial constituye la principal fuerza revolucionaria y transformadora. La formación y el fortalecimiento de este sistema ha dado un potente impulso al progreso histórico, que se inició con la Gran Revolución de Octubre. Los países de la comunidad socialista ejercen una influencia cada vez mayor en el desarrollo de los acontecimientos mundiales y en todos los aspectos de la vida de la sociedad capitalista.

Sin embargo, sería erróneo prescindir de que los adversarios de la distensión no desean abandonar sus posiciones sin dar combate. Los círculos reaccionarios de la OTAN y de otros bloques militares agresivos continúan sus intrigas contra el sistema socialista mundial y todas las fuerzas amantes de la paz.

Al apreciar la situación internacional de la Unión Soviética y el ambiente mundial, el XXV Congreso del PCUS concluyó que la lucha ulterior por la paz, la libertad y la independencia de los pueblos exige, ante todo, resolver una serie de problemas candentes. Trátase de que los Estados socialistas sigan aumentando activamente su aporte común al fortalecimiento de la paz; de la necesidad de lograr el cese de la creciente carrera armamentista, peligrosa para el mundo, y el paso a la reducción de las existencias acumuladas de armamento, el paso al desarme; de concentrar los esfuerzos de los países adictos a la paz

en la liquidación de los focos de guerra subsistentes, ante todo en el logro de un arreglo justo y duradero en el Oriente Medio; de hacer todo lo necesario para profundizar la distensión internacional, para plasmarla en formas concretas de cooperación recíprocamente ventajosa entre los Estados; de procurar la seguridad en Asia, basándola en los esfuerzos mancomunados de los Estados de este continente; de aspirar a la conclusión de un tratado mundial que proscriba el uso de la fuerza en las relaciones internacionales de considerar como una de las tareas internacionales más importantes la liquidación total de los vestigios del sistema de opresión colonial, de menoscabo de la igualdad de derechos y de la independencia de los pueblos, de los focos del colonialismo y racismo; de conseguir que se ponga fin a la discriminación, se supriman todas las barreras artificiales en el comercio internacional y se destierren de las relaciones económicas internacionales todas las manifestaciones de desigualdad, imposición y explotación.

Tales son la continuación y el desarrollo orgánicos del Programa de Paz propuesto por el XXIV Congreso del PCUS. Estas son las tesis fundamentales del programa de la lucha sucesiva por la paz y la cooperación internacional, por la libertad y la independencia de los pueblos, formulado en el XXV Congreso del PCUS. El cumplimiento de las tareas planteadas en este programa responde no sólo a los intereses de la Unión Soviética y otros países socialistas, sino a los de toda la humanidad. Por eso, precisamente, la política exterior de la URSS goza de respeto y apoyo de las multitudinarias masas populares del mundo entero. "Continuaremos aplicando esa política con redoblada energía —subrayó L. Brézhnev en su informe al XXV Congreso del PCUS—, procurando poner freno a las fuerzas de la guerra y la agresión, consolidar la paz general y garantizar el derecho de los pueblos a la libertad, la independencia y el progreso social"[11—a].

11—a *Documentos del XXV Congreso del PCUS*, pág. 4.

Los pueblos de todos los países aprecian estas conclusiones como un programa inspirador de acción en la lucha por la paz, la independencia y el progreso social. Los pueblos rebosan de decisión para continuar, con energía y abnegación mayores todavía, la lucha por el fortalecimiento de la paz y de la seguridad internacional.

4. INCONSISTENCIA DE LAS NOCIONES DE LOS ECONOMISTAS BURGUESES ACERCA DE LOS PROBLEMAS DE LA EMULACION ECONOMICA ENTRE LOS DOS SISTEMAS

La economía política burguesa expone más y más a menudo sus criterios sobre la nueva etapa, decisiva, de la emulación económica de los países socialistas con el capitalismo. Mientras el sistema socialista mundial logra nuevas y nuevas victorias en esta emulación, los economistas burgueses recurren a subterfugios teóricos más sutiles cada día para disimular la naturaleza explotadora del capitalismo. La reacción imperialista se vale ampliamente de los métodos de subversión ideológica y política. La propaganda burguesa trata de encubrir los principales antagonismos y defectos sociales del mundo capitalista contemporáneo, entorpecer la conciencia política de los trabajadores y paralizar su voluntad de luchar por el socialismo.

El crecimiento vertiginoso del poderío del sistema socialista mundial no deja lugar a dudas sobre la superioridad del socialismo frente al capitalismo. Por eso, los defensores del capitalismo moderno no pueden ya limitarse a proclamar las imaginarias ventajas "morales" y "políticas" de la "libre empresa" y han elaborado en los últimos años, además de concepciones económicas vulgares, que elogian el capitalismo y denigran el socialismo, teorías económicas llamadas a "explicar", desde el punto de vista apologético, los procesos más importantes que transcurren

en el mundo en virtud de la emulación económica entre los dos sistemas mundiales.

Actualmente, los economistas burgueses, en sus obras dedicadas a la emulación de los dos sistemas mundiales, ya no pueden negar o silenciar los adelantos de la economía soviética, sino que se ven obligados a reconocerlos. Por ejemplo, el economista norteamericano W. Buckingham, en su libro *Teoría de los sistemas económicos*, señala que los sistemas no capitalistas, que existen ya hace largo tiempo, han demostrado en la práctica su estabilidad e importancia económicas y que ahora no se debe esperar su caída. Empero, reconociendo la vitalidad del sistema socialista, los economistas burgueses intentan probar que los cambios observados en los países socialistas y capitalistas conducen a la nivelación de los sistemas opuestos —el socialismo y el capitalismo—, a la desaparición paulatina de las diferencias entre ellos y a "un sistema económico único" que debe tomar del capitalismo la propiedad privada de los medios de producción, la ganancia capitalista y el "mercado libre", y del socialismo, "la igualdad económica de los ciudadanos" y la "planificación económica", es decir, hacer coincidir elementos mutuamente excluyentes. Tratan de demostrar que, en nuestro tiempo, el capitalismo y el socialismo atraviesan un período de regeneración, desapareciendo, por tanto, paso a paso, las diferencias entre los dos sistemas. Las teorías más extendidas de los economistas burgueses son teoría de la "sociedad industrial", teoría de la "sociedad postindustrial" y teoría de la convergencia.

Estas teorías, llamadas a disimular la contrariedad de los dos sistemas, son un intento de demostrar la supuesta analogía y falta de las diferencias básicas entre el socialismo y el capitalismo. El sociólogo francés R. Aron, los economistas norteamericanos S. Kuznets, W. Rostow, P. Sorokin, J. Galbraith y otros adeptos de la teoría de la "sociedad industrial" afirman que el sistema económico de los países del capitalismo moderno y de la Unión Soviética es el mismo: el "sistema industrial", o la "sociedad industrial".

Los autores y partidarios de la teoría de la "sociedad industrial" declaran que los rasgos coincidentes de los dos sistemas socioeconómicos se multiplican, ante todo, a raíz de su desarrollo en base a la técnica industrial moderna. A su juicio, el progreso técnico da origen a procesos análogos en la economía del socialismo y del capitalismo: aumentan las dimensiones de las empresas, crece la proporción de la industria en la economía nacional, se opera la redistribución de la fuerza de trabajo entre los sectores de la economía nacional, etc. Según ellos, los procesos idénticos disminuyen la diferencia entre los dos sistemas socioeconómicos y aumentan su coincidencia. Por ejemplo, el conocido economista estadounidense J. Galbraith declara que la técnica industrial moderna se supedita a un imperativo determinado que rebasa el marco de la ideología, y que en la actualidad es precisamente este imperativo, y no la voluntad de los políticos, el que determina —y, además, muy fuertemente— la actividad de las instituciones económicas y, por ende, de las políticas. No es de extrañar que este imperativo imponga asimismo las demandas análogas. J. Galbraith dice que en el mundo contemporáneo, las grandes diferencias existen tan sólo entre las sociedades y países industrializados y no industrializados. Subraya que, al mismo tiempo, debido al influjo de las necesidades de la técnica industrial y la organización de la producción, vinculada con aquélla, las diferencias entre los países altamente industrializados se disminuyen cada día más. Sacando la conclusión de que, como resultado, el lugar de las sociedades capitalista y socialista es ocupado por la sociedad industrial única, cuyo principal rasgo distintivo es el alto nivel técnico. El sociólogo francés R. Aron dice que la sociedad industrial única tiene dos variedades —la occidental y la del tipo soviético—, que son más bien análogas que diferentes, pues ambas constituyen la sociedad industrial en proceso de desarrollo.

Los adeptos de la teoría de la "sociedad industrial" afirman que el futuro no pertenece al capitalismo ni al comunismo, sino a la sociedad industrial. El procedimiento consistente en disimular los defectos del capitalismo acercándolo al socialismo es viejo. Los ideólogos burgueses tratan de emplearlo en el nuevo contexto de la emulación de los sistemas socioeconómicos opuestos. Esto significa, ante todo, que los economistas y reformistas burgueses no tienen fe en la fuerza y las capacidades del capitalismo y presienten su inminente fracaso en la emulación económica entre los dos sistemas.

El defecto principal de la teoría burguesa de la "sociedad industrial" estriba en que sus autores identifican la revolución en la técnica con la revolución social, esto es, sustituyen las relaciones sociales de producción por la técnica y los fenómenos directamente vinculados con la misma. Aunque, debido a la revolución científico-técnica, se pueden encontrar ciertos rasgos análogos en la economía de los países pertenecientes a los dos sistemas sociales opuestos, ni la técnica ni la estructura sectorial de la producción son rasgos característicos del régimen social. Se trata de que el sistema socioeconómico de los países socialistas se diferencia en esencia del de los países capitalistas incluso en el caso de ser igual el nivel técnico, y más o menos análoga la estructura sectorial de la producción. Las relaciones de producción socialistas descansan en la propiedad social de los medios de producción, mientras que las capitalistas se apoyan en la propiedad privada sobre dichos medios. Es evidente, a todas luces, que el sistema socialista se diferencia de raíz del capitalista tanto por la forma de propiedad de los medios de producción como por el carácter del trabajo, el modo de distribución de los bienes materiales y otros componentes de las relaciones de producción.

La teoría de la "sociedad industrial" es un engendro típico de la época de la crisis general del capitalismo. Las conclusiones sobre la identidad del socialismo y el capitalismo y sobre la desaparición de las diferencias entre ellos es una teoría absurda que no tiene nada que ver con la realidad. La doctrina marxista-leninista ha demostrado que el desarrollo técnico, lejos de "sustituir" la revolución socialista, por el contrario, hace inevitable la conclusión de

que es necesario sustituir las relaciones de producción capitalistas por las socialistas. Los propagandistas de la teoría de la "sociedad industrial" tratan de ocultar el carácter históricamente pasajero del capitalismo e inculcar a las masas la idea de que los principales problemas sociales, que preocupan a la humanidad, no se resuelven por las transformaciones socialistas, sino tan sólo mediante el desarrollo de la técnica. Dicha teoría sirve a los intereses del capital monopolista, entorpece la conciencia de clase de los trabajadores y los distrae de la lucha activa por acabar con la dominación de la burguesía monopolista.

A fines de la década del sesenta, en las publicaciones burguesas se ha difundido una variedad de la teoría de la "sociedad industrial" —la teoría de la "sociedad postindustrial"—, que desarrolla a aquélla de conformidad con las nuevas condiciones ligadas a la revolución científico-técnica y se asienta en la misma base metodológica. Los economistas y sociólogos burgueses y en particular el conocido sociólogo norteamericano D. Bell, quien encabeza la Comisión del Año 2000, conciben la "sociedad postindustrial" como una sociedad en que la mayor parte de la población activa no está ocupada ya en la agricultura ni en la industria, sino en la esfera de los servicios: el comercio, las finanzas, el transporte, la sanidad, la industria de distracciones y recreo, las investigaciones, la instrucción y los órganos administrativos. A juicio de los economistas burgueses, esta sociedad se caracteriza por que las firmas y consorcios industriales pierden su papel dominante, la eficacia del trabajo deja de ser un objetivo primordial, disminuye cada vez más la importancia del mercado, la economía adquiere el "carácter coordinado", aumentándose el ritmo de su desarrollo, se aseguran la prosperidad general y el alto nivel de ingresos por habitante, y la dirección de la sociedad pasa a manos de los científicos.

La teoría de la "sociedad postindustrial" descansa en el mismo enfoque del desarrollo de la sociedad que la teoría de la "sociedad industrial". Sus autores abordan

todos los problemas sociales exclusivamente desde posiciones de la técnica, separándola del modo de producción. Pero, en realidad, el cambio de la correlación entre el número de trabajadores de la producción material y el de ocupados en la esfera de los servicios, en favor de esta última, no significa en absoluto el paso a la sociedad de nuevo tipo. Este paso está determinado, ante todo, por el modo de producción. Los economistas burgueses consideran la ampliación de la esfera que no produce bienes materiales como cierta revolución social. A su juicio, esta ampliación debe conducir a la supresión de las contradicciones económicas y sociales del capitalismo contemporáneo. Estas ideas carecen de todo fundamento real. El comercio, el sistema crediticio-financiero, la instrucción, la sanidad, las empresas de espectáculos y los servicios a la población son, en el fondo, junto con la esfera de producción de bienes materiales, partes integrantes del proceso único de reproducción capitalista. En las dos esferas rigen unas mismas leyes y contradicciones. La especificidad de la esfera que no produce bienes materiales no estriba en su especial naturaleza social, sino en una mayor heterogeneidad, en un nivel más bajo de la socialización capitalista y en una proporción mayor de pequeñas empresas en algunos de sus sectores, en comparación con la esfera de producción material. Mas las diferencias disminuyen también en este sentido en la medida que los grandes consorcios van fortaleciendo sus posiciones en la esfera de los servicios. En el comercio y los servicios a la población, el salario es más bajo que en el dominio de la producción industrial. No es de extrañar, por eso, que en los últimos años los trabajadores de los sectores que no producen bienes materiales desempeñen un papel activo en la lucha huelguística.

Partiendo del influjo creciente de la ciencia en muchos dominios de la vida social, los adeptos de la "sociedad postindustrial" hablan del surgimiento de una élite todopoderosa de científicos que subordina a la sociedad. Pero por muy grande que sea hoy día el papel de los científicos y especialistas técnicos, su autonomía es muy limitada.

Las leyes vigentes en la sociedad capitalista les dictan sus imperativos categóricos. La actividad de los científicos resulta controlada directa o indirectamente por el capital monopolista que tiene a su disposición los medios materiales y técnicos para realizar investigaciones científicas y elaborar proyectos de desarrollo.

Los partidarios de la teoría de la "sociedad post-industrial" se esfuerzan por ocultar las agudas contradicciones en los países capitalistas adelantados que dimanan directamente del desenvolvimiento de la revolución científico-técnica. La revolución científico-técnica, además de agravar todas las contradicciones existentes, engendra nuevas: entre las posibilidades jamás vistas que ofrece esta revolución y los obstáculos que el capitalismo levanta en el camino de su utilización en bien de toda la sociedad, así como entre los intereses de la inmensa mayoría de la población y los de la oligarquía financiera, y otras.

Haciendo pasar el proceso de desarrollo social por una evolución automática lisa y llana hacia la "sociedad postindustrial" paralelamente al despliegue de la revolución científico-técnica, los economistas burgueses declaran que la lucha entre las clases se ha anticuado, y la revolución socialista es innecesaria, pues, según ellos, el progreso técnico elimina las contradicciones y antagonismos sociales, garantizando la satisfacción de las necesidades de todos los sectores de la sociedad. El principal fin que persiguen los autores y adeptos de la teoría de la "sociedad postindustrial" consiste en encubrir la prepotencia de la oligarquía financiera, embellecer la situación de los trabajadores y distraerlos de la lucha revolucionaria.

* * *

Otra variedad de la teoría de la "coincidencia de los dos sistemas" es la teoría burguesa de su "convergencia". Sus autores afirman que la naturaleza de ésta radica en que en el curso del desarrollo industrial de los países capitalistas y socialistas va desapareciendo paulatinamente la

contradicción entre los dos sistemas socioeconómicos que perspectivamente pueden fundirse en una sociedad híbrida, pues, según ellos, el capitalismo cambia cada vez más su esencia, acercándose al socialismo, y este último evoluciona, a su vez, hacia el capitalismo.

El "modelo" de sociedad que toma algo del capitalismo y algo del socialismo es una especulación demagógica con el afán de los trabajadores de los países capitalistas de modificar el régimen existente. Claro que semejante "modelo" no tiene nada de común con el socialismo. Ni un "grado mayor de igualdad" ni la "planificación económica", incluso en el caso de poder realizarse bajo el capitalismo, constituyen de por sí elementos del socialismo.

Los adeptos más consecuentes de la teoría de la "convergencia" son los economistas norteamericanos W. Buckingham y J. Galbraith y el sociólogo P. Sorokin, el economista holandés J. Tinbergen y el sociólogo francés R. Aron. Lo común de todas las variedades existentes de la teoría de la "convergencia" es la afirmación sobre la interpenetración de los dos sistemas, en el curso de la cual el socialismo será absorbido, en definitiva, por el capitalismo. Según ellos, durante este proceso, el capitalismo elimina sus defectos y asimila los mejores rasgos del socialismo, y este último también regenera respectivamente, liberándose de sus "deficiencias" y "absorbiendo" elementos del capitalismo.

Los adeptos de la teoría de la "convergencia" aplican el conocido procedimiento anticientífico, consistente en la aplicación no crítica de conceptos tomados del dominio de las ciencias naturales al de la vida social. Se entiende por "convergencia" en biología el desarrollo de la analogía entre diversos organismos a raíz de su adaptación a iguales condiciones de existencia. Valiéndose de esta analogía, los autores de la teoría de la "convergencia" afirman que en la situación actual se opera la aproximación mutua de los sistemas que tienen estructuras socioeconómicas cualitativamente distintas. A su juicio, el principal papel en este proceso corresponde a la revolución científico-

técnica. Los ideólogos del anticomunismo declaran que esta última da origen a un régimen social de nuevo tipo, carente de los defectos del capitalismo.

En la teoría de la "convergencia" se distinguen dos aspectos fundamentales: en primer lugar, la falsificación de la esencia del socialismo y, en segundo lugar, la disimulación de las contradicciones sociales y de la naturaleza de clase del capitalismo.

El sentido de clase de la teoría de la "convergencia" es bien claro. Los ideólogos del anticomunismo se empeñan en probar que en el curso de la revolución científico-técnica, la sociedad capitalista ha sufrido cambios radicales que afectan su base misma. Más aún, tratan de convencer a las gentes de que la sociedad capitalista desaparece, sustituyéndose por la "sociedad industrial", por lo cual van desapareciendo por sí solas las contradicciones principales de la época, se elimina el problema del paso de la humanidad del capitalismo al socialismo y al comunismo. Los autores de la teoría de la "convergencia" asientan su argumentación en la tesis de que los dos sistemas se parecen cada vez más también en el sentido socio-económico: en los países capitalistas se refuerza el papel económico del Estado, mientras que en los socialistas se debilita en cierta medida; en los primeros se desarrolla la planificación, mientras que en los segundos su significación disminuye debido al desarrollo de las relaciones mercantiles, etc.

Uno de los principales argumentos de los autores de la teoría de la "convergencia" consiste en que, según ellos, la propiedad social socialista de los medios de producción no se diferencia cualitativamente de la gran propiedad capitalista. Por ejemplo, en el libro *La pobreza de las naciones* (Michigan, 1960), G. Goodman, profesor de la Universidad de Michigan, expresando las opiniones de los economistas burgueses, afirma que los obreros norteamericanos poseen medios de producción e intercambio con la misma eficacia que bajo el modo comunista de vida, y los rasgos distintivos se refieren, no tanto a la esencia como al grado. Y deduce que el mundo comunista y el capitalista no son más que variedades distintas de un Universo único.

G. Goodman niega las diferencias cualitativas entre el capitalismo y el comunismo, basándose en la interpretación anticientífica de la propiedad de los medios de producción. Identificando la propiedad social socialista de los medios de producción con la gran propiedad capitalista, los economistas burgueses intentan demostrar que la enajenación de los productores directos respecto de los medios de producción constituye la ley general de la gran producción maquinizada y extienden las particularidades de esta enajenación capitalista a la propiedad socialista de todo el pueblo.

Los economistas burgueses se desviven por probar que en el socialismo la propiedad del Estado está enajenada de los productores directos, atribuyendo a esta forma de propiedad la separación, inalienable a la gran propiedad capitalista, entre el capital propiedad y el capital función. Ponen el signo de igualdad entre la propiedad capitalista del Estado y las formas colectivas de propiedad capitalista, por una parte, y la propiedad social socialista, por la otra. Sin embargo, estas formas de propiedad son absolutamente distintas y expresan las diferentes relaciones económicas.

Es sabido que bajo el imperialismo la propiedad del Estado es propiedad de la clase colectiva de los capitalistas. La transferencia de varias empresas al Estado no cambia el carácter burgués de la propiedad ni la naturaleza de las relaciones de producción capitalistas, pues el Estado burgués descansa en la propiedad capitalista privada, y su patrimonio bajo el imperialismo es una variedad de ésta. En las empresas estatales se conservan las relaciones de explotación de la mano de obra asalariada, las cuales son realizadas por el capitalista colectivo, el Estado, que bajo el imperialismo es el comité ejecutivo de la burguesía monopolista. La propiedad estatal bajo el socialismo es propiedad colectiva de todo el pueblo personificado en el Estado socialista. Este último la administra en bien de todo el pueblo, es decir, de todos los miembros

de la sociedad socialista. Todo ello testimonia que la propiedad del Estado bajo el imperialismo se diferencia sustancialmente de la del Estado socialista.

Otro argumento de los propagandistas de la teoría de la "convergencia" consiste en que, según ellos, los dos sistemas económicos vienen aproximándose mutuamente debido a la intensificación de las tendencias de la planificación en los países capitalistas y la supuesta disminución de la importancia de la planificación en los países socialistas a raíz del desarrollo de las relaciones mercantiles. W. Buckingham afirma que la planificación económica es engendrada por el progreso técnico contemporáneo y constituye en la práctica una parte de la estructura misma del gobierno en todos los países industrializados. En su libro *Nueva sociedad industrial*, el economista norteamericano J. Galbraith dice que tanto el Occidente como la Unión Soviética han rebasado ya la fase de la economía de mercado y realizan la planificación. Afirma que la amplia utilización de la técnica moderna ha dictado imperiosamente a todas las sociedades industrializadas que desplieguen la planificación.

En efecto, el desarrollo del capitalismo contemporáneo estimula el proceso de concentración de la producción y del capital, y el Estado burgués redistribuye una parte considerable de la renta nacional, subvenciona programas de desarrollo de la industria y de las investigaciones científicas y hace pronósticos económicos. Pero los intentos del Estado burgués de asumir la función de la planificación no son idénticos a la planificación en los países socialistas, pues los programas económicos de aquél son, en el fondo, nada más que recomendaciones, sin poseer la fuerza obligatoria para las firmas privadas. Por lo común, estos programas no se extienden a toda la economía, sino principalmente a las empresas estatales, en cuyo desarrollo está interesado el capital monopolista en su conjunto. Por su esencia, y muchas veces por su forma, la programación capitalista no tiene nada de común con la planificación socialista. La práctica económica demuestra que la regulación estatal, existiendo la propiedad privada de los medios de producción, no puede asegurar la estabilidad del fomento económico. Lo acreditan el desarrollo cíclico de la producción y las crisis económicas en los países capitalistas en el período postbélico. La regulación estatal en los países capitalistas es incapaz de contener el elemento espontáneo del mercado capitalista ni acabar con las crisis económicas y otros defectos de la economía capitalista.

Por lo que se refiere a las afirmaciones de los partidarios de la teoría de la "convergencia" sobre el debilitamiento del papel económico del Estado y la "desplanificación" en los países socialistas, estos últimos, en oposición a semejantes opiniones, aplican una política única en el dominio de la planificación de las direcciones principales de desarrollo de la producción, el progreso técnico, las inversiones básicas, los precios y la remuneración del trabajo, mientras que la combinación del principio de planificación con una amplia iniciativa de las colectividades de las fábricas, los órganos locales de administración y los ministerios y con una aplicación consecuente del principio del centralismo democrático en el campo de la administración de la economía permite emplear del mejor modo las posibilidades y ventajas del socialismo.

Además, los adeptos a la teoría de la "convergencia" tratan de probar que existe la comunidad de objetivos de la programación capitalista y la planificación socialista. Pero, en realidad, los planes económicos de los Estados capitalistas y socialistas son diametralmente opuestos por sus fines y tareas. La propiedad capitalista privada de los medios de producción impide en colosal medida el desarrollo verdaderamente planificado de toda la economía en provecho de la sociedad. Unicamente en el socialismo es posible el fomento planificado y auténticamente científico de la economía que se realiza en bien de todos los trabajadores, de toda la sociedad, y determina el trabajo de todos los sectores de la producción social con arreglo a un plan único de fomento de la economía socialista.

La inconsistencia científica de las teorías de estos

economistas burgueses radica en la identificación de las relaciones mercantil-monetarias capitalistas y socialistas. Los autores de la teoría de la "convergencia", prescindiendo premeditadamente de la naturaleza socioeconómica de las relaciones mercantil-monetarias bajo el capitalismo y el socialismo, especulan con la similitud lógica formal de los términos que se usan en la práctica económica socialista y capitalista. Las mercancías fabricadas en la sociedad socialista no son productos del capital, pues no encierran la plusvalía que se obtiene a raíz de la explotación de los trabajadores. Los precios en la economía socialista se fijan tomando en consideración el valor, es decir, los gastos del trabajo socialmente necesario y no se forman de modo espontáneo, sino con arreglo al plan. Las relaciones mercantil-monetarias, que bajo el capitalismo actúan de modo espontáneo, son utilizadas en la sociedad socialista conscientemente y están supeditadas al plan, y la aplicación de las mismas no significa, ni mucho menos, que se abandone la planificación de la economía nacional.

Desde los primeros días de su existencia, la sociedad socialista soviética planteó ante las empresas la tarea de trabajar con rentabilidad. En el período de implantación de la Nueva política económica, Lenin, al analizar los principios de la autogestión financiera, subrayó "...la apremiante necesidad de elevar la productividad del trabajo, de lograr que cada empresa estatal funcione sin déficit y sea rentable"[12]. En la sociedad socialista, la mano de obra no es mercancía. Los hombres libres e iguales en derechos trabajan para la sociedad y, a la vez, para sí mismos, obteniendo del producto nacional bruto una remuneración en correspondencia con la cantidad y la calidad de su trabajo. Esto significa que son absolutamente inconsistentes las tentativas de varios economistas burgueses de identificar el beneficio de las empresas socialistas

[12] V. I. Lenin. *Proyecto de tesis sobre el papel y las funciones de los sindicatos bajo la Nueva política económica. O. C.*, t. 44, pág. 343.

con la ganancia capitalista y declarar, sobre esta base, que la economía soviética se mueve hacia el capitalismo. Por el contrario, el aumento de la rentabilidad de las empresas soviéticas fortalece la economía socialista.

Uno de los postulados principales de la teoría de la "convergencia" es la afirmación de que los dos sistemas se aproximan mutuamente también en la esfera de la distribución. Los adeptos a esta teoría declaran que en los países capitalistas los ingresos se distribuyen cada vez más equitativamente, mientras en los países socialistas crece la desigualdad a este respecto.

El anteriormente citado economista estadounidense W. Buckingham, al examinar la economía socialista, escribe que es colectiva pero, por lo visto, menos igualitaria que la norteamericana. El economista holandés J. Tinbergen expone la misma idea, tratando de probar que en un breve período en la URSS se intentó de modo resuelto nivelar los ingresos. A su juicio, los efectos bien conocidos de esta nivelación por medio de un decreto han obligado a las autoridades a implantar un sistema de remuneración del trabajo que en medida considerable pone el salario en dependencia de la productividad. Es bastante extraño, escribe él, que a esto se le haya pegado la etiqueta de política salarial socialista. Al mismo tiempo, algunos adeptos a la teoría de la "convergencia" de los dos sistemas afirman que en los países capitalistas se opera una nivelación en la distribución de los bienes materiales. Para probarlo alegan a las medidas tomadas por varios Estados burgueses en el campo de la asistencia social, la implantación de impuestos, la instrucción pública, la sanidad, etc., medidas que se deben a la presión de la clase obrera.

Lo que se observa en los países socialistas no es el proceso de crecimiento de la desigualdad en la distribución de los bienes materiales, sino, por el contrario, el proceso de disminución de la desigualdad en los ingresos. Por ejemplo, en la Unión Soviética se realiza, ante todo y en el mayor grado, la elevación del nivel del salario de las categorías poco retribuidas de trabajadores, lo cual con-

duce a la nivelación de la remuneración del trabajo de distintos grupos de la población.

Además del aumento del salario, en la Unión Soviética tiene una inmensa importancia el crecimiento de los fondos sociales de consumo que se emplean para desarrollar en vasta escala la instrucción pública y la sanidad, para pagar pensiones a los incapacitados, etc. Cabe subrayar que los grupos poco retribuidos de la población tienen preferencia en la utilización de estos fondos, lo cual contribuye a la elevación de sus ingresos reales. Al mismo tiempo, se debe tener en cuenta que la elevación de los ingresos de los grupos de trabajadores poco retribuidos no significa el paso a la remuneración igualitaria del trabajo. La remuneración diferenciada del trabajo no es, ni mucho menos, el abandono de los principios del socialismo, sino, al contrario, la realización de los principios socialistas de distribución de los bienes materiales en correspondencia con la cantidad y calidad del trabajo.

La teoría de la "convergencia" desempeña funciones de no poca importancia en la estrategia general del imperialismo mundial. Está llamada, en primer lugar, a cumplir el papel de uno de los medios importantes que deben contribuir al "ablandamiento" del régimen socialista, al torpedeo de la unidad del pueblo de cada país socialista y de toda la comunidad socialista; en segundo lugar, a ganar al lado del anticomunismo a representantes de la opinión de Occidente, ante todo a intelectuales, que no se dejan pescar con el anzuelo del anticomunismo activo y belicoso, y, en tercer lugar, a sembrar confusión en la conciencia de las gentes crédulas de los países socialistas, que están dispuestas a asimilar sin reserva cualesquiera "ideas nuevas" procedentes de Occidente.

La esencia reaccionaria de las teorías burguesas de la "similitud" de los dos sistemas mundiales se manifiesta con especial evidencia en el afán de sus propagandistas de "conciliar" las ideologías socialista y capitalista, establecer entre ellas la "coexistencia pacífica" y conseguir el "desarme ideológico" y la "desideologización" de todas las formas de la conciencia social. Las teorías de la "similitud", el "acercamiento mutuo" y la "síntesis" de los dos sistemas siembran ilusiones de que el camino de la verdad es la renuncia a toda posición de clase.

Inventando todo un sistema de mitos ideológicos, los anticomunistas persiguen el objetivo de velar el verdadero sentido de sus intenciones y entorpecer la vigilancia de los trabajadores. En el XXIV Congreso del PCUS, Leonid Brézhnev dijo: "Vivimos en condiciones de una constante guerra ideológica que la propaganda imperialista hace contra nuestro país y contra el mundo del socialismo, utilizando los procedimientos más refinados y potentes medios técnicos. Todos los instrumentos de influencia sobre las mentes que tiene la burguesía en sus manos —prensa, cine, radio— han sido movilizados para desorientar a la gente, para inculcarle nociones de una vida poco menos que paradisíaca en el capitalismo y calumniar el socialismo"[13].

Los defensores del régimen burgués no pueden ya elogiar abiertamente el capitalismo que por su esencia es hostil a los intereses de millones de trabajadores. Siendo incapaces de presentar un programa social que responda a los intereses y demandas de las grandes masas populares, los ideólogos de la burguesía se desviven por denigrar la teoría del comunismo científico y la práctica de la construcción de la sociedad comunista.

Así pues, las teorías de la "fusión" y la "síntesis" de los dos sistemas son la forma más refinada de la ideología burguesa. Tratando de hacer coincidir lo incompatible, los propagandistas burgueses aspiran a tergiversar las tendencias del desarrollo histórico de la sociedad. Pero la humanidad no avanza a un régimen económico "sintetizado", un híbrido del capitalismo con el socialismo, sino a la sociedad comunista.

---

[13] L. Brézhnev. *Informe del CC del PCUS al XXIV Congreso del PCUS*, ed. en ruso, Moscú, Politizdat, 1971, pág. 113.

Capítulo III

DESARROLLO DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO

El capitalismo contemporáneo es, ante todo, el capitalismo monopolista de Estado que se adapta a la nueva situación existente en el mundo, a las condiciones de la confrontación de los dos sistemas socioeconómicos opuestos. Uniendo la fuerza de los monopolios a la gigantesca fuerza del Estado, la burguesía monopolista trata de fortalecer sus posiciones tanto dentro de sus países como en el ámbito internacional. Mas esto no conduce a la estabilización del capitalismo como sistema social.

Lenin brindó un análisis científico del capitalismo monopolista de Estado. La teoría del capitalismo monopolista de Estado es parte integrante de la doctrina leninista del imperialismo. Lenin demostró que el imperialismo no es sólo la época de los gigantescos monopolios capitalistas, sino, a la vez, "...la época de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado..."[1] Señaló que esta transformación no significa el comienzo de una fase de desarrollo distinta del imperialismo, pues todos los rasgos principales de éste siguen en pie también en el capitalismo monopolista de Estado, que es el desarrollo del capitalismo monopolista y un engendro inevitable del imperialismo. El capitalismo monopolista de Estado no deja de ser capitalismo, no pierde su naturaleza de clase, pues sigue invariable su

[1] V. I. Lenin. *El Estado y la revolución. O. C.*, t. 33, pág. 33.

base económica y política: la propiedad privada de los medios de producción y el hecho de que el poder estatal se encuentra en manos de la burguesía, del capital monopolista. La doctrina leninista del capitalismo monopolista de Estado ha sido desarrollada en el Programa del PCUS, los documentos de las conferencias internacionales de los partidos comunistas y obreros, de los congresos del PCUS y otros documentos del partido.

1. SURGIMIENTO DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO Y SU NATURALEZA

El proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, iniciado en el período de la primera guerra mundial, continúa intensificándose a medida que se profundiza la crisis general del capitalismo. El surgimiento y desarrollo del capitalismo monopolista de Estado es resultado de la acción de las leyes económicas objetivas, fruto de la agudización de las contradicciones propias del capitalismo monopolista.

La transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado. Este proceso tiene por base el crecimiento de los monopolios y del capital financiero. Al definir el contenido de este proceso, Lenin subrayó, ante todo, la ligazón inevitable y directa del capitalismo monopolista de Estado con el desarrollo de la concentración de la producción y del capital y con una mayor preponderancia de los monopolios. En 1917, en la VII Conferencia (de Abril) de toda Rusia del POSDR(b), Lenin dijo: "La concentración e internacionalización del capital asume proporciones gigantescas. El capitalismo monopolista se convierte en capitalismo monopolista de Estado"[2]. El proceso de concentración de la producción y del capital condujo a la transformación del capitalismo

[2] V. I. Lenin. *VII Conferencia (de Abril) de toda Rusia del POSDR(b). O. C.*, t. 31, pág. 443.

de la libre competencia en capitalismo monopolista y, más tarde, engendró el capitalismo monopolista de Estado. "El capitalismo mundial —decía Lenin—, que en los años 60 y 70 del siglo pasado fue la fuerza avanzada y progresiva de la libre competencia y que a comienzos del siglo XX se transformó en capitalismo *monopolista,* es decir, en imperialismo, ha dado durante la guerra un considerable paso *adelante* no sólo hacia una concentración mayor aún del capital financiero, sino hacia su transformación en *capitalismo de Estado*"[3]. Precisamente el alto nivel de monopolización de la producción y del capital hizo posible una amplia intervención del Estado burgués en el proceso de la reproducción capitalista en provecho del capital monopolista.

En la fase monopolista del capitalismo aparece no sólo la posibilidad sino la necesidad de la intervención del Estado burgués en el proceso de la reproducción capitalista. Cuanto más alto es el grado de concentración monopolista de la producción y el capital, tanto mayor es el dominio de los monopolios en la economía de los países imperialistas, profundizándose al mismo tiempo las contradicciones engendradas por aquéllos. En el curso del desarrollo del imperialismo, estas contradicciones se agravan tanto que resultan amenazadas no sólo las posibilidades de obtener altas ganancias de monopolio, sino la existencia del propio capitalismo. Esto es lo que condiciona, precisamente, la intervención del Estado burgués en la economía de sus países.

La socialización y la monopolización de la producción capitalista van acompañadas del crecimiento de las desproporciones en la misma. Si bien antes, las desproporciones en el fomento de la economía se eliminaban mediante el traslado espontáneo de capitales, bajo el dominio de los monopolios se necesita la intervención del Estado. El capital monopolista trata de valerse del Estado burgués para dominar las acrecidas fuerzas productivas, conservando la propiedad capitalista privada.

[3] V. I. Lenin. *Un viraje en la política mundial. O. C.*, t. 30, pág. 344.

Las causas de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado radican no sólo en la economía del imperialismo, sino también en su inestabilidad política, en la agravación de todas las contradicciones sociales de clase. La recrudescencia de la contradicción entre el trabajo y el capital ha hecho necesaria la intervención del Estado en las relaciones entre los trabajadores y la burguesía monopolista a fin de apoyar y aumentar, mediante la legislación económica y social, la presión económica y política de los monopolios sobre las masas trabajadoras. El reforzamiento de los movimientos nacional-liberadores a raíz de la agravación de la contradicción entre los pueblos de las colonias y países dependientes, por una parte, y la burguesía monopolista de las metrópolis, por la otra, condujo a la intervención de los Estados imperialistas a fin de aplastar estos movimientos. La agravación de la rivalidad entre las potencias imperialistas también es causa de que los monopolios y la oligarquía financiera utilicen en proporciones cada vez más amplias el poder del Estado para luchar contra los monopolios de otros países, apoderarse de nuevas esferas de influencia, para preparar y conducir las guerras imperialistas de anexión.

La transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado se explica no sólo por las contradicciones internas del imperialismo, sino también por las existentes entre el socialismo y el capitalismo. La aparición, primero, de un país socialista y, más tarde, de varios países agrupados en el sistema socialista de economía, influyendo en todo el curso de la evolución del mundo y en la conciencia de las masas trabajadoras, crea una constante amenaza real a la existencia del capitalismo. En estas condiciones, los monopolios recurren a la fuerza del Estado burgués para salvar el régimen capitalista y mantener su propia dominación.

Así pues, el capitalismo monopolista se transformaba en capitalismo monopolista de Estado bajo la influencia de tres factores principales: primero, el gigantesco crecimiento de la concentración de la producción y del capital

y el reforzamiento del poderío de los monopolios; segundo, la exacerbación extrema de las contradicciones económicas y políticas del imperialismo, y, tercero, el surgimiento y desarrollo de las contradicciones entre los dos sistemas socioeconómicos opuestos —el socialista y el capitalista— en la situación de la crisis general del capitalismo.

Entre los factores que han acelerado la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, además de los que eran causa del surgimiento y desarrollo de los procesos monopolistas de Estado del imperialismo contemporáneo, figuran, ante todo, la primera y la segunda guerras mundiales, que exigieron utilizar inmensos recursos y centralizar la producción y la distribución, ampliándose así considerablemente la actividad económica del Estado.

La transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado se acelera en gran medida debido a la militarización de la economía, que se manifiesta, ante todo, en el crecimiento de la producción militar y las ramas afines. Esto conduce al aumento vertical de los gastos militares del Estado burgués, es decir, a un amplio desarrollo del sistema de pedidos militares del mismo y a otras formas de su intervención activa en la vida económica del país.

Las crisis económicas de superproducción constituyen un factor no menos importante que acelera la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado. El hecho de que las crisis económicas se hacen cada vez más profundas y frecuentes, así como la reducción de la demanda solvente de la población, debido a que los ingresos reales van a la zaga de la elevación de los precios, etc., levantan obstáculos adicionales para la acumulación del capital. Esto obliga a los monopolios a utilizar la intervención del Estado en el proceso de reproducción para debilitar la acción de las crisis económicas de superproducción y estimular artificialmente la acumulación del capital. So pretexto de liquidar los "excesos" de mercancías, el Estado compra a los monopolios aquellas

que no tienen salida, concentrándolas en depósitos e incluso destruyéndolas en varias ocasiones a fin de asegurar el curso más o menos normal del proceso de reproducción capitalista.

En la intensificación del proceso de desarrollo del capitalismo monopolista de Estado desempeñan un papel importante varios factores internos y externos, surgidos en la tercera etapa de la crisis general del capitalismo. Los principales de estos factores son los siguientes.

El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado se acelera, ante todo, en el curso de la revolución científico-técnica que plantea tareas complejas no sólo en el dominio de las investigaciones científicas, sino también durante su introducción en la producción. En las condiciones del vertiginoso progreso científico-técnico, la financiación de las investigaciones científicas, el desarrollo de las nuevas ramas de la producción, necesarias para la economía capitalista, aunque no siempre aporten ganancias, y los problemas de la ocupación y capacitación del personal obrero han cobrado tanta envergadura que incluso las asociaciones monopolistas más grandes no pueden pasárselas únicamente con sus propios medios, viéndose obligadas a recurrir a la ayuda del Estado. La revolución científico-técnica acelera también el proceso mismo de monopolización de la producción. La socialización llega a un nivel en que se hace necesario que el Estado burgués coadyuve al funcionamiento y desarrollo de las fuerzas productivas en el marco de las relaciones de producción capitalistas.

Por último, en los países capitalistas desarrollados, la revolución científico-técnica crea las premisas objetivas para intensificar la explotación de las masas trabajadoras, acentuando más aún la contradicción entre el trabajo y el capital. Como se ha dicho ya, este proceso obliga a los monopolios a utilizar el Estado burgués para que reglamente en favor de ellos las relaciones entre la burguesía y las masas trabajadoras.

La lucha de los dos sistemas opuestos y su emulación económica constituyen uno de los factores más importan-

tes de aceleramiento del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado. Los éxitos económicos de los países del campo socialista ejercen un influjo creciente en el curso de los acontecimientos mundiales en todos los dominios principales: economía, política e ideología. Para contrarrestar la influencia del socialismo y oponérsele en la emulación económica, el capital monopolista se vale de la fuerza conjunta de los monopolios y el Estado.

El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado está vinculado también, en medida considerable, con el desmoronamiento del sistema colonial del imperialismo, lo cual estimula a la burguesía monopolista a utilizar cada vez más ampliamente el aparato del Estado para conservar los restos del colonialismo, mantener las distintas formas de su dominio económico en los países independizados y aplastar el movimiento de liberación nacional. Con este fin, los Estados imperialistas siguen manteniendo sus tropas y bases militares en el territorio de varios países en vías de desarrollo.

Naturaleza del capitalismo monopolista de Estado. Al caracterizar la naturaleza del capitalismo monopolista de Estado, Lenin atribuía especial importancia a la unión, acercamiento y ensambladura de los monopolios con el Estado burgués, señalando que en cierto grado de concentración y centralización del capital, la "unión personal" de los bancos con la industria se completa con la unión personal de unos u otros monopolios con el gobierno; los monopolios privados y estatales se entrelazan para formar un todo único; la gigantesca fuerza de los monopolios se combina con la gigantesca fuerza del Estado en un solo mecanismo, y el Estado se funde cada vez más estrechamente con las asociaciones todopoderosas de los capitalistas. Desarrollando la teoría leninista del capitalismo monopolista de Estado, el Programa del PCUS lo define del siguiente modo: "El capitalismo monopolista de Estado funde la fuerza de los monopolios con la del Estado en un mecanismo único para enriquecer a los monopolios, aplastar el movimiento obrero y la lucha de

liberación nacional, salvar el régimen capitalista y desencadenar guerras agresivas"[4].

La fusión de los monopolios con el aparato del Estado se opera en las siguientes formas principales de "unión personal": a) los funcionarios públicos ocupan cargos importantes en las juntas directivas de las asociaciones monopolistas; b) las personas pertenecientes a la cúspide —dependiente de los monopolios— de la burocracia militar desempeñan las funciones dirigentes en las asociaciones monopolistas, y c) los magnates del capital y sus apoderados ocupan importantísimos cargos públicos. Pero esta fusión no se reduce únicamente a la "unión personal" de los monopolios con el poder público, operándose asimismo la ensambladura del capital monopolista con el Estado burgués en el dominio de la economía. La oligarquía financiera utiliza ampliamente para su enriquecimiento los recursos públicos: los monopolios venden mercancías al Estado y reciben de él pedidos, créditos y subsidios. Además de la actividad política y la protección del dominio de clase de la burguesía, el Estado burgués desarrolla la actuación económica, amplía la esfera de la llamada "economía estatal" y participa junto con los monopolios en el proceso de producción y de cambio, por cuanto le pertenece parte de las empresas industriales; en el proceso de circulación de mercancías, por cuanto compra artículos industriales a los monopolios y "excedentes" agropecuarios a los granjeros, y en las relaciones monetarias y crediticias, por cuanto posee algunos bancos, y puede obtener créditos, emitiendo empréstitos de Estado, y concediéndolos a los monopolios.

Todo eso quiere decir que bajo el capitalismo monopolista de Estado, el Estado burgués toma parte activa en el proceso de reproducción capitalista, influyendo en sus diversos aspectos y cumpliendo dos funciones: primero, asegura altas ganancias a los monopolios, encomendándoles importantes pedidos y pagando altos precios por sus mercancías, y, segundo, trata de salvar y conservar el ré-

[4] *Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética*, pág. 27.

gimen burgués, influyendo directamente en el curso de la reproducción capitalista. Los monopolios emplean los órganos punitivos del Estado para aplastar el movimiento revolucionario. Además, valiéndose de la ayuda del Estado, los monopolios intensifican cada vez más el proceso de la reproducción capitalista, aceleran el ritmo de crecimiento de la producción y debilitan sus oscilaciones cíclicas, tratando de fortalecer así las posiciones del sistema capitalista en la emulación económica con el sistema socialista mundial.

Los apologistas del capitalismo moderno tratan de disimular la esencia del capitalismo monopolista de Estado y presentar el Estado burgués contemporáneo como fuerza que está por encima de las clases, como órgano que defiende los intereses de la sociedad en su conjunto. Se esfuerzan por convencer a los trabajadores de que el Estado no aplica sus medidas en interés de los monopolios, sino de los trabajadores. Pero, en realidad, en la época del imperialismo, igual que en la del capitalismo premonopolista, el Estado burgués sigue siendo el órgano de dominación de clase de la burguesía.

Los economistas burgueses se desviven por probar que, conservándose la propiedad capitalista y los monopolios, el Estado puede crear un nuevo sistema económico, exento de las contradicciones del capitalismo. Por ejemplo, la teoría reformista-revisionista del "socialismo democrático" asegura que el crecimiento de la influencia del Estado burgués en el campo de la economía constituye "la vía democrática de construcción del socialismo". "... El error más generalizado —señalaba Lenin— está en la afirmación reformista-burguesa de que el capitalismo monopolista o monopolista de Estado *no es ya* capitalismo, que puede llamarse ya "socialismo de Estado", y otras cosas por el estilo"[5]. Pero, de hecho, el capitalismo monopolista de Estado significa una amplia utilización del Estado con el fin de conservar la dominación de los monopolios y aplastar el movimiento revolucionario de los trabajadores, significa que la burguesía emplea todos los medios de intervención estatal que estén a su alcance para salvar el régimen capitalista.

[5] V. I. Lenin. *El Estado y la revolución. O. C.*, t. 33, pág. 68.

El surgimiento del capitalismo monopolista de Estado se ve ligado indisolublemente al dominio de los monopolios. Por eso es necesario distinguir entre el capitalismo monopolista de Estado en los países imperialistas y el capitalismo de Estado (sector estatal de economía) en los países independientes en vías de desarrollo.

El capitalismo de Estado en los países en vías de desarrollo se manifiesta en que el Estado regula la economía, apoya la industria nacional, construye empresas y nacionaliza importantes ramas y centros industriales. En estos países, el sector estatal no se encuentra bajo el control de los monopolios. El crecimiento y fortalecimiento del sector estatal desempeña un importante papel en el auge de la economía nacional, en el desarrollo de sus ramas clave y en la independencia económica de estos países. El capitalismo de Estado, en tanto que régimen económico existente en el período de transición del capitalismo al socialismo, se diferencia por principio del capitalismo monopolista de Estado. El capitalismo de Estado es reconocido y controlado por el Estado capitalista en favor de la burguesía y contra el proletariado.

El Estado socialista ejerce el control del capitalismo de Estado en bien de la clase obrera, para vencer a la burguesía que en el primer tiempo posterior a la revolución socialista tiene todavía bastantes fuerzas. A través del capitalismo de Estado, el Estado socialista reorganiza la industria y el comercio capitalistas a fin de hacerles pasar gradualmente a los rieles del socialismo.

2. PRINCIPALES DIRECCIONES DEL DESARROLLO DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO

Los rasgos específicos del capitalismo monopolista de Estado dependen de las condiciones interiores y exteriores concretas, históricamente formadas, de desarrollo de los

distintos países imperialistas. No obstante, se pueden destacar las principales direcciones de su evolución, propias de la mayoría de estos países: 1) crecimiento de la propiedad y de la actividad empresarial del Estado; 2) redistribución de la renta nacional en favor de los monopolios; 3) regulación y programación de la economía capitalista por el Estado, y 4) estímulo por el Estado de la expansión económica exterior. Todos estos fenómenos no existen aisladamente, sino en una estrecha y mutua ligazón.

Crecimiento de la propiedad y de la actividad empresarial del Estado. El crecimiento de la propiedad del Estado y las distintas formas del fortalecimiento y perfeccionamiento de la misma en el régimen capitalista constituyen una de las direcciones más importantes de la evolución del capitalismo monopolista de Estado. Las dimensiones de la propiedad del Estado en los países capitalistas no son una magnitud invariable, sino que dependen de factores internos y externos. Pero, en conjunto, en la época de la crisis general del capitalismo, la propiedad del Estado (compuesta, ante todo, de las empresas industriales, de transporte, bancarias y otras entidades pertenecientes al Estado) va en aumento.

En la mayoría de los países imperialistas, el Estado es un gran propietario que concentra en sus manos de un 15 a un 25% de la riqueza nacional. En Inglaterra, el Estado posee un 20% de la producción industrial (la generación de energía eléctrica, la extracción de gas y de hulla, así como los ferrocarriles). Según cálculos de economistas británicos, la proporción correspondiente al Estado en el producto nacional global del país constituyó, a principios de la década del setenta, alrededor del 51-53%. En Francia, el sector estatal da un 40% del producto nacional global; el Estado posee el 80%, aproximadamente, de las industrias hullera, del gas, electroenergética y aeronáutica. Las empresas estatales de la RFA generan casi el 50% de la energía eléctrica, fabrican cerca del 50% de los automóviles y extraen más del 50% de mineral de hierro y el 90% de lignito. Crece también la

propiedad estatal en EE.UU.; en el período de 1949 a 1970, el valor de activos estatales, comprendido el material de guerra, más que duplicarse, aumentó de 196 mil millones a unos 400 mil millones de dólares (en precios de 1967), lo cual constituye alrededor de un 25% de toda la riqueza nacional del país. El gobierno de EE.UU. controla más de un 33% de toda la tierra cultivable del país. Es grande la proporción que corresponde al sector estatal en Italia, Austria, Suecia y otros varios países de Europa Occidental, así como en Japón. La propiedad del Estado ha pasado a ser un importante factor de la vida económica de los países capitalistas, ante todo, de los de Europa Occidental.

Por su naturaleza socioeconómica, la propiedad del Estado no se diferencia de la propiedad capitalista privada y corporativa. El carácter de la propiedad estatal bajo el capitalismo se determina por la naturaleza de clase del Estado burgués. La propiedad del Estado burgués es forma de la propiedad capitalista, puesto que, primero, no pertenece a toda la sociedad, sino a la clase de los capitalistas que tiene en sus manos el poder político, y, segundo, es un medio de explotación de la mano de obra asalariada. En otros términos, a despecho de las afirmaciones de los economistas burgueses y sus secuaces reformistas, la propiedad del Estado bajo el capitalismo no pierde, ni mucho menos, su carácter privado, no se convierte en propiedad del pueblo. Ya Marx explicó que la producción capitalista es, en esencia, "una empresa privada y, por consiguiente, no perderá este carácter aunque en vez del capitalista individual la regente el capitalista asociado"[6]. Bajo el imperialismo, cuando se consolida la "unión personal" de los gobiernos de los países capitalistas con los monopolios, la burguesía monopolista administra la propiedad del Estado a través de los organismos gubernamentales. Por eso, en los países imperialistas contemporáneos, la propiedad del Estado es propiedad de la bur-

[6] C. Marx. *El Capital.* C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 24, pág. 275.

guesía monopolista asociada, base de la dominación económica y política de los magnates del capital financiero.

La propiedad monopolista de Estado surge siguiendo tres vías: 1) construcción de nuevas empresas a cuenta del presupuesto estatal; 2) nacionalización de varias empresas y hasta ramas enteras pertenecientes a capitalistas o monopolios, y 3) compra de una parte de las acciones de compañías capitalistas por el Estado. Analizamos aquí las dos primeras vías.

El aumento de la propiedad del Estado mediante la construcción de nuevas empresas a cuenta del presupuesto de Estado, observado en todos los países imperialistas, es particularmente característico para Estados Unidos. Durante la preparación de la segunda guerra mundial y en su curso, los gastos de los gobiernos imperialistas en la construcción de nuevas empresas alcanzaron proporciones extraordinarias. Por ejemplo, en EE.UU., casi todas las inversiones en las industrias aeronáutica, de magnesio y de caucho sintético correspondían al Estado. Eran considerables también las inversiones del Estado en las industrias de máquinas-herramienta y de aluminio. Como resultado, a fines de la guerra un 20% del capital fijo de la industria bélica de EE.UU. se encontraba en manos del Estado. En el período de postguerra, el gobierno estadounidense subvenciona el fomento de la industria atómica, la construcción de varias centrales eléctricas importantes, la mayor parte de las investigaciones científicas y la construcción de carreteras, canales y puertos. En el período de 1960 a 1973, al Estado le correspondía más de un 30% de la suma total de las inversiones en la construcción. En 1973, los gastos del Estado para las investigaciones científicas constituyeron el 65% del total de los gastos del país destinados para estos fines. Las inversiones estatales crecen también en los países europeoccidentales y el Japón. Por ejemplo, en el período de 1938 a 1973, la proporción de las inversiones del Estado británico en el capital fijo del país aumentó más de ocho veces, ascendiendo a un 45% del total de las mismas. En Francia, en los primeros años de la década del setenta, tan sólo las inversiones en la producción llegaron a un 38% del total invertido en el país.

El desarrollo de la propiedad del Estado a cuenta del fisco no contradice los intereses de los monopolios privados. Por el contrario, la propiedad del Estado es utilizada directamente para fortalecer las posiciones del capital monopolista y multiplicar sus ganancias. El Estado invierte el capital principalmente en las ramas que requieren gastos particularmente cuantiosos. Como regla, el Estado toma en sus manos las ramas industriales novísimas, vinculadas con la revolución científico-técnica y la militarización de la economía, ramas extraordinariamente importantes para toda la burguesía monopolista, pero que necesitan grandes inversiones, sin prometer altas ganancias en un futuro inmediato. Los monopolios desempeñan el papel de contratistas en la construcción de empresas y suministran equipos, lo cual les garantiza grandes ganancias sin correr riesgos. Pero posteriormente, cuando se culminan los trabajos más costosos de investigación científica y experimentación y quedan cubiertas las inversiones iniciales en el capital fijo, las empresas de las ramas correspondientes son vendidas o entregadas en arriendo a los monopolios en las condiciones más ventajosas para ellos. Esta vía la siguen, por ejemplo, la industria atómica, la industria del cosmos y la industria energética moderna.

Con la actividad del Estado burgués está vinculado el desarrollo de la infraestructura (construcción de carreteras, ferrocarriles, aeródromos, canales, centrales eléctricas), que aporta pocas ganancias, pero asegura las condiciones del fomento de la empresa privada. Las inversiones estatales en el desarrollo de la infraestructura son amplias y constantes. Por ejemplo, en la década del setenta, más del 60% de los medios estatales de EE.UU. se gastaban anualmente para estos fines. Haciendo grandes inversiones en la creación de la infraestructura, el Estado burgués contribuye indirectamente al crecimiento de las ganancias de los monopolios.

Son inmensos los beneficios que la burguesía monopolista saca de la propiedad y la actividad empresarial del Estado, sobre todo, comprando sus empresas. Así, después de la segunda guerra mundial, un gran número de empresas construidas por el Estado fueron vendidas, a precio muy inferior de su valor real, a los monopolios de EE.UU. Por ejemplo, la United States Steel pagó tan sólo 47.000.000 de dólares por una gran fábrica metalúrgica para cuya construcción el gobierno había gastado 200.000.000 de dólares. Tres fábricas de fundición de acero (en el Estado de Pensilvania) que habían costado al Estado 128.000.000 de dólares, fueron vendidas a la gran compañía metalúrgica Carnegie Illinois Steel (filial de United States Steel) por 67.000.000 de dólares. La compañía Republic Steel adquirió, cerca de Chicago, por 35.000.000 de dólares una fábrica de fundición de acero, en la que el Estado invirtió 92.000.000 de dólares. La compañía pagó al contado tan sólo 5.000.000 de dólares, asumiendo el compromiso de desembolsar el resto en el curso de veinte años. La compañía "Du Pont de Nemours" compró por 13.000.000 de dólares una fábrica de caucho sintético que costaba 38.000.000 de dólares. En agosto de 1953, todas las fábricas estatales de caucho sintético, en cuya construcción el Estado había invertido alrededor de 700.000.000 de dólares, fueron vendidas a los monopolios por 285.000.000 de dólares. Desde julio de 1950 hasta el 1 de abril de 1954, los monopolios privados compraron bienes del Estado, cuyo valor por balance ascendía a 2.200 millones de dólares, pagando 168.000.000 de dólares (o sea, un 7,7% del valor inicial).

El crecimiento de la propiedad del Estado a cuenta del fisco es una importantísima fuente de enriquecimiento de los monopolios, que se lucran tanto construyendo las empresas estatales como comprándolas o explotándolas por concepto de arriendo.

Otro camino del surgimiento de la propiedad monopolista de Estado es la nacionalización o, mejor dicho, el rescate de las empresas capitalistas privadas nacionalizadas.

Los socialistas de derecha, esos apologistas del capitalismo moderno, se empeñan en probar que la nacionalización en el Estado capitalista es una vía de paso al socialismo. Pero, en realidad, la nacionalización capitalista de algunas empresas y hasta ramas enteras de la economía no cambia el carácter del régimen capitalista. Las empresas pasan a ser patrimonio del Estado capitalista. La esencia social de las empresas capitalistas nacionalizadas no cambia, pues siguen existiendo las clases de los capitalistas y de los obreros asalariados. A raíz de la nacionalización se modifica tan sólo la forma de la propiedad monopolista, quedándose invariable la naturaleza de las relaciones sociales. Es más, los monopolistas se valen de la nacionalización burguesa para fortalecer su dominación, aumentar sus ingresos e intensificar la explotación de los trabajadores con ayuda del aparato estatal.

Bajo el régimen capitalista todos los procesos de socialización de la producción y distribución sólo sirven para fortalecer el yugo del capital financiero. "Dentro de un régimen de propiedad privada sobre los medios de producción —anotaba Lenin—, todos esos pasos hacia una mayor monopolización y una mayor estatización de la producción van acompañados inevitablemente de una intensificación de la explotación de las masas trabajadoras, del reforzamiento de la opresión, de trabas a la lucha contra los explotadores; acentúan la reacción y el despotismo militar y al mismo tiempo conducen inevitablemente a un increíble acrecentamiento de las ganancias de los grandes capitalistas a expensas de todas las demás capas de la población, a esclavizar por muchos decenios a las masas trabajadoras, imponiéndoles tributos a pagar a los capitalistas. . ."[7]

Las más de las veces, un gobierno burgués nacionaliza empresas y ramas de la economía cuando lo exigen los intereses de los monopolios de su país. En unos casos, la nacionalización se debe a los efectos de una guerra o

[7] V. I. Lenin. *VII Conferencia (de Abril) de toda Rusia del POSDR(b). O. C.*, t. 31, págs. 449-450.

crisis económica, que amenazan con bancarrota a tal o cual monopolio o grupo de monopolios en virtud de su atraso económico e incapacidad de competir. En otros casos, los círculos gobernantes, presionados por el pueblo, emprenden la nacionalización de algunas ramas de la economía para fingir la satisfacción de las demandas que las masas presentan en cuanto a las transformaciones socioeconómicas. Sin embargo, el principal motivo de la nacionalización en los países capitalistas es el afán de sus gobiernos de conservar los monopolios, protegiéndolos contra la bancarrota y fortaleciendo así el sistema capitalista.

Nacionalizaciones de este tipo, precisamente, fueron realizadas después de la segunda guerra mundial en Inglaterra, Francia, Austria y otros países de Europa Occidental. La nacionalización llevada a cabo en Inglaterra por el gobierno laborista en el período de 1946 a 1951 se realizó en el siguiente orden: primero, el Banco Inglés; luego, la industria hullera y el transporte (los ferrocarriles con el material rodante, una gran parte del parque automotriz, los canales, la flota fluvial, la economía portuaria, así como los hoteles pertenecientes a los ferrocarriles), y, más tarde, las centrales eléctricas y los sistemas de transmisión de fluido, así como las fábricas de gas con sus sistemas de tuberías. En 1951, el gobierno laborista nacionalizó las empresas de la industria metalúrgica y de otras ramas de la economía. Los objetos y el contenido de la nacionalización postbélica en Inglaterra la caracterizan evidentemente como medida típica de un Estado burgués, tendiente a fortalecer las posiciones del capital monopolista. Fueron nacionalizadas en primer término las ramas y empresas poco eficientes, que en varios casos llegaron a ser, a la sazón, deficitarias. Baste decir que en 1945, alrededor del 50% de toda la extracción de hulla correspondía a las minas explotadas más de cincuenta años y equipadas con instalaciones anticuadas. Era análogo el cuadro del atraso técnico en el transporte, la economía electroenergética y la siderurgia.

Se necesitaba el reequipamiento técnico de estas ramas. Pero se planteó la cuestión de si se debía efectuarlo a

cuenta de las inversiones privadas o con los medios del presupuesto del Estado. Una comisión especial, designada por el gobierno, señaló que para mecanizar y modernizar la extracción de hulla eran necesarias unas inversiones que no podía hacer ni esta ni, posiblemente, ninguna rama en posesión privada. Aunque dicho informe no dijera nada de la necesidad de transferir al Estado la industria hullera, esta medida encontraba el creciente apoyo de los círculos monopolistas. Si se puede demostrar —y ahora esta comprobación está por acabar— que para una producción eficaz se necesita alguna forma de propiedad estatal, escribía en 1945 la revista inglesa *The Economist,* disminuirán las objeciones contra la propiedad estatal. Se puede admitir, continuaba la revista, que la fusión necesaria puede realizarse, aunque tropezando con graves dificultades, mediante operaciones particulares, pero las inversiones de capitales adicionales es una tarea que incumbe únicamente al Estado.

Estos y otros muchos enunciados de la prensa burguesa inglesa testimonian que los círculos monopolistas del país buscaban vías que permitiesen realizar el reequipamiento técnico de las empresas a cuenta del presupuesto estatal, es decir, a expensas de los trabajadores. Para ello fueron nacionalizadas las ramas poco rentables. El gobierno burgués de Inglaterra, igual que los de otros países capitalistas de Europa Occidental, indemnizó a los propietarios de las empresas nacionalizadas por el valor total de éstas, desembolsando, además, en muchas ocasiones, intereses. En este caso, el Estado emite obligaciones que se cambian por acciones, y los ex propietarios reciben, durante decenios, según estas obligaciones, tanto la compensación por el capital de las empresas como cierta tasa de interés sobre el mismo. Además, los ex propietarios continúan administrando comúnmente, por encargo del gobierno burgués, las empresas nacionalizadas y percibiendo gruesos ingresos. Las empresas transferidas al Estado son utilizadas ampliamente en beneficio de los consorcios capitalistas privados que sacan provecho de las tarifas ventajosas fijadas para el transporte de cargas

por ferrocarril y para el uso de la energía eléctrica; de los precios ventajosos especialmente establecidos de hulla, arrabio, acero, etc. La nacionalización burguesa tiene por resultado que el Estado corre con los gastos, mientras que los monopolios se apropian de las ganancias.

Procede señalar, a la vez, que la burguesía monopolista, estando obligada a aceptar la nacionalización burguesa para fortalecer sus posiciones, trata de limitar el sector estatal. Los monopolios tienen miedo a una nacionalización demasiado amplia, pues ésta demostraría persuasivamente la inutilidad de la propia clase burguesa para la vida económica y política de la sociedad. Por eso aspiran a aprovechar el momento favorable para volver a convertir, en las condiciones más ventajosas para sí, la mayor parte posible de las empresas nacionalizadas, en empresas privadas.

En todos los países capitalistas adelantados son muy frecuentes los casos en que la propiedad estatal se entrega a los monopolios privados, es decir, se desnacionaliza. Cabe subrayar que el puñado dominante de los monopolistas se lucra no sólo con la nacionalización de las empresas, sino también con su desnacionalización. Son frecuentes los casos en que el Estado vende a precios bajos a los monopolios las empresas nacionalizadas. Por ejemplo, en 1962, el Estado inglés vendió a los monopolios privados por 5.700 mil libras esterlinas tres plantas metalúrgicas nacionalizadas, cuyo valor real ascendía a 8.500 mil libras, y dos fundiciones de hierro por 1.500.000, cuyo valor efectivo era de 2.600 mil libras esterlinas. A comienzos de 1963 fueron desnacionalizadas cinco empresas de fundición de acero: costo, 10.500.000 libras esterlinas, precio de venta, 4.800.000. El proceso de desnacionalización se intensificó en 1970 cuando subió al poder el Partido Conservador. En 1971, el gobierno de dicho partido abolió el proyecto de ley sobre la nacionalización de los diques, a través de los cuales pasaba más del 90% del comercio exterior de Inglaterra, y sobre la institución del Departamento Nacional de los Puertos Marítimos.

La ampliación de la nacionalización burguesa y el proceso de desnacionalización que la acompaña ayudan a comprender más a fondo el mecanismo de la propiedad del Estado como fuente de lucro de los monopolios. Conviene señalar al respecto que la disminución de esta propiedad a raíz de la desnacionalización no quiere decir, ni mucho menos, que vaya aminorándose el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado en uno u otro país. Por el contrario, son muy frecuentes los casos en que esto significa el fortalecimiento del dominio de los monopolios y la evolución sucesiva del capitalismo monopolista de Estado.

En el ambiente de profundización de la crisis general del capitalismo mundial y del crecimiento de la influencia del sistema socialista mundial, la oligarquía financiera trata de encerrar la economía del Estado en los marcos que le permitan a ella consolidar su dominio. En conjunto, la oligarquía financiera prefiere unas formas de intervención estatal en la economía que satisfagan los intereses de los monopolios indirectamente, sin afectar los cimientos de la sociedad capitalista: la propiedad privada de los medios de producción.

El reconocer que la producción nacionalizada se encuentra en manos del Estado burgués y es utilizada para el enriquecimiento de los monopolios no da motivo para sacar la conclusión de que el proletariado deba renunciar a la consigna de la nacionalización. La nacionalización burguesa supone una contradicción dialéctica: siendo empleada por la burguesía monopolista para su enriquecimiento y para la ofensiva contra la clase obrera, demuestra, a la vez, el antagonismo del régimen capitalista y la bancarrota de la burguesía, pues socava la idea de la superioridad de la propiedad privada y hace más evidente aún el hecho de que la clase de los capitalistas no se necesita para organizar la producción.

Los partidos comunistas y obreros de los países capitalistas luchan por una amplia nacionalización que aporte el mayor provecho al pueblo. El proletariado exige realizar una nacionalización democrática, transfiriéndose las

empresas, sin indemnización a sus propietarios, a la administración de los organismos públicos, a condición de que en éstos participen representantes obreros, de que sean destituidos los ex propietarios y no se concedan privilegios algunos a los monopolistas a cuenta de las ramas nacionalizadas. Tal nacionalización mejoraría la situación del proletariado.

Bajo el régimen capitalista, la demanda de nacionalizar la industria perteneciente a los monopolios, sin revestir un carácter socialista, pues semejante nacionalización no cambia el régimen existente, es progresista, ya que, siendo realizada con amplitud y en provecho del pueblo, limitaría la arbitrariedad de los monopolios. El proletariado aspira a encontrar en la nacionalización el apoyo material para luchar por el progreso social, considerándola, aun cuando se efectúa en el marco del capitalismo, como un paso adelante en la lucha por la renovación de la democracia. Los partidos comunistas y obreros ven en ella una plaza de armas para atacar a los monopolios privados y limitar su dominación, así como uno de los medios más importantes de cohesión de las masas en una coalición antimonopolista que se crea para que el pueblo pueda conquistar el poder. Es por eso, precisamente, que estos partidos se pronuncien en contra de la desnacionalización, enfocándola como vía de enriquecimiento de los monopolios y de despilfarro de las riquezas nacionales. Al mismo tiempo, los partidos comunistas y obreros llaman a luchar por una nacionalización de las empresas que ponga coto a toda explotación, o sea, por la nacionalización encauzada en las vías de la revolución socialista.

La redistribución de la renta nacional en favor de los monopolios constituye una manifestación del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, conduciendo al aumento incesante de la proporción de la renta nacional que corresponde al Estado burgués, que en el período entre las dos guerras mundiales no pasaba de un 15%, mientras que en 1972 constituyó el 52-55% en Inglaterra y Francia, el 45-46% en la RFA e Italia, el 38% en EE.UU., y el

28% en Japón[8]. Los principales factores determinantes de este aumento son el incremento de los gastos militares, la necesidad de intervenir en la economía, que exige del Estado (debido al progreso de socialización de la producción) que haga grandes inversiones y, por último, la regulación estatal de la economía, que también requiere muchos gastos.

El principal instrumento de redistribución de la renta nacional es el presupuesto del Estado, que acumula medios pecuniarios, fundamentalmente, a través de los impuestos directos e indirectos. Por ejemplo, los ingresos fiscales en el presupuesto estadounidense crecieron de 14 mil millones de dólares en 1939 a 178 mil millones en 1973, o sea, aumentaron más de doce veces. Los impuestos con que se grava a los trabajadores constituyen la fuente principal de la partida de ingresos presupuestarios de los Estados capitalistas: el 83,5% en EE.UU., el 93,3% en Europa Occidental, y el 82,9% en Japón[9].

Actualmente, la redistribución que el Estado hace de la renta nacional en favor de los monopolios, ante todo, comprándoles mercancías, es un rasgo inalienable de la reproducción capitalista y una de las fuentes más importantes de enriquecimiento de éstos. El cuadro 3 da una idea sobre la envergadura de las compras estatales en EE.UU.

Estas cifras demuestran que la proporción de las compras estatales, acrecida durante la segunda guerra mundial hasta la mitad del producto nacional global, no supera, en los dos decenios últimos, su quinta parte. Son particularmente grandes las compras de armamento por el Estado. Por ejemplo, en el período que media entre los años económicos de 1946 a 1974, el volumen total de compras y servicios del gobierno federal, únicamente, constituyó, en los precios corrientes, 1.604,9 mil millones

[8] Véase *Situación económica de los países capitalistas y en vías de desarrollo. Resumen referente a 1972 y principios de 1973*, ed. en ruso, Moscú, Edit. Pravda, 1973, pág. 3.

[9] Véase *The Budget of the United States Government.* Fiscal Year 1973, p. 12.

Cuadro 3

Compras estatales de mercancías y servicios en EE. UU.
(en miles de millones de dólares; precios de 1958)

Año	Producto nacional global	Compras estatales		
		suma total	gobierno federal	órganos de poder de los Estados y órganos locales
1929	203,6	22,0	3,5	18,5
1939	209,4	35,2	12,5	22,7
1944	361,3	181,7	165,4	16,3
1950	355,3	52,8	25,3	27,5
1955	438,0	85,1	50,7	34,4
1960	487,7	94,9	51,4	43,5
1965	617,8	114,7	57,9	56,8
1970	722,5	139,3	64,3	75,0
1971	746,3	138,4	60,9	77,5
1972	792,5	143,0	60,8	82,2
1973	839,2	144,8	57,3	87,5
1974	821,1	145,9	56,3	89,5

Fuente: Economic Report of the President, 1975, pp. 250-251.

de dólores, de los cuales 1.283,6 mil millones (el 81%) correspondieron a las compras puramente militares[10]. Esto significa que el mercado estatal es, por excelencia, un mercado militar. El Estado hace pedidos militares a un número relativamente reducido de los grandes monopolios de la industria bélica. En 1973, correspondió a cien de tales monopolios alrededor del 64% del valor de todos los pedidos militares del gobierno de EE.UU.

Las compras estatales, además de garantizar a los monopolios de la industria de guerra un mercado de venta, les aportan colosales ganancias. Incluso según estadísticas oficiales, la norma de ganancia de estos monopolios es mucho mayor que la de otros consorcios. La revista *The Fortune* comunica que los consorcios de la industria bélica, en el período de 1965-1968, recibieron, como promedio, un 17,5% de la ganancia sobre el capital invertido, mientras que las compañías dedicadas a la producción civil, un 10,6%. En el período de 1958 a 1968, algunos consorcios de la industria de guerra (Lockheed Aircraft, Boeing, Grumman Aircraft, Avco) aumentaron sus ganancias de tres a cuatro veces. La inspección de 146 empresas militares, efectuada en 1971 por los organismos del Congreso de EE.UU., demostró que estas empresas habían recibido el 56,1% de ganancia sobre el capital invertido.

[10] Véase *Economic Report of the President,* 1975, pp. 249-251.

Los créditos y subsidios también son importantes instrumentos de redistribución de la renta nacional a través del presupuesto del Estado. Además de la ayuda directa, los monopolios reciben recursos del presupuesto del Estado por vía indirecta. Por ejemplo, el Estado subvenciona a manos llenas las investigaciones científicas. En el período de 1953 a 1971, los gastos del gobierno de EE.UU. para estos fines crecieron de 2.800 millones a 14.700 millones de dólares anuales. Gran parte de los medios del Estado se invierte en las investigaciones científicas que hacen los consorcios privados vinculados con la producción militar. Como resultado, los monopolios obtienen la posibilidad de financiar a cuenta del Estado la introducción de las novísimas realizaciones de la ciencia y la técnica.

Los intereses de los monopolios están siempre en el centro de la atención del gobierno de EE.UU., cosa que reconocen incluso los economistas burgueses. Los autores del libro *Quién posee y administra Estados Unidos,* Morton Mintz y Jerry Cohen, señalan que, en 1970, el Congreso norteamericano se negó a apoyar el programa de ayuda a los niños que pasaban hambre, pero asignó, en la misma sesión, unos 200 millones de dólares para las necesidades de producción de una compañía de construcción naval. El Estado presta ayuda a los monopolios en forma de subsidios para las investigaciones científicas (de 1956 a 1970, la suma de estos subsidios más que se cuadruplicó), de dotaciones en metálico, suministro gratuito de materia prima de las reservas estatales, etc.[11]

[11] M. Mintz and J. S. Cohen. *America, Inc. Who Owns and Operates the United States,* N. Y., 1972, p. 511.

Así pues, los gobiernos burgueses, al acumular gran parte de la renta nacional, o sea, del producto necesario de los obreros y pequeños productores de mercancías, que va al presupuesto del Estado, la redistribuyen en favor de los monopolios convirtiéndola en fuente de sus ganancias.

La regulación y programación de la economía capitalista por el Estado es una de las direcciones del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado y constituye un sistema de medidas económicas del gobierno, o sea, la intervención directa del Estado burgués en el proceso de reproducción capitalista. El principal objetivo de esta intervención consiste en salvar el régimen capitalista. En aras de ello, los gobiernos de los Estados burgueses tratan de estabilizar la economía, atenuar el efecto de las crisis económicas y asegurar un ritmo mayor de crecimiento de la reproducción ampliada capitalista. Además, la regulación estatal persigue el objetivo de garantizar altas ganancias a las asociaciones monopolistas.

La regulación estatal de la economía comenzó durante la primera guerra mundial, ampliándose en los años de la segunda guerra mundial, sin significar un fenómeno propio exclusivamente del tiempo de guerra. El Estado capitalista reglamentó la economía también en el período entre estas dos guerras, sobre todo, durante la crisis económica mundial de 1929-1933. Después de la segunda guerra mundial, a raíz del crecimiento de las contradicciones del imperialismo, el desarrollo de la revolución científico-técnica, la envergadura jamás vista alcanzada por la militarización y la emulación con el sistema mundial del socialismo, el capital monopolista utilizó más aún la "regulación" de la economía por el Estado.

Esta regulación se manifiesta, ante todo, en que el Estado hace inversiones en sus empresas de la industria transformadora, en la explotación de las fuentes de materia prima y de energía y en el fomento del transporte, así como estimula las inversiones a través del sistema de amortización acelerada y de ventajas fiscales que se conceden a los monopolios. En todos los países imperialistas

ha pasado a ser un fenómeno lógico el crecimiento de la proporción que corresponde al Estado en la suma total de inversiones. En la economía donde domina la propiedad privada de los medios de producción, la influencia de las inversiones estatales, aunque sean grandes, es reducida a ciertos límites. Las empresas construidas a cuenta del presupuesto del Estado, siendo transferidas las más de las veces a los monopolios, les permiten sacar colosales ganancias. Los monopolios que explotan las empresas estatales, poseen varias ventajas: en la mayoría de los casos, están exentos del pago de arriendo al Estado, no le indemnizan el desgaste de las instalaciones y edificios ni pagan el interés sobre el capital del Estado invertido.

Además de financiar directamente las inversiones privadas, el gobierno apoya la acumulación del capital privado acelerando la amortización y concediendo ventajas fiscales a los consorcios. Por ejemplo, en la década del sesenta, en EE.UU. se estableció el procedimiento de descuentos de amortización en base a la doble norma de ésta, lo cual permite cancelar dos terceras partes del valor de las instalaciones en el curso de la mitad del plazo de su servicio. Este procedimiento da la posibilidad de incluir en la partida de los descuentos de amortización parte de la ganancia exonerándola del gravamen del impuesto sobre utilidades. Esto significa que los monopolios obtienen del presupuesto del Estado inmensas subvenciones so pretexto de la compensación del desgaste "moral" de las instalaciones. En virtud de que los descuentos de amortización no se gravan con impuesto, este procedimiento permite a los monopolios aumentar su ganancia neta, pues pagan menos impuestos al Estado. Por eso, este sistema de amortización acelerada es uno de los factores del enriquecimiento de los monopolios de EE.UU. y de otros países imperialistas.

Además, el Estado burgués reglamenta las relaciones entre los empresarios y los obreros, fijando la duración de la jornada laboral, el nivel determinado de desempleo y la cuantía del salario, realizando el arbitraje obligatorio entre los obreros y los patronos y resolviendo en favor de

los monopolios los conflictos laborales. El Estado burgués promulga leyes reaccionarias que obstaculizan la lucha de la clase obrera contra la explotación capitalista.

En los países capitalistas, los adelantos de la revolución científico-técnica no se emplean para satisfacer las necesidades de los trabajadores, sino para acrecentar las ganancias de los monopolios, lo cual va exacerbando la lucha entre el trabajo y el capital. El Estado burgués, temeroso de que la lucha de clases se transforme en un movimiento revolucionario de masas, interviene en las relaciones entre el trabajo y el capital.

La regulación que efectúa el Estado burgués se extiende asimismo a la agricultura. Para concentrar y centralizar más aún el capital en la agricultura, el Estado burgués aplica la política de reducción forzosa de la superficie de siembra. A fin de que los precios de la producción agropecuaria se mantengan a un nivel determinado, los organismos estatales compran a los grandes hacendados excedentes de sus mercancías. Este sistema de medidas económicas del Estado burgués no afecta las bases de la dominación de la propiedad capitalista privada de los medios de producción, sino tan sólo modifica, sin eliminar, la anarquía y la competencia en la producción agrícola capitalista.

En el período postbélico, sobre todo a partir de la década del sesenta, debido a la ampliación de la regulación estatal, ha cobrado un desarrollo sensible la programación de la economía capitalista, por la cual se entiende el trazado, por los organismos estatales, de programas de fomento económico a largo plazo. Los Estados burgueses se ven obligados a programar la economía debido al alto grado de socialización de la producción, la agudización sucesiva de las contradicciones de la reproducción capitalista y de la revolución científico-técnica en el contexto de la emulación de los dos sistemas mundiales: el socialismo y el capitalismo. Los monopolios tratan de superar las contradicciones elaborando y financiando los programas a largo plazo. Estas medidas persiguen el objetivo de movilizar todos los recursos y utilizar mejor las

posibilidades de la revolución científico-técnica para poder mantenerse en la emulación de los dos sistemas.

No se debe identificar la programación capitalista con la planificación de la economía socialista, puesto que son absolutamente distintas las bases socioeconómicas de estos dos procesos. La programación capitalista se realiza tan sólo en el sector estatal de la economía. En cuanto a los monopolios privados, los programas económicos se limitan a dar algunas recomendaciones que se cumplen tan sólo si son ventajosas para ellos. La propiedad capitalista y el afán incontenible de ganancia excluyen una auténtica planificación científica que permita desarrollar proporcionalmente la producción en todos los sectores de la economía.

La regulación burguesa reviste exclusivamente un carácter de clase, sirviendo a los intereses de la burguesía monopolista, y no a los de las masas populares y significa una mayor ofensiva contra el nivel de vida de los trabajadores. Esta regulación, siendo incapaz de anular la acción de las leyes económicas del capitalismo, no puede eliminar las desproporciones propias de la economía capitalista, aminorar su inestabilidad y acabar con las crisis económicas.

Estímulo por el Estado de la expansión económica exterior. El Estado burgués coadyuva activamente a la expansión de los monopolios nacionales en el exterior, recurriendo, primero, a los métodos de la política arancelaria y del estímulo directo por el Estado de la exportación de mercancías y, segundo, a la exportación de capital estatal, lo que ayuda a los monopolios a aumentar la exportación de mercancías.

Antes de la segunda guerra mundial, las inversiones de los medios estatales en el extranjero fueron muy inferiores a la exportación privada de capital. En el período postbélico se formó una situación distinta: los empréstitos y subsidios de un Estado a otros pasaron a ser un fenómeno típico. El Estado se encargó de garantizar la exportación de capital privado frente al riesgo comercial y político que corría a raíz de un poderoso auge del mo-

vimiento antimperialista en los países del "tercer mundo". El principal torrente de los empréstitos y subsidios estatales proviene de EE.UU. Los canales más importantes de la exportación de capital estatal norteamericano en el período postbélico son distintos programas de "asistencia" que se realizan a través del Banco de Exportación e Importación y las organizaciones internacionales (Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo, Sociedad Financiera Internacional, Fondo Monetario Internacional y otras), controladas por el capital estadounidense. El gobierno de EE.UU. planteó la condición de que una parte de estas sumas, en moneda nacional de cada país, pasase a propiedad de las autoridades norteamericanas y se emplease a su albedrío. La otra parte, aunque estuviera a disposición del país destinatario de la "asistencia", se gastaría únicamente por acuerdo con el gobierno de EE.UU. y principalmente para importar las mercancías norteamericanas. Además, al concederse empréstitos y subsidios se tomaban en consideración, ante todo, los intereses político-militares y económicos del capital monopolista de EE.UU.

Es muy significativo que el gobierno de EE.UU. haga todo lo posible para que los medios que se conceden por concepto de "asistencia" económica se gasten tan sólo en su país, es decir, en comprar mercancías y servicios norteamericanos, lo cual se considera como importante estímulo artificial de su exportación.

Aunque el crecimiento considerable de la exportación de capital estatal es una forma importante de manifestación del capitalismo monopolista de Estado en el campo de las relaciones económicas internacionales, los gobiernos imperialistas aplican, además, las medidas para estimular la exportación de capital privado y la creación de las condiciones económicas y políticas que propicien la colocación más beneficiosa de las inversiones de capital privado en el extranjero. Persiguiendo estos objetivos, precisamente, el gobierno de EE.UU. procura que los países en que están invertidos los capitales norteamericanos promulguen leyes que permitan a los monopolios norteamericanos transferir libremente sus capitales de estos países a EE.UU. Cuando

no se logra esto, el gobierno de EE.UU. destina del presupuesto del Estado sumas especiales para convertir en dólares los ingresos que sus monopolios obtienen en otros países, lo cual garantiza a aquéllos contra las pérdidas en caso de desvalorización de la moneda de los países en que tienen invertidos sus capitales. Pero esto significa asimismo que la carga de las pérdidas recae sobre los hombros de los contribuyentes. A cuenta de los recursos presupuestarios, el Estado norteamericano crea la infraestructura en los países importadores de capital estadounidense a fin de facilitar la penetración en ellos de capital privado de los monopolios de EE.UU.

Además de aplicar medidas para estimular la exportación de capitales privados, los Estados imperialistas coadyuvan a la exportación de mercancías por los monopolios. Esto se manifiesta, primero, en el estímulo de la exportación de mercancías con ayuda de empréstitos y subsidios exteriores estatales; segundo, en las garantías gubernamentales de las operaciones en la esfera del comercio exterior, y, tercero, en las ventajas en cuanto al gravamen fiscal de las operaciones de exportación de mercancías. Como se ha señalado ya, los empréstitos y subsidios estatales se conceden a condición de que parte considerable de ellos sea gastada para comprar mercancías de los países acreedores.

La necesidad de que el gobierno garantice las operaciones en la esfera del comercio exterior se debe a que después de la segunda guerra mundial el aceleramiento de la exportación de mercancías depende directamente de una amplia concesión de créditos a los compradores extranjeros. Dada la inestabilidad general de la situación económica y política de los países capitalistas, los monopolios exportadores, al conceder créditos, corren cierto riesgo, por lo cual el Estado se encarga de compensarles las pérdidas en caso de insolvencia de los contratantes extranjeros que les han comprado mercancías a crédito. Además, el Estado estimula la exportación de mercancías por los monopolios, concediéndoles distintas ventajas en cuanto a los impuestos sobre las operaciones de exporta-

ción. Por ejemplo, el Estado disminuye el impuesto a las compañías exportadoras de mercancías, así como les aplaza el pago de impuestos sin cobrar interés. Por lo común, las mercancías exportadas están exentas de gravámenes indirectos, lo cual permite a las compañías exportadoras disminuir sus precios, elevando de esta manera su capacidad de competencia.

Así pues, a fin de estimular la exportación de capital y mercancías, el Estado, so pretexto de asegurar a la industria un mercado de ventas, otorga distintas ventajas a los monopolios exportadores. Todas estas medidas monopolistas de Estado, que exteriormente simulan asistencia a la exportación de capitales y mercancías, son, en el fondo, desde el punto de vista económico, uno de los numerosos procedimientos de utilizar el presupuesto estatal por los monopolios para obtener superganancias a expensas de la redistribución de la renta nacional.

Una importante manifestación del capitalismo monopolista de Estado en el campo de la economía mundial es, asimismo, el surgimiento de las asociaciones monopolistas interestatales, tales como la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, la Comunidad Económica Europea, la Asociación Europea de Libre Comercio y otras. Estas agrupaciones persiguen el objetivo de valerse del poderío conjunto de los Estados imperialistas para explotar a sus pueblos y a otros países, preservar sus posiciones en los países dependientes, aplastar el movimiento revolucionario de los trabajadores y luchar en común contra el sistema socialista mundial.

3. EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO Y LA CULMINACION DE LA PREPARACION DE PREMISAS MATERIALES PARA EL SOCIALISMO

El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, sean cual fueren la voluntad y las aspiraciones de la burguesía monopolista, significa que se da cima a la preparación de todas las premisas necesarias para el socialismo.

El desarrollo de las fuerzas productivas en la sociedad burguesa conduce inevitablemente a una socialización cada vez mayor del proceso de producción capitalista. El capitalismo monopolista de Estado acelera esta socialización. La "unión personal" de los monopolios con los gobiernos de los países capitalistas, la formación de la llamada economía estatal, la utilización centralizada de una parte cada vez mayor de la renta nacional, la intervención económica del Estado en el proceso de la reproducción capitalista y las medidas de la regulación monopolista de Estado son distintos aspectos de la socialización progresiva de la producción. Al mismo tiempo, sigue en pie la forma capitalista privada de apropiación de los resultados de la producción. Un puñado insignificante de poseedores de los medios de producción se apropia de la riqueza creada por el trabajo de millones de personas. Entretanto, la producción socializada requiere objetivamente que los resultados del trabajo sean patrimonio de todos los trabajadores. Por consiguiente, las condiciones materiales de la producción capitalista conducen objetivamente a la necesidad de suprimir el régimen burgués.

Estudiando el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, Lenin señaló ya durante la primera guerra mundial que "en Alemania llegaron a tal punto que *desde un centro* se dirige la vida económica de *66 millones de personas*"[12]. Lenin observaba atentamente cómo en base a la forma superior de socialización capitalista de la producción surgía un aparato ramificado de cálculo, control y regulación de la vida económica que la clase obrera podría emplear al organizar la producción socialista. El capitalismo monopolista de Estado demuestra que la sociedad ha creado unas fuerzas productivas que exigen pasar a la propiedad social de los medios de producción, a la administración planificada de la economía, al socialismo. Crea

[12] V. I. Lenin. *Posición de principios respecto de la guerra. O. C.*, t. 30, pág. 219.

las premisas para organizar y reglamentar la producción social. Lenin vio en el capitalismo monopolista de Estado una prueba convincente de que el sistema capitalista había madurado por completo para la revolución socialista. Esto le permitió sacar la conclusión de inmenso alcance histórico: "... El capitalismo monopolista de Estado es la preparación *material* más completa para el socialismo, su *antesala*, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo *no hay ningún peldaño intermedio*"[13].

El capitalismo monopolista de Estado es la fase superior de la socialización capitalista de la producción, a la cual ya no corresponde la envoltura capitalista privada. El sistema capitalista mundial en su conjunto, dice el Programa del PCUS, ha madurado para la revolución socialista del proletariado.

El capitalismo monopolista de Estado apareció porque la burguesía necesitaba salvar el régimen capitalista e impedir la revolución socialista. Mas persiguiendo este objetivo, acelera y consolida, a la vez, la socialización de la producción, esto es, crea las premisas materiales de tránsito a la gestión socialista de la economía basada en la propiedad social de los medios de producción. Empero, para realizar estas premisas y pasar del capitalismo monopolista de Estado al socialismo es necesario derrocar el poder de la burguesía y hacer la revolución socialista. "La "proximidad" de *tal* capitalismo al socialismo —decía Lenin— debe constituir, para los verdaderos representantes del proletariado, un argumento a favor de la cercanía, de la facilidad, de la viabilidad y de la urgencia de la revolución socialista, pero no, en modo alguno, un argumento para mantener una actitud de tolerancia ante los que niegan esta revolución y ante los que hermosean el capitalismo, como hacen todos los reformistas"[14]. Estas indicaciones de Lenin tienen particular importancia hoy, cuando los reformistas se desviven por presentar el capitalismo monopolista de Estado como vía de penetración cada vez mayor de elementos socialistas en todos los poros de la sociedad capitalista, como cambio ininterrumpido del capitalismo hacia su transformación en socialismo, cambio que se opera en las condiciones de la propiedad privada de los medios de producción.

[13] V. I. Lenin. *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla. O. C.*, t. 34, pág. 193.

[14] V. I. Lenin. *El Estado y la revolución. O. C.*, t. 33, pág. 68.

Hay que subrayar también que el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado consolida, al mismo tiempo, el aparato del Estado burgués y refuerza el militarismo, la reacción, el despotismo militar y la arbitrariedad política, obstaculizando, por ende, la lucha económica y política del proletariado en los países imperialistas. Por eso, cuanto más alto es el nivel de desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, tanto más difícil es para el proletariado acabar con el dominio de los monopolios y conquistar el poder.

El capitalismo monopolista de Estado empeora la situación de las masas trabajadoras, pues ha creado amplísimas posibilidades para combinar la explotación primaria de los obreros y todos los trabajadores en el proceso de producción con la explotación secundaria mediante la apropiación y redistribución por el Estado de una parte considerable de la renta nacional. Las masas populares, encabezadas por la clase obrera, comprenden cada vez mejor que el capitalismo monopolista de Estado es contrario a sus intereses e intensifican su lucha contra la opresión conjunta por parte de los monopolios y el Estado imperialista.

Los trabajadores de los países capitalistas luchan bajo la consigna de denuncia de la naturaleza y la orientación promonopolistas de toda la política del Estado. La clase obrera, dirigida por los partidos comunistas y obreros, batalla por la democratización radical de las empresas estatales y por la nacionalización democrática de todos los sectores básicos de la economía.

4. CRITICA DE LA TEORIA BURGUESA DEL "ESTADO DE PROSPERIDAD GENERAL"

El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado condujo a la intervención multilateral del Estado en la vida económica en provecho de los monopolios. Especulando con los nuevos fenómenos en la vida económica y política de los países imperialistas, los economistas y políticos burgueses y sus abogados reformistas tratan de probar que se opera el proceso evolucionista espontáneo de "transformación" del capitalismo en "sociedad capitalista popular", convirtiéndose el Estado burgués en "Estado de prosperidad general".

Los teóricos principales de la concepción del "Estado de prosperidad general" son los conocidos economistas burgueses A. Hansen y K. Boulding (EE.UU.) y R. Harrod (Inglaterra).

A juicio de los apologistas del imperialismo, los órganos e instituciones del poder público de los países capitalistas se encuentran hoy por entero al servicio de toda la sociedad, protegiendo en igual medida los intereses de todas las clases y grupos de la población, por lo cual el Estado burgués contemporáneo es un "Estado de prosperidad general", que se esfuerza por elevar el bienestar de todos los ciudadanos y asegurar su bienestar. El economista burgués norteamericano J. Viner estima que el modelo de "Estado de prosperidad general" es más apropiado para caracterizar a EE.UU. y señala que los gobiernos central y locales de este país se ocupan de numerosos problemas de la actividad económica: asumen la responsabilidad por la disminución de las oscilaciones en el marco del ciclo económico, por la asistencia a los desempleados y el cumplimiento de un vasto programa del seguro de vida; estimulan y reglamentan los contratos colectivos entre los empresarios y los trabajadores asalariados sobre la remuneración por horas y las condiciones del trabajo, y exigen que se apliquen enérgicas medidas para establecer la distribución igualitaria de la riqueza y los ingresos.

La teoría del "Estado de prosperidad general" se asienta, ante todo, en la idea desfigurada de que la naturaleza del capitalismo ha cambiado radicalmente, y el capitalismo monopolista de Estado ya no tiene nada de capitalista. Los cambios operados en el desarrollo del capitalismo moderno no se manifiestan, ni mucho menos, en la "democratización" del capital y la administración ni en la eliminación del poder de los grandes capitalistas, sino, por el contrario, en la consolidación del dominio de los monopolios y la agudización de las contradicciones antagónicas.

Alegando el crecimiento del papel económico del Estado burgués, los autores y adeptos de la teoría del "Estado de prosperidad general" deforman las relaciones auténticas entre los monopolios y el Estado burgués. La combinación de la fuerza de los monopolios y del Estado, la subordinación cada vez más directa del mecanismo de este último a la influencia del capital monopolista, el uso de los resortes estatales para el enriquecimiento de los monopolios a expensas del presupuesto del Estado y la redistribución de la renta nacional son presentados por los propagandistas del "Estado de prosperidad general" como freno de los monopolios por el Estado supraclasista en beneficio de toda la sociedad.

Pero, en realidad, el capitalismo monopolista contemporáneo se caracteriza por la consolidación sucesiva del dominio de los monopolios y la transformación del Estado en instrumento dócil del capital monopolista, que obtiene colosales ganancias precisamente con la ayuda de éste, explotando sin piedad a los trabajadores. Lo acredita persuasivamente la estructura de los presupuestos estatales de los países imperialistas. Sus ingresos están constituidos en no menos de las dos terceras partes de los impuestos percibidos de la población. En 1973, los ingresos por concepto de impuestos a los trabajadores en EE.UU. ascendían a casi el 70% de los ingresos del presupuesto federal. Por término medio, el 33-35% del salario del obrero o empleado norteamericano se gasta en pagar distintos impuestos. Los recursos del presupuesto de EE.UU. se invierten,

ante todo, en el aseguramiento de los pedidos militares y el mantenimiento del ejército, la policía y el aparato del Estado. Los gastos militares directos constituyen casi el 50% de la partida de gastos del presupuesto, mientras que la proporción de los mismos para la sanidad, la instrucción y las necesidades sociales de los trabajadores varía entre un 7 y un 10%.

Estos datos demuestran que el Estado imperialista redistribuye la renta nacional a favor de los grandes monopolios y en detrimento de los intereses de los trabajadores, cuyo ingreso real disminuye esencialmente a raíz del crecimiento de los impuestos. Según datos del miembro de la Cámara de Representantes, Henry Reuss, en 1970 estaban exentos del pago de los impuestos federales 300 norteamericanos, cuyos ingresos pasaban de 200.000 dólares anuales (comprendidos 52 millonarios), mientras que en 1971 no pagaban impuestos no ya un puñado de ricachones, sino consorcios enteros. El congresista Charles Vanik descubrió, por ejemplo, que los nueve consorcios industriales mayores de EE.UU. —United States Steel, Bethlehem Steel, MacDonnell Douglas, W. R. Grace, Gulf and Western, Uniroyal, Standard Oil of Ohio, Republic Steel y National Steel— obtuvieron, en 1970, en total, una ganancia de 682.000.000 de dólares sin pagar nada al tesoro federal[15]. Pasado un año, este congresista vio, en los informes anuales de algunos de los consorcios mencionados, un cuadro análogo y declaró: "Estudiando el informe del consorcio United States Steel de 1971, quedé estupefacto al enterarme de que este consorcio, la principal compañía de acero en el mundo, y la duodécima de las compañías más importantes de EE.UU., hacía negocios por valor de casi cinco mil millones de dólares, obtuvo un ingreso neto de 154.315.754 dólares y no pagó ni un centavo por concepto de impuesto federal de utilidades en 1971"[16].

En su afán incontenible de ganancia los monopolios

[15] Véase *The Nation*, 30 October 1972, p. 401.
[16] *Economic Notes*, May 1972, p. 6.

intensifican por todos los medios la explotación de los trabajadores, sin preocuparse de los intereses vitales de millones de personas. De esta manera atentan contra el patrimonio más importante del proletariado: su capacidad de trabajar. Los datos sobre el traumatismo en la producción, citados en el cuadro 4, son testimonio directo de la ofensiva del capital contra la salud de los trabajadores.

Cuadro 4

Dinámica del traumatismo en la producción en los países capitalistas más importantes
(número de accidentes; en miles)

País	Año		
	1960	1970	1971
EE. UU.			
Total	1950,0	2.500,0	2.500,0
Entre ellos, terminaron con muerte	13,8	14,9	14,0
RFA			
Total	2.790,5	2.366,2	2.447,0
Entre ellos, terminaron con muerte	4,8	6,3	6,7
Italia			
Total	1.497,3	1.610,0	1.516,1
Entre ellos, terminaron con muerte	4,8	4,9	4.6
Francia			
Total	1.065,8	1.107,7	1.085,5
Entre ellos, terminaron con muerte	1,6	2,3	2,2
Gran Bretaña			
Total	189,7	309,6	268,8
Entre ellos, terminaron con muerte	0,6	0,6	0,5

Fuentes: Anuarios estadísticos nacionales y publicaciones periódicas de los años respectivos.

En las empresas industriales de la RFA, por término medio, cada trece segundos sucede un accidente, cada tres minutos un obrero pierde totalmente la capacidad de tra-

bajo, pasando a ser inválido, y cada dos horas se registra un trauma mortal[17]. En total, en la RFA, cada uno de cada diez trabajadores resulta anualmente víctima de accidentes en la producción.

En el mundo capitalista, la intensificación del trabajo conduce al crecimiento del número de casos de enfermedades neurosíquicas y cardiovasculares entre los obreros y empleados. En la RFA, Japón y EE.UU. el ritmo de difusión de enfermedades neurosíquicas es mayor que el de incremento de la población. En EE.UU., por ejemplo, en 1955, de cada cien mil habitantes, 1.032 personas padecían enfermedades psíquicas, ascendiendo este número, en 1969, a 1.828, o sea, creció en más del 77%[18]. En la RFA, en 1967, se registraron 187.900 enfermos psíquicos, y en 1970, 260.400. El capitalismo monopolista de Estado, que quebranta la salud de los trabajadores, no crea todas las condiciones necesarias para que éstos restablezcan su capacidad de trabajo, aumentando, de año en año, por otra parte, el costo del tratamiento médico. En EE.UU., los gastos para el tratamiento médico constituyen un 10-12% del salario del obrero. En el período de 1960 a 1971 casi se triplicó (creciendo de 56 a 144 dólares) el promedio del pago por un día de tratamiento en el hospital. Todos estos hechos testimonian que la política del Estado burgués contemporáneo no tiende a defender los intereses de las masas trabajadoras, sino los de la burguesía monopolista. El Estado burgués es un órgano de dominación de clase de la burguesía y, ante todo, de los monopolios. Por eso, su política también reviste carácter de clase.

Uno de los principales argumentos de los adeptos al "Estado de prosperidad general" es el que el Estado burgués resolvió supuestamente toda una serie de problemas sociales: mejoró la previsión social, elevó los gastos para la instrucción, instituyó el fondo de pagos por desempleo y aplicó ciertas medidas legislativas en el terreno de la

[17] Véase *Unsere Zeit*, 16 März 1973, S. 9.

[18] Véase *Statistical Abstract of USA*, 1972, p. 76.

reglamentación de las relaciones entre los patronos y los obreros. Pero, en realidad, las conquistas socioeconómicas de los trabajadores en los países capitalistas no son consecuencia de las buenas acciones del Estado burgués, como afirman los propagandistas de dicha teoría, sino resultado de la encarnizada lucha de clases.

La realidad capitalista rebate los falsos argumentos de los autores y adeptos de la teoría del "Estado de prosperidad general". El capitalismo monopolista de Estado no modifica su propia naturaleza social de clase y económica. Lejos de cambiar la situación de las principales clases en el sistema de producción social, ahonda el abismo entre el trabajo y el capital, entre la mayoría de la nación y los monopolios. El constante desempleo, la creciente intensificación del trabajo, la insuficiente previsión social, el desfase entre el salario y el incremento de los precios y los insoportables precios del alquiler siguen constituyendo una plaga para las grandes masas trabajadoras de los países capitalistas. Esto lo acredita elocuentemente el hecho de que en los últimos años el gobierno de EE.UU. presentó oficialmente un programa de lucha contra la pobreza. El propio planteamiento de este problema no es casual, ratificando que la abundancia existente no es para todos los norteamericanos. Incluso según datos oficiales, en 1972, en EE.UU. había 25.600.000 personas que vivían al borde de la miseria. Uno de los subcomités del Senado del Congreso de EE.UU. testifica que en las grandes ciudades la proporción de gente pobre es mayor que, por término medio, en el país. Por ejemplo, en Detroit, los pobres constituyen un 34,7%; en Dallas, un 37,3%; en Nueva Orleáns, un 41,1%, y en San Antonio, un 45,9%.

La concepción apologética burguesa del "Estado de prosperidad general" constituye la base de la valoración del capitalismo moderno por los socialistas de derecha que adaptaron esta concepción a sus fines, sólo cambiando ligeramente la terminología. Si los economistas burgueses afirman que la sociedad capitalista contemporánea se transforma en "sociedad capitalista del pueblo", y el Estado burgués, en "Estado de prosperidad general", los so-

cialistas de derecha repiten con machaconería que el capitalismo "se transforma" en socialismo.

Los ideólogos socialreformistas hacen pasar por "transformación" gradual del capitalismo en socialismo la nacionalización capitalista de varios sectores de la industria en los países imperialistas, la intervención del Estado en la economía en provecho de los monopolios, la aplicación por los gobiernos burgueses de algunas reformas democráticas, que son concesiones forzadas de los capitalistas a la clase obrera en lucha, etc.

Los socialistas de derecha se suman, a todas luces, a los teóricos burgueses al afirmar que la intervención del Estado burgués en la economía hace tambalear los cimientos del capitalismo y engendra "elementos socialistas" en la sociedad capitalista. Los líderes socialistas de derecha defienden a los monopolios, predican la paz entre los obreros y la burguesía, apoyan activamente la política interior reaccionaria y la política exterior agresiva del imperialismo, se desviven por infundir a la clase obrera la fe en la posibilidad de mejora de su situación bajo el régimen capitalista y propagan la teoría del "socialismo democrático", variedad de la teoría de "la integración pacífica del capitalismo en el socialismo". Los propagandistas socialistas de derecha de la teoría del "socialismo democrático" afirman que en los países capitalistas ya no existen la explotación y la oposición de los intereses de clase del proletariado y la burguesía. Declaran que el Estado imperialista está por encima de las clases y que toda empresa que le pertenece es socialista.

Así pues, las teorías burguesas, socialistas de derecha y revisionistas de la "transformación" del capitalismo moderno en Estado o sociedad de "prosperidad general" son idénticas por su naturaleza. Con su ayuda, los apologistas del capitalismo monopolista de Estado tratan de debilitar la inmensa influencia que los éxitos del sistema mundial del socialismo ejercen sobre la conciencia de las masas populares de los países capitalistas. Se empeñan en oponer al socialismo realmente existente el capitalismo embellecido, velando y ocultando sus contradicciones, negando la explotación despiadada de las masas y presentando el feroz yugo de los monopolios como preocupación de buenos amos sobre el bien del pueblo. Pero la experiencia de los trabajadores por sí misma les persuade de que el Estado burgués es un instrumento dócil de los monopolios, y la decantada "prosperidad" constituye la prosperidad para la oligarquía financiera, y las privaciones y sufrimientos para centenares de millones de trabajadores de los países imperialistas.

Capítulo IV

CRISIS Y DESCOMPOSICION DEL SISTEMA COLONIAL DEL IMPERIALISMO

La crisis y descomposición del sistema colonial del imperialismo es parte orgánica de la crisis general del capitalismo, su rasgo fundamental. En los escombros de otrora extensos imperios coloniales han aparecido nuevos Estados nacionales que se han independizado políticamente y sostienen una lucha por su autodeterminación económica. En el Informe del CC del PCUS al XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Leonid Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS, al caracterizar la etapa actual del movimiento de liberación nacional, dijo: "Lo principal es que *la lucha por la liberación nacional ha comenzado prácticamente en muchos países a transformarse en lucha contra las relaciones de explotación, tanto feudales como capitalistas.*

...Se cumple la previsión del gran Lenin de que los pueblos de las colonias y los países dependientes comenzarían la lucha por la libertad nacional y llegarían a la lucha contra las bases mismas del régimen de explotación. Y, naturalmente, eso supone un golpe fortísimo contra las posiciones del capitalismo en su conjunto, como sistema social mundial"[1].

---

[1] L. I. Brézhnev. *Acerca de la política exterior del PCUS y del Estado soviético*, págs. 336 y 338.

1. CRISIS Y DESMORONAMIENTO DEL SISTEMA COLONIAL, RESULTADO DEL DESARROLLO DE LAS CONTRADICCIONES INTERNAS DEL IMPERIALISMO

Esencia y causas de la crisis del sistema colonial del imperialismo. La crisis del sistema colonial del imperialismo es la crisis de la dominación económica y política de las potencias imperialistas en las colonias y países dependientes. La esencia de la crisis del sistema colonial del imperialismo radica en que los imperialistas no pueden ya gobernar en las colonias al viejo estilo, no pueden mantener su dominación en ellas valiéndose de los métodos antiguos de violencia, y los pueblos de las colonias y países dependientes no quieren ya vivir como antes y se alzan a la lucha por su liberación.

La principal causa del surgimiento de la crisis del sistema colonial es la exacerbación de las contradicciones internas del sistema de dominación colonial del imperialismo. Las más importantes de ellas son las contradicciones entre las potencias imperialistas y las colonias y el conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas en las colonias y países dependientes y las relaciones de producción atrasadas que dominan allí. Las relaciones económicas mantenidas por el imperialismo en las colonias aherrojaban y frenaban el desarrollo de sus fuerzas productivas. Las colonias y países dependientes pueden emancipar sus fuerzas productivas y liquidar su atraso económico únicamente destruyendo el sistema colonial del imperialismo mediante la revolución nacional-liberadora.

En las postrimerías del siglo XIX, cuando el capitalismo había llegado a su apogeo —el imperialismo—, en ningún continente habían quedado tierras "de nadie"; los imperialistas habían terminado el reparto territorial del mundo. Se había formado el sistema colonial del imperialismo: sistema de relaciones económicas, políticas, jurídicas, ideológicas y otras de sojuzgamiento y explotación de

los países económicamente atrasados por el capitalismo financiero de las potencias imperialistas.

El desarrollo del capitalismo, ya en su fase premonopolista, había revelado la tendencia hacia la internacionalización de la producción y el cambio, la supresión del aislamiento nacional, la aproximación económica de los pueblos y el englobamiento paulatino de inmensos territorios para formar un todo económico único. La evolución ulterior del capitalismo en la época imperialista, el desarrollo del mercado mundial, la organización de las vías marítimas, la construcción de ferrocarriles y la exportación de capital acentuaron más aún esta tendencia hacia la aproximación económica de los distintos países. Los diversos pueblos y países viéronse vinculados estrechamente a la división internacional del trabajo y la multilateral dependencia económica. Sin embargo, esta dependencia mutua y la aproximación económica de los territorios no se establecieron, en el curso de la evolución del capitalismo, mediante la colaboración de los pueblos, sino en orden de subordinación de unos pueblos a otros. La unificación económica de los distintos territorios se lograba por vía de la creación de extensos imperios coloniales.

La tendencia hacia el acercamiento económico de los pueblos, engendrada por la división internacional del trabajo, se halla en aguda contradicción con los violentos métodos imperialistas de su realización. El sistema capitalista de economía mundial, cuya formación culmina en la época del imperialismo, se asienta en las relaciones de dependencia, dominio y subordinación. En el período del imperialismo, estas relaciones, típicas de todas las etapas del proceso de consolidación y desarrollo de la economía capitalista mundial, pasan a ser un sistema universal de opresión de la mayoría de la población de la Tierra por el capital financiero de un puñado de potencias imperialistas. En dicho período, la población de las colonias es explotada en todos los aspectos. Todos los tipos de monopolios —industrial, financiero, de materia prima y territorial—, complementándose mutuamente, han formado las

condiciones para ampliar y reforzar el sojuzgamiento económico de las colonias y semicolonias. "El capitalismo —decía Lenin— se ha transformado en un sistema universal de sojuzgamiento colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del planeta por un puñado de países "adelantados" "[2]. Parecía que para las potencias imperialistas, las colonias y países dependientes eran inagotable fuente de enriquecimiento, de obtención de materias primas industriales y agrarias y de colosales ganancias resultantes de la exportación de capital y del uso económico de sus territorios.

Al mismo tiempo, la dominación colonial de las potencias imperialistas creaba indefectiblemente las premisas objetivas y subjetivas de la crisis del sistema colonial del imperialismo y de las revoluciones de liberación nacional. En las colonias y países dependientes se iban formando, aunque lentamente y en forma desfigurada, las fuerzas productivas y cristalizando las relaciones de producción capitalistas. A la vez que se desarrollaba el capitalismo, iban creciendo la burguesía, la intelectualidad y el proletariado nacionales, o sea, las fuerzas políticas capaces de alzar a los pueblos a la lucha contra los regímenes coloniales. Los intereses de todos los sectores fundamentales de la sociedad de las colonias y países dependientes chocan con los de los colonialistas. Estos últimos menoscaban los intereses de la burguesía nacional en las condiciones de la economía colonial, limitando sus posibilidades para obtener ganancias, acumular y aplicar el capital y conquistar los mercados interior y exterior. La clase obrera, además de ser explotada por el capital extranjero y nacional, sufre a causa de la existencia de los vestigios feudales. El campesinado de las colonias es explotado tanto por los feudales, comerciantes y usureros nativos como por los monopolios imperialistas. Esta es la causa de que

[2] V. I. Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo. O. C.*, t. 27, pág. 305.

la lucha antimperialista una a los distintos sectores sociales de las colonias y países dependientes. Por tanto, la dominación del imperialismo en las colonias da origen a las contradicciones inconciliables entre las potencias imperialistas y las colonias, contradicciones que engendran la lucha de los pueblos de éstas por su independencia nacional.

La Gran Revolución Socialista de Octubre, al asestar un fortísimo golpe a todo el sistema de dominación colonial imperialista, dio un potente impulso al desarrollo del movimiento de liberación nacional. La anulación por la Rusia Soviética de todos los tratados desiguales y el establecimiento de las relaciones amistosas con varios países de Oriente en pie de igualdad y respeto a la soberanía de los pueblos, sean grandes o pequeños, ejerció inmensa influencia radicalizadora en las masas trabajadoras oprimidas.

La Revolución de Octubre inspiró una poderosa ola en el movimiento de liberación nacional en China, India e Indonesia, la revolución nacional en Turquía, las guerras liberadoras en Marruecos y Afganistán y las insurrecciones populares en Indochina, Filipinas y Corea. En 1921 se produjo la revolución popular en Mongolia que con ayuda directa de la Rusia Soviética emprendió el camino de construcción del socialismo. En 1922 se proclamó la república en Turquía. Luchó con abnegación por su libertad e independencia el pueblo egipcio. En 1922, Inglaterra se vio obligada a conceder a Egipto la independencia formal. Irak logró lo mismo. En su lucha contra el yugo colonial, los pueblos gozaban de la experiencia y apoyo del primer Estado socialista del mundo.

Sin embargo, las acciones revolucionarias de los pueblos de las colonias y países dependientes en la primera etapa de la crisis general del capitalismo no siempre alcanzaban la conquista de la auténtica independencia. Al conceder la independencia formal a algunos países (Irán, Libia y otros), las potencias imperialistas lograron mantenerlos sumisos. En las décadas del veinte y del treinta, dichas potencias supieron mantener su dominio político

en la mayoría de las colonias y países dependientes a consecuencia de la debilidad relativa de su clase obrera, la dispersión de las acciones campesinas y la falta de un frente nacional anticolonial único que pudiese cohesionar todas las fuerzas progresistas.

No obstante, el alcance del movimiento de liberación nacional en esta etapa es inmenso. Las colonias y países dependientes, antigua retaguardia segura del imperialismo, se vieron envueltos en una tensa lucha política. El auge del movimiento de liberación nacional en estos países patentizaba que la época de la explotación descarada de sus pueblos había quedado atrás, adviniendo la época de las revoluciones liberadoras, del despertar de los pueblos anteriormente avasallados y su aparición en la palestra del movimienfo revolucionario mundial.

Descomposición del sistema colonial del imperialismo. El ascenso del movimiento de liberación nacional después de la segunda guerra mundial condujo a que la crisis del sistema colonial del imperialismo se viera sustituida por el proceso de su descomposición: liquidación de las relaciones económicas y políticas basadas en la opresión imperialista de las colonias y países dependientes y formación, en su lugar, de nuevos Estados independientes.

Como resultado de la segunda guerra mundial cambiaron radicalmente las condiciones interiores e internacionales del desarrollo de la lucha nacional-liberadora de los pueblos. Para el despliegue subsiguiente del movimiento de liberación nacional tuvo importancia de principio la victoria de la URSS sobre las fuerzas del fascismo en Europa y el militarismo japonés en Asia. Esta victoria demostró la invencibilidad del país socialista, principal bastión de la lucha antimperialista mundial. La derrota de la Alemania hitleriana y del Japón militarista, las fuerzas más reaccionarias del imperialismo internacional que habían desatado la más desenfrenada prédica del racismo y la opresión nacional, significó también una grave derrota de toda la ideología de los colonizadores modernos y el triunfo de las ideas de liberación.

La victoria de la Unión Soviética en la segunda guerra

mundial y la derrota del fascismo alemán e italiano y del militarismo japonés debilitaron en gran medida el frente unido imperialista. El triunfo de las revoluciones socialistas en varios países europeos y asiáticos y la formación, a raíz de ello, del sistema socialista mundial tuvieron importancia decisiva para el desarrollo ulterior del movimiento de liberación nacional.

En la primera etapa de la crisis mundial del capitalismo, únicamente la Unión Soviética pudo apoyar, como Estado, a los pueblos de las colonias, principalmente en el sentido moral y político. En las nuevas condiciones, estos pueblos son apoyados, en su lucha contra el imperialismo, por todo el sistema socialista mundial, y no sólo en el aspecto moral y político, sino también en el económico y militar.

La descomposición del sistema colonial del imperialismo en la segunda etapa de la crisis general del capitalismo se manifestó no sólo en que varios países asiáticos anteriormente dependientes emprendieran la vía socialista, sino también en que, en lugar de las antiguas colonias y países dependientes de este continente, surgieran repúblicas parlamentarias burguesas. Aunque estos países siguen integrados en el sistema capitalista de economía mundial, su independencia constituye una de las formas de disgregación del sistema colonial del imperialismo y tiene inmenso alcance en el proceso histórico universal de supresión del yugo imperialista.

Una vez acabada la segunda guerra mundial, Asia pasó a ser la zona principal de la lucha contra los regímenes coloniales. Bajo el embate del movimiento de liberación nacional el imperialismo inglés se vio obligado a reconocer la independencia política de la India y Pakistán. Se sacudieron el régimen colonial Indonesia, Birmania, Ceilán (república Sri Lanka) y otros varios países de Asia.

El desmoronamiento del sistema colonial del imperialismo condujo a que, en el período de 1944 a 1954, quince países asiáticos, antiguas colonias de las potencias imperialistas, se convirtieron en Estados independientes.

En esta etapa de la crisis general del capitalismo, en Africa también comenzó la descomposición del sistema colonial: se independizaron Egipto, Sudán, Túnez y Marruecos. Fracasaron los intentos de las potencias imperialistas de detener por vía violenta el proceso de renacimiento nacional de los pueblos y restablecer los viejos regímenes coloniales.

A partir del segundo lustro de la década del cincuenta, cuando el sistema socialista mundial se convierte en factor decisivo del desarrollo de la sociedad humana y se debilitan aún más las posiciones del imperialismo, se intensifica el proceso de descomposición del sistema colonial del imperialismo, comenzando el período culminante de la liberación política de las colonias y de la lucha por la autodeterminación económica.

En la segunda mitad de la década del cincuenta (en la tercera etapa de la crisis general del capitalismo), el movimiento de liberación nacional continuó en Asia, pasando a ser Oriente Medio el campo principal de lucha contra el colonialismo. Las fuerzas unidas de las potencias coloniales de Occidente, aun con ayuda de las armas, no pudieron poner de rodillas a los pueblos del Oriente Arabe, que en su lucha liberadora sintieron en todo momento la ayuda resuelta de la Unión Soviética y otros Estados socialistas. En la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en 1969, se subrayó que la lucha de los pueblos de los países árabes ejerce un influjo positivo en todo el movimiento contra el imperialismo y el neocolonialismo en el Oriente Medio y Africa. La lucha de los pueblos árabes contra el imperialismo y la agresión israelí constituye una parte de la lucha general de las fuerzas de la libertad y el socialismo contra el imperialismo internacional.

Tras el período concerniente a Oriente Medio, comenzó la etapa africana de la historia de la descomposición del sistema colonial del imperialismo. Jamás Africa ha tenido tanta importancia en la vida internacional como en la tercera etapa de la crisis general del capitalismo. Tan sólo en 1960, en el continente

africano proclamaron su independencia 17 ex colonias. A fines de 1974, en Africa había ya 44 Estados soberanos. A mediados de 1974, en una lucha tenaz por la libertad e independencia lograron la victoria los pueblos de Guinea-Bissau, Mozambique y Angola. Bajo la dirección de las organizaciones revolucionarias democráticas de patriotas —el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO), el Partido Africano de Independencia de Guinea y las Islas de Cabo Verde (PAIGC) y el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), que marchan a la vanguardia de la lucha de liberación nacional—, los pueblos de estos países asestaron un fortísimo golpe al colonialismo portugués. Sufrieron un rotundo fracaso los intentos de los gobiernos fascistas de Salazar y Caetanu de doblegar, mediante el terror y la violencia, la voluntad de los patriotas de alcanzar la independencia de sus países. La lucha armada de los pueblos de Guinea-Bissau, Angola y Mozambique no sólo condujo a las derrotas militares del ejército colonialista, sino que contribuyó en gran medida a la activación y fortalecimiento del movimiento democrático en el propio Portugal y al derrocamiento, en abril de 1974, de la dictadura fascista colonialista de Caetanu. En todo el curso de la lucha armada de los pueblos de estos países, la Unión Soviética les prestó la máxima ayuda moral y material.

Por su importancia, la gran batalla histórica desplegada en Africa entre el colonialismo y las fuerzas del movimiento de liberación nacional ha rebasado en mucho las fronteras del continente africano. La lucha por liquidar los regímenes coloniales en Africa ha adquirido la importancia de un enfrentamiento encarnizado entre la reacción imperialista mundial y las fuerzas progresistas amantes de la paz de todo el globo terráqueo.

Los siguientes datos patentizan el ritmo creciente de la descomposición del sistema colonial del capitalismo. En los primeros diez años postbélicos, en Asia y Africa se liberaron del yugo colonial 14 países, y en los diez años siguientes, 44. Las llamas de la lucha contra los colonizadores imperialistas se extendieron al Hemisferio Occidental. La lucha nacional-liberadora en el continente americano tiene ciertos rasgos específicos. La mayoría de los países latinoamericanos habían conquistado la independencia política a comienzos del siglo XIX, pero se vieron económicamente dependientes de las potencias imperialistas. Actualmente, los pueblos de estos países sostienen una tenaz lucha contra el yugo neocolonialista de los monopolios de EE.UU. y otros Estados imperialistas, por una verdadera soberanía nacional y la autodeterminación económica.

En la lucha antimperialista alcanzó un éxito extraordinario el pueblo de Cuba que realizó la primera revolución socialista en el continente americano. La Revolución Cubana ha pasado a ser, para los pueblos de todos los países latinoamericanos, un ejemplo inspirador de lucha por la auténtica independencia nacional. Esta revolución, al romper la cadena de la opresión imperialista y crear el primer Estado socialista en el continente americano, significó un viraje histórico e inauguró una nueva etapa del movimiento revolucionario en Latinoamérica.

Los principios de la década del setenta estuvieron marcados por una activación considerable de la lucha de los pueblos de América Latina por el fortalecimiento de la independencia, la democracia y el progreso social. El Primer Secretario del CC del Partido Comunista de Uruguay, Rodney Arismendi, señaló que los resultados del primer decenio pasado desde la Revolución Cubana demuestran que EE.UU. no había logrado detener el desarrollo ascendente de la lucha liberadora[3]. En Perú, los militares patriotas, que subieron al poder en octubre de 1968, aplican una política progresista, encaminada a defender consecuentemente la soberanía y la independencia del país.

En América Latina provocó una resonancia muy amplia la victoria de Salvador Allende, candidato del bloque de los partidos progresistas, en las elecciones pre-

---

[3] Véase R. Arismendi. *Lenin, la revolución y América Latina*, ed. en ruso, Moscú, 1973, pág. 524.

sidenciales de septiembre de 1970. En tres años de poder, el Gobierno de la Unidad Popular nacionalizó varias de las ramas principales de la economía y limitó la actuación de los monopolios extranjeros, especialmente los norteamericanos. El Estado tomó en sus manos las minas, fábricas y bancos pertenecientes a los monopolios foráneos. Se aplicó a ritmo acelerado la reforma agraria que liquidó de hecho el latifundismo. El programa de medidas socioeconómicas progresistas torpedeaba esencialmente las bases del capitalismo, contribuía a acabar con la dependencia respecto de los monopolios imperialistas, a fortalecer las posiciones de los elementos progresistas en la distribución de las fuerzas de clase y políticas y a ampliar constantemente la base sociopolítica del Gobierno de la Unidad Popular, y creaba las premisas para seguir profundizando el proceso revolucionario. Y aunque la junta militar, que dio el golpe fascista en septiembre de 1973, se apresura a reducir a la nada las conquistas democráticas del pueblo chileno, no es capaz de impedir el movimiento progresista en Chile y menos en América Latina.

Sufrió una bancarrota la política de la dictadura militar proimperialista en Argentina. En 1973, con el amplio concurso del pueblo, subieron al poder las fuerzas que, a pesar de su heterogeneidad, abrieron las perspectivas del desarrollo del país por la vía del fortalecimiento de la independencia nacional. Profundos cambios se operan en Panamá, Ecuador, Costa Rica, Colombia y Venezuela. En 1972, un grupo de militares patriotas de El Salvador intentó derrocar el poder secular de la oligarquía y realizar las reformas vitalmente necesarias. Este intento, aunque fracasado, tuvo eco en toda la América Central. En México también cobra vigor la tendencia a renunciar a la antigua orientación económica exterior únicamente a EE.UU. En otros varios países latinoamericanos también se observan cambios reales en este plano.

Desde fines de la década del sesenta se deja sentir cada vez más la tendencia hacia las acciones mancomunadas de los países latinoamericanos contra la imposición extranjera. Los cimientos de esta política fueron echados en mayo de 1968, en la ciudad chilena de Viña del Mar, donde los representantes de 21 países del continente aprobaron una declaración exhortando a EE.UU. a revisar radicalmente su política económica respecto a América Latina. No obstante, la tendencia hacia la unidad no prevalece aún, ni mucho menos, en la política de los países latinoamericanos, existiendo, además, una tendencia distinta, que los círculos reaccionarios imperialistas estimulan por todos los medios. En varios países latinoamericanos capitanean los regímenes dictatoriales, que, por su esencia, son, en algunos casos, francamente terroristas y fascistas. Apoyándose en tales regímenes, ante todo en la junta chilena y los gobiernos reaccionarios de Bolivia, Uruguay, Paraguay, Brasil, Guatemala y Haití, Washington aplica la política encaminada a desunir los países latinoamericanos. Estados Unidos se vale de los prejuicios anticomunistas de los medios gobernantes de algunos países para estimular oculta o evidentemente la amalgama de toda clase de bloques, tratando de reducir a la nada los esfuerzos que los sectores progresistas de Latinoamérica aplican para fortalecer la unidad sobre la base antimperialista.

No obstante, las demandas objetivas del desarrollo y el hecho de que la mayoría de los países latinoamericanos prestan hoy primordial atención a los problemas económicos contribuyen al fortalecimiento de la tendencia hacia las acciones mancomunadas contra los monopolios de EE.UU. Esta tendencia se manifiesta con particular relieve en las exigencias de archivar la frustrada política de "aislamiento" de Cuba y revisar la estructura del sistema de relaciones interamericanas. Estados Unidos se queda cada vez más frecuentemente en minoría y, a veces, aislado, al resolverse unos u otros problemas políticos y económicos en la OEA, que hace poco aún era considerada en Washington como peculiar "ministerio de colonias de EE.UU.". En América Latina también toca la última hora de las dictaduras militares al servicio del imperialismo. El movimiento revolucionario mundial, a pesar de las difi-

cultades y reveses de algunos de sus destacamentos, sigue avanzando. El imperialismo no tiene fuerzas para recuperar la iniciativa histórica que ha perdido y volver atrás el desarrollo del mundo contemporáneo.

La descomposición sucesiva del sistema colonial del imperialismo y el surgimiento de los Estados independientes en Asia, Africa y América Latina es resultado de las revoluciones nacional-liberadoras que se desplegaron con particular amplitud en el período entre el segundo lustro de la década del cincuenta y los comienzos de los años setenta. En este período, en Asia y Africa surgió un gran número de Estados nacionales, lo cual introdujo cambios esenciales en la estructura política del mundo, contribuyendo a cambiar la correlación de fuerzas en detrimento del sistema capitalista mundial.

Así pues, una característica importante de los éxitos del movimiento de liberación nacional en la tercera etapa de la crisis general del capitalismo es la liquidación casi total del colonialismo clásico. Si en 1917 estaba en dependencia colonial el 69% de la población del planeta, en el 77% de su territorio, en 1974 sufrían el yugo colonial menos del uno por ciento de la población en el área que ocupa menos de un 3% del territorio del globo terráqueo. El sistema colonial está prácticamente suprimido, y el imperialismo tiene que adaptarse a la nueva situación y buscar nuevas formas de relaciones con las ex colonias.

La descomposición del sistema colonial del imperialismo a causa de la lucha de liberación nacional tiene inmenso alcance, ante todo, para el progreso social. El movimiento de liberación nacional se ha convertido en parte inalienable del proceso revolucionario que se opera hoy en el mundo. Los pueblos de los jóvenes Estados soberanos, surgidos de las ruinas de los imperios coloniales, asestan potentes golpes a las posiciones políticas, económicas y estratégico-militares del imperialismo. La descomposición del sistema colonial significa la completa liquidación de todos los métodos de explotación extraeconómica, violación descarada y saqueo, típicos de la época colonial. El capital monopolista internacional no puede ya disponer a su antojo de los recursos humanos y materiales de los países emancipados.

La descomposición del sistema colonial ha conducido al cambio sustancial de la correlación de fuerzas en el ámbito mundial. Los Estados independizados políticamente actúan con creciente energía como vigorosa fuerza, en lo fundamental progresista y antimperialista, en la política mundial. La inmensa mayoría de los jóvenes Estados soberanos no figuran en los bloques militares amalgamados por los imperialistas, sino que aplican la política de neutralidad y se pronuncian contra una nueva guerra mundial. Un ejemplo es la India, que sigue con éxito una política exterior independiente y realiza las medidas progresistas encaminadas a crear una economía independiente. La conquista de la soberanía política abre ante los pueblos de las ex colonias la vía del progreso industrial, crea las condiciones para que a la arena histórica salgan nuevos destacamentos del proletariado y contribuye al empleo fructífero de las riquezas naturales de los países liberados para elevar el nivel de vida de sus pueblos. El desmoronamiento del sistema de esclavitud colonial forma las premisas para el resurgimiento y desarrollo de la cultura de los pueblos anteriormente oprimidos.

2. EL NEOCOLONIALISMO

La transformación de las ex colonias en Estados nacionales independientes no significa aún que las potencias imperialistas renuncien a su saqueo y avasallamiento. Para preservar o tratar de restablecer su dominio en el nuevo contexto histórico, estas potencias recurren a nuevas formas y métodos más sutiles cada día de mantenimiento de los países liberados en dependencia económica y política. El colonialismo moderno, o el neocolonialismo, se distingue del viejo colonialismo clásico por una gran diversidad de medios de presión sobre los países dependientes. El neocolonialismo se adapta al nuevo ambiente, a las condiciones de lucha de los dos sistemas socioeconómicos mun-

diales opuestos y a la descomposición del sistema colonial del imperialismo, constituyendo un conjunto de medidas económicas, políticas, ideológicas y de otra índole, encaminadas a conservar y fortalecer las posiciones del imperialismo en los países en vías de desarrollo y a impedir su progreso económico y social.

Para el movimiento de liberación nacional, el neocolonialismo no es menos peligroso que el antiguo colonialismo. Los dos, aunque tienen la misma esencia, se manifiestan en distintas formas. El método principal del antiguo colonialismo era la coacción extraeconómica y saqueo de los pueblos de las colonias. El neocolonialismo, persiguiendo los mismos objetivos, procura alcanzarlos con ayuda de métodos más solapados, que correspondan a la actualidad. Se utilizan, además de los nuevos, los modificados viejos métodos y formas probados de opresión y explotación colonial de los pueblos políticamente independizados. El neocolonialismo no excluye, ni mucho menos, la violencia manifiesta, incluso la intervención armada en los asuntos de los países en desarrollo, en aras de conseguir dos objetivos: primero, fortalecer y ampliar sus posiciones en ellos y permitir a los monopolios extranjeros que los sigan oprimiendo y explotando en el sentido económico y, segundo, impedir que los países que hayan roto con el colonialismo emprendan la vía no capitalista de desarrollo y mantenerlos en el sistema de economía capitalista mundial.

Una de las formas principales del neocolonialismo es la exportación del capital, ante todo, so pretexto de la denominada asistencia a los países en vías de desarrollo. La mayor parte de tal "asistencia" sirve a los objetivos estratégicos militares del imperialismo, a sus planes agresivos e intentos de convertir estos países en su retaguardia de lucha contra el sistema socialista mundial. Al prestar "asistencia", los imperialistas intentan conservar su dominación en la economía de los países políticamente independizados y convertirlos en objetos de una mayor explotación por el capital monopolista. Antes de la descomposición del sistema colonial, la exportación de capital a las

colonias se efectuaba principalmente en forma de inversiones particulares, mientras que en la segunda y, sobre todo, en la tercera etapa de la crisis general del capitalismo crece impetuosamente la exportación de capital por el Estado. Por ejemplo, las inversiones estatales de EE.UU. aumentaron de 11.090 millones de dólares en 1950 a 36.100 millones en 1972, o sea, más que se triplicaron. Una vez conquistada la independencia política, muchos países en desarrollo nacionalizan las inversiones extranjeras. Por eso, la afluencia de capital monopolista privado a estos países ha disminuido relativamente. Para conservar las ex colonias como objetos de explotación, en ayuda a los monopolios ha acudido el Estado burgués.

Sin embargo, a la par de la exportación de capital por el Estado, desempeña un papel sustancial la exportación de capital monopolista privado a los países emancipados. La exportación de capital estatal a dichos países desbroza el camino para las inversiones particulares. Los Estados imperialistas, al conceder empréstitos y subsidios a los jóvenes Estados, les exigen que aseguren un "clima propicio" para las inversiones extranjeras privadas: que garanticen sus intereses en caso de nacionalización de las ramas correspondientes, etc. El capital privado de las potencias imperialistas ha enraizado sólidamente en la economía de los países liberados. Así, el número de filiales de los 187 consorcios más importantes de EE.UU. creció en el período de 1959 a 1967, en América Latina, de 572 a 950; en Asia, de 83 a 237, y en Africa, de 17 a 73. En 1970, de las 250 compañías más grandes de Inglaterra, que tenían 2.094 filiales en los países en vías de desarrollo, 74 compañías estaban representadas en más de seis países. En el mismo año, tan sólo en Africa (sin la República Sudafricana) tenían filiales 157 firmas belgas, 467 francesas, 87 germanoccidentales, 42 italianas, 823 inglesas, y 361 estadounidenses. De 1960 a 1970, la afluencia neta de las inversiones particulares directas de los países capitalistas adelantados a los países en desarrollo aumentó de 1.767.000.000 a 3.412.000.000 de dólares. Un 45% de este incremento correspondió a EE.UU., y de un 8 a

un 9%, por separado, a la RFA, Inglaterra y Japón.

Los economistas burgueses tratan de demostrar que la exportación de capital es una asistencia encaminada a fomentar la economía y la cultura de los países liberados. Pero, en realidad, la exportación de capital sigue constituyendo el principal medio de la burguesía imperialista para explotar a los pueblos de los países en desarrollo y una fuente complementaria de ganancias para los monopolios de las potencias imperialistas. Las ganancias que esta burguesía obtiene de sus inversiones en dichos países superan considerablemente las nuevas inversiones en el extranjero. Según datos de la ONU, después de la guerra, las ganancias obtenidas a expensas de los países en desarrollo supcran establemente la afluencia del nuevo capital privado. Los cálculos de economistas de la ONU testimonian que la ganancia anual de los Estados imperialistas obtenida en los países en desarrollo constituye de 18 a 20 mil millones de dólares, o sea, mucho mayor que la "asistencia" que les conceden sus "bienhechores" capitalistas. Si se toman sólo las inversiones privadas directas, en 1966-1970, las ganancias exportadas superaron la afluencia del nuevo capital privado de 3 a 4,1 veces: en lo referente a los países extractores de petróleo, de 6,3 a 9,6 veces, y a los demás, de 1,4 a 1,7 veces. En el período de 1961 a 1971, los monopolios de EE.UU. exportaron de los países latinoamericanos 23.600 millones de dólares por concepto de ganancias, mientras que sus nuevas inversiones, comprendidas las reinversiones, constituyeron 8.400 millones de dólares.

La fuga de la mayor parte de la renta nacional de los países en desarrollo a las cajas fuertes de los monopolios de las potencias imperialistas frena el desarrollo de las fuerzas productivas de estos países. El tributo pagado al capital extranjero limita las posibilidades de acumulación interna de los países liberados. Los pagos por concepto de créditos y empréstitos exteriores es la principal causa del déficit de su balanza de pagos. Su deuda general a los Estados imperialistas, en 1973, ascendía a 80 mil millones

de dólares. Con frecuencia, el capital monopolista extranjero, sobre todo el que tiene la forma de inversiones directas (si el Estado nacional no puede controlar su aplicación), tan sólo intensifica la estructura colonial de la economía, el fomento desproporcional de las ramas de producción. Valiéndose de sus posiciones, el capital monopolista extranjero se opone a las tendencias progresistas encaminadas a reforzar el carácter social de la producción y sostiene una lucha contra el sector estatal de las economías nacionales de los países en desarrollo.

Para aplicar la política neocolonialista, los monopolios extranjeros utilizan a menudo las empresas mixtas que se crean con los medios del capital local privado o estatal, atrayéndose el capital extranjero. Al organizarse tales compañías mixtas, el problema de la correlación entre el capital extranjero y local se resuelve en dependencia de la orientación del gobierno del país en desarrollo y el estado de su economía nacional. Valiéndose del afán de estos países de crear su propia industria, los imperialistas implantan en ellos la pequeña producción poco rentable y atrasada en el sentido técnico, mientras que las grandes empresas pertrechadas con las últimas realizaciones de la ciencia y la técnica se construyen, por excelencia, en las ex metrópolis.

En función de las condiciones concretas, la "asistencia" concedida por los países imperialistas persigue distintos objetivos. En unos casos, sirve de medio de avasallamiento económico de los pueblos liberados y de ampliación de la esfera de aplicación del capital y de los mercados de venta (por lo común, la "asistencia" es condicionada por las exigencias de comprar mercancías en el país que la haya prestado). En otros casos, se utiliza para la colonización acelerada de nuevos territorios y su incorporación al sistema capitalista de economía mundial. Estos mismos objetivos persiguen, ante todo, los empréstitos y subsidios estatales que Inglaterra y Francia conceden a varios países en desarrollo. En algunos casos, los empréstitos y subsidios de los Estados imperialistas se proporcionan para apoyar las fuerzas antipopulares reaccionarias.

Con este fin, precisamente, los imperialistas norteamericanos subvencionan a los círculos gobernantes de Corea del Sur y las fuerzas reaccionarias de otros países. Las potencias imperialistas, al prestar "asistencia", persiguen sus objetivos militares estratégicos: crean bases militares y emplazan tropas en los países "ayudados", obligándolos a soportar el fardo de los grandes gastos militares y mantener ejércitos para la lucha contra el movimiento de liberación nacional. Por tanto, la exportación de capital por los países imperialistas, sean cual fueren sus formas, sigue siendo, en el fondo, el principal medio de explotación colonial y de aplastamiento del movimiento de liberación nacional.

Otra forma del neocolonialismo es el comercio de los Estados imperialistas con los países en desarrollo. La conquista de la independencia política por las ex colonias no suprimió el monopolio de las potencias imperialistas en el mercado capitalista mundial. Lejos de disminuir, se ha acentuado incluso el carácter no equivalente del intercambio entre los jóvenes Estados y los países capitalistas industrializados. El crecimiento de los precios de materias primas industriales y agrícolas, exportadas por dichos Estados, va a la zaga de la elevación de los precios de equipos industriales que les suministran los países capitalistas. Tan sólo a causa de este cambio de la correlación de los precios de exportación y de importación, las pérdidas de los países en desarrollo superan actualmente la suma de la "asistencia gratuita" que les conceden los Estados capitalistas adelantados.

En el curso de la actual revolución científico-técnica, una forma específica del neocolonialismo consiste en sonsacar especialistas a los países en desarrollo. Para fomentar su economía nacional, los países liberados de la dependencia colonial necesitan, ante todo, personal altamente calificado. Al mismo tiempo, los Estados imperialistas recurren a distintos procedimientos para extraer tal personal. De este modo, los países en desarrollo pierden tanto a especialistas como los medios gastados para su formación. Así, en 1967 no regresaron a la India el 75%

y al Irán el 50% de especialistas que estudiaban en EE.UU. De los 22.560 especialistas que emigraron a EE.UU. de 1962 a 1967, el 54% eran personas procedentes de los países asiáticos, y el 44%, de los países latinoamericanos.

Después de la segunda guerra mundial ha surgido y cobrado desarrollo el llamado neocolonialismo colectivo que constituye un sistema de medidas conjuntas de las potencias imperialistas para avasallar a los países liberados.

Una de las formas del colonialismo colectivo es el amalgamamiento de los bloques político-militares con participación de las potencias imperialistas y los países dependientes de ellas, como, por ejemplo, la SEATO (EE.UU., Inglaterra, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Tailandia y Filipinas) en Asia Sudoriental y la CENTO (Inglaterra, Turquía e Irán) en Oriente Medio. Estos y otros bloques político-militares son un instrumento de lucha contra el creciente movimiento de liberación nacional y sirven para ejercer una presión política sobre los países en desarrollo y para su sojuzgamiento económico.

Para cumplir los compromisos militares impuestos por el imperialismo, los jóvenes Estados gastan improductivamente cuantiosas sumas que podrían utilizar para fomentar su economía. Los bloques militares estratégicos de la SEATO y la CENTO complementan el bloque agresivo de la OTAN, siendo sus filiales e instrumentos de la política colonial imperialista que persigue el objetivo de impedir el desarrollo económico y político independiente de los pueblos de Asia Sudoriental y Oriente Medio. Sus fuerzas armadas nacionales están puestas bajo el control de sus aliados imperialistas. En los tratados que dieron inicio a los bloques de la SEATO y la CENTO se proclama el "derecho" de sus participantes a intervenir en los asuntos internos y "poner orden" en cualquier país de Asia Sudoriental y Oriente Medio, donde, a juicio de los imperialistas, surjan "situaciones que puedan crear amenazas para la paz". Los imperialistas tratan de convertir los países de la SEATO y la CENTO en plaza de armas y utilizar sus territorios para emplazar tropas e instalar

bases militares. A los trabajadores de estos países se les impone un fardo de colosales gastos militares. Todos estos acuerdos, además de significar la creación de los bloques político-militares reaccionarios, son medio de opresión y nueva forma del colonialismo, que ata a los jóvenes Estados al carro del imperialismo.

Otra forma del colonialismo colectivo es la incorporación de los países liberados a los grupos económicos cerrados, tales como la Comunidad Económica Europea (CEE), o el Mercado Común, en que entraron, con derechos de miembros asociados, también las ex colonias de Inglaterra, Francia y Bélgica. La CEE es el instrumento que el imperialismo utiliza contra los jóvenes Estados independientes. Con ayuda de semejantes asociaciones, los monopolios tratan no sólo de conservar sus viejos privilegios coloniales, sino también obtener otros nuevos y organizar en común la explotación de las antiguas colonias y semicolonias en Africa.

Los países europeos del Mercado Común confieren en calidad de aliciente y velo de sus fines verdaderos los privilegios en sus mercados para la venta de mercancías de los países africanos, exigiendo, a cambio, condiciones favorables para vender sus propios artículos. La amplia penetración de mercancías de los monopolios europeoccidentales en los mercados africanos se deja sentir negativamente en el fomento de la industria nacional de estos países. Los artículos de fabricación africana, producidos en pequeñas empresas con técnica débil, no pueden competir ni por su calidad ni por su precio con la de las más grandes compañías europeas. Al mismo tiempo, en los países africanos en desarrollo siguen creciendo con rapidez, por lo común, una o dos ramas que producen la valiosa materia prima industrial o agraria. La industria de los países europeoccidentales está vitalmente interesada en desarrollar estas ramas. Como resultado, por una parte, en vista del estímulo de la exportación de mercancías tradicionales de los Estados africanos, se conserva el carácter monocultivo de su economía y, por la otra, se frena su industrialización, ya que su naciente industria nacional

no es capaz de competir con los poderosos monopolios europeoccidentales. Los dirigentes de la CEE hicieron ruidosa publicidad de sus promesas a los "países asociados", una de las cuales es "asistencia" a su fomento económico. Pero, como atestigua la realidad, esta "asistencia" se destina principalmente a desarrollar el transporte, las comunicaciones y la economía municipal, así como a ampliar la producción de mercancías de exportación tradicional, o sea, a conservar la estructura monocultiva de la economía, en vez de crear la industria nacional moderna.

Un importante medio del colonialismo colectivo son las organizaciones crediticio-financieras internacionales, tales como el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (BIRD), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otras. Estas organizaciones cumplen, ante todo, la función de garante de los capitales exportados por los monopolios privados a los países en desarrollo. Facilitan medios principalmente a los países que hacen concesiones económicas y políticas a los imperialistas, negándolos a los países que mantienen posiciones antimperialistas y anticolonialistas.

La creación de la industria nacional en los jóvenes Estados requiere cuantiosos recursos monetarios. La nueva construcción es financiada, en lo fundamental, a cuenta del presupuesto del Estado, lo cual provoca dificultades presupuestarias. No tienen éxito, en muchos casos, los intentos de estos países por obtener asistencia del FMI, organización que representa los intereses del capital monopolista. So pretexto de "sanear" la circulación monetaria de los países en desarrollo, el FMI insiste no pocas veces en que se disminuya el ritmo de su crecimiento económico y se limiten los gastos del Estado. En el informe de 1973, la directiva del Fondo volvió a llamar a los países miembros a "dar preferencia" a la estabilidad financiera en detrimento de la industrialización, aunque ésta, como se sabe, es el método principal de supresión del atraso. El BIRD ocupa una posición análoga. Por ejemplo, una misión de este banco enviada a Nigeria para revisar su situación financiera y económica recomendó elevar en un 50% los impuestos indirectos. Esta recomendación, incluso si se

abstrae de su orientación de clase, es irreal, pues desestima que en la economía del país existe un colosal sector "tradicional" (la economía natural), lo cual limita el dominio de las relaciones mercantil-monetarias.

Uno de los métodos más difundidos de conservación del dominio de las potencias imperialistas en los países liberados es la implantación en ellos de regímenes títeres y de dictaduras militares. Cuando las masas populares se alzan contra sus gobernantes venales, intervienen los imperialistas, so pretexto de defender la "libertad y la democracia", y aplastan por la fuerza de las armas el movimiento liberador. Estas acciones se producen a cada paso en varios Estados de Africa y América Latina. Todo ello testimonia que el imperialismo sigue siendo rapaz.

En el contexto de la profundización sucesiva de la crisis general del capitalismo, del crecimiento del poderío y prestigio internacional del sistema socialista mundial, de la entrada del movimiento de liberación nacional en la etapa de lucha contra las relaciones de explotación y, por último, de la intensificación de las luchas de clases en las ciudadelas del capitalismo, los ideólogos burgueses recurren a infundios teóricos cada vez más sutiles para encubrir el control de las potencias imperialistas sobre los países en desarrollo. Sin renunciar a los medios de la directa presión económica, política y militar sobre los jóvenes Estados, los colonizadores modernos utilizan, al mismo tiempo, los métodos de la subversión ideológica. En los últimos años, entre las concepciones ideológicas de zapa de los neocolonialistas corresponde especial lugar a las teorías de la "paz entre las clases" y "partnership".

Los economistas burgueses contemporáneos tratan de probar que la realización de la idea de la "colaboración de las clases" en los países emergentes les servirá a éstos de medio "universal" para resolver su problema principal: acelerar el crecimiento económico. Según afirma el profesor norteamericano J. Powelson, la principal causa del atraso de los países del "tercer mundo" es la ausencia de confianza entre los propietarios de los factores de producción. "La división de la sociedad de los países emergentes en grupos bien definidos —dice J. Powelson—, tales como militares, políticos, propietarios de la tierra, hombres de negocios, obreros, granjeros, tribus y estudiantes, que, lejos de comunicarse uno con otro, se tienen una marcada aversión y desconfianza, tratan de hacer daño unos a otros, impide una distribución racional de los factores de producción. . ."[4]

Dejemos a la conciencia del autor su clasificación de la estructura social de los países en desarrollo. Es más importante lo otro, a saber, el hecho de que el autor considera la "colaboración de las clases" una condición necesaria para el desarrollo económico de los jóvenes Estados. No cabe duda de que la unidad nacional y la estabilidad política son premisa necesaria para el éxito del desarrollo socioeconómico de cualquier país. Pero los apologistas del neocolonialismo persiguen objetivos completamente distintos. Aspiran a amortiguar los conflictos de clase y sociales en los países en desarrollo, disimular las contradicciones entre ellos y las potencias imperialistas, creando así a estas últimas las condiciones favorables para fortalecer sus posiciones en los países emergentes e impedirles que emprendan la vía no capitalista de desarrollo.

El crecimiento de los ánimos antimperialistas en los países liberados obliga a los neocolonizadores a reconsiderar los medios y métodos de presión política sobre ellos. Lo atestigua la teoría de "partnership" que los economistas burgueses han hecho suya hace relativamente poco. Pero su esencia y, lo principal, sus procedimientos de aplicación práctica han cambiado esencialmente. En el primer período posterior a la disgregación de los regímenes coloniales, los economistas burgueses de las potencias imperialistas afirmaban que los países liberados se hicieron "socios" de éstas en virtud de los vínculos tradicionales, y el "partnership" fue formalizado como la comunidad británica ampliada de naciones, la comunidad franco-afri-

[4] John P. Powelson. *Institution of Economic Growth. A Theory of Conflict Management in Developping Countries,* Princeton, New Jersey, 1972, p. 33.

cana y otras estructuras políticas que tan sólo enmascaraban la situación desigual de sus miembros. Estados Unidos trataba de demostrar, por su parte, que es, precisamente, el "socio" de los países liberados debido al carácter de los destinos históricos, pues EE.UU. había sido colonia inglesa. Mas para los países liberados, el atractivo exterior del "partnership" se ha empañado con rapidez, pues en la práctica esta forma sólo contribuía a mantenerlos en dependencia de las potencias imperialistas. Por eso, los apologistas del neocolonialismo se han visto obligados a modernizar la susodicha teoría, dedicándose a renovar los métodos de su aplicación práctica.

Los círculos neocolonialistas norteamericanos fueron los primeros en emprender la renovación de la teoría de "partnership". En el informe que el Presidente de EE.UU. envió al Congreso el 25 de febrero de 1971 (sección primera: "Hacia las nuevas formas de partnership") se decía que EE.UU. aplicaría más esfuerzos para incorporar a otros países a la formulación común de la política[5]. La idea de un "partnership" un tanto renovado sonó en un discurso del ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, pronunciado el 8 de febrero de 1971, en las intervenciones de representantes oficiales del gobierno francés. Esta idea, que se impone por todos los medios a los países en desarrollo, contiene un intento de valerse de la política colonialista y neocolonialista para esquivar la responsabilidad por el daño que las potencias imperialistas han inferido a los pueblos de estos países y tener las manos libres en ellos.

A menudo las potencias imperialistas se ven obligadas a apoyar los esfuerzos de los países emergentes encaminados a superar el atraso económico. No se atreven a repugnar escuetamente las medidas tan populares como la industrialización, las reformas agrarias, la creación del sector estatal, la implantación de los rudimentos de planificación, la destrucción de la vieja división internacional

[5] Véase *The Department of States Bulletin*, March 22, 1971, p. 345.

del trabajo, medidas que los Estados liberados vinculan con las experiencias del sistema socialista mundial. Fingiendo coadyuvar a la realización de medidas económicas maduradas en los países del "tercer mundo", las potencias imperialistas amplían la expansión monopolista y tratan de "empujar" a estos países por el camino de desarrollo capitalista. Esta política conduce a cierto crecimiento de las fuerzas productivas en los países del "tercer mundo", mas paralelamente se desarrolla el proceso de integración de la economía de algunos de ellos en el sistema económico del capitalismo mundial y se refuerza su dependencia económica de las potencias imperialistas.

3. RASGOS ESPECIFICOS DE LA ECONOMIA DE LOS PAISES LIBERADOS Y VIAS DE SU DESARROLLO

La conquista de la independencia política por un gran grupo de países de Asia y Africa no significa aún la liquidación automática de su secular dependencia económica de los Estados imperialistas desarrollados. La supresión del dominio político de los colonizadores contribuyó a aniquilar tan sólo las formas extraeconómicas de explotación de las antiguas colonias y semicolonias. Ya en 1912, Lenin puso al desnudo la falsedad de los ideólogos burgueses que vociferaban "... de liberación *nacional*... dejando en la sombra la liberación *económica*. Pero, en realidad, esta última es, precisamente, la principal"[6]. En otros términos, la independencia política no será completa, perderá su sentido y se convertirá en ficción, si no le sigue la liberación económica, si se conserva la estructura económica colonial.

La independencia política es un paso importantísimo, pero tan sólo el primero, en el camino del desarrollo de la

[6] V. I. Lenin. *La significación social de las victorias servio-búlgaras. O. C.*, t. 22, pág. 187.

lucha por la liberación completa de las antiguas colonias y semicolonias del yugo del imperialismo. Conquistar la independencia económica, acabar con la prepotencia del capital extranjero y con el saqueo imperialista de los jóvenes Estados soberanos y consolidar su propia economía son las tareas básicas de la lucha de liberación nacional.

Particularidades socioeconómicas de los países en desarrollo. En los países en desarrollo son variadas, complicadas y contradictorias las relaciones de producción, representadas por casi todas las formas de relaciones económicas, comenzando por las gentilicias tribales y terminando por las capitalistas modernas. Se entrelazan y coexisten los tipos de economía más diversos. En los primeros años posteriores a la conquista de la independencia política, en varios países, ante todo africanos, eran importantes las posiciones del tipo comunal de economía que se manifestaba en su forma gentilicia tribal, basándose en la propiedad comunal y la economía natural y transformándose poco a poco en pequeña producción mercantil en unos países, y en economía feudal o semifeudal en otros. El capital extranjero y el nacional ejercen una gran influencia en el cambio de estos dos tipos de economía. Además de ellos, en la economía de la mayoría de los países en desarrollo ha ocupado especial lugar el sector estatal. La correlación entre los tipos de economía en cada país depende de las condiciones históricamente formadas: el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, la existencia de los residuos de relaciones feudales, la dominación mayor o menor del capital extranjero, etc.

La economía de los países en desarrollo es de carácter monocultivo: uno o dos tipos de producción ocupan un gran lugar en el producto nacional global y la exportación. Es débil la industria de estos países, cuya proporción en la producción industrial del mundo capitalista constituyó, a principios de 1973, tan sólo un 10,6%, mientras que en población ocupaban un 70%. En comparación con los países capitalistas adelantados, a cada habitante de los países emergentes corresponde treinta veces menos producción de la industria pesada. En los jóvenes Estados

predomina la agricultura atrasada en que se emplean instrumentos primitivos. En esta rama está ocupado del 50 al 90% de la población activa.

La economía mixta y su bajo nivel de desarrollo determinan la heterogeneidad de la composición social de la población y una extraordinaria complejidad de la estructura social de la sociedad: la forman clases desaparecidas hace mucho ya en los países capitalistas adelantados; además, la burguesía y el proletariado se distinguen un tanto de las clases respectivas de los países europeoccidentales y de EE.UU.

El carácter monocultivo de la economía, el débil desarrollo de la industria, la agricultura primitiva, la ínfima productividad del trabajo y la escasez de personal calificado propio condicionaron el bajo nivel de la renta nacional por habitante. Según datos de la ONU, este índice constituye: en los países capitalistas adelantados, de 1.500 a 3.160 dólares, mientras que en los países en desarrollo, en conjunto, tan sólo 162 dólares (en los países de América Latina, 346 dólares; en los de Africa, 151 dólares, y en los de Asia, 120 dólares). Más de la mitad (65) de todos los países en desarrollo, a los que corresponde más del 50% de toda la población del mundo capitalista, tienen una renta nacional per capita inferior a 100 dólares.

Como resultado, es muy bajo el nivel de vida. La población sufre a causa de la inanición sistemática. Hay pocas escuelas y hospitales; faltan médicos y maestros; es muy alto el porcentaje de analfabetos. Según datos oficiales de la OEA, en América Latina, debido a que faltan 300.000 aulas escolares, no pueden obtener siquiera instrucción primaria 14.000.000 de niños. En Haití no sabe leer ni escribir el 90% de la población. En Brasil, de cada 1.400 niños ingresan en el primer grado 1.000; en el segundo quedan 396, y tan sólo 169 terminan el cuarto grado; 20 personas reciben la enseñanza secundaria, y nada más que una, la superior. En Colombia, de cada mil escolares, sólo ocho terminan la escuela. En Africa hay Estados donde saben leer y escribir de un 2 a un 5% de los habitantes. En Arabia Saudita no asisten a la escuela nue-

ve de cada diez niños, y en Irán, cinco de cada diez. En 1965-1970, la duración media de vida en los países de Asia Meridional constituyó 48,8 años, y en Africa, 43,3 años[7]. El promedio de duración de vida en Paraguay apenas supera los 50 años; en Bolivia, 45; en Brasil, 40, y en Haití, 32. Cada día, en Africa mueren por inanición 80.000 personas. La tercera parte de los niños de este continente mueren sin llegar a la edad de cinco años. En Brasil, un 40% de los niños (ocho millones) padecen depresión de la actividad cerebral a causa del hambre. Cada año, 30.000 niños menores de seis años en Argentina y más de 90.000 niños de la misma edad en Colombia mueren a causa de la extenuación por hambre[8].

Para acabar con el atraso económico, el hambre y la miseria seculares, los pueblos de los países en desarrollo tienen que realizar profundas transformaciones socioeconómicas. Su éxito sólo es posible si se cumplen, en primer lugar, tareas tales como la supresión del dominio del capital extranjero, industrialización, aplicación de reformas agrarias democráticas, fortalecimiento del sector estatal y ampliación de las relaciones recíprocamente ventajosas con los Estados socialistas. El cumplimiento de estas tareas depende del camino que seguirán los países liberados.

Dos vías de desarrollo de los países liberados. En la etapa actual del movimiento nacional-liberador existen dos vías de desarrollo de los países liberados del yugo del imperialismo: la capitalista y la no capitalista.

En varios de estos países, la estructura socioeconómica, formada en la etapa actual, y la correlación de las fuerzas de clase han determinado su desarrollo por la vía capitalista.

La burguesía nacional de dichos países trata de frenar el avance de la revolución nacional-liberadora y lograr el progreso económico en las condiciones del capitalismo. El seguir esta vía lleva implícitas ciertas posibilidades de progreso en la medida que lo permitan el fomento capitalista

[7] Véase *Azia y Africa segodnia*, 1973, N° 5.
[8] Véase *Revista Internacional*, Praga, 1974, N° 5, pág. 91.

de la economía y la formación del mercado interno, acumulándose ineluctablemente las contradicciones sociales propias del capitalismo. A raíz de la concentración y centralización del capital nacional crecen, por una parte, la riqueza de la burguesía nacional y, por la otra, la miseria de las masas trabajadoras.

Como señala el Documento Fundamental de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros celebrada en 1969, la experiencia histórica demuestra que los países del "tercer mundo" que emprendieron la vía capitalista de desarrollo no han podido resolver ninguno de los problemas principales planteados ante ellos. Tales países siguen permaneciendo en el sistema de división capitalista internacional del trabajo como apéndices agrarios y de materias primas de las potencias imperialistas. Los monopolios extranjeros saquean cada vez más sus riquezas nacionales. El capitalismo no les asegura la autodeterminación económica, sino que acarrea nuevos sufrimientos y privaciones, intensifica la ruina de los campesinos y la explotación de los obreros y conserva la miseria y el desempleo.

Independencia política quiere decir que la revolución nacional-liberadora ha dado el primer paso importante, sin cumplir todas sus tareas. Esta revolución debe realizar una serie de transformaciones democráticas por su esencia: romper la estructura económica colonial, acabar con la dominación del capitalismo monopolista extranjero, superando diversas formas solapadas de control político por parte del imperialismo, torpedear las posiciones económicas de las fuerzas reaccionarias internas (feudales, cúspide burocrática proimperialista, etc.), que siguen constituyendo la base social de la dominación imperialista, democratizar la vida sociopolítica, establecer el control sobre los órganos de poder público por parte de los trabajadores.

Unicamente en esta base es como se puede lograr un rápido crecimiento económico y aplicar todo un conjunto de medidas económicas progresistas, de las que hablaremos más adelante.

El desarrollo ascendente de la revolución nacional-liberadora significa el avance por la vía no capitalista que,

a medida que se va creando la base material y técnica necesaria y transformando la estructura de clase de la sociedad, proporciona las premisas para pasar al socialismo.

La vía no capitalista de desarrollo de las colonias y semicolonias de Asia, Africa y América Latina era imposible cuando el imperialismo dominaba ilimitadamente en todo el mundo. Se hizo posible, aunque difícil, después de la Revolución de Octubre, al afianzarse el socialismo en la sexta parte del planeta. El surgimiento del sistema socialista mundial y el crecimiento de su poderío e influencia internacional han creado amplias posibilidades para el desarrollo por la vía no capitalista de los países liberados del colonialismo.

Los fundadores del comunismo científico, Marx y Engels, demostraron que la humanidad, en su conjunto, atraviesa ciertas formaciones socioeconómicas en su evolución y no puede saltárselas. Al mismo tiempo, su doctrina de la revolución proletaria no excluye, sino supone la combinación de la revolución proletaria con el movimiento de liberación nacional, vinculando la posibilidad de la vía no capitalista de desarrollo de los países atrasados con la revolución socialista del proletariado en los países económicamente adelantados, con ayuda y apoyo de su proletariado triunfante a los países subdesarrollados en el sentido económico. Refiriéndose a ello, precisamente, Engels decía que únicamente cuando en estos países adelantados sea superada la economía capitalista y "los países atrasados vean "cómo se hace eso", cómo hay que poner las fuerzas productivas de la industria moderna, hechas propiedad social, al servicio de toda la sociedad, sólo entonces podrán estos países emprender ese camino acortado de desarrollo"[9]. Sin embargo, los fundadores del comunismo científico, naturalmente, no podían analizar concretamente todas las etapas de la vía no capitalista de desarrollo de los países atrasados en el aspecto económico.

Desarrollando la doctrina de Marx y Engels en las

[9] F. Engels. *Acerca de la cuestión social en Rusia.* C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 22, pág. 446.

nuevas condiciones históricas, Lenin elaboró exhaustivamente la teoría de la revolución socialista en la época del imperialismo, comprendido el programa práctico del triunfo del socialismo en los países económicamente atrasados. Gracias al despertar de los pueblos de Oriente bajo la influencia de la Revolución de Octubre y a su lucha anticolonial y antimperialista, ante los marxistas se planteó la cuestión de cuáles eran los caminos de liberación social de los pueblos de los países económicamente atrasados, que no habían alcanzado el nivel de la formación capitalista desarrollada ni tenían formado un proletariado nacional, y de si podían estos pueblos pasar al socialismo soslayando la espinosa fase del desarrollo capitalista.

Lenin fue el primero entre los marxistas en dar una auténtica respuesta científica sobre las vías de avance económico de los países subdesarrollados. Al hacer uso de la palabra en el II Congreso de la Internacional Comunista (1920), Lenin dijo: "¿Podemos considerar justa la afirmación de que la fase capitalista del desarrollo de la economía nacional es inevitable para los pueblos atrasados que se encuentran en proceso de liberación y entre los cuales ahora, después de la guerra, se observa un movimiento en dirección al progreso? Nuestra respuesta ha sido negativa. Si el proletariado revolucionario victorioso realiza entre esos pueblos una propaganda sistemática y los gobiernos soviéticos les ayudan con todos los medios a su alcance, es erróneo suponer que la fase capitalista del desarrollo sea inevitable para los pueblos atrasados". Y más adelante Lenin señalaba que con ayuda del proletariado de las naciones adelantadas, los países atrasados pueden pasar "al régimen soviético y, a través de determinadas etapas de desarrollo, al comunismo, soslayando en su desenvolvimiento la fase capitalista"[10].

Al fundamentar la posibilidad de la vía no capitalista de desarrollo de los países económicamente atrasados, Lenin abrió ante sus pueblos la perspectiva del paso al

[10] V. I. Lenin. *II Congreso de la Internacional Comunista. O. C.*, t. 41, pág. 246.

nuevo régimen social, al régimen socialista, libre de la explotación, eludiendo el capitalismo. Demostró la inconsistencia de los asertos de que los países que se sacuden el yugo colonial sin tener suficientes premisas materiales y de otra índole, creadas comúnmente por el capitalismo, caen inevitablemente en las tenazas de éste, congelándose su proceso revolucionario.

La doctrina leninista de la vía no capitalista de desarrollo de los países atrasados se apoyaba en la experiencia de los pueblos anteriormente subdesarrollados de Rusia. En el informe al VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia (1920), al hablar de la formación y el reforzamiento de las repúblicas soviéticas de Bujará, Azerbaidzhán y Armenia, Lenin señaló: "Estas repúblicas prueban y confirman que las ideas y los principios del Poder soviético son accesibles y factibles inmediatamente no sólo en los países desarrollados desde el punto de vista industrial, no sólo teniendo como apoyo social al proletariado, sino también con una base como el campesinado"[11]. El hecho de que, por principio, es posible, en ciertas condiciones, el desarrollo de los pueblos anteriormente atrasados por la vía no capitalista fue confirmado por la experiencia de la República Popular Mongola que, con ayuda de la Unión Soviética, construyó con éxito el socialismo, evitando el capitalismo.

La doctrina leninista de la vía no capitalista de desarrollo de los países atrasados adquiere especial importancia en la etapa actual del movimiento de liberación nacional de los países en que el capitalismo nacional no ha pasado a ser una fuerza seria, y las relaciones capitalistas no han echado profundas raíces en la vida de la población nativa. En estos países no se ha formado aún la base técnico-material y sociopolítica de la construcción del socialismo. Apoyándose en la superestructura estatal, las fuerzas progresistas realizan "por arriba", con el concurso de las grandes masas populares, las transformaciones radi-

[11] V. I. Lenin. *VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia. O. C.*, t. 42, pág. 132.

cales que prepararán las condiciones para pasar al socialismo.

Después de la segunda guerra mundial, gracias a una combinación de favorables factores exteriores e interiores, se hizo más real la posibilidad de la vía no capitalista de desarrollo de los países que se sacudieron el yugo del imperialismo. Entre los factores exteriores figuran los siguientes: creación del sistema socialista mundial y su transformación en factor cada vez más decisivo del desarrollo de la sociedad humana, disgregación del sistema colonial del imperialismo, debilitamiento sucesivo del imperialismo en su conjunto y los éxitos de la política de coexistencia pacífica de los Estados socialmente diferentes. La asistencia económica de los países socialistas permite a los países en desarrollo que se escapen, en la forma más indolora, de las tenazas del sistema capitalista de economía o, al menos, que debiliten seriamente su dependencia del mismo. Esta asistencia en el dominio de la formación de los cuadros nacionales, el desarrollo de la instrucción pública y el resurgimiento de la cultura nacional arranca a los imperialistas importantes resortes de influencia sobre la vida social de los países emancipados.

El Estado democrático nacional es el instrumento del desarrollo de estos países por la vía no capitalista. Por su naturaleza de clase, este Estado expresa los intereses del bloque de las fuerzas revolucionarias antimperialistas, antifeudales y anticapitalistas. Es la dictadura democrática de la mayoría o dictadura del pueblo revolucionario. Los países con tal estructura política rechazan el capitalismo y proclaman el rumbo a la construcción, en perspectiva, de la sociedad socialista.

La posibilidad de la vía no capitalista de desarrollo de los Estados liberados no supone por sí sola una evolución automática. El avance de estos países, puesto que su clase obrera, en conjunto, es aún débil e insuficientemente influyente, depende en gran medida de qué fuerzas sociales —proimperialistas o democráticas revolucionarias— los encabezarán, y en quién se apoyarán: en las potencias imperialistas o en el sistema mundial del socialismo. La

condición necesaria del éxito del avance de los países en desarrollo por la vía no capitalista es la unificación de todas las fuerzas progresistas y democráticas y la creación y fortalecimiento del frente nacional progresista en la lucha contra el imperialismo y la reacción interna. Son precisamente la orientación antimperialista del movimiento de liberación nacional y el afán de acabar con el profundo atraso económico de sus países los que crean las premisas para que las distintas fuerzas sociales formen un frente nacional único que será firme y duradero si posee un programa que tenga presentes los intereses vitales de estas fuerzas.

Veamos las principales transformaciones económicas aplicadas en los países liberados que han emprendido la vía no capitalista de desarrollo.

Supresión del dominio de los monopolios extranjeros. Una de las importantísimas tareas en la lucha de los jóvenes Estados por la vía no capitalista de desarrollo es la elaboración y aplicación de un sistema de medidas económicas y políticas encaminadas a liquidar el dominio de los monopolios extranjeros. Este sistema constituye la principal dirección de las transformaciones socioeconómicas, pues está vinculado del modo más directo con la lucha por independizarse en el sentido económico de las potencias imperialistas, con el deslindamiento de las fuerzas sociopolíticas en el país y su orientación en política exterior.

Hay necesidad de acabar con la dominación de los monopolios extranjeros porque ellos son puestos avanzados del neocolonialismo en los países liberados. Al haber penetrado profundamente en las principales esferas de la economía, los monopolios extranjeros se lucran explotando con crueldad los recursos naturales y humanos de estos países y privándolos de las acumulaciones necesarias para su desarrollo integral.

En este campo, los países liberados comienzan, como regla, por la nacionalización de las empresas pertenecientes a los monopolios de las potencias imperialistas. Un ejemplo son la República Arabe de Egipto, Argelia, Siria, Guinea, Perú y otros países. La nacionalización de la pro-

piedad de los monopolios extranjeros se operó tanto por medio de su confiscación sin indemnización como mediante el rescate. Su actividad es limitada también por la prohibición de aplicar el capital extranjero en algunas ramas de la economía que se declaran esfera exclusiva de actividad del Estado nacional.

Varios países liberados recurren ampliamente a la creación de empresas mixtas como método de limitación de la actividad de los monopolios extranjeros y de control sobre el capital extranjero. En este caso emplean los recursos, la experiencia técnica y el personal extranjeros para desarrollar la economía nacional.

Algunos países que siguen la vía no capitalista de desarrollo han restringido la exportación de las ganancias por los monopolios extranjeros, prohibido su transferencia en moneda deficitaria, establecido unas tarifas elevadas de impuestos para los ingresos de dichos monopolios, etc.

Creación y máximo fortalecimiento posible del sector estatal de la economía. Este sector es de importancia creciente en la lucha contra la prepotencia de los monopolios extranjeros, por el desarrollo independiente de los países liberados. Se forma tanto por medio de la nacionalización de la propiedad privada como mediante la construcción de las empresas estatales. En Birmania, por ejemplo, el sector estatal abarca más del 80% de las empresas de la industria minera y alrededor del 60% de las de la industria transformadora. El sector estatal de Argelia concentra más del 70% de todos los potenciales de producción y controla el 77% de la extracción de petróleo y toda la extracción de gas. En junio de 1972, el gobierno de Irak nacionalizó el consorcio imperialista Iraq Petroleum, al cual correspondía el 62% de toda la extracción de petróleo en el país. El sector estatal en Egipto abarca el 85% de toda la producción industrial. Muchas empresas, bancos y compañías comerciales extranjeros pasaron a manos del Estado en Siria, Guinea, Tanzania, la República Democrática Popular del Yemen y otros países.

El sector estatal permite regular los procesos económicos, concentrar los escasos recursos para crear las ramas

más importantes de la industria y aumentar las acumulaciones interiores. Todo ello independiza cada vez más del capital extranjero a estos países. En todos los Estados que han optado por la vía no capitalista de desarrollo, el sector estatal contribuye al fomento de la economía nacional en bien del pueblo. A medida que estos países avanzan por esta vía, convirtiéndose la clase obrera y otros trabajadores en fuerza dirigente de la sociedad, el sector estatal puede pasar a constituir la base de la propiedad socialista. Por eso, los imperialistas mantienen una actitud hostil hacia él.

La industrialización de los países liberados sirve de importantísimo medio para destruir la estructura colonial de la economía, asegurar la autodeterminación económica y superar el atraso económico.

Los monopolios de las potencias imperialistas impiden por todos los medios la industrialización de los países liberados, aspirando a reservarles, como antes, el papel de sus apéndices agrarios y de materia prima. Por eso, los economistas burgueses tratan de persuadir a los pueblos y gobiernos de estos países de que necesitan limitarse a desarrollar tan sólo unas cuantas ramas de la industria, principalmente la extractiva, así como aquellos sectores de la industria de transformación que producen mercancías de consumo.

La lógica de la lucha contra el imperialismo y la reacción interior impulsa a los dirigentes demócratas revolucionarios de los países liberados a realizar cada vez más consecuentemente la industrialización, sin la cual es imposible liquidar la estructura sectorial atrasada de la economía y la prepotencia de los monopolios extranjeros en la economía, alcanzar el alto ritmo de crecimiento en todas las ramas de la producción material y luchar con éxito contra la miseria y la superpoblación agraria. La industrialización significa importantes cambios socioeconómicos, conduciendo al crecimiento cuantitativo y cualitativo de la clase obrera.

En la actualidad, la industrialización de los países liberados se expresa en lo siguiente: primero, la creación de

una base material y técnica nacional que se apoye en los sectores industriales y métodos de producción más progresivos y eficaces; segundo, la introducción de las realizaciones científico-técnicas modernas, que conduce a la elevación del nivel de pertrechamiento tecnoeconómico de la economía, y, tercero, la reorganización radical de la vieja estructura colonial. Todo ello, en su conjunto, permitirá, primero, limitar y, más tarde, liquidar por completo la prepotencia de los monopolios extranjeros y las formas feudales de producción en la economía.

Los países en desarrollo han alcanzado ciertos éxitos en la creación de la industria nacional. En el período de 1950 a 1975, el volumen total de su producción industrial aumentó 6,4 veces, mientras que el de los países capitalistas adelantados, 3,1 veces[12]. Se desarrollan a ritmo más acelerado la industria energética, la metalurgia, la industria química y la de construcciones mecánicas.

La industrialización de los países liberados no puede ser uniforme debido a la gran diversidad de sus condiciones económicas. En dependencia del grado alcanzado de fomento económico y la existencia de los recursos naturales, en unos países se desarrollan, ante todo, unos sectores industriales, mientras que en otros, distintos sectores. Pero en todos los países, la industrialización requiere construir grandes empresas industriales: fábricas, centrales eléctricas, etc., basadas en la técnica mecanizada moderna.

En muchos países en desarrollo, la industrialización aporta ya sus primeros frutos. En Argelia, la India y otros países se han puesto en explotación las empresas industriales equipadas con modernos medios técnicos, comprendidas las de la industria pesada.

La industrialización coadyuva al desarrollo de las fuerzas productivas de los países en desarrollo. Pero no toda industrialización corresponde a los intereses de los jóvenes Estados, sino únicamente aquella que fortalece el

---

[12] Véase *La URSS en cifras (1975)*, pág. 44.

sector estatal y limita el capital privado, torpedea las posiciones de los monopolios extranjeros y refuerza la industria nacional, contribuye a la elevación del nivel de vida de los trabajadores y, en definitiva, al desarrollo del país por vía no capitalista. Es en esta dirección, precisamente, en la que se desarrolla la economía de los países de orientación socialista.

En la mayoría de los países en desarrollo, la industrialización da tan sólo los primeros pasos, tropezando con graves dificultades, ligadas, ante todo, a la escasez de fondos de acumulación porque parte considerable de los medios de producción se hallan en manos de los monopolios extranjeros. Además, la industrialización de estos países se ve obstaculizada por los residuos feudales que conducen al derroche de una parte esencial de la renta nacional para el consumo parasitario de los terratenientes y su servidumbre. En su camino se interponen la estrechez del mercado interno, debido al atraso económico y la baja demanda solvente de la población, así como el bajo nivel de desarrollo cultural y formación profesional.

Las reformas agrarias constituyen una importantísima dirección de las transformaciones socioeconómicas en los países en vías de desarrollo. Sin reformas agrarias radicales es imposible superar el atraso secular. Las relaciones agrarias semifeudales, así como el hecho de que millones de campesinos carecen de tierra o tienen poca, son las principales causas de la existencia del problema alimenticio, la estrechez del mercado interno y el bajo nivel de desarrollo de la industria y la economía nacional en su conjunto. La supresión de las formas anticuadas de la propiedad agraria y de su secuela —las formas poco productivas de gestión económica—, la entrega de la tierra a los campesinos, el reequipamiento técnico de la producción agropecuaria y el fomento de la cooperación y de las haciendas agrícolas estatales abren el camino para elevar la agricultura y toda la economía del país, para mejorar la vida de los campesinos trabajadores. La aplicación de todas estas medidas permitirá a los países liberados acabar con el atraso económico, aumentar las acumulacio-

nes y emprender el camino del progreso socioeconómico que les conducirá a la independencia económica.

En los últimos dos decenios, en varios países liberados han sido realizadas las reformas agrarias. En los países de orientación capitalista, estas reformas son limitadas e inacabadas, pues no está resuelto el problema fundamental, el de la tierra. El grueso de las tierras sigue concentrado en manos de los latifundistas que perciben de los campesinos altos pagos por concepto de arriendo. Como antes, la inmensa mayoría de los campesinos no tienen tierra o tienen poca. Las más de las veces, las reformas agrarias se reducen tan sólo a una limitación insignificante de la propiedad agraria terrateniente, principalmente mediante el rescate a alto precio de tierras malas y no cultivables. Como resultado, únicamente los sectores pudientes de la población, que llevan por vía capitalista la agricultura, pueden adquirir tales tierras. Los campesinos pobres siguen experimentando una aguda escasez de tierra. Como muestra la práctica, las reformas agrarias aplicadas en varios países sólo se limitan a entregar parte de las tierras de los latifundistas a los campesinos, pagando éstos una cuantiosa compensación al Estado. Semejantes reformas persiguen el objetivo de hacer pasar la agricultura de la vía feudal de desarrollo a la vía capitalista. Las enseñanzas del desarrollo capitalista de varios países liberados atestiguan que la burguesía nacional es incapaz de resolver la cuestión agraria en favor de los campesinos trabajadores.

Otra es la situación en los países que han optado por el camino no capitalista de desarrollo. En estos países, por lo común, las reformas agrarias antifeudales son consecuentes y han minado ya la propiedad agraria feudal: las compañías agrarias extranjeras han sido nacionalizadas o puestas bajo control; la cooperación agrícola, apoyada por el Estado en el sentido económico y organizativo, ha cobrado considerable desarrollo. Por ejemplo, en Argelia, en la primera fase de la reforma agraria (1962), más de dos millones de hectáreas de tierras pertenecientes a los extranjeros fueron traspasadas a más de dos mil haciendas

estatales y cooperativas. En noviembre de 1971 fue firmada la ley de la reforma agraria, según la cual todas las tierras no labradas pasaban a ser propiedad del Estado, limitándose las dimensiones de las posesiones privadas de tierra. De acuerdo con esta ley, los campesinos obtuvieron un millón de hectáreas de tierra y, sobre esta base, se agrupan en cooperativas de producción.

En Birmania, a fines de 1971, de conformidad con varias reformas agrarias, cerca de la tercera parte de la superficie cultivable fue entregada en usufructo a los campesinos que carecían de tierra o tenían poca, aboliéndose asimismo el pago por concepto de arriendo a los terratenientes.

La República Democrática Popular del Yemen puede servir de ejemplo de solución radical del problema agrario. Se confiscaron sin resarcimiento todas las tierras y todos los bienes de los antiguos emires, sultanes y sus ministros. La tierra se distribuye entre los campesinos necesitados y los obreros agrícolas. A principios de 1972, en el país había 17 cooperativas de producción que contaban con 17.000 miembros[13]. En otros jóvenes Estados de tendencia socialista también se han aplicado importantes medidas para realizar reformas agrarias radicales.

La envergadura y el ritmo de las reformas dependen de la correlación de fuerzas entre las clases en cada país. El problema agrario no está resuelto definitivamente en ningún país en desarrollo. Siendo todavía inacabadas, las reformas agrarias, no obstante, han asestado un golpe sensible a la propiedad terrateniente, elevando indudablemente el nivel de vida de los campesinos trabajadores y fortaleciendo, en algunos países, la alianza de la clase obrera con los campesinos. La creación de una red de haciendas estatales y el desarrollo de la cooperación de producción en la agricultura de los jóvenes Estados son importantes formas de avance por la vía no capitalista.

Tales son las principales medidas económicas que aplican los países liberados, de orientación no capitalista,

[13] Véase *La agricultura de los países capitalistas y los países en desarrollo*, ed. en ruso, Moscú, Edit. Mysl, 1973, págs. 10-15.

y que echan los cimientos para su paso gradual a la construcción del socialismo.

La colaboración entre los países socialistas y los países en desarrollo. Además de los factores internos que permiten superar el atraso económico de los países en desarrollo, consecuencia del pasado colonial, desempeñan un inmenso papel las condiciones exteriores y, ante todo, la influencia del sistema socialista mundial. Los países de este sistema prestan una creciente asistencia económica y técnica a los países liberados. La base objetiva de esta cooperación consiste en la comunidad de intereses cardinales del sistema socialista mundial y del movimiento de liberación nacional en la lucha por la paz, contra el neocolonialismo y el yugo imperialista.

La colaboración entre los países socialistas y los que están en vías de desarrollo tiene una gran significación porque, al socavar el monopolio imperialista en las relaciones económicas con las antiguas colonias y países dependientes, ha contribuido y sigue contribuyendo en gran medida a su independencia económica y al afianzamiento en la práctica internacional de los principios cualitativamente nuevos de cooperación: los de igualdad, ventaja recíproca, respeto a la independencia y la soberanía nacional y no ingerencia en los asuntos internos.

"La actitud de la Unión Soviética ante los complicados procesos que se operan en los países en vías de desarrollo —señaló Leonid Brézhnev en el Informe del CC al XXV Congreso del PCUS— es precisa y no tiene vuelta de hoja. La Unión Soviética no se inmiscuye en los asuntos internos de otros países y pueblos. El respeto al derecho sagrado de cada pueblo y de cada país a elegir su propia vía de desarrollo es un principio inmutable de la política exterior leninista. Pero no ocultamos nuestras opiniones. En los países en vías de desarrollo, lo mismo que en todas partes, estamos al lado de las fuerzas del progreso, de la democracia y de la independencia nacional y nos comportamos con ellas como con amigos y compañeros de lucha"[13—a]. La Unión Soviética apoya sin reservas las

[13—a] *Documentos del XXV Congreso del PCUS*, pág. 12.

aspiraciones legítimas de los jóvenes Estados y su decisión de acabar por completo con la explotación imperialista y disponer por su cuenta de sus propias riquezas nacionales.

Los ideólogos burgueses, empeñados en disminuir la importancia de las relaciones económicas de los países en desarrollo con la URSS y otros países socialistas, tratan de disimular las diferencias de principio existentes entre estas relaciones y la práctica neocolonial de las potencias imperialistas. Por ejemplo, el economista norteamericano M. Goldman afirma que la práctica soviética de las relaciones con países menos desarrollados no difiere de la de Estados Unidos. Pero, en realidad, se observa todo lo contrario. En esta práctica se manifiesta la diferencia radical de los objetivos que persiguen los Estados de los dos sistemas socialmente opuestos en sus relaciones económicas con los países en vías de desarrollo.

Las potencias imperialistas, en este sentido, hacen hincapié en encauzar el desarrollo de dichos países por la vía capitalista y seguir explotándolos. El imperialismo, como se señaló en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros celebrada en 1969, "trata de impedir, con métodos neocolonialistas, el progreso económico y social de los Estados en vías de desarrollo. . . Los imperialistas imponen a estos Estados acuerdos económicos y pactos políticos y militares que menoscaban su soberanía; los explotan mediante la inversión de capitales, el comercio no equivalente, las manipulaciones con los precios y la cotización de la moneda, los empréstitos, las distintas formas de la pretendida "ayuda" y la presión de las organizaciones financieras internacionales"[14].

La Unión Soviética, al prestar asistencia económica a los países liberados, se propone coadyuvar al fomento económico acelerado de éstos. El 77% del total de la suma concedida por la URSS a estos países está destinado a fomentar la industria. Es muy distinto el carácter de la

[14] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros. . .*, págs. 287-288.

"asistencia" de los Estados imperialistas. Tan sólo un 28% de su suma total se invierte en la industria.

Los Estados socialistas prestan asistencia en las condiciones mutuamente ventajosas, sin circunscribirla a ningunas exigencias políticas. Las potencias imperialistas procuran que los países liberados apoyen su política, aseguren a los monopolios extranjeros plena libertad de acción, luchen contra las fuerzas progresistas nacionales y hagan otras concesiones de carácter político. En sus relaciones económicas con los países en desarrollo, dichas potencias capitalistas persiguen fines neocolonialistas, mientras que los Estados socialistas se guían por los principios de la cooperación en pie de igualdad. En su discurso pronunciado en el XXV Congreso del PCUS, Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de la República de Cuba, dijo: "Desde que se fundó el Estado soviético, al igual que en nuestra Patria, dondequiera que un pueblo luchó por su liberación en Europa, en Asia, en Africa o en América Latina no faltó jamás el apoyo y la solidaridad de los comunistas soviéticos".

Las relaciones económicas entre los países del socialismo mundial y los países liberados se desarrollan con especial intensidad en el dominio de la concesión de créditos y empréstitos, la ampliación del comercio en condiciones de ventaja mutua e igualdad y la formación de especialistas nacionales.

Los créditos y empréstitos concedidos por los países socialistas desempeñan un gran papel en la liquidación de los restos y consecuencias del colonialismo, la reestructuración de la economía nacional y en el concurso científico-técnico a la construcción de empresas industriales en los países liberados. Estos créditos, a diferencia de los que otorgan las potencias imperialistas, no están condicionados por exigencias de orden político, militar y económico que subordinen al país deudor. Por lo común, los créditos se emplean para costear los equipos suministrados y el concurso económico en la construcción de distintas obras. Además, a diferencia de los créditos de los Estados imperialistas, que tratan de fortalecer las posicio-

nes de las firmas privadas en oposición al sector estatal, los créditos de los países socialistas contribuyen, ante todo, a robustecerlo. Los Estados socialistas conceden créditos en condiciones favorables para los países en desarrollo. Los créditos soviéticos son a un 2-3% de interés anual, amortizándose, como regla, en el plazo de doce años. La amortización comienza un año después de terminar de suministrar los equipos, así que los países en desarrollo tienen tiempo para poner en explotación la obra y asegurar los ingresos que les permitan no sólo amortizar los créditos y pagar el interés, sino obtener medios complementarios. Además, los créditos se pagan con mercancías de exportación tradicional o con la producción de las nuevas ramas industriales.

En el proceso de la colaboración tiene una gran importancia el concurso económico y técnico de los países socialistas a los Estados en desarrollo. Los vínculos económicos y técnicos con la Unión Soviética coadyuvan en gran medida a la creación y el robustecimiento del sector estatal en la economía de los países liberados, al aceleramiento del ritmo de su fomento económico y la consolidación de sus posiciones en la lucha contra los monopolios extranjeros, así como a la elevación del nivel de vida de la población y al fortalecimiento de la capacidad defensiva del país.

En 1974, la Unión Soviética tenía firmados acuerdos de cooperación económica y técnica con 73 países en desarrollo de Asia, África y América Latina. Se desarrolla felizmente su colaboración con Afganistán, Irán, Turquía, India, Argelia, Irak, Siria y otros. Las empresas construidas en estos países con el concurso de la URSS les proporcionan una parte considerable del producto nacional. Por ejemplo, la fábrica metalúrgica de Bhilai (India) produce más del 30% del acero que se funde en el país. A las refinerías de petróleo de Barauni y Koyali, construidas con participación de la URSS, corresponde un 35% de todos los derivados del petróleo que se producen en la India. Estas empresas altamente rentables pertenecen al sector estatal de la economía de la India.

Tan sólo en 1972, la Unión Soviética suministró equipos completos a más de 200 obras que se construyen con su asistencia en los países en desarrollo. Algunas de ellas ya se han puesto en explotación. Por ejemplo, en mayo de 1972 dio el primer acero el taller de convertidores de la fábrica metalúrgica de El Hadger (Argelia). El potencial del taller es de 410.000 toneladas de acero al año. Esto permitirá satisfacer más de los dos tercios de la demanda nacional de este importante tipo de producción industrial[15]. Para el fomento de la economía de los países en desarrollo tiene una gran importancia toda una serie de obras explotadas o construidas en colaboración con la URSS, tales como las explotaciones petrolíferas de Rumeila del Norte (las primeras en Irak), el complejo hidroenergético más grande de Siria en el río Eufrates, y otras.

A fines de la década del sesenta y comienzos de la del setenta se han desarrollado sustancialmente las relaciones económicas de los países socialistas con los Estados de Latinoamérica. En Brasil, Uruguay, Argentina y otros países latinoamericanos se construyen empresas de las industrias ligera y alimentaria, centrales eléctricas y se realizan trabajos de prospección geológica. La Unión Soviética suministra medios técnicos para estas obras y manda especialistas. Se abren vastas perspectivas para la colaboración entre la URSS y Perú en las obras de la primera fase del complejo hidroenergético Olmos.

Según datos del 1 de enero de 1974, los países miembros del CAME prestaban asistencia económica y técnica a 64 países en desarrollo de Asia, Africa y América Latina en la construcción de unas 2.900 empresas industriales y obras, de las que a la sazón el 65% ya habían sido terminadas y puestas en funcionamiento. Para la misma fecha, la Unión Soviética, de conformidad con los acuerdos sobre la cooperación económica y técnica, prestaba asistencia a los países en desarrollo en la construcción y ampliación de unas 860 obras de distinta índole, de las cuales 400 ya habían sido concluidas y puestas en explotación. La importancia de las obras construidas para la

[15] Véase *Vnéshniaya torgovlia*, 1973, Nº 5, págs. 8-12.

economía nacional se caracteriza, en particular, por los potenciales anuales de algunos de los tipos más importantes de la producción industrial: centrales eléctricas (6.500.000 kilovatios), altos hornos de fundición de arrabio (13.600.000 toneladas), plantas de fundición de acero (16 millones de toneladas), fábricas de laminado (12.300.000 toneladas) y refinerías de petróleo (11.600.000 toneladas).

La cooperación económica y técnica de la URSS con los países en desarrollo se efectúa bajo las condiciones de ventaja recíproca. La utilidad de esta cooperación para dichos países es bien clara, significando la puesta en funcionamiento de nuevos potenciales de producción, el aumento de la ocupación de la mano de obra y la elevación del nivel de vida de la población. Los países liberados compensan los gastos de la URSS para la asistencia económica y técnica, suministrándole las mercancías que necesita su economía nacional, tales como concentrados de metales no ferrosos, petróleo, gas, fibra de algodón, caucho natural, yute, arroz, té, café, cacao, habas, frutas y otras muchas mercancías.

Una de las formas principales de la cooperación económica entre los países socialistas y los que están en vías de desarrollo es el comercio exterior. En 1974, la Unión Soviética tenía relaciones comerciales con 73 países en vías de desarrollo. En el período de 1955 a 1974, la circulación de mercancías creció 18 veces, ascendiendo a 5.772 millones de rublos[16]. El lugar fundamental en la exportación de la URSS a los países emergentes corresponde a maquinaria y equipos, comprendidas las instalaciones completas para las empresas. Estos suministros, como también los créditos, ayudan a dichos países a echar los cimientos de la independencia económica.

Los países socialistas colaboran activamente con los países liberados en el dominio de la formación del personal técnico de éstos, ante todo, en el proceso de construcción y explotación conjunta de distintas empresas de destino económico y cultural. Por ejemplo, en la India aprendieron distintas profesiones de este modo más de 40.000 personas y en Afganistán, más de 50.000 personas. En total, en los últimos 6-8 años, con el concurso de la URSS fueron preparados directamente en las obras en construcción de los países en desarrollo más de 200.000 obreros calificados y contramaestres. En colaboración con la URSS, en dichos países han sido construidos y se están construyendo más de 140 centros docentes, de los cuales 90 ya funcionan, comprendidos el Instituto Politécnico en Afganistán, el Instituto Tecnológico de Rangún (Birmania), el Instituto Politécnico en Guinea, el Instituto Nacional del Petróleo, Gas y Química en Argelia, los centros docentes en Irak, Malí, Siria, Argelia, Irán y otros países. La enseñanza profesional y técnica de especialistas y obreros procedentes de los países en desarrollo se realiza en más de 150 empresas de vanguardia de la Unión Soviética. En 1973, en los centros docentes superiores de la URSS estudiaban alrededor de 15.000 alumnos y postgraduados de los mismos países. En los doce últimos años, a cuenta de las cuotas soviéticas al fondo de asistencia de la ONU, en la URSS se han celebrado más de 200 seminarios, simposios y encuentros, con participación de ciudadanos de los países en desarrollo. Además, en la URSS han cursado enseñanza unos 6.500 becados de la ONU procedentes de estos países.

La colaboración estrecha e integral con los países socialistas es una de las premisas más importantes para el éxito de los países liberados en su lucha por la autodeterminación económica y el progreso social. El XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética subrayó en sus acuerdos que el PCUS sigue siendo fiel al principio leninista de la solidaridad con los pueblos que luchan por su emancipación nacional y social. Los luchadores contra los regímenes coloniales aún existentes pueden contar con el apoyo de la Unión Soviética. El congreso hizo hincapié en ampliar la cooperación con los países de orientación socialista.

[16] Véase *Comercio exterior de la URSS en 1974. Resumen estadístico*, ed. en ruso, Moscú, 1975, pág. 12.

Estos últimos están ligados con lazos de amistad fraterna con los países del socialismo mundial y se apoyan en ellos en su lucha contra el imperialismo, por la independencia y el progreso. El apoyo consecuente que la Unión Soviética y otros países socialistas prestan a la lucha de liberación nacional de los pueblos de los países emergentes elevó el prestigio del socialismo mundial a los ojos de los pueblos anteriormente oprimidos e hizo mayor su atracción por el sistema social que garantiza la independencia nacional y el progreso social. "De su peso se cae —dijo Leonid Brézhnev en el Informe al XXIV Congreso del PCUS— que no es cosa fácil la reorganización radical, sobre bases no capitalistas, de las relaciones sociales atrasadas, sobre todo en un clima de continuos ataques de los neocolonialistas y de la reacción interior. Por ello es tanto más importante que, a pesar de todas las dificultades, los Estados de orientación socialista sigan avanzando por el camino que han elegido"[17].

El Gobierno soviético aplica consecuentemente la idea leninista de colaboración de las fuerzas del socialismo y las de liberación nacional en todos los terrenos. En los discursos de saludo pronunciados en el XXV Congreso del PCUS por los representantes de los partidos comunistas, obreros, democráticos nacionales y socialistas así como de organizaciones y movimientos de liberación nacional de los países en desarrollo se apreció en alto esta pauta. "Nos une a la inmensa mayoría de los Estados surgidos como resultado del desmoronamiento del sistema colonial —dijo Leonid Brézhnev desde la tribuna del XXV Congreso del PCUS— el gran apego a la paz y a la libertad y la honda aversión a cualquier forma de agresión y dominación, así como a la explotación de un país por otro. ¡Esta comunidad de aspiraciones básicas es el rico y fértil terreno en que seguirá robusteciéndose y floreciendo nuestra amistad!"[18].

---

[17] L. Brézhnev. *Acerca de la política exterior del PCUS y del Estado soviético*, pág. 336-337.

[18] *Documentos del XXV Congreso del PCUS*, pág. 16.

Capítulo V

CRECIENTE DESESTABILIZACION DE LA ECONOMIA CAPITALISTA

1. PARTICULARIDADES DE LA ECONOMIA DEL CAPITALISMO CONTEMPORANEO

La inestabilidad y descomposición de la economía capitalista se manifiestan, ante todo, en la constante carga incompleta de los potenciales de producción, el desempleo crónico, la militarización y las crisis económicas periódicas.

La carga incompleta de los potenciales de producción había tenido lugar también antes de la crisis general del capitalismo, mas era de carácter pasajero, observándose principalmente durante las crisis económicas, y cobraba menores proporciones. En el período de la crisis general del capitalismo, este fenómeno pasó a ser crónico.

La carga incompleta de los potenciales de producción en los países capitalistas se debe a que, creciendo sin cesar dichos potenciales, siguen siendo limitadas las capacidades de los mercados interior y exterior. En la medida del progreso técnico van creciendo los potenciales de producción de la industria de los países capitalistas, sin que se aumenten en igual medida las posibilidades de venta de mercancías industriales debido a la estrechez de los mercados interior y exterior. Dentro de estos países, la realización de mercancías tropieza con los marcos relativamente estrechos de la demanda solvente de las masas trabajadoras. En el ámbito mundial, la industria capitalista chocó, en el período de la crisis general del capitalismo, con la estrechez de los mercados debido a la división del mundo en los dos sistemas y al crecimiento de la in-

dustria nacional en los países emergentes. La agravación del problema de la venta impide emplear por completo los potenciales de producción. Hasta en los períodos de ritmos mayores de crecimiento de la producción, la carga de su potencial raras veces pasa del 90%, constituyendo, por término medio, el 75-85%, y en algunos períodos, en varias ramas, el 40-50%.

En el período que media entre las dos guerras mundiales, la industria de los países capitalistas adelantados (EE.UU., Inglaterra, Alemania, Francia y otros) trabajó, como término medio, a mitad o a las dos terceras partes de su potencial. En otras palabras, siendo el mismo el aparato de producción, la industria del mundo capitalista podría proporcionar una vez y media o dos veces más mercancías de lo que produjo en efecto. Su carga descendía más aún durante las crisis económicas. La crónica utilización incompleta de los potenciales de producción existentes se manifiesta con particular evidencia en EE.UU., el país capitalista más grande. Incluso en la fase de mayor auge, los potenciales de producción de este país no trabajaron a plenitud. Según datos del Instituto Brookings, en el período de 1925 a 1929, las instalaciones existentes en EE.UU. se utilizaron tan sólo en el 80-83%.

Después de la segunda guerra mundial, la industria de los países capitalistas sigue experimentando una constante carga incompleta en cuanto a su potencial de producción. Por ejemplo, en 1948-1953, la carga de los potenciales de producción de la industria transformadora de EE.UU. constituyó el 92-95%; en 1954-1966, el 75-91%, y en 1967-1972, el 77-86%. Incluso en 1972, siendo alta la coyuntura económica en este país, la carga de los potenciales de producción de su industria fue igual al 77%. La constante carga incompleta de las empresas de la industria transformadora se observó asimismo en otros países capitalistas desarrollados.

La carga incompleta (en un 10-15%) de los potenciales de producción de la industria transformadora de los países capitalistas adelantados significa que ellos pierden cada 7-10 años un volumen anual de producción. El conocido economista burgués norteamericano A. Hansen, en su libro *La economía postbélica de EE.UU.*, afirma que en la postguerra, este país perdía anualmente 50 mil millones de dólares a causa de la carga incompleta.

Este fenómeno obstaculiza indefectiblemente el proceso de la reproducción capitalista, pues disminuye el resarcimiento del valor del capital constante, reduce la capacidad del mercado y la demanda de los medios de producción, lo cual, a su vez, aminora la demanda de la mano de obra y, por ende, de los artículos de consumo personal. Además, se hace más difícil convertir el capital monetario en capital productivo y renovar el capital fijo, disminuyéndose, por eso, los estímulos para la construcción de las nuevas empresas y la ampliación de las existentes.

Así pues, también en la actualidad siguen actuando las dos tendencias opuestas propias del imperialismo, descubiertas por Lenin: el aceleramiento del desarrollo de las fuerzas productivas y el freno de su crecimiento. La constante carga incompleta de los potenciales de producción es un brillante testimonio de las contradicciones existentes entre el progreso técnico y las condiciones capitalistas de su realización.

La constante carga incompleta de los potenciales de producción de los países capitalistas es una de las manifestaciones de la putrefacción de su economía, pues significa la sistemática utilización incompleta de los medios de producción, uno de los principales elementos de las fuerzas productivas de la sociedad, y, al mismo tiempo, frena la renovación del capital fijo, constituyendo uno de los factores de la inestabilidad interior de la economía capitalista.

El desempleo crónico. La carga incompleta de los potenciales de producción va acompañada del paro forzoso crónico. El desempleo es inevitable en las condiciones del modo capitalista de producción. Antes de la primera guerra mundial se observó, principalmente durante las crisis económicas y las depresiones, mas con el comienzo de la crisis general del capitalismo pasó a ser crónico en todas las fases del ciclo capitalista.

La desocupación significa que no se emplea parte de la mano de obra de la sociedad. El desempleo crónico quiere decir que en los países capitalistas no se emplea ininterrumpidamente una parte considerable de la mano de obra. La constante carga incompleta de los potenciales de producción se combina con la utilización incompleta crónica de la mano de obra. Lo uno y lo otro significa que el capitalismo moderno no puede aprovechar en plena medida y con eficacia las fuerzas productivas existentes.

Los datos estadísticos oficiales de los países capitalistas no ofrecen un cuadro verídico del número de cesantes, pues no incluyen a desempleados parciales que trabajan la semana o la jornada laboral incompleta, a jóvenes graduados en la escuela que buscan colocación, a obreros que han perdido el derecho al subsidio de desempleo, etc.

En la actualidad, en todos los países capitalistas industrializados es muy alto el nivel de desempleo (relación del número de cesantes con respecto a la población activa), constituyendo en junio de 1974: en Italia, un 5%; en Gran Bretaña, un 4%; en Francia y la RFA, más de un 2%, y en Canadá, un 7%. En el segundo semestre de 1974, el desempleo creció a ritmo acelerado en todos los países capitalistas. Por ejemplo, en diciembre, el nivel de desempleo en EE.UU. ascendió a un 7,1%. En el cuadro 5 figuran los datos comparativos sobre la dinámica del crecimiento del número absoluto de cesantes en el segundo lustro de la década del sesenta y el primer lustro de la del setenta.

El paro forzoso se extiende a todos los sectores de los trabajadores. Por su culpa sufren más que nadie los obreros no calificados, poco calificados y jóvenes, así como las capas de la población sometidas a la discriminación racial. Desde fines de los años sesenta, la proporción de los jóvenes desempleados de EE.UU. invariablemente supera tres veces el nivel medio del total de cesantes. En noviembre de 1972 no tenían trabajo más del 15% de los jóvenes de 16 a 19 años (el nivel general del desempleo fue del 5,2%). Entre la población negra y mestiza, el porcentaje de los que buscan trabajo también es mayor que

Cuadro 5

Número de desempleados oficialmente registrados en los países capitalistas desarrollados
(en miles de personas)

País \ Año	1965	1968	1970	1971	1972	1973	1975
EE. UU.	3.366	2.827	4.088	4.993	4.840	4.304	7.890
Inglaterra	360	601	640	799	885	630	846
RFA	139	314	144	178	236	273	1.099
Francia	142	254	262	338	384	394	807
Italia	1.285	1.048	961	613	701	668	644
Japón	390	590	593	640	728	660	930
Canadá	280	382	495	552	562	520	748

Fuente: Bulletin of Labour Statistics. 1 quarter 1975.

el promedio del país. En 1972 había un 9,8% de negros y un 4,6% de blancos desempleados. Al mismo tiempo, en varios países capitalistas altamente desarrollados se observa una gran escasez de obreros de nuevas profesiones (en nuevas ramas y en la producción automatizada), lo cual refleja los cambios tecnológicos y estructurales en la economía, vinculados con la revolución científico-técnica.

El desempleo crónico causa inmenso daño a la economía. La prensa norteamericana comunicó que en el período de 1953 a 1965, las pérdidas ocasionadas por el desempleo oscilaban entre 500.000 y 700.000 millones de dólares, o sea, de 39 a 54 mil millones de dólares anuales[1]. El paro forzoso descalifica a los trabajadores, desvaloriza la mercancía (en este caso la fuerza de trabajo), complica el problema de proporcionar personal calificado a las nuevas ramas y agrava los conflictos sociales en los países burgueses.

El desempleo crónico, igual que la carga incompleta crónica de los potenciales de producción, testimonia que

[1] Véase *Revista Internacional*, 1970, Nº 1, pág. 70.

el capitalismo moderno es incapaz de utilizar las fuerzas productivas de la sociedad, frenando mucho el desarrollo de éstas.

La militarización de la economía. La manifestación más funesta del conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en el mundo capitalista de hoy son la militarización de la economía y la carrera de armamentos. La militarización de la economía conduce a que las realizaciones de la ciencia y la técnica no se emplean para crear los valores materiales ni para mejorar las condiciones de vida y trabajo de los hombres, sino para fabricar los medios de exterminio y destrucción en masa. La militarización no tiene como resultado el desarrollo, sino un colosal despilfarro de las fuerzas productivas de la sociedad.

Las causas del militarismo dimanan de la esencia del imperialismo, de la dominación de los monopolios. Lenin señalaba que el imperialismo, "atendidos sus rasgos *económicos* esenciales, se distingue por un apego mínimo a la paz y a la libertad, por un desarrollo máximo del militarismo en todas partes"[2]. La oligarquía financiera, en su temor constante a la revolución socialista, se vale de la militarización para prolongar artificialmente el tiempo de su dominación y aplastar la lucha de las masas trabajadoras por la satisfacción de sus reivindicaciones económicas y políticas.

Por otra parte, en la época del imperialismo se exacerba la lucha entre los grupos financieros y los Estados imperialistas por los mercados de venta, las fuentes de materias primas y las esferas de aplicación de capital, lo cual desemboca en conflictos y choques armados.

El militarismo es una propiedad orgánica del capitalismo monopolista, determinada por la lucha imperialista por el nuevo reparto del mundo y el aplastamiento con medios militares de los movimientos obrero, democrático y nacional-liberador. Lenin decía: "El militarismo moderno es resultado del capitalismo. Es, en sus dos formas, una "manifestación vital" del capitalismo: como fuerza militar utilizada por los Estados capitalistas en sus choques externos... y como instrumento en manos de las clases dominantes para aplastar todo género de movimientos (económicos y políticos) del proletariado..."[3]

El militarismo en sus dos formas es acompañante inevitable del capitalismo. La doble manifestación de la naturaleza socioeconómica del militarismo se deja sentir con singular fuerza en la época del imperialismo. En el ambiente de la crisis general del capitalismo, la creciente militarización de los países imperialistas está enfilada principalmente contra el campo socialista y el movimiento de liberación nacional. El crecimiento del militarismo se explica no sólo por causas políticas, sino también por las económicas. La carrera de armamentos es una de las formas más cómodas de enriquecimiento fabuloso de los monopolios, por lo cual éstos la califican de panacea de todos los males: las crisis económicas, el paro forzoso, etc.

En su forma desarrollada, la militarización es típica de la época de la crisis general del capitalismo y las guerras mundiales. Se hace posible porque los monopolios emplean el aparato estatal para redistribuir la renta nacional (impuestos directos e indirectos, empréstitos estatales, control de la distribución de materias primas y materiales estratégicos, etc.) a fin de crear una colosal economía militar. La causa de esta militarización verdaderamente general estriba en la agravación de todas las contradicciones del capitalismo en la época de su crisis general. Los monopolios se empeñan en resolver el problema de la venta a expensas de los pedidos militares estatales. Al mismo tiempo, los monopolios están vitalmente interesados en la carrera de armamentos que les aporta copiosas ganancias.

La militarización de la economía se liga, ante todo, con el colosal aumento de los gastos para la carrera de

---

[2] V. I. Lenin. *La revolución proletaria y el renegado Kautsky. O. C.*, t. 37, pág. 248.

[3] V. I. Lenin. *El militarismo belicoso y la táctica antimilitarista de la socialdemocracia. O. C.*, t. 17, pág. 187.

armamentos, para el mantenimiento de las fuerzas armadas. Después de la segunda guerra mundial, los países de la OTAN gastaron, en veinticinco años de existencia de este bloque, más de 1 billón 700 mil millones de dólares para fines militares (con este dinero se podría construir alrededor de dos mil gigantes energéticos, semejantes al complejo hidroenergético de Asuán en la RAE, que generarían unas tres veces más fluido que el volumen mundial actual). En el cuadro 6 figuran los datos sobre la dinámica de los gastos militares absolutos del Bloque Noratlántico en el período indicado.

Cuadro 6

Gastos militares de los países de la OTAN
(en precios corrientes: millones de dólares)

País \ Año	1949	1960	1965	1970	1971	1972	1973	1974
Total	18.713	63.488	73.968	104.398	104.981	113.313	120.827	128.029
Comprendidos:								
EE.UU.	13.503	47.381	51.827	77.854	74.862	77.638	78.462	85.800
RFA	...	3.024	4.607	6.188	7.593	8.975	12.069	12.765
Inglaterra	2.181	4.626	5.937	5.950	6.720	7.853	8.156	8.721
Francia	1.370	3.842	4.215	5.982	6.836	7.188	9.100	7.913
Italia	482	1.136	1.980	2.599	3.184	3.716	3.949	3.673
Canadá	342	1.654	1.659	2.061	2.132	2.238	2.391	2.429
Países Bajos	179	477	746	1.106	1.878	1.535	2.047	2.303
Bélgica	153	383	520	688	885	985	1.235	1.079
Turquía	199	268	334	503	696	715	892	995
Grecia	51	170	200	453	516	574	720	602
Noruega	52	143	270	376	411	488	645	680
Portugal	50	105	230	398	533	582	620	500
Dinamarca	52	161	283	368	458	485	532	551
Luxemburgo	2	5	9	8	10	11	13	18

Fuente: NATO Review, December 1974.

Más de un millón de personas forman parte de las fuerzas armadas unificadas de la OTAN. Según datos del Instituto de Investigaciones Estratégicas londinense, en Europa Septentrional y Central se emplazan 26 divisiones de la OTAN, pertrechadas con 5.500 tanques y 2.166 aviones, y en Europa Meridional, 34 divisiones, con 2.100 tanques y 980 aviones. El sistema militar de la OTAN es atendido por 200 aeródromos, 6.300 millas de tuberías para transportar combustible y 27.300 millas de comunicaciones terrestres. Los mandos norteamericanos controlan en Europa Occidental más de 7.200 ojivas atómicas de combate.

En el mundo capitalista, los preparativos bélicos alcanzaron proporciones sin precedente para tiempos de paz. En 1970, el total de los efectivos de las fuerzas armadas de los Estados imperialistas constituyó casi siete millones de personas, y la suma anual de sus gastos militares pasó de 120 mil millones de dólares. Estados Unidos es la principal fuerza de choque del imperialismo. El número de los efectivos de las fuerzas armadas norteamericanas ascendió de 334.000 personas en 1939 a 3.500 mil en 1973, o sea, creció más de diez veces. Los gastos militares directos de EE.UU. aumentaron de mil millones de dólares en 1938/39 a casi 80 mil millones de dólares en 1972/73. Teniendo en cuenta la desvalorización del dólar en el 50-60%, más o menos, los gastos militares crecieron en este período 35-40 veces (en precios de 1939).

Uno de los campos más militarizados de la vida social de los países imperialistas ha pasado a ser el de la ciencia, cuyo desarrollo se supedita en gran medida a los objetivos reaccionarios, agresivos. A principios de la década del setenta, cerca del 75% de todos los gastos de EE.UU. para las investigaciones científicas estaba vinculado con la militarización. La producción bélica distrae, de otras ramas de la economía, capitales, mano de obra calificada, materias primas e instalaciones y disminuye el desarrollo de las fuerzas productivas.

La militarización es un colosal factor de freno del desarrollo de las fuerzas productivas y de su destrucción direc-

ta. El hecho de que el militarismo se convierta en elemento orgánico de la economía y la política, demuestra convincentemente que la existencia del capitalismo ha entrado en una contradicción irreconciliable con los intereses vitales y la seguridad de todo el género humano. Empero, los economistas burgueses tratan de persuadir a las masas trabajadoras de que la militarización de la economía permite superar no sólo las crisis económicas, sino también la crisis general del capitalismo, en su conjunto. A juicio de S. Kuznets, uno de los economistas norteamericanos más conocidos, la guerra fría o caliente da al país que haya perdido sus posiciones económicas como resultado de la disminución del desarrollo un impulso que puede cambiar de raíz las tendencias de su evolución. Otro economista estadounidense, A. Hansen, predica ideas análogas, al declarar que los gastos militares no han convertido a Estados Unidos de América en un país pobre.

Pero, en realidad, la militarización de la economía torpedea la base de la reproducción ampliada y, en definitiva, conduce inevitablemente a la reducción del volumen global de la producción. La ampliación de la industria bélica, sobre todo en el período inicial, puede estimular la producción hasta cierto punto. Pero la militarización distrae para el consumo militar gigantescos recursos materiales y humanos y una gran parte de la renta nacional. En definitiva, desde el punto de vista económico, la producción militar y el mantenimiento de las fuerzas armadas es un derroche improductivo de una gran parte del producto social. La producción militar se ensancha en detrimento de la civil, disminuyendo el ritmo de crecimiento de esta última. Al estimular por cierto tiempo el fomento de la producción, la militarización de la economía socava, en fin de cuentas, la base de la reproducción capitalista ampliada. El crecimiento de la producción militar, lejos de añadir algo a la riqueza social, significa, por el contrario, un descuento directo de ella. De las ramas productivas se aparta gran cantidad de medios de producción, del trabajo vivo. La parte de la renta nacional que se gasta con fines militares, no se restituye para el giro económico. La producción militar no participa en el resarcimiento de los elementos de producción, tanto en su expresión de valor como en la natural. La militarización, al distraer grandes medios para el consumo militar improductivo, limita el volumen de recursos destinados para la acumulación productiva, rebajando el ritmo de fomento de toda la economía. La disminución del ritmo de acumulación de capitales y de crecimiento de la producción se observa en los países con la economía más militarizada.

A despecho de las afirmaciones de los apologistas burgueses sobre la influencia benéfica de la militarización en la economía y en la situación de los trabajadores, la militarización conduce al empeoramiento de ésta y al crecimiento del desempleo crónico a causa de la reducción de la producción civil. La carrera de armamentos va acompañada del acrecentamiento de los gastos militares de los países imperialistas, lo cual, a su vez, provoca una brusca elevación de los impuestos, que constituyen la principal fuente de ingresos presupuestarios de estos países. La elevación de los impuestos lleva a la disminución de la demanda solvente de los trabajadores. Los colosales gastos militares de los Estados imperialistas engendran inmenso déficit presupuestario, el abultamiento de las deudas estatales y una emisión excesiva de papel moneda, lo cual conduce a su desvalorización (inflación) y a la rebaja sucesiva del salario real. En el período de la inflación, el crecimiento de los precios aventaja al crecimiento del salario, lo cual significa que las ganancias de los capitalistas aumentan a expensas de la reducción de la proporción correspondiente a los obreros en la renta nacional. La inflación es un medio de redistribución de la renta nacional en favor de los monopolios y de despojo de los trabajadores. Por consiguiente, los gastos militares, cualquiera que sea la forma de su financiamiento, recaen con todo su peso, en definitiva, sobre las espaldas de las masas trabajadoras y sirven al enriquecimiento de los monopolios.

Los cambios en el ciclo capitalista. La inestabilidad de la economía capitalista se manifiesta también en las perió-

dicas crisis económicas de superproducción, que revelan más que nada la incapacidad del capitalismo para gobernar las acrecidas fuerzas productivas, así como el carácter históricamente pasajero de la forma capitalista de organización social. "La crisis demuestra —anotaba Lenin— que la sociedad actual podría producir incomparablemente más productos, los que servirían para mejorar el nivel de vida de todo el pueblo trabajador, si la tierra, las fábricas, las máquinas, etc., no hubieran sido usurpadas por un puñado de propietarios privados, quienes extraen sus millones de la miseria del pueblo"[4].

La agravación de la contradicción fundamental del capitalismo durante su crisis general produjo cambios en el ciclo capitalista, reduciéndose su duración. Como resultado, las crisis se hicieron más frecuentes, repitiéndose cada siete u ocho años. Las fases de la crisis pasaron a ser más profundas y destructoras. Las fases de animación y ascenso se caracterizan por un crecimiento de producción menos intenso que antes del inicio de la crisis general del capitalismo.

En la medida en que se profundiza la crisis general del capitalismo va cambiando asimismo el carácter del ciclo económico. La primera etapa de la crisis general del capitalismo, que media entre las dos guerras mundiales, se distinguió para el mundo capitalista por tres crisis económicas cíclicas de superproducción (1920-1921, 1929-1933, y 1937-1938). Con la particularidad de que el mayor intervalo entre las crisis, constituyendo antes del comienzo de la crisis general del capitalismo doce años, se redujo en su primera etapa a sólo ocho.

En esta etapa, las crisis económicas se extendieron, en una u otra medida, a todos los sectores de la economía de los países capitalistas. En el cuadro 7 figuran las principales características del desarrollo de los procesos de crisis en el principal país del mundo capitalista, Estados Unidos. Se analizan las tres grandes crisis económicas que estallaron en el período entre las dos guerras mundiales.

[4] V. I. Lenin. *Las enseñanzas de la crisis. O. C.*, t. 5, pág. 84.

Cuadro 7

Las crisis económicas en EE. UU. en la primera etapa de la crisis general del capitalismo

Principales características del proceso de crisis	Períodos de crisis (años)		
	1920-1921	1929-1933	1937-1938
Duración del descenso de la producción (en meses)	12	38	12
Magnitud del descenso de la producción del punto superior al inferior (en %%)	32	46,2	32,5
Desempleo (en %%)	23	32,0	23,0
(en millones de personas)		15	11
Disminución del salario en la industria transformadora (en %%)	...	57,7	35,0
Disminución de los precios de las mercancías agropecuarias (en %%)	43,9	54,4	21,5
Caída de la cotización de las acciones industriales (en %%)	26,0	79,1	45,1

Fuente: Federal Reserve Bulletin. Washington, 1921-1939.

Por su duración, envergadura y fuerza destructora, la crisis de 1929-1933, que, junto con la depresión posterior, se prolongó durante unos cinco o siete años, ocupa un lugar especial entre las crisis económicas de la primera etapa de la crisis general del capitalismo. Las características de esta crisis se explican porque se desenvolvió en la época de la crisis general del capitalismo, que ejerció su influencia correspondiente en el curso del ciclo capitalista. Durante la crisis económica de 1929-1933 se observó una destrucción jamás vista de las fuerzas productivas. Por ejemplo, en EE.UU., Inglaterra, Alemania y Francia fueron destruidos, en total, 202 altos hornos. En EE.UU. fueron sometidos a nueva arada los algodonales en un área igual a 10.400.000 acres, exterminados 6.400.000 cerdos, etc.

Después de la segunda guerra mundial, igual que en el período precedente, la economía de los países capitalis-

tas sigue sufriendo las crisis. La primera de éstas fue la de 1948-1949, que abarcó principalmente la economía de EE.UU. En un año, la producción industrial de este país se redujo en más del 10%. Es característico que esta crisis empezó sin llegar aún la industria al nivel del año 1943. Las medidas aplicadas por el gobierno norteamericano, en particular las inmensas compras estatales y el financiamiento de la exportación en orden al "Plan Marshall", desempeñaron cierto papel en el debilitamiento de esta crisis económica.

El auge de la producción industrial en EE.UU., comenzado después de la crisis de 1948-1949, fue interrumpido por el descenso económico de 1953-1954, iniciándose en ese último año un nuevo auge, cuya base material fue la renovación en masa del capital fijo. Este auge duró hasta 1957 y condujo a que la producción industrial del mundo capitalista se triplicara en comparación con 1948. Este fenómeno se explica, además, por el hecho de que en los países de Europa Occidental no se había dado cima aún al restablecimiento de la economía, que presentaba una demanda suplementaria de mercancías.

En 1957 estalló la crisis económica mundial que, además de EE.UU., se extendió a otros países capitalistas: Canadá, Inglaterra, Bélgica, Noruega, Turquía y Japón. En EE.UU., la crisis fue más prolongada y profunda. En catorce meses, la producción industrial se redujo en una sexta parte, más o menos. La crisis se extendió asimismo a la esfera de créditos y finanzas. Cayó la cotización de acciones en la bolsa. Por primera vez después de la segunda guerra mundial se observó un gran déficit en la balanza de pagos de EE.UU. Comenzó el desarrollo de los acontecimientos que pasados diez años llevarían a una fortísima conmoción monetario-financiera mundial.

No duró mucho tiempo la animación que empezó a fines de 1958. A partir del otoño de 1960, en EE.UU. tuvo lugar una nueva oleada de los fenómenos de crisis, correspondiendo el mayor descenso de la producción al primer trimestre de 1961. A la sazón, en Canadá e Inglaterra se observó un estancamiento.

A fines de 1962, después del período de animación, la producción industrial de los países capitalistas entró en la fase de ascenso cíclico. La renovación en masa del capital fijo, en el período de ascenso, coincidió con el despliegue de la revolución científico-técnica, lo cual determinó el ritmo relativamente alto de crecimiento de la economía capitalista.

Sin embargo, desde mediados de los años sesenta, tras un ascenso no prolongado, los países capitalistas se vieron envueltos otra vez en una crisis de superproducción, que comenzó primero en Italia, Francia y Japón. Gracias a una alta coyuntura económica en los mercados mundiales, estos países lograron evitar grandes conmociones económicas, escapando del estado de crisis a fines de 1965. Mas, al poco tiempo, la crisis hirió a Inglaterra y, luego, a la RFA y EE.UU. La particularidad de la crisis económica de mediados de la década del sesenta en EE.UU. estriba en que ésta había madurado, pues habían sido aumentados vertiginosamente los gastos militares de este país para su intervención en Vietnam.

En 1969-1970, la economía de EE.UU. se volvió a sumergir en una nueva crisis. A fines de 1970, el índice de la producción industrial fue casi un 8% menor que a mediados de 1969, habiendo en el país unos seis millones de desempleados. Esta crisis, en las condiciones de la guerra e inflación, hizo retroceder la industria casi en tres años.

La nueva crisis económica, al comenzar en 1974 casi simultáneamente en una serie de los países capitalistas adelantados (EE.UU., Japón, RFA, Inglaterra Australia), se extendió con rapidez a distintos países, a todos los centros principales de la economía capitalista mundial. "Lo típico de esta crisis tan profunda —subrayó Leonid Brézhnev en el informe presentado al XXV Congreso del PCUS—, es que ha atacado a la desarrolladísima economía monopolista de Estado, formada a lo largo del período posbélico"[4—a].

Esta crisis económica ha provocado no sólo la dismi-

[4—a] *Documentos del XXV Congreso del PCUS*, pág. 28.

nución de la producción y el crecimiento del paro en todos los países capitalistas industrializados, sino también una brusca reducción de las relaciones económicas exteriores en el seno del sistema capitalista. Una de las principales particularidades de la presente crisis consiste en que se entrelaza con sacudidas tan tremendas de la economía capitalista mundial como las crisis monetaria, energética y de materias primas. Desarrollándose en el contexto del crecimiento inflacionista de los precios, la crisis ha agravado la situación desastrosa de por sí de los trabajadores.

La crisis ha inferido el más grave daño a las potencias imperialistas más adelantadas, cuyos estadistas hace aún poco se enorgullecían de su capacidad de reglamentar los elementos del mundo capitalista. En el período que media entre el nivel máximo de la producción, anterior a la crisis, y su punto inferior, la producción se ha reducido en el Japón e Italia en más de una quinta parte; en Francia, en más de una sexta, y en los EE.UU. e Inglaterra, en más de una séptima parte. El desempleo ha pasado a ser un problema gravísimo para todo el mundo capitalista. Incluso según datos de la estadística oficial burguesa, en 1975, sólo en los países industrializados había más de quince millones de personas que no tenían ningún trabajo. Y no se toman en consideración todos los desempleados, ni mucho menos, Además, debido a que muchísimas personas se han visto obligadas a trabajar la semana laboral incompleta o han sido despedidas a causa del cierre temporal de empresas, se ha formado el paro parcial de masas.

La deformación del ciclo capitalista después de la segunda guerra mundial se debe a que en el curso general de la reproducción capitalista influyen nuevos factores económicos: el surgimiento y desarrollo del sistema socialista mundial; el fomento del capitalismo monopolista de Estado; el crecimiento sucesivo de la carga incompleta crónica de las empresas industriales y del desempleo crónico en masa; la disgregación del sistema colonial del imperialismo, que condujo a la reducción de los mercados

coloniales del capitalismo mundial; el desarrollo del capitalismo nacional en las ex colonias y países dependientes; la inflación permanente, la militarización de la economía, etc. El hecho de que las crisis económicas son más y más frecuentes y su fuerza destructiva es cada vez mayor acredita que acrecen la descomposición y la inestabilidad de la economía capitalista.

El XXIV y el XXV Congresos del PCUS hicieron un profundo análisis del sistema capitalista, demostrando que los defectos orgánicos de éste no pueden ser eliminados. Ni los intentos de regulación de la economía por el Estado ni otros factores, en que cifran esperanzas los economistas burgueses, pueden acabar con el carácter espontáneo del desarrollo de la economía, lograr un estable crecimiento económico y superar la desigualdad del desarrollo económico y las contradicciones de clase antagónicas propias del capitalismo. "Hoy todo el mundo ve —dijo Leonid Brézhnev en el XXV Congreso del PCUS— que se ha desvanecido uno de los mitos principales de los ideólogos reformistas y burgueses: el mito de que el capitalismo de nuestro tiempo puede librarse de las crisis. La inestabilidad del capitalismo es más evidente cada día"[5].

2. AGRAVACION DE LA CRISIS DE LA ECONOMIA CAPITALISTA MUNDIAL

La crisis de la economía capitalista mundial, siendo resultado de la exacerbación de las contradicciones interiores del imperialismo, constituye una parte orgánica de la crisis general del capitalismo y se manifiesta en el torpedeo y la destrucción del sistema imperialista de las relaciones económicas internacionales. En el proceso de agravación de la crisis de la economía capitalista mundial se acentúan las contradicciones interimperialistas, se desen-

[5] Ibíd., pág. 28.

vuelve una aguda lucha por la ampliación de los mercados de venta, las esferas ventajosas de aplicación del capital, la utilización de los adelantos científicos y técnicos y la dominación financiera y monetaria.

Después de la segunda guerra mundial la crisis de la economía capitalista mundial se enconó no sólo debido a sus contradicciones interiores, sino también bajo la influencia de otros varios factores. Los principales de ellos son la supresión del régimen capitalista en varios países de Europa y Asia, el desarrollo y fortalecimiento del sistema socialista mundial, el desmoronamiento del sistema colonial del imperialismo, la destrucción iniciada de la estructura colonial de la economía de los países independizados y la ampliación de las relaciones económicas entre ellos y el mundo socialista.

La formación y el crecimiento del poderío del sistema socialista mundial condujo a la reducción de la esfera de explotación imperialista, lo cual infligió un daño irreparable a la economía capitalista mundial. La desorganización de los anteriores vínculos económicos se reforzó a raíz del intento insensato de los Estados imperialistas de organizar el bloqueo económico del sistema socialista mundial. Con la aparición de este sistema surgieron, además de las capitalistas, las relaciones económicas internacionales socialistas en pie de ventaja mutua e igualdad de las partes. Esto socavó en gran medida las relaciones dominantes en el sistema capitalista de economía mundial.

Además, después de la segunda guerra mundial se redujeron considerablemente las posibilidades de la explotación de los países económicamente subdesarrollados por parte de los imperialistas. Los países liberados del yugo del imperialismo sostienen una lucha por independizarse económicamente del capitalismo, lo cual también asesta un fuerte golpe a la economía capitalista mundial.

La intensificación de la desigualdad del desarrollo económico de los países capitalistas. Una de las manifestaciones más importantes de la inestabilidad económica del capitalismo contemporáneo y un factor de la agravación de la crisis de la economía capitalista mundial es la intensificación de la desigualdad del desarrollo económico y político de los países capitalistas.

La segunda guerra mundial cambió en gran medida la correlación de fuerzas entre las potencias imperialistas. Los países promotores de la guerra, sobre todo Alemania y Japón, fueron derrotados y se quedaron atrás. Al mismo tiempo, EE.UU., en cuyo territorio no hubo operaciones militares, ocupó la situación absolutamente dominante en la economía capitalista mundial. Empero, ya en los dos decenios posteriores, el Japón y la RFA restablecieron su economía, comenzando la lucha por un nuevo reparto del mundo, por nuevos mercados de venta, fuentes de materia prima y esferas de aplicación de sus capitales.

En la actualidad, la acción de la ley del desarrollo económico desigual del capitalismo es determinada, primero, por que el auge de la revolución científico-técnica conduce a que algunos países imperialistas, al introducir en la producción las novísimas realizaciones de la ciencia y la técnica, aumentaron vertiginosamente el ritmo de crecimiento de la industria y cambiaron su proporción en la producción industrial del mundo, y, segundo, por que el creciente desarrollo del capitalismo monopolista de Estado permite que algunos Estados imperialistas concentren gigantescos recursos económicos y financieros en el progreso de los sectores de la economía que determinan el crecimiento del potencial militar-industrial, lo que cambia asimismo la correlación de fuerzas en la economía capitalista mundial.

La desigualdad del ritmo de crecimiento de la producción industrial llevó al cambio de la correlación de fuerzas tanto entre los distintos países como entre los grupos de potencias imperialistas (véase el cuadro 8).

Estos datos demuestran que, si en 1948 a EE.UU. correspondía casi el 55%, es decir, tenía la superioridad absoluta en la producción industrial del mundo, en 1974 su proporción se redujo al 39,2%. La parte correspondiente a Inglaterra se redujo de un 10,2% en 1948 a un 5,2% en 1974, pasando este país del segundo al cuarto lu-

Cuadro 8

Proporción correspondiente a grupos de países y algunos países por separado en la producción industrial del mundo capitalista (en %%)

	1948	1960	1965	1970	1971	1972	1973	1974
Canadá	3,0	3,0	3,1	3,0	3,0	3,1	3,1	3,1
EE.UU.	54,6	45,7	45,4	40,8	40,3	40,6	39,8	39,2
Japón	1,2	4,4	5,6	9,0	9,2	9,2	9,2	9,2
Países del Mercado Común*	23,3	28,1	27,3	26,2	26,0	25,6	24,6	31,5
Países de Europa Occidental	28,8	34,0	32,3	31,9	32,5	32,0	31,0	24,8
Inglaterra	10,2	8,3	7,2	6,1	6,0	5,7	5,5	5,2
Bélgica	1,4	1,0	1,0	1,0	0,9	1,0	0,9	0,9
Dinamarca	0,4	0,5	0,5	0,6	0,6	0,6	0,6	0,6
Irlanda	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1
Italia	2,0	3,2	3,5	3,5	3,3	3,2	3,1	3,4
Países Bajos	1,0	1,2	1,2	1,3	1,4	1,4	1,3	1,4
RFA	3,6	8,8	8,6	8,6	8,6	8,4	8,1	8,0
Francia	4,6	5,0	5,2	5,0	5,1	5,2	5,0	5,2
España	—	0,9	1,8	1,5	1,5	1,7	1,8	1,9
Suecia	1,7	1,4	1,5	1,4	1,3	1,3	1,3	1,3

Fuente: Monthly Bulletin of Statistics, May 1975, № 5.

* Se refiere a nueve países: Francia, Italia, RFA, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo, Inglaterra, Dinamarca e Irlanda.

gar en la producción industrial del mundo capitalista. La RFA ocupó el tercer lugar (de un 3,6% en 1948 a un 8,0% en 1974). La proporción correspondiente a Japón ascendió en 1974, a un 9,2% pasando este país del sexto lugar (1948) al segundo. Al mismo tiempo, Europa Occidental, en conjunto, estaba estancada, en esencia, aumentando su producción tan sólo 1,07 veces. Estos índices ocultan tras sí la dinámica explosiva de las contradicciones interimperialistas que dividen el mundo capitalista en tres centros fuertes: 1) EE.UU. con Canadá; 2) los países europeoccidentales, que, a pesar de sus propias contradicciones, se oponen a EE.UU., no obstante todos los intentos de este país de emprender una integración "atlántica", y 3) Japón que, al tratar de reunir en torno suyo a los países capitalistas de la cuenca del Pacífico, también se opone objetivamente a EE.UU.

El cuadro 9 que demuestra los cambios de las posiciones de las potencias imperialistas en la exportación capitalista mundial da cierta idea de los considerables cambios operados en su correlación de fuerzas.

Cuadro 9

Proporción correspondiente a los principales países capitalistas en la exportación mundial capitalista (en %%)

País \ Año	1938	1947	1965	1971	1972	1973	1974
EE. UU.	15,0	33,0	16,8	14,0	13,4	14,3	12,7
Inglaterra	11,8	10,0	8,0	7,2	6,6	6,2	5,0
Francia	4,3	4,1	6,1	6,5	7,1	7,2	6,0
RFA	10,1*	0,5	10,9	12,6	12,7	13,7	11,5
Italia	2,7	0,4	4,4	4,9	5,1	4,4	3,9
Japón	5,4	0,4	5,1	7,7	7,8	7,5	7,1

Fuente: Monthly Bulletin of Statistics, May 1975.

* Toda Alemania

Estos datos demuestran que EE.UU., en 1947, aumentó al 33% su proporción en la exportación capitalista mundial. Pero, en el último período, esta proporción se redujo a un 12,7%. Inglaterra también va perdiendo gradualmente sus posiciones en los mercados exteriores. Ocupando el segundo lugar antes de la segunda guerra mundial, lo cedió actualmente a la RFA, cuya parte en 1974 ascendió al 11,5% frente a un 0,5% en 1947. Japón dio en este sentido un gran salto. Su proporción en la exportación capitalista mundial, que después de la

segunda guerra mundial no pasaba de 0,4%, ascendió, en 1974, a un 7,1%. Además, en la exportación capitalista mundial iba aumentando la parte correspondiente a los países del Mercado Común, que, constituyendo en 1947 sólo un 10,7%, frente a un 33% estadounidense, llegó en 1974 a un 35,6%, mientras que la parte de EE.UU. disminuyó a un 12,7%. Conviene señalar que la exportación de estos países se ampliaba con mucha mayor rapidez que su proporción en la producción industrial mundial, lo que testimonia el rápido aumento de su capacidad de competencia en el mercado mundial.

Así pues, los cambios en la correlación de fuerzas entre los Estados imperialistas en la etapa actual acreditan que va en aumento la desigualdad de su desarrollo. Esto engendra un nudo de enconadas contradicciones económicas y políticas en la economía capitalista mundial y ahonda su crisis.

Agravación de las contradicciones interimperialistas. La desigualdad del desarrollo empuja a los países imperialistas a luchar por las esferas de influencia, por un nuevo reparto económico del mundo. Como señalara Lenin, este reparto puede basarse únicamente en la fuerza, en el capital y el grado de ramificación de los lazos financieros, asegurados por la exportación de capital. En la segunda mitad de la década del cincuenta, esta lucha condujo al surgimiento de una nueva forma de unificación económica de los países capitalistas: la integración imperialista. La tendencia hacia tal unificación se manifestó del modo más evidente en la formación, en 1957, de la Comunidad Económica Europea, o Mercado Común, compuesto de seis países europeoccidentales: Francia, RFA, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo (el 1 de enero de 1973 ingresaron en esta agrupación Inglaterra, Dinamarca e Irlanda). Más tarde se formó la Asociación Europea de Libre Comercio. Mediante la integración de las agrupaciones monopolistas de Estado internacionales, la oligarquía financiera de las potencias imperialistas trató de repartir el mundo de acuerdo con la nueva correlación de fuerzas, debilitar las consecuencias negativas del desarrollo espontáneo de la economía capitalista mundial, suavizar las contradicciones internas e interimperialistas, cohesionar las fuerzas económicas y políticas de los países capitalistas para conservar y robustecer los pilares del capitalismo y sentar una base material y técnica de las alianzas político-militares agresivas del tipo de Pacto Noratlántico (OTAN), enfilado, ante todo, contra la comunidad de los países socialistas.

Formando las asociaciones monopolistas de Estado internacionales, los monopolios europeoccidentales trataban de realizar las ventajas económicas que ofrecen la división internacional del trabajo y la especialización de la producción y valerse de estos procesos para elevar las ganancias e intensificar la explotación de la clase obrera y el campesinado. La formación de la Comunidad Económica Europea condujo a la exacerbación de la lucha de clase del proletariado y el campesinado contra los monopolios. Han sido vanas las esperanzas de los imperialistas de que el Mercado Común mejoraría las relaciones en el campo imperialista. Ni los procesos de integración ni el interés de clase de los imperialistas por aunar sus esfuerzos en la lucha contra los países del socialismo mundial han eliminado las contradicciones entre las potencias imperialistas. Testimonio de ello son la enconada lucha competitiva y las constantes guerras monetarias y comerciales entre ellos.

Es notorio que la actividad de la Comunidad Económica Europea tendía, ante todo, a eliminar las barreras arancelarias y otras entre los países miembros y, en particular, lograr una afluencia libre de capitales y de mano de obra, etc. La burguesía monopolista se proponía unir en un todo los mercados interiores de los seis Estados. Pero, en virtud de que la burguesía monopolista de cada país trataba de valerse de los vínculos económicos (entrelazamiento de los capitales nacionales) para fortalecer al máximo sus posiciones e inferir daño a sus competidores, los países de la CEE no supieron organizar el mercado común en la forma que se lo proponían. La RFA, como el país industrial más poderoso, al ingresar en la CEE, intentó ampliar la exportación de sus capitales y mercancías a los países de esta comunidad y dominar en ella. La burguesía monopolista

de Francia calculaba aumentar la exportación de su producción a los países del Mercado Común y utilizar su alianza con la RFA para fortalecer sus propias posiciones en Europa Occidental. Otros miembros del Mercado Común también aspiraban a resolver sus problemas a expensas de sus socios. Puesto que la burguesía monopolista de cada país del Mercado Común persigue sus propios objetivos, la integración engendra indefectiblemente las tendencias centrífugas e intensifica la lucha interimperialista.

Al mismo tiempo, debido a las dificultades con que tropieza la exportación de otros Estados a los países del Mercado Común, se agravan las contradicciones entre éste y el resto del mundo capitalista, ante todo, EE.UU. y Japón. En el Informe del CC del PCUS al XXIV Congreso del Partido, Leonid Brézhnev dijo: "A comienzos de los años 70 se habían perfilado ya nítidamente los centros principales de la rivalidad imperialista: Estados Unidos-Europa Occidental (principalmente los seis países del Mercado Común)-el Japón. Entre ellos se desarrolla con creciente agudeza la lucha competitiva económica y política"[6].

La lucha económica entre los tres centros principales del imperialismo va en aumento. Una seria competencia se observa entre EE.UU. y los países europeoccidentales. Los monopolios norteamericanos tratan de valerse de la superioridad técnica de su industria y de las colosales reservas de la exportación de capital para establecer su dominio en esta zona del mundo. El peligro que se ha cernido sobre los países europeoccidentales los obliga a recurrir a nuevos medios de unificación de sus fuerzas, en particular, a la ampliación de la cooperación científico-técnica y a las medidas de política estatal encaminadas a impedir la penetración de capital estadounidense en algunas ramas principales de la producción y a subvencionar aquellas que fortalecen las posiciones de los monopolios de Europa Occidental en los mercados exteriores.

---

[6] L. Brézhnev. *Acerca de la política exterior del PCUS y del Estado soviético*, pág. 333.

Otro centro de la rivalidad imperialista es el Japón. A comienzos de la década del setenta, gracias al alto ritmo de incremento del producto nacional global y del fomento económico general, Japón adelantó a Inglaterra, Francia, Italia y RFA en cuanto a estos índices, ocupando el segundo lugar en el mundo capitalista, después de EE.UU. Los factores determinantes del aceleramiento del desarrollo del imperialismo japonés en los años postbélicos eran los siguientes: renovación en masa del capital fijo en base a la introducción de las realizaciones científico-técnicas de otros países y las compras de licencias y patentes en otros países, lo cual contribuyó a la ampliación del mercado interior de los medios de producción; la norma de acumulación más alta del mundo capitalista, que coadyuvó a una rápida creación por los monopolios de las empresas industriales modernas; la alta norma de explotación del trabajo asalariado, que permite a los monopolios japoneses reducir los gastos de producción y elevar la capacidad competitiva de sus mercancías en el mercado capitalista mundial; la utilización por los monopolios de la fuerza económica del Estado a fin de acelerar la centralización y concentración del capital; la aplicación por el Estado de una política fiscal y crediticia útil para los monopolios; la influencia directa de los organismos gubernamentales sobre la aplicación de los programas de inversiones, etc., y el nivel relativamente bajo de los gastos militares. El imperialismo norteamericano, al hallar en la persona de los dirigentes reaccionarios del Japón a un aliado en la lucha contra el socialismo, eximió a este país del pago de las reparaciones y, más tarde, le alivió la carga de los gastos militares. Como resultado se hicieron cada vez más agudos los conflictos entre los monopolios norteamericanos y japoneses tanto en sus mercados interiores como en el mercado internacional. En su lucha competitiva, estos países emplean el dumping, el establecimiento de altas barreras arancelarias y otros medios.

Una enconada lucha competitiva se observa asimismo entre Japón y los países del Mercado Común. El ingreso de Inglaterra en esta asociación fortalecerá, sin duda, las po-

13—3057

siciones del centro europeoccidental en la competencia con EE.UU. y Japón, lo cual conducirá ineludiblemente al cambio de la correlación de fuerzas entre los centros principales del imperialismo.

La rivalidad interimperialista se agudiza actualmente también en la esfera monetario-financiera. Las graves contradicciones en ésta conducen a que algunos Estados imperialistas, debido a la reducción del campo de la dominación imperialista, pueden ampliar la expansión principalmente en detrimento de los intereses de sus rivales. El capital financiero de EE.UU., por ejemplo, tratando de salir de la crisis monetaria mediante la revaluación de la moneda de sus competidores (ante todo, del Japón y la RFA), aspira a disminuir de este modo la capacidad competitiva de éstos en el mercado mundial y asegurar la ampliación de la exportación norteamericana.

La crisis del sistema monetario-financiero del imperialismo se manifiesta en una brusca infracción de las relaciones monetarias y financieras tanto en toda la economía capitalista mundial como en los países capitalistas por separado. Antes de la primera guerra mundial, el sistema monetario del capitalismo era relativamente estable. En los Estados capitalistas circulaban monedas oro y dinero fiduciario cambiable libremente por oro en los bancos. El oro se movía libremente entre los países en forma de barras o monedas. La primera guerra mundial provocó una durísima inflación y el caos postbélico de los sistemas monetarios de los países capitalistas. Terminada la guerra, el capitalismo logró estabilizar en cierta medida las divisas, pero el mundo capitalista no volvió al sistema de monedas de oro. Durante la crisis económica mundial de 1929-1933 volvió a estallar la inflación. Se desmoronó el patrón oro. Los países capitalistas pasaron a la circulación incambiable de papel moneda.

La segunda guerra mundial desorganizó por completo las relaciones monetarias internacionales del mundo capitalista. Al final de la guerra surgió la necesidad de establecer una divisa fija para realizar las liquidaciones de cuentas internacionales. Para resolver este problema, en la ciu-

dad norteamericana de Bretton-Woods se celebró, en 1944, la conferencia financiera internacional de 44 Estados capitalistas con EE.UU. a la cabeza. La conferencia instituyó una organización interestatal: el Fondo Monetario Internacional (FMI). El dólar fue reconocido, además del oro, como la principal divisa de liquidación de cuentas internacionales y la principal divisa para depositar las reservas. Se fijaron el "precio" del oro: 35 dólares por onza (31 gramos), y la convertibilidad de las divisas, es decir, su libre cambio.

Sin embargo, este sistema monetario resultó inestable en extremo. Los recursos de oro comenzaron a rezagarse mucho del volumen de operaciones mundiales de pago. La insuficiencia de estos recursos se compensaba con distintos sustitutos, ante todo, con las "divisas de reserva": dólares y libras esterlinas. Pero hasta los recursos conjuntos de oro y divisas no aseguran ya las necesidades de la circulación monetaria internacional. El creciente déficit en las balanzas de pago de los países imperialistas es testimonio de la crisis del sistema monetario-financiero del imperialismo. Según cálculos de economistas burgueses, en 1974 el déficit adquirió colosales proporciones: el del Japón ascendió a 6.500 millones de dólares; el de Inglaterra, a 5 mil millones; el de Francia e Italia, por separado, a 3.500 millones, y el de la RFA, a 2.500 millones de dólares. La crisis del sistema monetario del imperialismo se ve agravada también por la circunstancia de que han resultado en estado de crisis las propias divisas de reserva —dólares y libras esterlinas—, que constituyen la base del sistema monetario-financiero capitalista actual.

La crisis del dólar estadounidense se caracteriza por la caída de la confianza en él en todo el mundo. En los primeros años posteriores a la segunda guerra mundial, los países del mundo capitalista sufrieron el llamado "hambre de dólares". No tenían la cantidad suficiente de divisas en dólares o en oro para comprar mercancías a EE.UU. y otros países. Los países capitalistas aceptaban gustosos los pagos en dólares. Desde el punto de vista económico, tal operación significaba que EE.UU. obtenía créditos de otros

países, pues los dólares papel, de por sí, no tienen valor y este método de expansión económica exterior de EE.UU. podía aparecer únicamente en base de la equiparación del dólar al oro. El dólar podía desempeñar felizmente el papel de divisa mundial de reserva tan sólo mientras era estable en el sentido de garantía con el oro.

Entretanto, EE.UU. comenzó a utilizar con creciente amplitud los dólares para exportar el capital y pagar los gastos en el extranjero, principalmente los gastos militares. La construcción y el mantenimiento de las bases militares en territorios ajenos, las aventuras bélicas en Vietnam y otros países y el apoyo a los regímenes reaccionarios exigieron de EE.UU. que hiciera cuantiosos gastos en el extranjero, a causa de lo cual su balanza de pagos ha sido desfavorable durante muchos años. El constante déficit de la balanza de pagos, condicionado principalmente por el déficit del presupuesto estatal, socavó la estabilidad del dólar en el extranjero. En el período de 1950 a 1973, el déficit de la balanza de pagos de EE.UU. constituyó, en total, unos ochenta mil millones de dólares. Una parte de este déficit fue cubierta con la disminución de la reserva de oro de EE.UU., mientras que otra pequeña parte, con el crecimiento de la deuda del país. Según cálculos de economistas burgueses, en 1974, la cantidad total de los dólares papel fuera de EE.UU. se acercó a 200 mil millones. A cuenta de las divisas nacionales, el gobierno de EE.UU. trató de conjurar el peligro de la desvalorización del dólar. Pero todas estas medidas fueron vanas; no se ha logrado superar la crisis del dólar.

Las medidas adoptadas por las potencias imperialistas no pueden resolver la crisis monetario-financiera del imperialismo, pues no eliminan su causa: el déficit de la balanza de pagos de EE.UU., Inglaterra, RFA, Japón e Italia debido a la carrera de armamentos y la expansión exterior.

La crisis monetario-financiera del imperialismo se deja sentir funestamente en la economía de todos los países capitalistas, conduciendo a una mayor desigualdad del desarrollo de la misma.

Este último fenómeno lleva a un rápido cambio de la correlación de fuerzas entre los distintos países capitalistas, provocando ineluctablemente la agudización de la rivalidad interimperialista.

Una mayor desigualdad del desarrollo del capitalismo moderno y, debido a ello, la agravación de las contradicciones entre los países imperialistas crean un ambiente preñado de gravísimos conflictos y choques. Mas en la época actual, cuando existen el sistema socialista mundial y otras vigorosas fuerzas que luchan por la paz, ha aparecido una posibilidad real de conjurar una nueva guerra mundial. Además, la exacerbación de las contradicciones interimperialistas debilita los bloques militares agresivos. Lo patentiza la salida de Francia del Bloque Noratlántico. Sin embargo, para que la posibilidad de conjurar una nueva guerra mundial se haga realidad se hace necesaria una enérgica lucha de todas las fuerzas progresistas contra cualquier manifestación de la reacción y agresión imperialistas, por una paz duradera entre los pueblos.

Aplicando el Programa de Paz, aprobado por el XXIV Congreso del PCUS, la Unión Soviética avanza con paso firme y consecuente al afianzamiento del principio de la coexistencia pacífica en las relaciones entre los Estados socialmente diferentes. Han adquirido un alcance verdaderamente histórico, ejerciendo una influencia benéfica en todo el ambiente internacional, el viraje perfilado de la confrontación nuclear de EE.UU. y la URSS hacia las medidas llamadas a conjurar la guerra nuclear y asegurar la solución pacífica de los problemas en litigio, así como los pasos sucesivos de Estados Unidos y la Unión Soviética para fortalecer la cooperación mutuamente ventajosa en muchos dominios. Las experiencias atesoradas en los últimos años en el campo del desarrollo de la multifacética colaboración práctica de la Unión Soviética con varios países capitalistas adelantados confirma la justeza y la fuerza vital de los principios leninistas de la coexistencia pacífica. Es de singular importancia el mejoramiento de las relaciones entre la URSS y EE.UU. que se observa en los últimos años y que viene acompañado de un rápido crecimiento de la

cooperación económica. Desde que en mayo de 1972 la Unión Soviética y Estados Unidos reconocieron oficialmente la coexistencia pacífica como base de sus relaciones, la circulación de mercancías entre los dos países ha aumentado cinco veces, ascendiendo en 1973 a casi 1.500 millones de dólares.

Se entiende que todavía hay que hacer mucho, que no se han superado aún todas las dificultades, pero el proceso de fortalecimiento de la seguridad y del entendimiento mutuo se desarrolla felizmente, consolidando nuevos principios en las relaciones entre los Estados y reduciendo indeclinablemente el campo de actividad de quienes querrían impedir el progreso de las tendencias positivas.

Al aplicar su política exterior, inspirada en los principios de clase, socialistas e internacionalistas, la Unión Soviética aborda la solución de los problemas internacionales persiguiendo los objetivos de la defensa de los intereses del socialismo y de la lucha antimperialista de los pueblos. Esto se manifestó patentemente en el apoyo consecuente prestado por la Unión Soviética a la lucha del pueblo vietnamita. En los días de paz en la tierra de Vietnam, el pueblo soviético le sigue prestando la máxima asistencia en el restablecimiento de la vida normal, en la construcción de un porvenir pacífico.

La política trazada en el XXIV Congreso del PCUS ha demostrado su justeza y eficacia. Las fuerzas pacíficas, encabezadas por la Unión Soviética y demás países de la comunidad socialista, son tan poderosas que pueden impedir la guerra termonuclear mundial. La tarea estriba hoy en cerrar el paso a toda la política de agresión.

"Los comunistas hemos propugnado siempre que las masas populares, sus partidos políticos y sus organizaciones participen activamente en la solución de los problemas relacionados con la guerra y la paz, sean en la política mundial una fuerza activa y no observadores pasivos —dijo Leonid Brézhnev al recibir el Premio Internacional Lenin "Por el fortalecimiento de la paz entre los pueblos"—. La voz de las masas populares puede molestar únicamente a quienes están interesados en mantener la tirantez internacional. Y, por el contrario, la autoridad de la opinión pública y sus acciones intensas sólo pueden ayudar a los gobiernos que aplican consecuentemente una política de paz"[7].

Marchando a la vanguardia de las fuerzas amantes de la paz, la Unión Soviética y demás países de la comunidad socialista cumplen con su deber internacional. El creciente poderío del socialismo mundial y la unidad de acción de todos los destacamentos del proceso revolucionario mundial son la garantía de que la estrategia de la paz vencerá a la estrategia de la guerra.

---

[7] L. Brézhnev. *Por el camino de Lenin. Discursos y artículos*, t. IV, ed. en ruso, Moscú, Politizdat, 1974, pág. 195.

Capítulo VI

INTENSIFICACION DE LA CRISIS DE LA POLITICA Y LA IDEOLOGIA BURGUESAS

La profundización de la crisis general del capitalismo se manifiesta también en el recrudecimiento jamás visto de la reacción política en todos los aspectos, en la renuncia a las libertades democráticas burguesas y en una honda crisis de la ideología burguesa.

1. RECRUDECIMIENTO DE LA REACCION POLITICA EN LOS PAISES CAPITALISTAS

El recrudecimiento de la reacción política en los países capitalistas es una de las regularidades más importantes de la crisis general del capitalismo. El capital monopolista trata de suprimir los derechos democráticos de los trabajadores, derechos conquistados en una tenaz lucha de varias generaciones de la clase obrera. La mayor reacción política durante la crisis general del capitalismo halla su expresión más elocuente en los regímenes antidemocráticos y fascistas.

El viraje de la democracia a la reacción es un rasgo característico de la política interior y exterior del imperialismo. La política interior reaccionaria determina la pauta agresiva de la política exterior. Precisamente en ello se manifiesta la ligazón indisoluble existente entre las funciones internas y externas del Estado imperialista, ligazón condicionada por las tareas que el capitalismo monopolista dicta a su superestructura política. "Tanto en la política exterior como en la interior —anotaba Lenin—, el imperialismo tiende por igual a infringir la democracia, tiende a la reacción. En este sentido resulta indiscutible que el imperialismo es la "negación" *de la democracia en general, de toda la democracia. . .*"[1]

El inicio de la crisis general del capitalismo estuvo marcado por el reforzamiento de las aspiraciones antidemocráticas de la burguesía monopolista. Esto se explica por la circunstancia de que la contradicción entre la burguesía y el proletariado se hizo muy tensa, creando una amenaza directa al dominio de la oligarquía financiera. La burguesía imperialista resultó incapaz de gobernar valiéndose de los viejos métodos de la democracia burguesa y emprendió el camino de su reducción o supresión completa, junto con el parlamentarismo. Como señalara Lenin, en el período de la primera guerra mundial se hizo patente "el comienzo de la bancarrota de la democracia burguesa y del parlamentarismo burgués. . ."[2] Esto significa precisamente el comienzo de la manifestación de la crisis general del capitalismo en el campo de la política y la ideología.

El afán de la burguesía imperialista de renunciar al parlamentarismo y a la democracia burguesa en la época de la crisis general del capitalismo es resultado de la agravación de la lucha entre las clases, del debilitamiento progresivo de las posiciones del capitalismo y del temor ante el socialismo, cuyas fuerzas crecen sin cesar. En estas condiciones, la burguesía imperialista no puede ya detener la descomposición indeclinable del sistema capitalista mundial con ayuda de los métodos de la democracia burguesa. La crisis del régimen político de la sociedad burguesa, que constituye uno de los aspectos de la crisis general del sistema capitalista mundial, halló su expresión en la renuncia

[1] V. I. Lenin. *Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista"*. *O. C.*, t. 30, pág. 93.
[2] V. I. Lenin. *O. C*, t. 38, pág. 297.

de la burguesía imperialista gobernante a la forma democrática burguesa de su dominación y en la aspiración a sustituirla con una forma terrorista.

Semejante forma fue establecida en varios países capitalistas donde la burguesía resultó incapaz de gobernar con los antiguos métodos del parlamentarismo y la democracia burguesa, y el movimiento revolucionario del proletariado no tuvo aún suficientes fuerzas para acabar con la dominación de la burguesía imperialista e instaurar la dictadura del proletariado. El engendro más monstruoso de la reacción fue el fascismo.

Este es la forma más reaccionaria de la dictadura de la burguesía monopolista que la establece para luchar contra el movimiento revolucionario del proletariado. El fascismo representa la manifiesta dictadura terrorista de los círculos más reaccionarios y agresivos de la oligarquía financiera de las potencias imperialistas. Aspira a preservar el régimen capitalista, extirpar por completo los derechos y libertades democráticos dentro del país y aplicar una política exterior chovinista. El fascismo surge en el período de lucha más encarnizada entre la clase obrera y la burguesía, cuando ésta, siendo incapaz de mantener su poder valiéndose de los viejos métodos parlamentarios, recurre a la dictadura terrorista, al aplastamiento del movimiento obrero y todo movimiento democrático en general y a una grosera demagogia social. Los elementos fundamentales de la política interior de la dictadura fascista son la liquidación de los partidos comunistas y obreros, de los sindicatos y otras organizaciones democráticas, progresistas, y la supresión de las elementales libertades democráticas burguesas.

Después de la primera guerra mundial, la burguesía monopolista, en su afán de acabar con el auge revolucionario que se extendió a un gran número de Estados europeos, pasó en varios países a los métodos más reaccionarios de gobierno, a la dictadura fascista. Este paso perseguía el objetivo de asegurar la defensa y la conservación del imperialismo por todos los medios posibles e iba acompañado de una amplia demagogia social y de la propagación de

las falsas doctrinas fascistas, llamadas a apartar a los trabajadores de la lucha contra el capital monopolista y convertirlos en instrumento dócil de la política de la oligarquía financiera. El establecimiento de la dominación fascista asestó un duro golpe a la clase obrera de estos países. Para la clase obrera y todos los trabajadores de estos países capitalistas, la dictadura fascista significó la destrucción de las organizaciones obreras, un cruel aplastamiento de toda oposición, la infracción de los derechos democráticos elementales de los trabajadores y su completa subordinación al arbitrio del capital monopolista, el exterminio de la flor y nata de la nación en las cárceles y campos de concentración y el fanatismo racial.

En distintos países, las tendencias fascistas se iban desarrollando de modo desigual, reflejando la correlación concreta de fuerzas entre la burguesía y el proletariado revolucionario. La victoria temporal del fascismo en varios países, ante todo, fue resultado de la división política y orgánica del movimiento obrero, consecuencia de la política de conciliación aplicada por elementos reformistas y de la renuncia de los líderes de la socialdemocracia a la acción unitaria con los comunistas en la lucha contra el fascismo.

Poco tiempo después de la primera guerra mundial, el movimiento fascista cobró especial envergadura en Italia y, más tarde, en Alemania, donde los agentes del capital financiero supieron escindir el movimiento obrero revolucionario. En Italia, Alemania y otros países, el fascismo subió al poder, ante todo, debido a las particularidades concretas del desarrollo histórico de ellos. Pero, en definitiva, el fascismo fue el engendro de toda la reacción internacional. El imperialismo mundial, comprendidos los cabecillas financieros de EE.UU., prestaron pleno apoyo a Mussolini, Hitler y sus secuaces.

Desde el comienzo mismo de su existencia, las organizaciones fascistas italianas constituyeron el destacamento de asalto de la gran burguesía del país. Para engañar a las masas y atraerlas a su lado, los fascistas formularon y publicaron un "programa" demagógico exigiendo vastas transformaciones democráticas. Además de los destaca-

mentos fascistas, un serio sostén e instrumento de la burguesía en la lucha contra el movimiento revolucionario de los trabajadores era el Vaticano. Por su iniciativa y bajo su dirección inmediata fue fundado el "partido popular" católico de tipo fascista, que, también recurriendo a un "programa" demagógico, contribuyó a una mayor dispersión en las masas trabajadoras. Todo ello, en conjunto, determinó el hecho de que la situación revolucionaria surgida en el país después de la primera guerra mundial no se transformase en una victoriosa revolución proletaria. Valiéndose de la falta de un frente único de los trabajadores, en 1922, los fascistas, armados por los grandes monopolistas, usurparon el poder en Italia.

El gobierno fascista de Mussolini deshizo las organizaciones obreras y empezó una lucha directa por suprimir los elementales derechos democráticos de los trabajadores, procurando que el pueblo se subordinase en todos los sentidos al arbitrio de los monopolios. En el país comenzaron los preparativos desenfrenados para la nueva guerra.

Las organizaciones fascistas en Alemania fueron creadas a principios de la década del veinte. En 1920 fue fundado el "partido nacional-socialista obrero de Alemania". El surgimiento de este partido fascista fue el resultado directo de la traición de los líderes reaccionarios de la socialdemocracia. La burguesía monopolista alemana coadyuvó por todos los medios al fortalecimiento de este partido y prestó una inmensa ayuda financiera a su propaganda falaz. En el momento del estallido de la crisis económica mundial de 1929-1933 y debido a la postura traidora de los líderes reaccionarios de la socialdemocracia, las masas populares, y en primer lugar las capas medias de la población de Alemania, se encontraban ya en medida considerable bajo la influencia de la demagogia fascista, lo cual creó las premisas necesarias para el asalto del poder por el partido fascista.

Dicha crisis económica empeoró más aún la situación de los trabajadores de Alemania, provocando lógicamente la agravación de las contradicciones entre las clases. La lucha de las masas trabajadoras de la ciudad y el campo

por sus derechos amenazaba la existencia del capitalismo alemán. Para preservar su poder, a la burguesía monopolista no le quedaba más que utilizar el último y único medio: anular las libertades democráticas burguesas e instaurar la dictadura terrorista del capital financiero, que fuese capaz de aplastar el movimiento revolucionario de la clase obrera y ganarse el apoyo de la pequeña burguesía revanchista.

En 1933, el partido fascista de Hitler, apoyado por el capital monopolista extranjero y los magnates financieros de Alemania, usurpó el poder en el país, estableciendo el régimen de la sangrienta dictadura terrorista. La llegada del fascismo al poder en Alemania hay que conceptuarla no sólo de indicio de debilidad de la clase obrera y resultado de la traición de la socialdemocracia, que había desbrozado el camino al fascismo, sino también de signo de debilidad de la burguesía, que no pudo ya gobernar valiéndose de los viejos métodos del parlamentarismo y la democracia burgueses.

El fascismo fue derrotado en la segunda guerra mundial, mas la lucha contra él está lejos de acabarse. La oligarquía financiera de varias potencias imperialistas recurre a la instauración de regímenes fascistas, organiza elementos desclasados y representantes de las capas más atrasadas de la pequeña burguesía, pandillas de asesinos, y se vale de sus servicios. No obstante, a pesar de haber sufrido una derrota el desenfrenado fascismo alemán e italiano, el régimen fascista sigue manteniéndose aún en varios países y renace bajo nuevas formas en otros. Los elementos más reaccionarios de los países imperialistas aspiran, como antes, a suprimir las instituciones democráticas. En varios países capitalistas reanudaron su actuación abierta las organizaciones neofascistas. Se desplegó una amplia ofensiva del capital monopolista contra los derechos y libertades democráticos de los trabajadores. El peligro que se cierne sobre las conquistas democráticas de los pueblos aumenta, ante todo, debido a que, en el período postbélico, los gobiernos de los Estados imperialistas vienen promulgando más y más leyes antiobreras y a que surgen las

organizaciones neofascistas, apoyadas por los círculos más reaccionarios de la oligarquía financiera.

En la segunda y la tercera etapas de la crisis general del capitalismo, el principal lugar en las filas de la reacción imperialista corresponde a las fuerzas neofascistas, extremistas, que se agrupan en diversos partidos y organizaciones del tipo del partido nacional-democrático en la RFA, "Movimiento social" en Italia, "Sociedad John Birch" en EE.UU., Organización sionista mundial, el partido nacionalista en la República Sudafricana y otros.

En Alemania Occidental, según cálculos de observadores extranjeros, actúan más de cien organizaciones neonazis y de derecha. Todas ellas están vinculadas estrechamente con el partido neofascista nacional-demócrata (PND), fundado en 1964. Su dirección se encuentra prácticamente por entero en manos de los antiguos nazis. El testaferro de las fuerzas revanchistas y neonazis de la RFA, von Thadden, se declaró führer-presidente del PND. Por sus fines programáticos, principios orgánicos y actuación práctica, el PND es un partido neonazi, que exhorta a todas las organizaciones de extrema derecha a desatar un terror físico contra las fuerzas democráticas que se pronuncian por el acercamiento con la RDA y la política de distensión internacional, contra el anticomunismo y el antisovietismo. En torno al PND se agrupan todos los neofascistas y extremistas de la RFA que actúan legal e ilegalmente.

En Italia funcionan varias organizaciones y grupos neofascistas, extremistas. Uno de ellos es el denominado partido "Movimiento social italiano" (MSI), que aplica de hecho la pauta tendiente a torpedear las posiciones cada vez más fuertes del Partido Comunista Italiano que ocupa el puesto de vanguardia en la lucha contra la amenaza neofascista y por los intereses de los trabajadores. Entre las organizaciones profascistas ocupa especial lugar el llamado "Frente nacional", encabezado por Borghese, ex comandante de la 10ª flotilla fascista de lanchas torpederas. Las organizaciones profascistas italianas constituyen ya cierta amenaza a las fuerzas democráticas del país y a la Constitución republicana. Es por eso, precisamente, que, para reforzar la

lucha contra los herederos de Mussolini, el Partido Comunista Italiano, otros partidos de izquierda y organizaciones democráticas instituyeron el Comité Nacional Antifascista Unido. Todas las fuerzas progresistas de Italia se cohesionan para dar una réplica a las maniobras de las organizaciones profascistas.

En EE.UU., las organizaciones "ultraderechistas" (es decir, fascistas) más importantes son la "Sociedad John Birch", la "Cruzada anticomunista de los cristianos", la "Liga de defensa de los judíos", la "Legión americana", la "Asociación americana del fusil" y otras. Los miembros de la "Sociedad John Birch", en unión de otros elementos fascistizantes, especulan sin escrúpulos con la aspiración de la gente sencilla de EE.UU. a la democracia. Con este fin se propaga, precisamente, la calumnia de que el Partido Comunista de EE.UU. es "agente extranjero" y de que el comunismo es antidemocrático en su base misma. Los dirigentes del Partido Comunista de EE.UU. señalan que el inmenso peligro que suponen los "ultraderechistas" consiste en que los imperialistas los utilizan para presionar sobre el gobierno. Los grupos fascistas tipo birchista son particularmente peligrosos porque llevan a cabo su labor subversiva tanto abierta como secretamente, recibiendo de los monopolios copiosos medios.

Los acontecimientos de la década del setenta atestiguan que el fascismo intensifica su actividad en el momento de la agudización de la crisis del imperialismo, cuando acrece especialmente el afán de la reacción de emplear las más crueles represiones contra las fuerzas democráticas y revolucionarias. En septiembre de 1973, la junta fascista militar usurpó el poder en Chile, tras haber derrocado el gobierno legítimo de la Unidad Popular, precisamente en el período en que el pueblo trabajador del país, dirigido por los partidos de la Unidad Popular, comenzaba a alcanzar ciertos éxitos en la construcción de una vida nueva y libre. El cruel terror de las bandas de Pinochet contra los patriotas chilenos es una nueva advertencia a los pueblos de que el neofascismo es su enemigo más rabioso y peligroso. Los acontecimientos chilenos de 1974 demuestran que, en

cuanto la aspiración de los pueblos a la libertad comienza a amenazar los intereses de clase de la burguesía, esta última se quita la careta de la democracia burguesa, recurriendo a todos los medios, comprendida la ayuda del capital internacional, para salvar su dominio y liquidar las conquistas de los trabajadores.

Los acontecimientos ocurridos en los ultimos años en el mundo capitalista ofrecen no pocas pruebas de que la táctica ampliamente extendida del neofascismo consiste en crear un ambiente de tensión, alarma y miedo, que aumenta artificialmente mediante la realización de actos terroristas, desencadenar el caos económico, etc. Uno de los fines de semejante táctica se reduce a que los militares ultraderechistas, valiéndose de esta situación tensa y so pretexto de "restablecer el orden", puedan tomar el poder en sus manos. Ilustración palmaria de esta táctica son, por ejemplo, los hechos observados en la década del setenta en la vida política de Italia, donde se ha intensificado evidentemente la actividad de las fuerzas terroristas de extrema derecha que perpetran nuevos y nuevos actos criminales contra las organizaciones progresistas del país. Las organizaciones de extrema derecha de la RFA también tratan de aumentar la tensión en el país. La actuación de los neonazis está orientada a hacer resurgir el hitlerismo y es presidida por el anticomunismo. En EE.UU., los grupos fascistas ultraderechistas tampoco interrumpen su peligrosa actividad. Las fuerzas de derecha, incluso si sufren una evidente derrota, siguen esforzándose por conservar sus organizaciones políticas para contraponerse a las fuerzas democráticas.

Las organizaciones neofascistas extremistas, resurgidas o creadas en algunos países imperialistas, pueden pasar a ser una grave amenaza para la paz y la distensión, si la opinión democrática no lucha decididamente por poner coto a su actividad.

El resurgimiento de las organizaciones fascistas, como instrumento político de los elementos más reaccionarios del capital financiero, se manifiesta, después de la segunda guerra mundial, en dos variantes fundamentales: unas de estas organizaciones predican descaradamente las ideas

canibalescas de Hitler y Mussolini, mientras que otras lo hacen en forma solapada, infiltrándose en los partidos y organizaciones burgueses, comprendidos los que están en el poder, y tratando de utilizarlos en pro de sus intereses.

En el período postbélico, y sobre todo en la tercera etapa de la crisis general del capitalismo, la ofensiva de la reacción contra la democracia desemboca en una franca revisión de las normas constitucionales y sistemas electorales. Estas tendencias se han manifestado en igual medida en todos los Estados burgueses. En unos países han sido introducidas en las constituciones numerosas enmiendas dictadas por el afán de reforzar el poder de los gobiernos imperialistas y debilitar el control sobre su actividad por parte de los órganos legislativos. En otros países, a fin de restringir los derechos de los trabajadores, se someten a revisión las leyes electorales y se menoscaba el principio de la representación proporcional, lo cual conduce a la redistribución de los votos en favor de los partidos burgueses de extrema derecha, privándose a la clase obrera de representación en los parlamentos.

Entre las distintas formas de ofensiva de la reacción contra la democracia ocupan un lugar especial los ataques emprendidos bajo la bandera de la "lucha contra el comunismo". Esto se observó en la Italia fascista y la Alemania hitleriana. Este mismo procedimiento es el que utilizan en la actualidad los círculos imperialistas reaccionarios de varios países de Europa Occidental y de EE.UU. Sin embargo, a despecho de todas las medidas y cálculos de la reacción, sus intentos de restringir o suprimir la democracia han dado vida a poderosas fuerzas opuestas. Puesto que la restricción de la democracia afecta los intereses de las clases y capas más distintas de la población, surge la posibilidad objetiva para que en los países capitalistas se forme un amplio frente de lucha por la democracia.

A pesar de que la fachada de toda república burguesa oculta el mecanismo de la dominación de clase del capital financiero y de que la burguesía intenta poner a su servicio todas las instituciones democráticas, como señalara Lenin, "la democracia tiene una enorme importan-

cia en la lucha de la clase obrera por su liberación, contra los capitalistas"[3]. La clase obrera, al unir a las fuerzas democráticas y amantes de la paz, puede obligar a los círculos gobernantes a que cesen los preparativos para la nueva guerra mundial, renuncien a desencadenar las guerras locales y utilicen la economía con fines pacíficos, puede conjurar la ofensiva de la reacción fascista y lograr la aplicación de los programas nacionales de paz, independencia nacional, derechos democráticos y mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores.

El movimiento obrero, dirigido por los partidos comunistas, fieles a los principios del marxismo-leninismo, pugna por utilizar los derechos y libertades democráticos para luchar contra la ofensiva de la reacción imperialista y para incorporar a esta lucha a los aliados naturales de la clase obrera: los campesinos y otras capas trabajadoras de la población. La organización de la clase obrera es la base real para emplear los derechos democráticos en beneficio de los trabajadores. Existiendo aunque sea la democracia burguesa, la clase obrera puede lograr la elección al parlamento de cierto número de sus representantes que denuncien desde esta tribuna la política reaccionaria de la burguesía imperialista y, en varias ocasiones, obstaculicen la aprobación por el parlamento de leyes reaccionarias.

Sin embargo, el alcance de la democracia para la clase obrera no se determina únicamente por que la utiliza en su lucha contra el yugo del imperialismo, sino también por que la demanda de una democracia auténtica corresponde a los objetivos finales del movimiento obrero, a su misión histórica consistente en liquidar la dominación de clase en general. "Constituiría un profundísimo error —señalaba Lenin— pensar que la lucha por la democracia puede apartar al proletariado de la revolución socialista, o atenuar ésta, velarla, etc. Al contrario, de la misma manera que es imposible un socialismo triunfante que no implante la democracia completa, es imposible también que se prepare para la victoria sobre la burguesía un proletariado que no sos-

[3] V. I. Lenin. *El Estado y la revolución. O. C.*, t. 33, pág. 99.

tenga una lucha múltiple, consecuente y revolucionaria por la democracia"[4]. Precisamente esta indicación de Lenin subraya que la lucha por la democracia prepara a la clase obrera para la revolución socialista.

La lucha por la democracia, por su ampliación y por el cumplimiento efectivo de los derechos formalmente proclamados no puede contradecir la lucha por el socialismo. Las transformaciones políticas verdaderamente democráticas abonan el terreno para las revoluciones socialistas. Como se dice en el Documento Fundamental de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969, "los partidos comunistas y obreros, a diferencia de los oportunistas de derecha y de "izquierda", no contraponen la lucha por profundas reivindicaciones económicas y sociales y por una democracia avanzada a la lucha por el socialismo, sino que la consideran parte integrante de ésta. Las transformaciones democráticas radicales que se conquisten en el combate contra los monopolios, contra su dominación económica y su poder político, contribuirán a enraizar en las masas la convicción de la necesidad del socialismo"[5].

2. PROFUNDIZACION DE LA CRISIS DE LA IDEOLOGIA BURGUESA

La crisis general del capitalismo es el proceso de descomposición del capitalismo y del nacimiento de la sociedad socialista, que se extiende no sólo a la economía y la política, sino también al dominio de la ideología. La ideología burguesa, comprendida la Economía política, también atraviesa una honda crisis que constituye una de las regularidades de la crisis general del capitalismo. "Las teorías y escuelas burguesas no han resistido la prueba de la

[4] V. I. Lenin. *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación (tesis). O. C.*, t. 27, pág. 253.

[5] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros*, pág. 306.

14*

historia. No han podido ni pueden dar una respuesta científica a los problemas que plantea la vida. La burguesía no está ya en condiciones de formular ideas capaces de arrastrar a las masas populares. En los países capitalistas son cada día más las personas que rompen con las concepciones burguesas. *La ideología burguesa está pasando por una profunda crisis*"[6].

El surgimiento y el rápido desarrollo del sistema socialista de economía mundial, por una parte, y el descrédito del capitalismo, por la otra, obligan a los economistas y políticos burgueses a buscar nuevas vías para fortalecer las quebrantadas posiciones del capital monopolista. Tratando de distraer la atención de las masas trabajadoras de las llagas del capitalismo e inculcarles la idea de que el capitalismo moderno, lejos de serles hostil, por el contrario, responde a sus intereses, los economistas y políticos burgueses de varios países capitalistas, ante todo los de EE.UU., se empeñan últimamente en propagar la versión de que en el siglo XX se operó la "transformación" del capitalismo, dejando de existir el "viejo capitalismo", sustituido por un "capitalismo nuevo", el denominado "capitalismo popular", que no tiene ya un carácter expoliador y explotador, sino que está llamado a servir a los intereses de los "consumidores", a los intereses de las masas trabajadoras. Por ejemplo, en su obra *El capitalismo americano moderno,* J. Monsen, catedrático de la Universidad de Brigham (EE.UU.), afirma que el capitalismo propiamente ya no existe, si se supone incluso que hace cien años existió en Inglaterra o América.

Las teorías de la "transformación del capitalismo", de las que hacen propaganda los economistas burgueses, están destinadas a ocultar el acrecentamiento de sus contradicciones antagónicas, el ahondamiento de su crisis general y la prepotencia y yugo cada vez mayores de los monopolios. "La burguesía monopolista — señala el Documento Fundamental de la Conferencia de los Partidos Comunistas

[6] *Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética,* pág. 51.

y Obreros de 1969— trata de sembrar por doquier la ilusión de que todas las aspiraciones de los trabajadores pueden realizarse sin la transformación revolucionaria del régimen existente. Para encubrir su esencia agresiva y explotadora, el capitalismo recurre a distintas concepciones apologéticas ("capitalismo popular", "Estado del bienestar general", "sociedad de la abundancia", etc.)"[7].

Los defensores del capitalismo moderno afirman, ante todo, que en los últimos decenios la economía capitalista ha experimentado una transformación cardinal, sobreviviendo una "revolución" en tres sentidos: primero, en la sociedad capitalista actual la propiedad de los medios de producción ha dejado de ser monopolio de la clase de los capitalistas; segundo, la administración de las empresas capitalistas ha pasado a la intelectualidad técnica, y, tercero, se ha operado una "revolución en los ingresos", o sea, una redistribución cardinal de los ingresos de todos los grupos de la población, desapareciendo los desposeídos y los ricachones y convirtiéndose la sociedad en una "clase media" única y monolítica. En virtud de estos cambios, aseveran los predicadores del "capitalismo popular", han desaparecido la explotación capitalista y las diferencias de clase entre los capitalistas y los obreros, estableciéndose una armonía completa y transformándose la economía capitalista, de producción en aras de la ganancia, en producción destinada a satisfacer las necesidades de las amplias masas.

La teoría de la "democratización del capital" intenta probar la tesis de que la propiedad de los medios de producción ha pasado a ser popular. Los economistas burgueses afirman que la forma anónima de las empresas y la amplia distribución de las acciones entre la población significa la democratización del capital, convirtiéndose todas las personas en sus copropietarios que obtienen ganancia. Por ejemplo, en su trabajo *Poder sin propiedad* (Nueva York, 1962), A. Berle, catedrático de la Universidad de

[7] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros,* pág. 300.

Columbia, asegura que los obreros y empleados son propietarios efectivos de las empresas capitalistas; la propiedad privada ha desaparecido, y el propio concepto de propiedad ha sufrido cambios cardinales. A su juicio, de la propiedad no ha quedado más que el título.

Actualmente, las compañías anónimas son la forma principal de las empresas en los países capitalistas. Pero esto no significa que se haya operado una "revolución en la propiedad". De hecho cambia tan sólo la forma de propiedad capitalista privada. La propiedad individual de los capitalistas se convierte en propiedad capitalista colectiva. La circunstancia de que en el último decenio, en los países capitalistas adelantados haya crecido sustancialmente el número de pequeños accionistas, no constituye en modo alguno un testimonio de la "democratización del capital" o "revolución en la propiedad". En EE.UU., por ejemplo, el número de accionistas en 1970 pasó de 30 millones de personas, pero el 72% del valor de las acciones de los consorcios industriales está concentrado en manos de las familias más ricas que constituyen menos del 5% de la población del país.

Estos hechos desmienten los infundios de los apologistas del capitalismo moderno de que con ayuda de las sociedades anónimas se realiza la "democratización del capital", convirtiéndose el régimen social capitalista en "capitalismo popular". Los grandes capitalistas disponen de una parte leonina de las acciones e ingresos correspondientes. El hecho de que una pequeña parte de las acciones se distribuya entre las capas privilegiadas de los obreros y otros trabajadores también es útil a la gran burguesía pues le permite emplear incluso los pequeños ahorros laborales como fuente adicional para aumentar sus capitales y ganancias.

La ampliación de la venta de acciones a los trabajadores propicia dar apariencia de que sus intereses "son comunes" con los de los capitalistas y, en algunas ocasiones, introducir la división en las filas del movimiento obrero. Durante las huelgas, a los obreros accionistas se les intenta emplear como esquiroles. Los monopolistas sobornan con acciones a la aristocracia obrera y los burócratas sindicales, tratando de ampliar así la base del oportunismo en el movimiento obrero.

La distribución de pequeñas acciones, lejos de significar la "democratización del capital", constituye una forma solapada de intensificación del yugo de un puñado de magnates financieros. Las más de las veces, los obreros y empleados tienen que comprar acciones a precio que supera su cotización nominal. Se trata de que los programas de distribución de pequeñas acciones se realizan, por lo común, en las fases de ascenso, cuando los ingresos sobre las acciones se elevan un tanto, y la especulación bursátil conduce a una elevación vertical de su cotización. La "democratización" de la propiedad es de hecho un modo especial de desvalijar a los trabajadores.

La distribución de acciones entre los trabajadores está calculada no sólo para atraer sus medios, sino también para velar la dominación de los monopolios en los países capitalistas. Sembrando, por ejemplo, entre los obreros las ilusiones de que la compra de acciones les convierte en copropietarios de las empresas capitalistas, los monopolistas tratan asimismo de reducir la fluctuación de la mano de obra, aumentar la productividad del trabajo, asegurar un procedimiento barato (y sin intermediarios) de venta de acciones y, por último, socavar la influencia de los sindicatos y desarmar ideológicamente a la clase obrera. Así pues, la leyenda sobre la "democratización del capital" sirve de encubrimiento ideológico de la prepotencia de los magnates del capital financiero y de su enriquecimiento mediante el despojo de las amplias capas de trabajadores.

La tesis de los economistas burgueses sobre la llamada "revolución de los gerentes" es un postulado importante de la teoría de la "transformación del capitalismo". El infundio de los apologistas del capitalismo moderno sobre esta "revolución" consiste en que, según ellos, las empresas anónimas han perdido ya su carácter capitalista, pues su administración ha pasado, supuestamente, de los capitalistas a los especialistas técnicos que se presentan como "apo-

derados del pueblo". Así, el economista norteamericano A. Berle afirma que las funciones cumplidas anteriormente por los propietarios mismos las desempeñan hoy día las personas que tienen el poder, o sea, los gerentes de los consorcios que determinan su política y emiten órdenes; que la transformación de la propiedad en riqueza pasiva ha conducido a que los ricos se hayan visto despojados del poder y la propiedad haya dejado de ser atributo necesario de éste. A juicio de Berle, el gerente es un trabajador asalariado. Así pues, Berle "liquida" la dominación de la oligarquía financiera en la "república económica americana". Puesto que los gerentes no son ya propietarios, les falta, según él, el estímulo principal del empresario capitalista: la ganancia. El gerente no se guía ya, supuestamente, por sus propios intereses egoístas, sino por la tarea de servir a la sociedad.

Estas y semejantes afirmaciones de que en los países capitalistas se está operando la "revolución de los gerentes" desfiguran a todas luces la realidad capitalista. Por ejemplo, los economistas burgueses tratan de suplantar el problema de las formas de propiedad por el del sistema de dirección. Pero, en efecto, la naturaleza del régimen social no se determina por el sistema de dirección, sino por las formas de propiedad de los medios de producción. A pesar de que los tecnócratas encabezan las sociedades anónimas, sus propietarios son los que poseen los paquetes de control de las acciones y, gracias a ello, disponen de hecho de capitales y se apropian de una inmensa parte de las ganancias. Esto quiere decir que las sociedades anónimas conservan su naturaleza capitalista. Los tecnócratas no administran estas empresas para el bien de las masas trabajadoras, sino en provecho de los grandes accionistas que capitanean en las compañías anónimas.

Los economistas burgueses enredan premeditadamente el problema de la procedencia de clase de los gerentes. No existe una clase especial de gerentes. Si se trata de los subalternos del aparato administrativo, es decir, los hombres que participan directamente en el proceso de producción material, ellos se aproximan cada vez más, por su situación social, a la clase obrera. Carecen de funciones de tomar decisiones sobre la orientación de la actividad de la empresa, participar en la distribución de las ganancias, etc. Los administradores superiores pertenecen a la gran burguesía y la burguesía monopolista. Pueden administrar los asuntos de los consorcios los miembros de la familia poseedora del paquete de control de las acciones o apoderados de ésta: directores que perciben por sus servicios colosales sueldos y grandes paquetes de acciones. Esto significa que, a despecho de las falsas aseveraciones de los adeptos a la teoría de la "revolución de los gerentes", la gran burguesía monopolista sigue concentrando en sus manos la plenitud del poder tanto en los monopolios industriales modernos, como en la vida social y económica de los países capitalistas. Esta teoría presenta en forma desfigurada a ciencia cierta el proceso de concentración del capital en las condiciones del capitalismo monopolista contemporáneo y debe velar la dominación ilimitada de la oligarquía financiera en los grandes consorcios monopolistas.

Las tesis de que en los países capitalistas, ante todo en EE.UU., se opera la "revolución en los ingresos", ocupa un lugar notorio en la teoría del "capitalismo popular". A principios de la década del cincuenta, el economista norteamericano S. Kuznets trató de fundamentar por vez primera esta tesis. En base a una serie de cálculos arbitrarios hizo la conclusión infundada de que la proporción del grupo de la población de EE.UU. que obtiene los mayores ingresos (un 5% de la población) se redujo, en el total de los ingresos personales, de un 34,1% en 1928 a un 17,7% en 1946. Los monopolistas de EE.UU. utilizaron estos cálculos para hacer propaganda del mito de la "revolución en los ingresos". A. Burns, el ex consejero económico del Presidente D. Eisenhower, remitiéndose a los cálculos de S. Kuznets, declaró que en el curso de veinte años (desde mediados de la década del cincuenta hasta mediados de la del setenta) se había operado un viraje en la distribución de la renta nacional de EE.UU., viraje que, no obstante haber sido realizado gradual y pacíficamente, marca la revolución social más grande de la historia.

Sin embargo, como ha demostrado el economista progresista norteamericano V. Perlo, si se corrigen únicamente las aminoraciones evidentes, admitidas por Kuznets, de los grandes ingresos, resulta que en el período de 1929 a 1940, el total de los salarios y sueldos de los trabajadores constituyó 318.400 millones de dólares, mientras que las ganancias de los capitalistas, 347.800 millones de dólares, o sea, superaron los ingresos de los trabajadores en un 9,2%. En el período de 1941 a 1952, esta diferencia aumentó, siendo los índices 944.800 millones y 1.129.800 millones de dólares, es decir, los ingresos de la clase de los capitalistas superaron los de los trabajadores en un 19,6%. Los datos del instituto norteamericano Brookings también atestiguan una desigualdad cada vez mayor de la situación material de los distintos grupos sociales de la población de EE.UU. Sus investigaciones demuestran que, en 1963, a los norteamericanos que se encuentran en los peldaños inferiores de la escala social (un 20% de la población) correspondió un 4,6% de la renta nacional, mientras que en 1972, tan sólo un 3,2%. En este mismo período la proporción correspondiente a las personas que ocupan los peldaños superiores (un 20% de la población) ascendió de un 45,5 a un 46%. Con la particularidad de que los norteamericanos más ricos (un 5% de la población) se apropian de un 19,1% de la renta nacional de EE.UU.[8]. Así pues, no se ha operado la pretendida "revolución en los ingresos".

La realidad norteamericana confirma plenamente la doctrina marxista-leninista de la naturaleza explotadora del capitalismo y de que es inevitable la desigualdad entre las clases. Por mucho que se esfuercen en disimular el abismo entre los dos polos opuestos de la sociedad burguesa los defensores del capitalismo y sus secuaces reformistas y revisionistas, este abismo va ahondándose. La contradicción entre el trabajo y el capital es irreconciliable, y el desarrollo del capitalismo la agrava cada vez más. Los reformistas burgueses y los socialistas de derecha, cerrando los

[8] Véase *Situación económica de los países capitalistas y en vías de desarrollo,* ed. en ruso, Moscú, 1972, pág. 78.

ojos a los hechos desagradables para ellos de la realidad capitalista, aseveran que no se opera la polarización de las clases, que la lucha entre ellas se extingue, progresando la armonía de sus intereses.

Todos los intentos de disimular las agudísimas contradicciones existentes entre las clases en la sociedad capitalista no alcanzan su propósito. La realidad capitalista contemporánea refuta del mejor modo las fábulas burguesas y revisionistas sobre la "atenuación" de las contradicciones y la "extinción" de la lucha entre las clases.

La intensificación de la explotación de los trabajadores provoca la exacerbación de la lucha entre las clases, de las batallas sociales bajo el capitalismo. En la década del setenta, la creciente fuerza de los golpes de las grandes masas trabajadoras, dirigidas por la clase obrera y su vanguardia revolucionaria, la sintió el capitalismo en los centros principales de su dominación, en que había ido muy lejos el proceso de deslindamiento de las clases y de polarización social y había adquirido la mayor agudeza la contradicción entre el carácter social de la producción y la forma capitalista privada de apropiación. No en vano las huelgas más poderosas de carácter nacional estallaron, en la primera mitad de la década del setenta, en los países capitalistas industrializados, con nivel y ritmo mayores de progreso científico-técnico: EE.UU., Inglaterra, Italia, Francia, RFA y Japón. A estos seis países corresponde, aproximadamente, el 70% de los huelguistas de la zona del capitalismo industrialmente desarrollado (véase el cuadro 10).

En 1974, la lucha huelguística en EE.UU. cobró una envergadura mucho mayor. Y eso a pesar de que los líderes reaccionarios de la AFL-CIO, la asociación sindical más grande del país, jamás han sido partidarios de las huelgas. A comienzos de la década del setenta, los dirigentes de esta asociación, valiéndose de los acuerdos secretos con los empresarios, lograban mantener el movimiento obrero en el cauce del socialreformismo. Pero ya hacia mediados de la misma década, estos intentos fracasaban cada vez más, creciendo sustancialmente la combatividad de la clase obre-

Cuadro 10

Indices comparados del movimiento huelguístico en los principales países capitalistas

País	Número de huelgas		Número de huelguistas (miles de personas)		Número de hombres/día huelguísticos (miles).	
	1966-1969	1970-1973	1966-1969	1970-1973	1966-1969	1970-1973
EE. UU.	19.625	21.300	9.900	10.400	158.287	158.100
Inglaterra	9.547	11.564	5.173	6.216	16.721	55.880
RFA	—	—	371	967	690	5.327
Francia	6.958	12.684	17.505	9.077	159.260	13.443
Italia	12.211	14.944	16.500	29.281	70.106	74.643
Japón	5.795	11.432	4.440	7.497	11.047	19.805

Fuente: Year Book of Labour Statistics, 1973, ILO, 1974.

ra norteamericana. Según datos de la prensa estadounidense, en los primeros seis meses de 1974 se declararon en huelga 2.372 mil obreros (en todo el año de 1973, el número de huelguistas fue igual a 2.200 mil). De enero a agosto de 1974, en Inglaterra se perdieron a causa de las huelgas 9.800 mil jornadas laborales. Las fuentes oficiales informan que tan sólo en agosto de 1974, en este país se organizaron 243 huelgas en las que participaron 82.800 obreros. Los trabajadores italianos estuvieron en huelga casi 63 millones de horas de trabajo. En todas partes, la reivindicación más importante de los huelguistas era la elevación de los salarios debido a un crecimiento vertiginoso de los precios de las mercancías de primera necesidad. Otra causa de la lucha huelguística en el mundo capitalista es la disminución de la ocupación.

El movimiento huelguístico, además de crecer cuantitativamente, cambia en el sentido cualitativo. Las dificultades económicas han vuelto a promover a primer plano los problemas de la ocupación, de la lucha contra la elevación de los precios. Conviene señalar, al mismo tiempo, que la clase obrera de los países capitalistas, sin limitarse a dar

una réplica a la ofensiva de los monopolios contra su nivel de vida, plantea cada vez con mayor decisión las cuestiones de la aplicación de las reformas democráticas, la redistribución de los ingresos en favor de los trabajadores y la participación de los sindicatos en la organización del trabajo y la producción en las empresas y en la solución de los principales problemas socioeconómicos a nivel nacional. Es sintomático que estas demandas sean apoyadas no sólo por los obreros, sino también por otros sectores de los trabajadores. Un rasgo característico de la lucha huelguística actual consiste en que es ininterrumpida y siempre tensa. En el pasado, los períodos de descensos económicos iban acompañados, como regla, por una disminución más o menos notable del número de huelgas. El movimiento huelguístico de los años setenta introduce correcciones sustanciales en este proceso: los trabajadores y sus sindicatos superan cada vez con mayor éxito el influjo entorpecedor del empeoramiento de la situación en el mercado del trabajo. Por ejemplo, en 1973, el número de desempleados en los países capitalistas industrializados superó en más de tres millones de personas el índice de 1970, sin haber disminuido el número de huelguistas.

En el movimiento huelguístico se deja sentir con creciente evidencia su orientación anticapitalista. Los trabajadores comprenden cada vez más la necesidad de una lucha no sólo económica, sino también política, contra los monopolios. Las masas trabajadoras insisten más y más frecuentemente en la necesidad de profundos cambios sociales. Y por mucho que se empeñe el capital monopolista en prescindir de tales demandas, se ve obligado a tomar en consideración la posibilidad real de las crisis políticas. En ello, precisamente, se manifiesta hoy en día el proceso de politización de las acciones económicas de los trabajadores, encabezados por la clase obrera, que se transforman en lucha contra las bases mismas del régimen social capitalista.

No son la extinción de las contradicciones entre las clases ni la "comunidad" económica de los capitalistas y los obreros en un "capitalismo democrático", "popular"

y "humano", sino los nuevos combates del proletariado, el empleo de todas las formas de lucha y su triunfo inminente lo que constituye el camino del proletariado de los países capitalistas. La afirmación de los defensores del capitalismo moderno sobre un capitalismo sin clases es una mentira total. El capitalismo no puede cambiar su naturaleza explotadora.

La lucha de clase de los trabajadores por sus intereses inmediatos adquiere cada vez más un carácter político, concentrándose en los problemas de la política nacional y enfilándose contra todo el sistema del capitalismo monopolista de Estado. El proletariado es el principal motor de la lucha antimonopolista y democrática general. Reúne en su torno a una parte considerable de campesinos, pequeños burgueses de la ciudad e intelectuales, interesados objetivamente en liquidar la dominación de los monopolios. Los acontecimientos políticos, económicos e ideológicos que se operan actualmente en el mundo capitalista, confirman en plena medida la significación de la clase obrera como el adversario principal y más organizado del poder de los monopolios y como centro de atracción de todas las fuerzas antimonopolistas.

La propaganda del mito del "capitalismo popular" es una campaña escrupulosamente organizada, que tiene como finalidad fundamental consolidar las posiciones de las fuerzas reaccionarias por medio del engaño de los trabajadores con razonamientos seudocientíficos y propagación de las esperanzas ilusorias en un destino mejor bajo el dominio de los monopolios. Los divulgadores de este mito tienen puestas sus miradas en la inexperiencia política de una parte de los trabajadores y en el soborno de la aristocracia obrera, atrayéndola a la participación en la distribución de las ganancias. Mas por mucho que defiendan y embellezcan el sistema capitalista sus ideólogos, no lograrán impedir su destrucción.

La lucha de los trabajadores es la denuncia más convincente de la teoría burguesa de la "colaboración entre las clases" bajo el capitalismo. Igual que las demás teorías burguesas, la teoría de la "colaboración y armonía

entre las clases", con cuya ayuda los ideólogos burgueses tratan de modernizar el arsenal del anticomunismo, deformar la realidad y disimular las agudas contradicciones de la sociedad capitalista, no puede detener el crecimiento de la influencia del marxismo-leninismo vinculado con el ascenso del movimiento comunista mundial.

Todos los esfuerzos de los economistas burgueses de ocultar las contradicciones entre las clases en la sociedad capitalista no pueden impedir la profundización de la crisis de la ideología burguesa. Los economistas burgueses no son capaces de formular ideas y teorías que puedan oponerse al marxismo y que atraigan a los trabajadores.

La etapa actual de las acciones de masas de los trabajadores en los países capitalistas atestigua irrefutablemente que la clase obrera, a despecho de las afirmaciones de los adversarios del marxismo-leninismo, sigue siendo la fuerza principal del desarrollo social, que puede alcanzar éxitos decisivos en la lucha por la paz, la democracia y el socialismo.

CONCLUSION

Todo el curso del desarrollo económico y sociopolítico del mundo capitalista en la etapa actual acredita que los intentos del imperialismo por adaptarse a las condiciones de la lucha entre los dos sistemas y a las demandas de la revolución científico-técnica, lejos de conducir a la estabilización del capitalismo en tanto que sistema social, por el contrario, coadyuvan a una drástica agudización de sus contradicciones y a una mayor inestabilidad interior de la economía de las potencias imperialistas. Cambia radicalmente, en detrimento del sistema capitalista, la correlación de fuerzas entre los dos sistemas mundiales, y se descompone el sistema colonial del imperialismo. Todo ello refleja el ahondamiento progresivo de la crisis general del capitalismo, vinculado tanto con el desarrollo de las contradicciones internas de éste como con la exacerbación de la contra-

dicción fundamental de la época contemporánea entre los dos sistemas socioeconómicos opuestos.

Las contradicciones internas del imperialismo se agravan debido a los cambios revolucionarios que se producen en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad capitalista contemporánea. Estos cambios ofrecen posibilidades ilimitadas para transformar y utilizar las fuerzas de la naturaleza, crear la abundancia de bienes materiales y las condiciones para el desarrollo integral de las capacidades humanas. Sin embargo, la preocupación por el bien de la humanidad no es propia del capitalismo, que, quedándose como tal también en su envoltura monopolista de Estado, conserva invariable su finalidad: obtener de la producción la ganancia máxima posible. En virtud de ello, el conflicto entre las fuerzas productivas, formadas en base a la revolución científico-técnica, y las relaciones de producción capitalistas, formadas bajo el capitalismo monopolista de Estado, adquiere un matiz nuevo: la revolución científico-técnica viene acompañada de una elevación considerable del grado de socialización de la producción. Esto engendra nuevas formas de monopolización, una mayor regulación estatal de la reproducción capitalista y la acentuación del carácter internacional de los procesos monopolistas de Estado. El desarrollo de las relaciones de producción capitalistas ha llegado a su apogeo precisamente en el período en que los adelantos de la ciencia han dado un vasto campo al progreso de las fuerzas productivas. La revolución científico-técnica pasa a ser factor importante de la exacerbación de las contradicciones entre el trabajo y el capital. Los círculos reaccionarios del capitalismo moderno tratan de debilitar las contradicciones económicas y sociales del imperialismo mediante la militarización de la economía. Pero, como demuestra la realidad capitalista, esto no las suprime, sino las refuerza.

Los intentos de las potencias imperialistas de resolver sus contradicciones internas continuando la ofensiva neocolonialista contra los países en desarrollo, conducen a la agravación de las contradicciones entre ellos. A la

política del neocolonialismo se opone la creciente lucha nacional-liberadora de los pueblos del "tercer mundo", apoyada por el sistema socialista mundial que presta a ellos una ayuda política, económica y, en caso de necesidad, militar.

En el clima del intenso progreso científico-técnico se acentúa mucho la desigualdad del desarrollo de los principales países capitalistas. Una mayor rivalidad interimperialista es otro testimonio de la agravación sucesiva de las contradicciones del capitalismo, que torpedean las bases de su existencia.

La crisis general del capitalismo se ahonda no sólo debido a la agudización de las contradicciones internas del imperialismo, sino también a causa de la agravación de las contradicciones entre los dos sistemas opuestos. El fortalecimiento de las posiciones del socialismo en el ámbito mundial y los éxitos de la Unión Soviética y otros países socialistas en la construcción económica ejercen inmensa influencia sobre el capitalismo, agudizando todas sus contradicciones antagónicas internas.

La profundización de la crisis general del capitalismo en la etapa actual y el crecimiento de la agresividad de los monopolios imperialistas dicta a todas las fuerzas antimperialistas la necesidad de cohesión. El movimiento revolucionario contemporáneo se caracteriza por la fusión de sus poderosas fuerzas motrices, tales como el sistema socialista mundial, el movimiento obrero de los países capitalistas adelantados y el movimiento de liberación nacional en un torrente revolucionario mundial único, enfilado contra el imperialismo.

El desarrollo de la historia confirma irrefutablemente que el sistema mundial del socialismo es la fuerza decisiva de la lucha antimperialista, el bastión de la paz, la democracia y el progreso social de todos los pueblos. El aporte del sistema socialista mundial a la causa común de las fuerzas antimperialistas se determina, ante todo, por su creciente poderío económico. El ritmo preferente del fomento de la economía de los países socialistas y la salida del socialismo a las posiciones de vanguardia

en varias direcciones del progreso científico-técnico son resultados reales del trabajo creador de los pueblos de los países socialistas y condicionan el éxito de la lucha de todas las fuerzas antimperialistas sobre las del imperialismo y la reacción.

El progreso del sistema socialista mundial refuerza en colosal medida la lucha de la clase obrera de los países imperialistas y el movimiento de liberación nacional. Con el hecho mismo de su existencia, el socialismo mundial denuncia y desacredita los principios económicos, políticos y morales del imperialismo. Los éxitos del socialismo en la competencia económica con el capitalismo, además de torpedear las bases capitalistas en los principales bastiones del imperialismo, dan un potente impulso al despliegue del movimiento de liberación nacional, que conduce a la destrucción definitiva del sistema colonial del imperialismo. En muchos países emergentes, la lucha de sus pueblos por la emancipación política y económica comenzó a transformarse prácticamente en lucha contra las relaciones explotadoras, tanto feudales como capitalistas. Los éxitos del movimiento de liberación nacional están vinculados con los avances del socialismo mundial y del movimiento obrero internacional.

El fortalecimiento del sistema socialista en el plano económico, político y militar condujo al cambio de la correlación de fuerzas en el ámbito mundial, en detrimento de los adeptos de la guerra fría, de los aficionados a las aventuras bélicas de todo género, y en favor de los partidarios de la paz y del socialismo. Los países de la comunidad socialista aplican consecuentemente los principios de su política exterior, cuya piedra angular es la lucha por la paz. La expresión de esta pauta en la etapa actual es el Programa de Paz, proclamado por el XXIV Congreso del PCUS. La lucha por el fortalecimiento de la paz, que la Unión Soviética sostiene junto con los demás países de la comunidad socialista, ha estado marcada en los años setenta con serios éxitos. Disminuye el peligro de una guerra mundial coheteril-nuclear, y son cada vez mejores que hace diez o veinte años las perspectivas de

la conservación de la paz en el mundo entero. Gozan de un reconocimiento cada vez más amplio los principios de la coexistencia pacífica de los Estados socialmente diferentes. Testimonio de los profundos cambios en la vida internacional son asimismo los primeros pasos hacia la limitación de la carrera de armamento, una serie de importantes actos jurídicos internacionales y las constantes consultas entre los Estados socialmente diferentes, así como la creciente envergadura de la cooperación económica, científico-técnica y cultural en el ámbito internacional.

Un factor importante de la distensión internacional es la política antimperialista de paz de muchos países de Asia, Africa y América Latina, ante todo, de los Estados que se sacudieron la opresión colonial y lograron la independencia nacional. La lucha por la independencia nacional está ligada estrechamente con la lucha por la paz. Muchos países en desarrollo se pronunciaron con decisión contra la agresión norteamericana en Vietnam, condenaron la ocupación de las tierras árabes por Israel y prestaron ayuda a la lucha liberadora de los pueblos de Asia Meridional. En septiembre de 1973, en Argel se celebró la Conferencia de los paises no alineados. Sus resoluciones revistieron una orientación antimperialista y anticolonial y estaban compenetradas del desvelo por el fortalecimiento de la paz y del interés por el saneamiento sucesivo de la atmósfera internacional.

Uno de los principales factores determinantes de los cambios positivos en las relaciones internacionales ha sido la participación activa de las fuerzas sociales progresistas, de sus organizaciones y partidos políticos en la solución de los problemas de la paz y la guerra.

A ello ha contribuido en gran medida también la política exterior de principio, consecuente y constructiva que el PCUS y el Estado soviético vienen aplicando en unión de los países socialistas hermanos. La actitud de los dirigentes políticos de los países capitalistas hacia la idea de la coexistencia pacífica se ha modificado gracias al inmenso crecimiento del poderío económico, político

y militar del socialismo mundial, la intensificación de la lucha antimperialista de los países en desarrollo, el debilitamiento del capitalismo mundial y la exacerbación de las contradicciones imperialistas internas y externas.

Los principios leninistas de la coexistencia pacífica prevén, ante todo, el mantenimiento de una paz estable en las relaciones entre los distintos países, el riguroso respeto mutuo de la soberanía, independencia e integridad territorial y la no ingerencia en los asuntos internos. Los intereses del saneamiento de la situación internacional y de la garantía de la paz y la seguridad en todo el mundo requieren que estos principios no se apliquen de manera parcial, no se limiten tan sólo a uno u otro grupo de países. Es necesario que estos principios se extiendan a todos los Estados, sean grandes o pequeños. Los principios de la coexistencia pacífica están enfilados contra las acciones agresivas del imperialismo, la política "desde las posiciones de fuerza", la exportación de la contrarrevolución y la intervención en los asuntos internos de otros Estados y pueblos. La lucha por la observancia de estos principios crea premisas para el despliegue de la lucha de clase y de liberación nacional y el progreso de todos los pueblos.

Los marxistas-leninistas parten del reconocimiento del derecho legítimo de todos los pueblos a la lucha por su emancipación social y nacional y al empleo de la violencia revolucionaria de las masas contra la violencia de los explotadores y sojuzgadores extranjeros. En otros términos, los marxistas-leninistas consideran justas las guerras revolucionarias y nacional-liberadoras. Los comunistas, naturalmente, no pueden ser partidarios del status quo en el ámbito internacional en el sentido de la perpetuación del yugo nacional y social.

El proceso liberador universal es irreversible. También en el futuro los pueblos de los países oprimidos y dependientes se irán alzando a la lucha por su emancipación, que conducirá a nuevos cambios en el mapa político del mundo. La Unión Soviética y todos los países socialistas consideran su deber internacionalista prestar el apoyo y la ayuda máximos posibles a los movimientos revolucionarios y liberadores. El principio leninista de la coexistencia pacífica está vinculado orgánicamente con los principios del internacionalismo proletario. "Las masas populares aspiran a transformar el mundo y lo transformarán —dijo el Secretario General del CC del PCUS, Leonid Brézhnev, en su discurso pronunciado en el Congreso Mundial de las Fuerzas de la Paz—. Por lo que se refiere a la Unión Soviética, estará siempre al lado de las fuerzas del progreso social. Somos contrarios a la "exportación de la revolución". A la vez, el Partido Comunista de la Unión Soviética, nuestro Gobierno y todo el pueblo soviético expresan abiertamente y sin rodeos su solidaridad con sus hermanos de clase que luchan en otros países, su solidaridad con los movimientos liberadores y antimperialistas. Esta postura en modo alguno está en contradicción con la lucha por la paz, por la colaboración pacífica entre los Estados"[1].

Los círculos imperialistas reaccionarios y agresivos, que propugnan la intensificación de la carrera de armamentos y el retorno a la guerra fría, tratan de oponerse a las tendencias cada vez más fuertes de la distensión.

La política de los dirigentes actuales de China coincide directamente con las posiciones de la reacción extrema. "Los febriles intentos de Pekín para frustrar la distensión, impedir el desarme y sembrar la desconfianza y la enemistad entre los Estados, y su deseo de provocar una guerra mundial, con el fin de sacar tajada de ella, constituyen un gran peligro para todos los pueblos pacíficos —dijo Leonid Brézhnev en el XXV Congreso del PCUS—. Tal política de Pekín entra en profunda contradicción con los intereses de todos los pueblos. Replicaremos a esa política incendiaria y defenderemos los intereses del País de los Soviets, de la comunidad socialista y del movimiento comunista internacional. Ahora sería ya poco decir que la ideología y la política maoístas son incompatibles con el marxismo-leninismo. Le son fran-

---

[1] L. Brézhnev. *Por una paz justa y democrática, por la seguridad de los pueblos y la cooperación internacional*, pág. 37.

camente hostiles"[2]. El XXV Congreso del PCUS confirmó una vez más que la Unión Soviética sigue firmemente la pauta trazada en el XXIV Congreso del PCUS: inconciliable lucha principista contra el maoísmo y, a la vez, disposición de normalizar las relaciones con China siguiendo la línea de la coexistencia pacífica. Es más, si en Pekín retornan a la política basada de verdad en el marxismo-leninismo, renuncian al rumbo hostil a los países socialistas y emprenden el camino de cooperación con el mundo del socialismo, eso encontrará la resonancia correspondiente por la parte soviética, apareciendo de este modo la posibilidad de restablecer y desarrollar buenas relaciones entre la URSS y la RPCh, asentadas en los principios del internacionalismo socialista.

La experiencia histórica muestra a los pueblos que en nuestro tiempo se puede escapar del círculo vicioso de las guerras mundiales tan sólo en base a la emulación pacífica y la coexistencia de los dos sistemas, únicamente en base a las enérgicas acciones conjuntas en favor de la paz y la colaboración entre todos los países.

Así pues, los cambios radicales en favor del socialismo en la correlación de fuerzas de los dos sistemas y los éxitos de la política de paz y coexistencia pacífica, alcanzados en los últimos decenios en el clima de la profundización de la crisis general del capitalismo, son resultado de una gran actividad creadora de los Estados socialistas, resultado de los nuevos avances de los movimientos obrero internacional y nacional-liberador, de la lucha de los partidos comunistas y obreros, de todas las fuerzas progresistas.

La lucha contra el imperialismo es larga, tenaz y difícil. Han de librarse aún agudos combates de clase. Pero en estas batallas vencerán ineludiblemente las fuerzas revolucionarias y progresistas. Su victoria está determinada por los procesos objetivos que se definen por el ahondamiento de la crisis general del capitalismo y por el desarrollo progresivo del proceso revolucionario.

---

[2] *Documentos del XXV Congreso del PCUS*, págs. 10-11.

INDICE

Introducción 5

Capítulo I. Surgimiento y naturaleza de la crisis general del capitalismo 11

1. Inevitabilidad histórica de la crisis general del capitalismo 11
2. Naturaleza de la crisis general del capitalismo . . . 18
3. Etapas de la crisis general del capitalismo 22

Capítulo II. División del mundo en los dos sistemas socioeconómicos opuestos y la lucha entre ellos 33

1. La Gran Revolución Socialista de Octubre, resultado de la crisis general del capitalismo e importantísimo factor del desarrollo de esta crisis 33
2. Lucha de los dos sistemas socioeconómicos opuestos y profundización de la crisis general del capitalismo . 41
3. Transformación del sistema socialista mundial en factor decisivo del desarrollo de la sociedad 53
4. Inconsistencia de las nociones de los economistas burgueses acerca de los problemas de la emulación económica entre los dos sistemas 61

Capítulo III. Desarrollo del capitalismo monopolista de Estado 77

1. Surgimiento del capitalismo monopolista de Estado y su naturaleza 78
2. Principales direcciones del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado 86
3. El capitalismo monopolista de Estado y la culminación de la preparación de premisas materiales para el socialismo 107
4. Crítica de la teoría burguesa del "Estado de prosperidad general" 111

Capítulo IV. Crisis y descomposición del sistema colonial del imperialismo 119

1. Crisis y desmoronamiento del sistema colonial, resultado del desarrollo de las contradicciones internas del imperialismo 120
2. El neocolonialismo 132
3. Rasgos específicos de la economía de los países liberados y vías de su desarrollo 144

Capítulo V. Creciente desestabilización de la economía capitalista 168
1. Particularidades de la economía del capitalismo contemporáneo 168
2. Agravación de la crisis de la economía capitalista mundial 183
Capítulo VI. Intensificación de la crisis de la política y la ideología burguesas 198
1. Recrudecimiento de la reacción política en los países capitalistas 198
2. Profundización de la crisis de la ideología burguesa 209
Conclusión 223

21

69

El libro *El ocaso del capitalismo,* escrito por el economista soviético V. Trepelkov, catedrático, trata de la profundización de la crisis general del capitalismo y sus particularidades en la etapa actual. El autor demuestra en forma de divulgación el proceso del cambio radical, en detrimento del capitalismo, de la correlación de fuerzas entre los dos sistemas mundiales, la descomposición del sistema colonial del imperialismo y el crecimiento de la inestabilidad económica de éste. Se examinan con detalle la participación de las fuerzas progresistas en la solución de los problemas de la paz y la guerra y los éxitos de la política de paz y coexistencia pacífica.